ALEJANDRO FERNÁNDEZ



CÓDIGO BERLÍN

ALEJANDRO FERNÁNDEZ



CÓDIGO BERLÍN

CONTENIDO

Capítulo 1: El veterano
Capítulo 2: La novata
Capítulo 3: El reencuentro
Capítulo 4: La misión
Capítulo 5: Estambul
Capítulo 6: El desertor
Capítulo 7: Sombras del pasado
Capítulo 8: La Red Cultural
Capítulo 9: El Círculo Interno
Capítulo 10: La Trampa
Capítulo 11: El Punto de Inflexión
Capítulo 12: Sin salida
Capítulo 13: Aliados Inesperados
Capítulo 14: La subasta
Capítulo 15: Desenmascaramiento
Capítulo 16: Legado
Epílogo: Cicatrices y ruido blanco

CAPÍTULO 1: EL VETERANO

Madrid amanecía como una fotografía antigua: tonos grises, bordes limpios, un brillo tenue que no era esperanza sino costumbre. El cielo pesaba sobre la ciudad con esa indiferencia fría que tienen los días de enero, cuando el aire corta y las calles parecen más estrechas. En la ventana del piso de Víctor Salgado, el vaho dibujaba un mapa irregular sobre el cristal, y durante un instante él se quedó mirándolo como si fuera un parte meteorológico de su propia vida.

Había dormido poco. No por insomnio —ese viejo enemigo al que se aprende a domesticar—, sino por la disciplina de un cuerpo que ya no sabía descansar sin vigilar. Se levantó a las seis en punto, como siempre, antes de que sonara el despertador. El sonido del silencio, a esa hora, era un animal: respiraba en la casa, se metía bajo las puertas, ocupaba las esquinas.

El apartamento era austero. Nada de fotos enmarcadas. Ninguna evidencia de familia, ni viajes, ni celebraciones. Un lugar de paso que se había convertido en hogar por la única razón que justificaba los hogares de hombres como él: estaba cerca del centro y tenía dos salidas. Los muebles eran funcionales, de líneas simples. En la cocina, un cuchillo bien afilado reposaba siempre en el mismo lugar.

En el salón, un reloj de pared marcaba el tiempo con un tic-tac seco, casi hostil.

Víctor se duchó con agua templada, sin alargar el ritual. Se afeitó con la precisión de quien se sabe observado incluso cuando está solo. La hoja de la maquinilla raspó la piel con un sonido leve, y al terminar se miró al espejo sin buscarse. No se reconocía en su propio reflejo, no del todo. No era un problema de edad, ni de canas. Era otra cosa: la sensación de que la persona que había sido —la que había corrido por callejones, negociado con traidores, disparado cuando no quedaba opción— seguía agazapada detrás del traje y los buenos modales, esperando la próxima orden.

Se puso una camisa blanca, planchada con cuidado. El nudo de la corbata fue un Windsor apretado, perfecto. La chaqueta de traje —azul marino— encajó sobre sus hombros como una armadura elegante. En el bolsillo interior, un objeto pequeño y duro: una moneda antigua, gastada, de dos pesetas. Un amuleto sin romanticismo. Una pieza de metal que le recordaba que todo se desgasta y, aun así, sigue circulando.

Mientras se servía un café solo, negro como un pozo, su móvil vibró en la encimera.

No lo miró de inmediato.

Primero dejó la taza. Después, giró la cabeza apenas lo suficiente para comprobar el reflejo en la ventana. La calle estaba quieta, pero quieto no significaba seguro. Había vivido demasiados años bajo ese principio como para olvidarlo justo ahora, cuando se suponía que iba a retirarse.

El móvil vibró una segunda vez. Luego, silencio.

Víctor dio un paso, lo tomó y vio la pantalla.

"RRHH: Confirmación — Firma pendiente."

Resopló. Era un mensaje anodino, burocrático, el tipo de cosa que debían escribirle ahora que oficialmente estaba en transición. La jubilación anticipada no era un regalo; era un contrato, un acuerdo con cláusulas invisibles. Había informes médicos, evaluaciones psicológicas, permisos especiales. Había una manera correcta de irse y una manera incorrecta.

Y él, por primera vez en décadas, había intentado hacerlo bien.

Dejó el móvil boca abajo, como si pudiera ahogar con ese gesto cualquier otra vibración más peligrosa. Se terminó el café de un trago, sintiendo cómo el amargor le despertaba algo más que el cuerpo. Luego abrió el armario del pasillo y contempló, colgados uno al lado del otro, dos abrigos. El primero era largo, elegante, apropiado para reuniones y despachos. El segundo era más corto,

más práctico, con bolsillos interiores y un tejido resistente. Casi no lo usaba ya.

Eligió el segundo.

No supo si fue intuición o costumbre, pero la elección le dejó un sabor metálico en la boca. Como si el futuro, por un instante, hubiera cambiado de dirección.

***

El Café Comercial seguía oliendo igual: café recalentado, madera vieja y conversaciones ajenas. Un lugar donde la gente se sentía segura porque las paredes estaban llenas de historia y porque la rutina, en Madrid, funciona como un escudo colectivo. Víctor entró sin prisa y, como siempre, eligió una mesa con la espalda pegada a la pared. Desde allí veía la puerta, el ventanal y el reflejo de ambos en un espejo lateral.

Se sentó, dejó el abrigo en el respaldo, colocó el móvil sobre la mesa con la pantalla hacia arriba y pidió un café solo.

El camarero —un hombre joven, con ojeras de madrugada y voz cansada— lo reconoció sin realmente conocerlo.

—¿Lo de siempre?

Víctor asintió.

No era un hombre de “lo de siempre”. Pero había aprendido que la repetición crea invisibilidad, y la invisibilidad es un tipo de poder.

Mientras esperaba, abrió una carpeta fina que llevaba bajo el brazo. Dentro había papeles con membretes discretos, textos legales, y la firma que le faltaba al final. Los documentos de su retirada. Una vida reducida a tres páginas y un par de iniciales.

Leyó la primera línea y sintió, por enésima vez, esa mezcla de alivio y vértigo.

Se iba.

De verdad.

Su mano, sin embargo, se detuvo antes de tomar el bolígrafo. La tinta era un compromiso, y los compromisos en su mundo eran trampas con forma de promesa.

Alzó la mirada y recorrió el local.

Una pareja discutía en voz baja. Un hombre mayor leía el periódico con demasiada concentración. Dos turistas consultaban un mapa como si la ciudad fuera un rompecabezas amable. Una mujer con auriculares tenía la mirada fija en su taza, como si escuchara algo más que música.

Ninguno parecía una amenaza.

Y eso, precisamente, era lo inquietante.

El café llegó. Víctor lo removió una sola vez, por hábito, aunque no llevaba azúcar. La cucharilla golpeó la porcelana con un repiqueteo breve, como un código que solo él sabía traducir: atención.

Entonces vibró el móvil.

Una vez.

Víctor no lo tocó. La vibración única era un lenguaje en sí mismo. Un mensaje que no venía de Recursos Humanos, ni de ninguna vida civil. Un mensaje que venía de ese otro mundo donde las palabras no se escriben, se cifran.

La pantalla mostró un número sin nombre. Sin prefijo. Sin nada.

Un fantasma.

Víctor inspiró despacio. En su pecho, algo se tensó: no miedo, no sorpresa. Reconocimiento. Como cuando, tras años sin verla, vuelves a encontrarte con una calle de tu infancia y sabes cada grieta del pavimento.

Contestó.

—Salgado.

La voz al otro lado era masculina, neutra, entrenada para no dejar huellas emocionales. Un tono que no pedía; ordenaba sin elevarse.

—Cambio de planes.

Víctor apretó la mandíbula.

—Estoy fuera.

Silencio. Un silencio que, en ese oficio, era una respuesta.

—No lo estás —dijo la voz—. Quince minutos. Paseo de la Castellana. Entrada norte. Ven solo.

La llamada se cortó.

Víctor se quedó mirando la pantalla apagada, como si esperara que volviera a vibrar y le diera permiso para decir que no. Pero el móvil no vibró. La realidad tampoco.

Pagó sin terminar el café. Guardó la carpeta de la retirada en el interior del abrigo y salió a la calle.

El aire frío lo golpeó como un bofetón. Madrid seguía moviéndose, indiferente. El tráfico, las conversaciones, los semáforos, la vida común. Para todos los demás, la mañana era solo una mañana. Para él, la mañana había cambiado de categoría.

Caminó hacia la Castellana con paso constante, sin correr. Correr es confesar urgencia. Y la urgencia hace que te vean.

Mientras avanzaba, su mente se puso en marcha como un motor viejo que aún funciona a la perfección.

Capa uno: lo evidente. Una reunión. Un briefing de cierre. Alguna firma pendiente. Un último "favor".

Capa dos: lo probable. Una misión. De las que no se delegan.

Capa tres: lo que no quería nombrar. Algo sucio. Algo grande. Algo que implicaba que su retiro era, otra vez, una ilusión.

En el paso de cebra frente a una farmacia, un coche frenó tarde. El conductor le lanzó una mirada irritada. Víctor ni pestañeó. Su atención estaba en las ventanas altas de los edificios, en los reflejos, en el sonido de pasos detrás de él. No porque esperara un ataque, sino porque su cuerpo no sabía vivir de otra forma.

En una esquina, un vendedor ambulante ofrecía castañas calientes. El humo olía a hogar. Víctor lo percibió como quien huele un perfume ajeno: agradable, pero no suyo.

Llegó al punto indicado con exactitud matemática.

La entrada norte era un rectángulo discreto de hormigón y cristal sin ningún logotipo. Podía pasar por oficinas de seguros o un despacho de abogados. Esa era la idea. La seguridad de verdad nunca se anuncia.

A dos metros de la puerta, un hombre con traje gris barato miraba el móvil. Demasiado joven para tener esa quietud. Demasiado rígido para ser un simple oficinista.

Cuando Víctor se acercó, el hombre levantó la vista solo lo justo para confirmar una identidad que no necesitaba confirmación.

—Salgado —dijo, y abrió la puerta.

Adentro el aire estaba filtrado, limpio, sin olor a calle. Un pasillo blanco, silencioso, con cámaras discretas. Víctor caminó como si no existieran. Ese era el juego: no ignorarlas del todo, no reconocerlas demasiado.

Lo condujeron a un ascensor sin botones visibles. El hombre deslizó una tarjeta, introdujo un código, apoyó el pulgar en un lector biométrico. Tres llaves. Tres capas. Víctor notó, con un pinchazo de irritación, que él ya no era quien ponía códigos. Él era, otra vez, el que obedecía.

El ascensor bajó.

Cuando se abrieron las puertas, apareció un corredor alfombrado, más oscuro, con iluminación indirecta. Sin ventanas. Sin relojes. Un lugar donde el tiempo se mide por decisiones.

Víctor conocía esa clase de pasillos. Había recorrido otros iguales en otras ciudades. Los pasillos subterráneos del poder se parecen entre sí.

Entró en una sala de reuniones pequeña. Mesa ovalada. Pantalla apagada. Un dispensador de agua que nadie usaba. La austeridad institucional de quienes lo han visto todo y ya no decoran.

Allí estaban.

Marta Gálvez, sentada, recta, con un bastón elegante apoyado en la silla. Su presencia era dura, directa, como una orden. Sus ojos no mostraron afecto; mostraron evaluación. Tenía el rostro marcado por años de mandar sin pedir perdón.

Y Augusto Miranda, de pie, sonriendo con la calidez ensayada de un hombre acostumbrado a justificar lo injustificable. Cabello blanco impecable. Gafas finas. Traje perfecto. La clase de persona que hace que el poder parezca inevitable.

—Víctor —dijo Marta, sin levantarse.

—¡Víctor! —exclamó Miranda, abriendo los brazos—. Justo a tiempo.

Víctor no devolvió la sonrisa.

—Dijeron máxima prioridad —respondió—. Eso suele significar "mala noticia".

Miranda rio, suave.

—Siempre tan pragmático. Siéntate, por favor.

Víctor se sentó, pero no se acomodó. No cruzó las piernas. No se quitó el abrigo. Estaba en un lugar donde el confort era una debilidad.

Marta fue directa, como un golpe.

—Tu retiro queda suspendido.

La frase cayó sobre la mesa como una bala.

Víctor parpadeó una vez. Solo una. Su cara no cambió. Su interior, sí.

—No —dijo.

Miranda ladeó la cabeza con falsa comprensión, como si Víctor fuera un niño testarudo.

—Sé lo que vas a decir. "He cumplido. Me lo gané." Y es verdad. Nadie lo discute.

—Entonces no lo suspendáis.

Marta lo sostuvo con la mirada.

—Han robado algo.

Víctor esperó. No preguntó qué. No le dio ese gusto. Pero el vacío en su estómago se ensanchó, como un presagio.

Miranda pulsó un mando y la pantalla se encendió.

Apareció un esquema técnico: líneas, módulos, códigos. Un diseño que mezclaba ingeniería moderna con algo que parecía antiguo. Una etiqueta parcialmente censurada. Un sello rojo de clasificación que hacía que la piel de Víctor recordara, sin querer, ciertos documentos que jamás debieron existir.

Marta habló.

—Es un dispositivo de encriptación.

Miranda añadió, con su voz de orador:

—Y no uno cualquiera. Es… singular.

Víctor examinó el esquema. No necesitaba que lo adornaran. La criptografía había sido, en su juventud, una fascinación casi romántica: el arte de esconder secretos en patrones. Luego descubrió que el patrón siempre era el mismo: ocultar para sobrevivir.

Su garganta se secó.

—¿Dónde está?

Marta negó despacio.

—No lo sabemos.

Víctor soltó una risa breve, sin humor.

—Eso es lo que me preocupa. Porque si no lo sabemos nosotros… alguien más sí.

Miranda se apoyó en la mesa, invadiendo el espacio con una cercanía calculada.

—Estamos en una carrera, Víctor. Y no vamos delante.

Víctor giró la cabeza hacia Marta.

—¿Qué queréis de mí?

Marta no titubeó.

—Quiero que lo encuentres.

Miranda suavizó el golpe con miel.

—Quiero que lo encuentres antes de que lo vendan.

Víctor sintió el peso de esa frase. Vender. No era un robo oportunista. Era un mercado. Y los mercados, en su mundo, siempre terminan con cadáveres.

—¿Cuánto tiempo?

Marta deslizó una carpeta hacia él. Sin logotipo. Solo una banda roja con una palabra: URGENTE.

—Catorce días.

Víctor abrió la carpeta.

Fotografías borrosas. Matrículas. Capturas de cámaras. Extractos de llamadas. Un mapa con flechas. Un conjunto de nombres subrayados, tachados, reescritos. Y, entre los posibles destinos, una ciudad que le raspó por dentro como papel de lija:

Viena.

Su mente, que llevaba años evitando ciertos recuerdos, encendió una luz en un pasillo oscuro. Viena era una ciudad de cafés y música

clásica, sí. Pero para él era otra cosa: un tablero antiguo donde había perdido piezas que aún no sabía nombrar.

—¿Por qué yo? —preguntó por fin.

Miranda sonrió, y en su sonrisa hubo algo más afilado que cordial.

—Porque tú sabes lo que es.

Marta no lo contradijo. Ese detalle, pequeño, fue un disparo silencioso.

Víctor cerró la carpeta con cuidado, como si fuera un animal que pudiera morder.

—Lo que yo sé —dijo— es que cuando un objeto así desaparece, no desaparece solo. Alguien lo saca. Alguien abre puertas. Alguien firma permisos. Alguien calla.

Marta apoyó la mano en el bastón.

—Hay indicios de filtración interna.

La palabra no se pronunció, pero se entendió.

Un topo.

Miranda alzó las manos, conciliador.

—No usemos términos… dramáticos. Digamos que hay fugas. Y por eso necesitamos discreción.

Víctor lo miró con dureza.

—Discreción no es lo mismo que aislamiento.

—A veces sí —dijo Miranda, encogiéndose de hombros.

Víctor sintió un impulso viejo: levantarse y marcharse. Dejarles la carpeta sobre la mesa. Firmar su retirada. Irse a la sierra y fingir que el mundo podía arreglarse sin él.

Pero no lo hizo.

Porque en su cabeza, detrás de la ira, ya se estaba formando otra cosa: un cálculo. Un mapa mental. Un "si hago esto, entonces aquello". El profesional seguía vivo.

Marta le clavó la pregunta como un clavo.

—¿Sí o no?

Víctor bajó la mirada a sus manos. Manos firmes, con manchas de edad nuevas. Manos que habían sostenido armas, pasaportes falsos, vidas ajenas. Manos que habían firmado órdenes de las que no se habla.

Pensó en la carpeta de Recursos Humanos en su bolsillo. En la vida civil que lo esperaba como una cama demasiado limpia. Pensó en la palabra retirarse y en lo artificial que sonaba.

Y entonces, como un golpe bajo, se imaginó la alternativa.

Un archivo filtrado. Nombres expuestos. Operativos caídos. Ciudades enteras rehenes de un silencio cifrado. Un atentado. Un

comunicado. Un país preguntándose cómo pudo pasar.

Él había vivido demasiadas veces el "cómo pudo pasar" como para no reconocerlo cuando se estaba gestando.

Miranda, percibiendo la grieta, bajó la voz.

—Hazlo por ti. Por cerrar el círculo.

Víctor levantó la mirada, fulminándolo.

—No me hables como si me conocieras.

Miranda sonrió, y el brillo en sus gafas devolvió la luz de la pantalla.

—Te conozco desde hace demasiado, Víctor.

Marta golpeó el suelo con el bastón una vez. Sonó como una sentencia.

—¿Sí o no?

Víctor respiró hondo.

El conflicto interno no era un debate elegante. Era un pulso. Un tirón constante entre dos fuerzas: el deseo de escapar y el sentido del deber que le habían clavado dentro como un hierro caliente. Porque el deber, para él, no era una bandera. Era una lista de muertos. Era la promesa de que no añadiría más nombres si podía evitarlo.

—Sí —dijo al fin, con voz plana—. Pero con mis condiciones.

Miranda abrió los brazos, satisfecho.

—Por supuesto.

Víctor se inclinó hacia adelante.

—Acceso completo. Quiero saber quién decide, quién firma, quién encubre. No voy a moverme a ciegas mientras aquí dentro alguien juega a dos bandas.

Marta sostuvo su mirada, fría.

—Te daré lo que pueda.

—No me sirve "lo que puedas" —respondió Víctor.

—Es lo que hay —dijo ella.

Miranda intervino, suave, como quien pone una mano sobre un hombro para guiarlo.

—Víctor, no estamos aquí para discutir jerarquías. Estamos para resolver un problema.

Víctor lo miró.

—Los problemas grandes siempre tienen jerarquías detrás.

Miranda sonrió, pero la sonrisa ya no era cálida.

—Esa es la razón por la que eres útil.

Útil. No necesario. No valioso. Útil.

Víctor guardó esa palabra como se guarda una bala en la recámara.

—¿Cuándo salgo? —preguntó.

Marta consultó un papel sin mirarlo realmente.

—Hoy. En tres horas. Te darán cobertura y un contacto en Viena.

Víctor se puso de pie. Y ahora, por primera vez desde que entró, se quitó el abrigo. Lo dobló sobre el brazo. Un gesto mínimo, pero definitivo: la señal de que aceptaba la guerra.

Miranda se acercó y extendió la mano.

—Me alegra tenerte de vuelta.

Víctor observó la mano como si fuera un objeto extraño. La estrechó lo justo, sin calor.

—No he vuelto —dijo—. Solo estoy terminando algo.

Salió de la sala.

El corredor oscuro lo recibió con el mismo silencio sin relojes. Mientras caminaba hacia el ascensor, escuchó un eco antiguo en su cabeza: una frase en ruso que le habían dicho en otra ciudad, otra vida.

Los veteranos no se retiran. Se oxidan.

No sabía si era una advertencia o una sentencia.

***

El ascensor lo devolvió al mundo de arriba con un zumbido suave. Cuando las puertas se abrieron, el aire de la calle le pareció más áspero, más real, como si la ciudad lo castigara por haber bajado al subsuelo del poder.

Madrid seguía ahí. Los coches seguían sonando. La gente seguía caminando. Nadie sabía que, en algún lugar bajo sus pies, se había tomado una decisión que podía sacudir países enteros.

Víctor caminó hasta su coche sin mirar atrás.

Era un sedán discreto, gris, sin rasgos distintivos. Como él. Dentro, el olor a cuero y a limpieza le recordó que hacía meses que no lo usaba demasiado. Había intentado acostumbrarse a la idea de ir en metro, de mezclarse, de vivir como la mayoría. Una fantasía.

Encendió el motor. El sonido llenó el habitáculo con una vibración familiar. Puso las manos en el volante y se quedó quieto un segundo.

En ese segundo, el conflicto volvió con fuerza.

¿Por qué? —se preguntó—. ¿Por qué no decirles que no?

La respuesta era simple y cruel: porque decir que no era un lujo. Y él había pasado la vida pagando por lujos de otros.

Metió primera y arrancó.

El tráfico en la Castellana avanzaba lento. Víctor aprovechó para pensar. En su mente, la carpeta URGENTE se convertía en un tablero. Los nombres, las fotos, las flechas. Viena.

Viena significaba Europa central, viejos contactos, redes antiguas. Significaba también un lugar donde, en el pasado, había cometido un error.

Un error que no figuraba en los informes.

En un semáforo, su móvil vibró. Esta vez, dos veces.

Personal.

Lo tomó.

Un mensaje breve, sin nombre. Solo iniciales: M. G.

"No firmes nada. Luego hablamos."

Marta Gálvez.

Víctor frunció el ceño. No era propio de ella enviar mensajes así. Marta era de las que miran a los ojos y golpean con la verdad, no de las que escriben insinuaciones.

No firmes nada.

La carpeta de Recursos Humanos pesó dentro de su abrigo como una piedra.

La sensación de estar atrapado —no por la misión, sino por el tablero interno— se hizo más intensa.

No firmes nada. Luego hablamos.

¿Hablamos de qué? ¿De la filtración? ¿De Miranda? ¿De algo que ella tampoco controlaba?

El semáforo cambió. Víctor guardó el móvil y continuó.

***

En su apartamento, el tiempo se volvió táctico.

Lo primero fue cerrar las persianas y encender solo una lámpara. No por paranoia; por hábito. Después, revisó el buzón interior: nada. Comprobó las cerraduras. Luego abrió un armario que, a ojos de cualquiera, contenía abrigos y cajas viejas. Detrás, un panel oculto. Dentro, un compartimento con su verdadera vida.

Pasaportes.

Tres.

Uno español, real, con su cara y su nombre. Uno con otro nombre y otro bigote que ya no llevaba. Otro más antiguo, casi obsoleto, pero con sellos útiles. Había también una pistola compacta, desmontada en piezas limpias, envuelta en una tela aceitosa. Munición. Un pequeño botiquín. Un paquete de billetes en euros y otro en dólares.

Víctor contempló todo eso con una mezcla de vergüenza y resignación.

Había querido creer que lo iba a dejar. Que un día cerraría ese compartimento y sería el último.

Pero el compartimento parecía mirarlo como un espejo: ¿de verdad pensabas que podías salir?

Metió en una bolsa pequeña lo imprescindible. Sin exceso. La ligereza es supervivencia.

Mientras hacía la maleta, el reloj de pared seguía marcando el tiempo con su tic-tac hostil. Cada segundo era un recordatorio: tres horas.

En el salón, la carpeta de retirada reposaba sobre la mesa, abierta. Víctor se acercó y leyó la línea final. Su nombre impreso. Espacio para la firma.

Tomó el bolígrafo.

Su mano se detuvo.

En ese instante, un flashback lo golpeó sin pedir permiso.

No fue una imagen completa. Fue un olor. Metal y sudor. Un pasillo húmedo en Berlín. Una puerta de hierro. Una voz que decía su nombre en un idioma que no era el suyo. Y un disparo, al final, como un punto final que nunca terminó de cerrarse.

Víctor apretó el bolígrafo hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Luego lo dejó sobre la mesa.

No firmó.

En su móvil, el mensaje de Marta seguía ahí, como un dedo acusador.

No firmes nada.

Víctor guardó la carpeta en el cajón más bajo del escritorio, lo cerró y, por primera vez en años, sintió que el acto de no firmar era más pesado que el de firmar.

***

Una hora antes de salir hacia el aeropuerto, sonó el timbre.

Víctor no se movió.

El timbre sonó otra vez.

Se acercó a la puerta sin hacer ruido. Miró por la mirilla.

Una mujer joven, de unos treinta años, con abrigo oscuro y el pelo recogido. En la mano llevaba una carpeta. En el rostro, esa expresión neutra de alguien que sabe que está siendo observado y no le importa.

Víctor no abrió.

—Víctor Salgado —dijo la mujer al otro lado, con voz clara—. Tengo algo para usted. De parte de la agencia.

Víctor respiró.

—Deje eso en el suelo y márchese.

Hubo una pausa breve.

—No.

Víctor alzó una ceja. La negativa tenía peso. No era capricho. Era seguridad.

—Entonces no abra la boca y diga quién es —ordenó él.

—Me llamo Lucía —respondió la mujer—. Y si no me deja entrar, se va a ir a Viena incompleto.

Víctor sostuvo el silencio.

Al final, abrió.

No del todo. Lo justo para ver y para, si hacía falta, cerrar.

Lucía lo miró sin sorpresa.

—¿Siempre recibe así a los mensajeros?

—Los mensajeros mueren primero —dijo Víctor.

Ella no sonrió. Solo extendió la carpeta.

—Su cobertura. Su billete. Su nuevo teléfono. Y… —titubeó apenas— una nota personal.

Víctor tomó la carpeta. Abrió la tapa.

Dentro había lo esperado: un billete electrónico, un itinerario, un pasaporte con un nombre que no era el suyo, un móvil nuevo sin marca visible. Y un sobre pequeño, sin sello.

Lo abrió.

Una nota escrita a mano, letra firme.

"Miranda no es tu aliado."

No estaba firmada.

Víctor levantó la vista hacia Lucía.

—¿Quién escribió esto?

Lucía negó despacio.

—No lo sé.

—Mentira —dijo Víctor.

Ella sostuvo su mirada sin pestañear.

—No me pagan para mentirle. Me pagan para entregarle cosas.

Víctor guardó la nota en el bolsillo interior del abrigo, junto a la moneda antigua. De pronto, su pecho se sintió más pesado.

—¿Algo más? —preguntó.

Lucía dudó un instante.

—Le han asignado una analista de apoyo.

Víctor frunció el ceño.

—No necesito babysitting.

—No es babysitting —dijo ella—. Es… una sombra.

Víctor no le gustó la palabra. Una sombra es algo que te sigue incluso cuando no lo quieres.

—Nombre.

Lucía lo miró un segundo más.

—Elena Mir.

El nombre cayó en la habitación con una fuerza extraña, como si hubiera estado esperando ahí desde antes de que él naciera.

Víctor no reaccionó exteriormente. Pero por dentro, algo se movió.

Elena Mir.

Un recuerdo antiguo, no completo, volvió a asomar. Una academia. Un aula. Una mirada inteligente. Una voz joven, desafiante, pidiendo más de lo que le querían dar.

Víctor apretó la mandíbula.

—¿Cuándo? —preguntó.

—En Viena —respondió Lucía—. Usted llega. Ella ya estará allí.

Víctor asintió.

Lucía dio un paso atrás.

—Buena suerte, señor Salgado.

—La suerte es para los que no planifican —respondió él.

Ella se fue sin decir nada más.

Cuando la puerta se cerró, Víctor se quedó quieto un momento, escuchando el silencio. Luego miró el sobre vacío y la nota: "Miranda no es tu aliado".

El tablero se estaba complicando antes incluso de salir.

***

Barajas estaba lleno de gente que vivía vidas normales. Maletas, niños llorando, parejas despidiéndose con besos, ejecutivos con prisa. Víctor caminó entre ellos como una sombra bien vestida. No llamaba la atención. Era uno más. Eso era lo que lo hacía peligroso.

En el control de seguridad, su cuerpo reaccionó con una tensión mínima, invisible. Un arco detector no era una amenaza, pero sí un recordatorio de que incluso la normalidad tiene filtros.

Pasó sin problemas.

En la puerta de embarque, se sentó lo suficientemente cerca como para ver el pasillo y lo suficientemente lejos como para no ser parte del grupo. Sacó el móvil nuevo y lo encendió. La pantalla mostró un único contacto: “Operaciones”.

No había mensajes.

Víctor observó a su alrededor. Una mujer con abrigo rojo, un hombre dormido con la boca abierta, un adolescente viendo vídeos. Nadie parecía mirarlo.

Pero en el mundo de Víctor, “parecer” no significaba nada.

Pensó en Marta. En su mensaje. En su bastón golpeando el suelo como una sentencia. Marta no era sentimental, pero tampoco era estúpida. Si ella le había advertido, era porque sabía algo. Y si sabía algo, era porque temía no poder decirlo en voz alta.

Pensó en Miranda y en su sonrisa que parecía un contrato.

Pensó en Elena Mir. En el nombre que había quedado flotando en su cabeza como una promesa o una amenaza.

Por primera vez desde la llamada, el deseo de retirarse regresó con fuerza. No como un capricho, sino como un instinto de supervivencia. Porque retirarse no era descansar. Era salir de la línea de fuego.

Pero la línea de fuego, lo sabía, no siempre te deja salir.

Levantó la vista hacia las pantallas de información. Su vuelo estaba a tiempo.

Catorce días.

Una cifra ridícula para detener algo grande. Y sin embargo, en su mundo, las catástrofes se construyen en horas, no en años.

Cuando anunciaron el embarque, Víctor se levantó con calma. Caminó hacia la fila sin prisa. Entregó su documentación —otra identidad, otro nombre— y pasó por el túnel hacia el avión.

Al entrar, el olor a plástico y aire reciclado le resultó familiar. Ocupó su asiento junto a la ventana. Se abrochó el cinturón. Observó cómo la gente se acomodaba, cómo el avión se llenaba, cómo las azafatas sonreían con una tranquilidad impostada.

Una parte de él quería cerrar los ojos y dormir. Otra parte, más profunda, más antigua, no se lo permitía.

Cuando el avión empezó a rodar por la pista, Víctor apoyó la cabeza en el respaldo y miró por la ventana.

Madrid se alejaba lentamente.

No sintió nostalgia. Sintió anticipación.

En el bolsillo interior del abrigo, la moneda antigua y la nota sin firma rozaron su pecho, recordándole que el pasado siempre viaja contigo.

El avión aceleró.

Y en el instante en que las ruedas se despegaron del suelo, Víctor comprendió algo con una claridad brutal:

No era solo una misión final.

Era un regreso.

Un regreso a la parte de su vida que nunca se fue del todo.

Y aunque su cuerpo deseaba paz, el sentido del deber —ese hierro caliente— lo mantenía en pie.

Cerró los ojos un segundo.

Se obligó a respirar.

Cuando los abrió, el cielo era un campo abierto, limpio, sin fronteras visibles.

Pero Víctor sabía que las fronteras no siempre están en los mapas.

A veces están dentro.

Y la suya, la que separaba al hombre que quería retirarse del agente que seguía vivo, acababa de romperse.

***

A miles de metros de altura, mientras el avión atravesaba un mar de nubes, el móvil nuevo vibró por primera vez.

Una sola vez.

Víctor lo sacó sin prisa, con la discreción de quien no quiere que nadie vea nada.

En la pantalla apareció un mensaje:

"Aterrizas 14:20. No vayas al hotel. Ve al Café Prückel. Mesa del fondo. Pregunta por 'la partitura'. —E.M."

Elena Mir.

Víctor sostuvo el móvil un segundo más de lo necesario.

Luego lo apagó.

No por miedo. Por respeto a una regla simple: cuanto menos exista un mensaje, menos te puede matar.

Guardó el móvil.

Miró al frente.

Y por primera vez en mucho tiempo, sintió algo parecido a una sonrisa —no en los labios, sino en el fondo de la mente—.

La historia, al parecer, no había terminado con su retiro.

Solo estaba empezando.

CAPÍTULO 2: LA NOVATA

La alarma vibró a las 05:45, pero Elena Mir ya estaba despierta desde hacía rato, con los ojos abiertos en la penumbra y la mente funcionando como una sala de máquinas: silenciosa, exacta, incansable.

En la habitación del módulo de residencia —un rectángulo pulcro con cama estrecha, escritorio y un armario que olía a detergente industrial— no había nada fuera de sitio. Ni una camiseta colgada en el respaldo de la silla, ni un vaso a medio terminar, ni un cargador serpenteando por el suelo. La disciplina no era un gesto en Elena: era un idioma.

Se incorporó sin prisa, porque la prisa era un síntoma de desorden, y ella odiaba el desorden con una intensidad casi física. Sus pies tocaron el suelo frío, y durante un segundo, antes de levantarse, escuchó el edificio.

La academia tenía sonidos propios incluso cuando intentaba ser silenciosa: una puerta que cerraba con amortiguación, el zumbido de la ventilación, el chasquido lejano de una taquilla, alguna ducha abriéndose, un golpe sordo de alguien cayendo en el tatami del pabellón de combate.

Elena se recogió el pelo en un moño apretado, limpio, sin concesiones. Su reflejo en el espejo del baño le devolvió un rostro sereno: pómulos marcados, cejas oscuras, una mirada que no pedía permiso. Los ojos, casi negros, parecían de alguien mayor. No por años, sino por cosas calladas.

Al levantarse la manga para lavarse la cara, un trazo irregular de piel quemada asomó en la muñeca derecha. Fue un destello mínimo, como un secreto mal escondido.

Elena bajó la manga sin mirar.

En el pasillo, el aire olía a café malo y a cloro. Las luces blancas hacían que los rostros parecieran más pálidos, más tensos, más jóvenes de lo que querían reconocer.

—Mir —la saludó alguien.

Era Sofía Lagos, auriculares colgando del cuello como si fueran una medalla, los dedos manchados de tinta de rotulador, la sonrisa torcida de quien siempre parece estar rompiendo una norma invisible. Sofía trabajaba en la parte técnica de las simulaciones: sistemas, cámaras, interferencias, falsos rastreos, sensores. Era la persona que convertía la teoría en una pesadilla realista.

—Lagos —respondió Elena.

Sofía caminó a su lado.

—Hoy te toca la prueba de "fallo inducido". Varela está especialmente… creativo.

—Eso no suena bien.

—Nada suena bien cuando Varela sonríe. Me da miedo y me excita a partes iguales.

Elena no sonrió, pero el borde de su boca hizo un movimiento casi imperceptible. Era lo máximo que se permitía a esa hora.

Bajaron unas escaleras y cruzaron un corredor acristalado. Afuera, el cielo empezaba a aclararse con un tono metálico. El patio de entrenamiento estaba vacío, salvo por un grupo que corría en fila, sincronizado, como un solo animal con muchas piernas.

Sofía la miró de reojo.

—¿Nerviosa?

—No.

Sofía soltó una carcajada suave.

—Vale. Entonces estás acojonada, pero con clase.

Elena mantuvo la vista al frente.

—Estoy enfocada.

—Eso también lo dicen los tiburones antes de morder.

Llegaron al pabellón principal. La nave de simulación se encontraba al final, más allá de las aulas de idiomas y de un pasillo donde colgaban fotos enmarcadas de promociones anteriores. Rostros con sonrisas serias, nombres debajo, fechas. Algunas placas tenían pequeñas marcas, como si alguien hubiera intentado arrancarlas alguna vez. O como si alguien hubiera querido olvidar.

La nave olía a metal, goma y electricidad. Un mundo de paredes móviles, módulos que se configuraban según el ejercicio: una habitación de hotel, un aeropuerto, una oficina, un piso franco, un garaje subterráneo. En un rincón, maniquíes y atrezzo. En otro, terminales y pantallas. Todo diseñado para confundirte el instinto y obligarte a pensar bajo presión.

El instructor Varela la esperaba con un clip en la mano y un cronómetro colgando del cuello. Era corpulento, no por gimnasio sino por vida. Tenía esa piel curtida de quienes han pasado demasiado tiempo al sol o en lugares donde el sol no llega.

—Mir —dijo. No era un saludo; era un diagnóstico.

—Instructor.

Varela le entregó un sobre manila.

—Cuatro minutos.

Elena lo tomó sin abrirlo.

—¿Para?

Varela señaló una mesa con un terminal.

—Intercepción. Canal con ruido. Mensaje fragmentado. Reconstrucción y extracción. Si lo sacas antes de cuatro minutos, pasas al siguiente bloque. Si no, te lo pongo difícil.

—¿Más difícil que esto?

—No tienes imaginación —dijo Varela, y por primera vez se le levantó un lado de la boca, como una grieta en una pared.

Elena se sentó ante el terminal. Los demás cadetes ocuparon puestos a su alrededor. Algunos respiraban demasiado rápido. Uno se frotaba las manos. Otro movía la pierna sin parar.

Elena dejó el sobre cerrado junto al teclado y apoyó las palmas sobre la mesa, quietas, como si estuviera conectándose a algo.

No era misticismo. Era preparación.

Cuando abrió el sobre, vio una cadena de caracteres y un patrón de bloques que para cualquiera parecería aleatorio. Para Elena era una escena. Un cuerpo. Una huella.

Observó la distribución de repeticiones, la longitud de los segmentos, la manera en que el ruido se "comía" ciertos fragmentos. La firma de la implementación era vieja; lo reconoció por un error común en la rotación de claves, un detalle que solo se detectaba cuando llevabas demasiado tiempo mirando el mismo tipo de monstruo.

Los dedos se movieron.

No tecleaba como quien lucha contra el teclado, sino como quien conversa con él. Los comandos eran precisos, mínimos. No había florituras. No había "quizá".

A los cuarenta segundos ya había aislado el tipo de cifrado. A los dos minutos había reconstruido el 60% del mensaje. El resto era inferencia, contexto, redundancia, un arte que no estaba en los manuales.

En la academia, la mayoría de analistas aprendía a descifrar con herramientas, con procedimientos. Elena descifraba con intuición matemática. Detectaba patrones como si fueran música. Sabía cuándo una frase no "sonaba" correcta incluso sin verla completa.

El reloj corrió.

A los tres minutos y quince segundos, la pantalla escupió una línea coherente:

ENTREGA CONFIRMADA. CONTACTO EN VIENA. CLAVE: AJEDREZ.

Elena no levantó la cabeza. Guardó el resultado, imprimió y dejó la hoja en la mesa, como si fuera un gesto cotidiano.

Varela tomó el papel.

—Tres quince —dijo, anotando algo en una tabla—. Bien.

Uno de los cadetes a su lado la miró como si la odiara y la admirara al mismo tiempo.

—¿Cómo…?

Elena no le respondió. No por desprecio; por economía. Su energía no era infinita. La reservaba para lo importante.

Varela dejó el papel sobre la mesa y pulsó un botón en su clip.

Sonó una sirena breve. Las luces parpadearon.

—Fallo inducido —anunció Varela—. Ahora.

Un altavoz oculto en la nave se encendió con una voz artificial:

—SIMULACIÓN ACTIVADA: EXTRACCIÓN COMPROMETIDA. OBJETIVO: SALIR CON VIDA.

Las paredes móviles empezaron a desplazarse con un rumor de engranajes. El espacio de terminales se transformó en un pasillo de hotel: alfombra azul, cuadros genéricos, puertas numeradas, luz cálida. Un decorado tan normal que daba miedo.

Elena se levantó despacio, porque levantarse rápido era regalar información. Sus ojos recorrieron el pasillo: salidas, ángulos, sombras.

Y entonces sucedió lo que Varela llamaba “arrancarte el plan de las manos”.

Un disparo de fogueo sonó detrás de ella. El ruido rebotó en la nave como si fuera real.

La primera figura apareció por una puerta lateral: un hombre grande, arma de entrenamiento alzada, máscara parcial. La forma de moverse era de alguien acostumbrado a imponer con el cuerpo.

Elena giró antes de que el cañón alineara. No retrocedió en línea recta; eso te mata. Desvió el arma con la mano izquierda hacia la pared y entró en el espacio del atacante, donde el arma era menos útil. Golpe corto al plexo. El aire salió del hombre como un globo pinchado.

Elena atrapó la muñeca, palanca, giro, caída.

El cuerpo del agresor chocó contra la alfombra.

No hubo pausa. Elena recogió el arma con dos dedos, comprobó el cargador por reflejo, y avanzó hacia el extremo del pasillo.

Otra puerta se abrió. Segunda figura: más rápida, más ligera, un estilo diferente. Intentó rodearla.

Elena vio el movimiento antes de que ocurriera. No era telepatía: era lectura de intención. La cadera te dice lo que la mano intenta esconder. El hombro te anuncia el golpe antes de que llegue.

Corrió tres pasos, se impulsó contra la pared, giro, rodilla al muslo, codo al rostro. La segunda figura tambaleó. Elena aplicó una llave corta y lo llevó al suelo.

Lo inmovilizó con la mínima fuerza necesaria. La violencia, para ella, era una herramienta, no un desahogo.

Cuando el altavoz anunció "FIN DE SIMULACIÓN", Elena seguía respirando lento.

Varela apareció caminando por el pasillo con la calma de quien ya ha visto esa escena mil veces.

—¿Por qué no disparaste? —preguntó, señalando el arma de entrenamiento en su mano.

Elena soltó la muñeca del agresor y se levantó.

—Pasillo estrecho. Distancia corta. Ruido innecesario.

Varela inclinó la cabeza.

—¿Y si el ruido era la única salida?

Elena lo miró sin titubear.

—Entonces habría disparado.

Varela la observó unos segundos. No había elogio en su cara, solo evaluación.

—Recoge tus cosas. Te esperan.

Elena frunció apenas el ceño.

—¿Quién?

—Arriba.

La palabra "arriba" no era una dirección, era una categoría. Arriba estaban los que tomaban decisiones. Arriba estaba el mundo real.

Elena salió del módulo de simulación con el cuerpo en modo alerta, pero la mente ya se había adelantado: ¿qué significaba "te esperan"? ¿Qué había cambiado? ¿Qué había pasado durante la noche que justificara interrumpir su programa?

En los vestuarios se lavó la cara con agua fría y se cambió rápido. No tardó en revisar su mochila: libreta, bolígrafo, identificación, guantes, una pequeña memoria USB sellada con su nombre, y un objeto que nadie veía porque estaba escondido entre el forro y la tela: una ficha metálica, lisa, sin grabado. La tocó con la yema del dedo como quien comprueba que un fantasma sigue ahí.

Subió al ala administrativa en un ascensor silencioso. A medida que ascendía, el aire parecía enfriarse. La academia tenía dos mundos: el de los cadetes, donde el sudor era la moneda; y el de los despachos, donde la información era el arma.

La puerta del control biométrico se abrió con un zumbido. Le escanearon iris, huella y pulso. Una rutina que parecía excesiva, pero Elena sabía que el exceso era una forma de miedo.

La sala de reuniones era sobria: cristal oscuro, madera, una mesa larga con sillas idénticas. Pantallas apagadas. Un silencio que no era ausencia de ruido, sino presencia de poder.

Sentada al fondo estaba Marta Gálvez.

Elena la había visto solo de lejos: en actos, en discursos cortos, en pasillos donde la gente se enderezaba como si una corriente eléctrica los atravesara. Marta Gálvez era una mujer de cabello recogido con precisión, rostro marcado por una severidad que parecía genética, y ojos que no miraban: medían.

A su lado, de pie, estaba Augusto Miranda, gafas de montura fina, traje impecable, sonrisa calculada para parecer humana.

—Elena Mir —dijo Gálvez—. Siéntate.

Elena obedeció sin perder un segundo.

Gálvez la observó como quien lee un documento sin mover las manos.

—En papel eres excepcional —continuó—. En simulación, también. Pero lo que nos importa es quién eres cuando el mundo decide que no te mereces una segunda oportunidad.

Miranda intervino con esa voz templada que siempre parecía estar vendiendo algo.

—Tenemos una situación de máxima prioridad. Esto no es un ejercicio. Es una asignación.

Elena notó un peso en el estómago. Asignación significaba riesgo. Riesgo significaba variables fuera de control. Variables fuera de control significaban noches sin dormir y errores que no se podían borrar.

—¿Unidad? —preguntó Elena.

—Operación conjunta —respondió Miranda—. Y antes de que preguntes: sí, implica salir.

Gálvez apoyó la mano en el bastón que descansaba junto a su silla. El gesto fue mínimo, pero en la sala pareció sonar como un golpe.

—Vas a salir de la academia, Mir.

Elena mantuvo la compostura, aunque dentro algo se tensó: un hilo invisible que sujetaba su mundo se había movido.

—¿Cuándo?

—Hoy.

Elena parpadeó. No por sorpresa, sino porque el cerebro necesitó reiniciar prioridades.

—¿Con quién? —preguntó, y sintió el orgullo intentando disfrazarse de neutralidad.

Miranda pulsó un mando. La pantalla se encendió y mostró una fotografía.

Un hombre de mediana edad, traje clásico, corte impecable, canas en las sienes. Una cicatriz leve en la ceja izquierda. Ojos claros que parecían atravesar el vidrio.

Víctor Salgado.

El nombre no necesitaba presentación. En la academia se hablaba de él como se habla de ciertas guerras: con respeto, con miedo, con mitología. Se decía que había construido operaciones imposibles y salido con vida. Se decía que había aprendido idiomas en una semana porque necesitaba sobrevivir. Se decía que podía oler una traición antes de verla.

Y también se decía —y esto lo decía la gente en voz más baja— que Víctor Salgado nunca perdonaba un error.

Elena sintió una presión extraña en el pecho. No era temor. Era algo más incómodo: la conciencia de estar entrando en un lugar

donde su brillantez analítica podía no servir de nada.

—¿Es él? —preguntó, y se odió por el matiz casi humano de la frase.

—Es él —confirmó Gálvez—. Y esta es su última misión.

Miranda sonrió.

—Salgado está a punto de retirarse. Esta operación será… el cierre.

Elena miró la foto. Intentó imaginar a ese hombre en el pasillo del hotel simulado. Intentó imaginarlo a su lado. Intentó imaginarse a sí misma siguiendo órdenes que no controlaba.

Y una pregunta se le clavó en la nuca, afilada: si esta es la última misión de un veterano legendario… ¿por qué me necesitan a mí?

Gálvez pareció leerlo en la forma en que Elena ajustó los dedos sobre su rodilla.

—Porque él sabe cómo moverse en el campo —dijo Gálvez—. Y tú sabes cómo leer lo que otros no ven. Esta misión exige ambas cosas. Y exige rapidez. Estamos entrando en una partida que empezó hace años.

Miranda, sin cambiar el tono, añadió:

—Interceptamos una comunicación anoche. Mencionaba Viena y una clave: "ajedrez".

Elena sintió un escalofrío leve. No porque fuera una palabra siniestra, sino porque era la misma que ella había extraído minutos antes.

—Ese mensaje… —empezó Elena.

—Sí —dijo Miranda, anticipándose—. Era real. No era un ejercicio. Te probábamos con el material que está en juego.

Elena sostuvo la mirada. En su interior, dos partes de ella chocaron: la que quería saberlo todo antes de dar un paso, y la que comprendía que el mundo real no regala contexto.

—¿Cuál es el objetivo? —preguntó.

Gálvez se inclinó un poco hacia delante.

—Eso te lo dirá Salgado —respondió—. En persona. Te reunirás con él en el aeropuerto. En dos horas.

Dos horas.

Elena calculó: ducha, equipo, briefing mínimo, traslado. No había margen para dudas.

—¿Mi rol exacto? —preguntó.

Miranda habló como si leyera un contrato invisible.

—Analista y apoyo en campo. Comunicaciones, lectura de entorno, verificación. Serás su enlace con nosotros en lo que sea necesario. Y, lo más importante: serás sus ojos cuando él esté mirando hacia otro lado.

Elena notó cómo la frase le pesaba. Ser los ojos de alguien como Salgado era un honor y una amenaza.

Gálvez añadió, con una calma que daba miedo:

—Cuando estés con él, no intentes impresionarle. No intentes competir. Y no creas ni una palabra… si no la verificas tú misma.

Elena se levantó. Saludó con la rigidez protocolaria. Se giró hacia la puerta.

Antes de salir, Gálvez la detuvo con una última frase:

—Mir. Una cosa más.

Elena se volvió.

—Si te pide que elijas entre tener razón y mantenerte con vida… elige la vida. Tener razón no sirve en un ataúd.

Elena asintió una vez y salió.

El pasillo del ala administrativa le pareció más estrecho que nunca. Las paredes, demasiado blancas. El silencio, demasiado denso.

En el ascensor, su reflejo era el de alguien que todavía fingía que esto estaba bajo control.

Pero por dentro, la idea se abría como una grieta: voy a conocer a Víctor Salgado. Voy a salir. Voy a entrar en una misión real.

Y por primera vez en mucho tiempo, Elena sintió que su plan —su manera de vivir, de ordenar el mundo— no servía para nada.

Solo quedaba una certeza, tan concreta como un disparo:

En dos horas estaría frente al hombre que llamaban leyenda.

Y su vida, por fin, dejaría de ser teórica.

CAPÍTULO 3: EL REENCUENTRO

Viena tenía un frío educado, de esos que no te empujan: te convencen. La nieve caía sin prisa sobre los tejados y sobre los hombros de la gente como un secreto antiguo, repetido tantas veces que ya nadie preguntaba de dónde venía.

Víctor Salgado caminaba sin parecer que caminaba. Se movía como se mueven los hombres que han pasado la vida entera aprendiendo a ocupar el espacio sin dejar huella: ni demasiado rápido para llamar la atención, ni demasiado lento para parecer perdido. Las manos en los bolsillos del abrigo, la espalda recta, los ojos verdes aparentando cansancio… pero contando, midiendo, comparando.

Uno. El reflejo de una cámara en el cristal de un escaparate.

Dos. Un turista con mochila que miraba al cielo demasiado tiempo.

Tres. Una mujer con prisa que no miraba a nadie y, sin embargo, estaba atenta a todo.

Víctor giró la esquina de Kärntner Straße y dejó que el bullicio se le pegara a la piel como una capa de protección. Las ciudades eran una bendición para su oficio: demasiados rostros, demasiados destinos, demasiadas excusas para que alguien estuviera allí. La amenaza siempre quedaba enterrada bajo el ruido… hasta que una pieza del ruido se repetía.

Como una nota falsa en una melodía.

La vio por primera vez en el reflejo de un ventanal. No de frente. Nunca de frente.

Alta. Atlética. Cabello negro recogido en un moño práctico que no dejaba un pelo fuera de sitio. Colores neutros. Paso exacto. La

expresión de quien lleva horas controlando la respiración para que el corazón no se delate.

Elena Mir.

Víctor no sonrió. El reencuentro no era una emoción; era un riesgo. Y los riesgos se gestionaban, no se celebraban.

El punto de encuentro era un café estrecho y oscuro, casi escondido, con mesas de madera gastada y lámparas cálidas que fingían intimidad. El tipo de sitio donde todo el mundo se sentía invisible… y por eso nadie lo estaba.

Víctor entró primero, sin prisa, como si viniera a refugiarse del frío.

Elena ya estaba dentro.

No miró hacia la puerta cuando él entró, lo cual era una buena señal: no lo esperaba con desesperación. Y una mala: significaba que tenía el control suficiente para disimular.

Víctor dejó caer una moneda sobre el platito vacío de su mesa. Un sonido seco, pequeño, pero suficiente para arrancar una reacción.

Elena levantó la vista. Solo un segundo. El suficiente para confirmarlo. Luego volvió a su taza, como si Víctor fuera un hombre cualquiera que pasaba por allí.

—Sigues contando los pasos —murmuró Víctor, sentándose sin pedir permiso.

—Y tú sigues llegando tarde —respondió Elena, sin mirarlo del todo.

Víctor se quitó los guantes con calma.

—No llegué tarde. Llegué cuando el lugar dejó de ser seguro.

Elena dejó la cucharilla en el borde de la taza. No temblaba. Eso era lo primero que había aprendido: en el campo, el temblor era un cartel luminoso.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Y cuál fue el indicador, profesor?

Aquella palabra, profesor, era un golpe sutil. Un recordatorio. Una forma de decir: "no olvides que yo fui tu alumna" y, al mismo tiempo, "no te permito que me trates como una".

Víctor la observó. La quemadura en la muñeca derecha asomaba cuando ella acomodó la mano sobre la mesa. Pequeña, extraña. Una marca que siempre parecía fuera de lugar.

—Tu muñeca —dijo él.

Elena la cubrió instintivamente. Enseguida se dio cuenta del gesto y se corrigió, dejando la mano a la vista otra vez. En sus ojos oscuros pasó una chispa de molestia consigo misma.

—Sigues fijándote en cosas innecesarias —dijo, pero había tensión en la voz.

—En mi trabajo no existe lo innecesario.

Elena apretó los labios.

—Entonces dime. ¿Qué te hizo pensar que el lugar ya no era seguro?

Víctor ladeó la cabeza apenas.

—Hay un hombre en la barra que mira la puerta cada vez que alguien entra… pero nunca a los ojos. Y hay otro en la esquina que respira como si estuviera en su casa.

Elena no giró la cabeza. Solo bajó un poco la mirada, como si fuera a la taza, y usó el reflejo del espejo tras la barra. Rápida. Precisa.

—Lo veo —susurró—. El de la esquina dobla el periódico en el mismo patrón cada dos minutos.

Víctor asintió.

—No está leyendo. Está esperando.

Elena dejó escapar una exhalación contenida.

—Viena. Café. Reencuentro emotivo. Y, por supuesto, dos vigilancias de cortesía.

—Bienvenida al mundo real.

Elena lo miró por fin de frente. No había miedo. Había una mezcla de profesionalidad y algo más antiguo, más personal, enterrado.

—Me dijeron que ya estabas fuera.

Víctor sostuvo la mirada sin pestañear.

—Me han dicho eso muchas veces. A veces incluso me lo he creído.

Elena tragó saliva.

—¿Por qué yo?

Víctor se inclinó lo justo para que la conversación quedara sepultada bajo el murmullo del café.

—Porque esto no es un asunto de fuerza. Es un asunto de cabeza. Y la tuya… —se detuvo— siempre fue peligrosa.

Elena frunció el ceño, pero la frase la golpeó como un recuerdo.

La tuya siempre fue peligrosa.

Esa era exactamente la frase que él le había dicho años atrás, en la academia, cuando Elena había resuelto en veinte minutos un ejercicio de criptografía que a los demás les llevó horas.

Y él, en vez de felicitarla, le había quitado el papel y lo había roto delante de todos.

"Tu cabeza es peligrosa. Si la usas sin disciplina, te matará a ti y a los que estén cerca."

Elena parpadeó, volviendo al presente.

—¿Qué ha pasado, Víctor?

Él no se movió. Sus ojos verdes, esos ojos que "veían más allá de lo evidente", se posaron en la puerta del café. La campanilla tintineó

al entrar una pareja. Víctor esperó a que se sentaran, a que el ruido los abrazara.

—Han robado un dispositivo.

Elena alzó una ceja.

—¿Un dispositivo? ¿Un ordenador? ¿Un módulo? ¿Un—?

—Uno que no se puede reemplazar con una compra urgente ni con un correo a logística.

Elena se inclinó un poco. La ansiedad quería colarse por la rendija del control. Elena la mantuvo fuera.

—Nombre.

Víctor dudó. Un segundo. Un solo segundo. Pero Elena lo notó.

—Víctor.

Él bajó la voz.

—El Código Berlín.

Elena se quedó quieta. Como si le hubieran cambiado el suelo por hielo.

Ese nombre existía en rumores, en pasillos, en chistes internos que nadie contaba delante de los nuevos. Una frase que aparecía y desaparecía como una sombra.

Elena había preguntado una vez por ello, siendo alumna. Y Víctor le había respondido:

"No hagas preguntas con nombre propio. Las preguntas con nombre propio acaban con tumbas."

—Eso… —murmuró Elena— no es un dispositivo.

—Es un mito.

—Y los mitos son excusas para esconder fracasos.

Víctor la miró con una calma peligrosa.

—O para esconder verdades.

Elena inspiró, lenta, como si tuviera que ordenar su mente en compartimentos.

—¿Qué hace?

Víctor no respondió directo.

—Tú dime. ¿Qué crees que hace algo que se llama Código Berlín?

Elena apretó la mandíbula.

—El nombre sugiere Guerra Fría, criptografía, operaciones encubiertas. Suena a algo que… que puede acceder a comunicaciones o romperlas.

Víctor asintió apenas.

—Suficiente.

Elena lo miró, frustrada.

—No me sirve "suficiente". Necesito datos.

Víctor apoyó un dedo sobre la mesa, un gesto pequeño que significaba calma.

—Te los daré. Pero no aquí.

Elena miró alrededor sin mover el cuello.

—¿Dónde?

Víctor deslizó una tarjeta por la mesa. Sin logo. Sin nombre. Solo una dirección y una hora.

MuseumsQuartier. Parte trasera. En una hora.

Elena recogió la tarjeta con un cuidado que era casi respeto.

—¿Quién nos espera?

Víctor no dijo un nombre.

—Un contacto.

—¿De confianza?

Víctor sonrió apenas. Algo frío.

—Los contactos son como el hielo. Sirven mientras no te apoyes demasiado.

Elena se guardó la tarjeta.

—No somos dos turistas. Si nos siguen…

—Ya nos siguen.

Elena lo miró, y en sus ojos había un destello de desafío.

—Entonces rompámosles el ritmo.

Víctor se levantó.

—Eso mismo pensé.

Salieron separados, con dos mesas de distancia entre ellos, como si no se conocieran. Elena salió primero, con paso firme. Víctor esperó treinta segundos y luego salió, sin mirarla.

El aire helado les golpeó la cara. Viena seguía siendo bonita incluso cuando te daba una bofetada.

Elena caminó hacia la izquierda. Víctor hacia la derecha. Dos direcciones opuestas durante media manzana. Luego, sin señal, ambos giraron hacia un pasaje interior que conectaba dos calles.

Víctor vio el primer movimiento en el reflejo de un escaparate: el hombre de la bufanda gris, que no estaba antes, y que ahora estaba demasiado.

Elena también lo vio. No giró la cabeza. Pero su paso se tensó un milímetro. Lo suficiente para que Víctor supiera que había detectado la anomalía.

Se encontraron en el pasaje como si fuera casualidad, como si el destino los hubiera cruzado.

—Bufanda gris —murmuró Elena, sin mirarlo.

—Y el de la esquina del café —respondió Víctor—. Salió detrás de ti.

Elena respiró.

—¿Plan?

Víctor no cambió el ritmo.

—Plan A: demostrarles que no nos interesan. Plan B: que nos teman. Plan C: correr.

—Odio el plan C.

—Yo lo inventé —dijo Víctor—. No es para que te guste. Es para que te salve.

Elena apretó los dientes.

—¿Dónde está la salida del pasaje?

Víctor señaló con la barbilla.

—Al final. Hay una escalera que sube a una tienda de antigüedades. Si entramos, nos pierden la línea de visión.

Elena hizo una mueca.

—Y si dentro nos esperan…

—Entonces improvisamos.

—Odio improvisar.

—Lo sé. Por eso te traje.

Elena lo miró un segundo, sorprendida.

Víctor no se detuvo a explicarlo. La empujó con el ritmo, no con la mano.

Llegaron a la tienda de antigüedades. La puerta tenía una campanilla vieja.

Víctor entró primero. Elena después.

Dentro olía a madera húmeda y a polvo caro. Había relojes antiguos, vitrinas, y una anciana detrás del mostrador que miró a Víctor como si lo reconociera… aunque no lo conocía. Era ese tipo de miradas: una mirada de persona que sabe que hay vidas que no se explican con palabras.

Víctor recorrió el lugar con los ojos. No había amenaza visible.

Elena caminó hacia una vitrina, fingiendo interés. Su mente, sin embargo, iba rápido.

—Los perdimos —susurró ella.

Víctor no respondió. Se acercó al mostrador y dejó caer un billete.

—Busco piezas de ajedrez —dijo, en alemán perfecto.

La anciana lo miró.

—Las mejores ya no están —respondió, también en alemán.

Víctor sonrió, mínimo.

—Las mejores siempre son las que faltan.

Elena frunció el ceño. Aquello no era un intercambio normal. Era un código. Una contraseña.

La anciana asintió y señaló una puerta trasera.

—Al fondo. Suban. Pero rápido.

Elena miró a Víctor, incredulidad mezclada con admiración.

—¿Ajedrez?

Víctor no le devolvió la emoción.

—Motivo recurrente. Aprende.

Atravesaron la puerta trasera y subieron una escalera estrecha. Salieron a una calle paralela. La nieve caía con el mismo silencio.

Víctor miró atrás. El hombre de la bufanda gris apareció al final del pasaje, mirando hacia la tienda… demasiado tarde.

Víctor no sonrió. Pero algo dentro se tensó con satisfacción.

—Ahora saben que existimos —murmuró Elena.

—Eso es peor que que nos pierdan —respondió Víctor—. Pero es inevitable.

Elena se ajustó el abrigo.

—¿Y ahora?

—Ahora vamos a nuestro briefing.

Elena caminó a su lado, aún manteniendo una distancia prudente.

—Víctor —dijo ella, sin mirar—. ¿Esto… lo de la anciana… era un contacto?

—Era un favor.

—¿De cuándo?

Víctor tardó en responder.

—De antes de que tú supieras que el mundo era más grande que tus libros.

Elena se mordió la lengua. Quería preguntar. Quería exigir. Pero el campo tenía su propio ritmo. Y Víctor no era el tipo de hombre al que se le arrancaban verdades con prisas.

Caminaron a través de Viena, cruzando plazas, usando calles secundarias, cambiando de ritmo, entrando en un centro comercial solo para salir por otra puerta. Elena se sorprendió de lo bien que se acoplaba a él, aunque le irritara admitirlo. Su cuerpo seguía los cambios sin que su mente se lo pidiera. Como si su formación hubiera estado esperando este momento.

En un cruce, Elena se detuvo frente a un semáforo en rojo.

Víctor se detuvo a su lado.

—No cruces —susurró él.

Elena no entendió al principio. Luego vio el reflejo en el cristal del semáforo: el hombre de la bufanda gris había reaparecido.

Elena apretó los dedos dentro del bolsillo. Su ansiedad golpeó la puerta del control. Ella la mantuvo cerrada.

—¿Cómo…?

—Son buenos —dijo Víctor—. O son muchos.

Elena tragó saliva.

—¿Qué hacemos?

Víctor miró alrededor. Sus ojos se movieron como una brújula interna.

—Hacemos algo que odias.

Elena lo miró, tensando la mandíbula.

—¿Improvisar?

—Mentir.

Elena parpadeó.

Víctor sacó el teléfono de su bolsillo y lo puso en la oreja. No estaba llamando a nadie. Solo actuando.

—Sí, cariño —dijo en voz alta, en español, con un tono ligeramente cansado—. Ya estoy cerca. Sí, sí, el regalo. No, no es caro.

Elena lo miró como si hubiera perdido el juicio.

Víctor le dio una mirada rápida: sígueme.

Elena entendió. Se acercó a Víctor, pegándose a su brazo como una pareja real. Sus ojos se ablandaron, la expresión se volvió cotidiana.

—¿Qué le digo a tu madre? —preguntó Elena, en un español perfectamente natural, como si llevara años haciéndolo—. Que llegas tarde. Otra vez.

Víctor sonrió, ahora sí, lo justo para que pareciera verdadero.

—Dile que no me deje fuera.

El semáforo cambió a verde. Cruzaron con paso normal, abrazados. El hombre de la bufanda gris cruzó detrás… pero ahora su mirada dudaba. La duda era oro.

Víctor continuó hablando al teléfono, modulando su voz. Elena fingió reír. La escena era banal. Y en espionaje, lo banal era la mejor máscara.

En la otra acera, Víctor se detuvo frente a un escaparate de perfumes.

—¿Te siguen? —preguntó Elena, bajando la voz.

Víctor dejó el teléfono.

—No sé si nos siguen… o si nos escoltan.

Elena frunció el ceño.

—¿Cuál es la diferencia?

Víctor la miró.

—El que te sigue quiere que no lo veas. El que te escolta quiere que lo veas cuando conviene.

Elena tragó saliva.

—Entonces… ¿quieren que sepamos que nos observan?

—Quieren que sepamos que estamos dentro del tablero.

Elena apretó la mandíbula. El ajedrez otra vez.

—No me gustan los tableros donde no sé quién mueve las piezas.

—A nadie le gustan —respondió Víctor—. Por eso perdemos.

Siguieron caminando. Elena notó que Víctor la llevaba hacia zonas más abiertas, donde el campo visual era amplio. Eso significaba que quería ver venir el peligro.

MuseumsQuartier apareció como un conjunto de edificios modernos y antiguos, una mezcla de piedra y cristal. Turistas, estudiantes, gente que paseaba. Una multitud perfecta para perderse. O para desaparecer.

—Parte trasera —murmuró Víctor.

Pasaron entre grupos de personas. Elena sintió el roce de la realidad: el mundo seguía girando mientras ellos arrastraban una amenaza invisible.

Llegaron a un pasillo lateral, más estrecho, donde el bullicio se apagaba.

Allí, apoyado en una pared, un hombre fumaba. No parecía importante. Un abrigo normal. Una cara que se olvidaría en cinco segundos. Pero sus ojos…

Sus ojos miraron a Víctor primero, luego a Elena, como si ya los conociera en detalle.

Víctor se detuvo a tres metros. Elena a cuatro. Distancia controlada.

—Señor Salgado —dijo el hombre en español, sin acento claro.

Víctor no respondió al saludo. Respondió al peligro.

—No deberías decir mi nombre.

El hombre se encogió de hombros.

—Si alguien quiere matarlos, ya sabe quiénes son. Si no lo sabe… hoy lo sabrá.

Elena sintió una punzada de irritación.

—¿Quién eres?

El hombre sonrió, una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—Solo un mensajero.

Víctor lo observó.

—Los mensajeros mueren fácil.

—Por eso traigo el mensaje rápido —dijo el hombre, y tiró la colilla al suelo, aplastándola—. Lo han sacado del país.

Elena se tensó.

—¿Qué han sacado?

El hombre la miró.

—El Código Berlín.

Elena sintió el nombre como una cuerda apretándose.

—¿A dónde?

El hombre levantó un hombro.

—No lo sé. Sé el siguiente paso.

Víctor no se movió. Sus ojos verdes eran una amenaza en sí mismos.

—Habla.

El mensajero sacó un sobre del interior de su abrigo. No lo acercó. Lo dejó caer al suelo, a medio camino, como si fuera un animal que no se atreve a acercarse a un depredador.

—Aquí hay un video —dijo—. Y una coordenada. Un punto de entrega.

Elena dio un paso, pero Víctor levantó una mano.

—Tú no.

Elena lo miró, molesta.

—Sé recoger un sobre.

—No se trata de eso —dijo Víctor.

Víctor avanzó despacio, sin bajar la vista del mensajero. Con el pie, arrastró el sobre hacia sí. Lo levantó con dos dedos, como si fuera sucio.

El mensajero respiró.

—No lo abran aquí. No lo miren aquí. No hagan nada aquí.

Elena frunció el ceño.

—¿Por qué?

El mensajero no contestó a ella. Miró a Víctor.

—Porque hay un francotirador.

Elena sintió un frío distinto al de Viena.

Víctor no parpadeó.

—¿Dónde?

El mensajero señaló apenas con los ojos. Un edificio alto. Ventanas. Miles de posibles puntos.

—No es para dispararles a ustedes —añadió—. Es para dispararme a mí si me quedo demasiado tiempo.

Elena miró a Víctor, alarmada.

Víctor asintió lento.

—Entonces vete.

El mensajero ya estaba retrocediendo.

—No me han visto nunca —dijo—. Y ustedes tampoco.

Y se fue, perdiéndose entre la gente con una facilidad aterradora.

Elena soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—¿Eso fue… real?

Víctor guardó el sobre.

—En este mundo, la pregunta no es si fue real. Es si fue útil.

Elena tragó saliva.

—¿Cómo conseguimos un mensajero así?

Víctor la miró de reojo.

—No lo conseguimos. Nos lo enviaron.

Elena apretó los dientes.

—¿Quién?

Víctor no respondió. Solo caminó.

Elena lo siguió, intentando mantener el ritmo sin perder la cabeza.

Se alejaron del lugar por rutas diferentes. Víctor la guio hacia un aparcamiento subterráneo. Bajaron por escaleras. El ruido se apagó. El eco se hizo dueño.

En un rincón del aparcamiento, Víctor se detuvo junto a una columna. Había un coche gris, anodino, estacionado allí. Elena lo miró.

—¿Ese es nuestro?

—Ahora sí.

Elena abrió la boca.

—¿Cómo…?

Víctor sacó una llave de su bolsillo, la giró en el aire.

—Vienna es una ciudad de cultura. La cultura incluye robar coches sin que nadie se dé cuenta.

Elena soltó una risa breve, por primera vez auténtica. Luego se corrigió. El humor era un lujo.

Entraron en el coche. Víctor al volante. Elena en el asiento del copiloto, mirando por los retrovisores como si fueran un mapa.

Víctor arrancó.

—Abre el sobre —dijo.

Elena lo hizo con cuidado. Dentro había un pequeño pendrive y una nota con coordenadas escritas a mano.

Elena miró la escritura. Algo en ella se tensó. Era una letra firme, adulta, pero con una precisión casi obsesiva.

—Esto no lo escribió un delincuente —murmuró.

Víctor no respondió.

Elena conectó el pendrive al portátil que sacó de su mochila. El portátil se encendió rápido, como un animal entrenado. Elena tecleó.

—Hay un vídeo —dijo—. Y… un archivo encriptado.

Víctor miró la carretera subterránea del aparcamiento, buscando la salida.

—Pon el vídeo.

Elena lo abrió.

La pantalla mostró un pasillo de almacén. Una puerta metálica. Un hombre con uniforme abriendo. Otro con una maleta rígida.

Elena se inclinó, ojos fijos.

—Es el robo.

—Sí —dijo Víctor—. Pero mira el detalle.

Elena avanzó fotograma a fotograma. El uniforme. El gesto. La mano con guantes. Y entonces… un parche en el hombro.

Elena amplió. La imagen se rompió en pixeles.

—Está borroso.

Víctor apretó el volante.

—Aún así lo reconozco.

Elena lo miró.

—¿De dónde?

Víctor tardó en responder. La salida del aparcamiento se acercaba.

—De una carpeta que no debería existir.

Elena se quedó helada.

—Víctor…

Él apretó los dientes.

—No aquí.

Elena volvió al vídeo.

—Si el parche es real, entonces esto no es un robo. Es una extracción.

Víctor asintió, tenso.

—Y si es una extracción… alguien autorizó la puerta.

Elena respiró.

—Entonces el enemigo está dentro.

Víctor no lo negó.

El coche salió del aparcamiento y se incorporó a una avenida. Viena volvió con su ruido, su luz, su falsa normalidad.

Elena miró el archivo encriptado.

—Este archivo… no puedo abrirlo sin la clave.

Víctor miró el retrovisor. Nadie obvio.

—¿Cuánto tardarías en romperlo?

Elena apretó los labios.

—Depende del algoritmo. Si es algo estándar…

Víctor la miró.

—No es estándar.

Elena tragó saliva.

—Entonces necesito una pista.

Víctor no respondió con palabras. Respondió con un gesto: se tocó la cicatriz de la ceja izquierda, como si fuera un recuerdo físico.

Elena lo vio.

—Víctor… ¿tú estuviste involucrado?

El coche avanzaba. Víctor respiró lento.

—Fui muchas cosas en Berlín.

Elena sintió que el aire se le espesaba.

—¿Berlín de verdad? ¿El Berlín del nombre?

Víctor apretó el volante.

—El Berlín donde los muros eran reales.

Elena bajó la mirada al portátil. Su mente quiso correr por caminos lógicos, buscar etiquetas, convertirlo todo en un esquema. Pero había emociones allí, y Elena había aprendido a encerrarlas. Sin embargo, ahora golpeaban la puerta con fuerza.

—Yo era tu alumna —dijo Elena, bajando la voz—. Y nunca me hablaste de eso.

Víctor soltó una risa seca, sin humor.

—Porque eras mi alumna.

Elena frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido.

Víctor la miró de reojo.

—Tiene todo el sentido del mundo. En la academia te enseñan técnicas. Pero la parte que te mata… esa no se enseña.

Elena tragó saliva.

—¿Y cuál es "la parte que mata"?

Víctor no respondió de inmediato. El coche pasó junto a un parque. Niños jugando en la nieve. Gente normal.

—La parte que te hace creer que eres invencible —dijo al fin—. Y la parte que te hace creer que eres imprescindible.

Elena se quedó en silencio. Su ansiedad no era solo por el plan. Era por la responsabilidad. Por demostrar. Por no fallar. Por no ser invisible.

Víctor lo sabía. Siempre lo había sabido.

Elena miró la nota con coordenadas.

—¿Qué es este punto?

Víctor respondió, breve:

—El siguiente paso de la cadena.

—¿Un punto de entrega?

—Probablemente.

Elena levantó la vista.

—Entonces es una trampa.

Víctor asintió.

—Probablemente.

Elena respiró fuerte.

—¿Y aun así vamos?

—Claro.

Elena lo miró como si fuera una locura.

—¿Por qué?

Víctor mantuvo la mirada al frente.

—Porque en las trampas están las huellas del cazador.

Elena apretó los dientes.

—Y también cadáveres.

Víctor la miró, serio.

—Por eso estás conmigo.

Elena lo miró con rabia contenida.

—¿Yo? ¿Para qué? ¿Para que me protejas? ¿Para que sea tu redención?

Víctor apretó la mandíbula. Por un momento, su máscara de frialdad se resquebrajó.

—Para que no te conviertas en mí.

Elena se quedó quieta. La frase le cortó el aire.

Víctor continuó, sin mirarla.

—Tú todavía crees en cosas. En instituciones. En reglas. Yo ya no. Pero alguien tiene que creer… o esto se convierte en un mercado de sangre.

Elena tragó saliva. Sus ojos oscuros se humedecieron un instante. Lo controló.

—Entonces dime la verdad —dijo—. ¿Qué es exactamente El Código Berlín?

Víctor tardó en responder, como si la palabra fuera una bala en la lengua.

—Es una llave —dijo al fin—. Una llave que abre puertas que no deberían abrirse.

Elena apretó el portátil.

—¿Llave de qué?

Víctor miró el retrovisor. Ningún coche extraño cerca.

—De secretos. De comunicaciones. De identidades. De vidas.

Elena bajó la mirada.

—Eso suena… imposible.

Víctor soltó una risa amarga.

—La gente siempre cree que lo peor es imposible. Hasta que lo ve.

Elena apretó los dientes.

—¿Quién lo quiere?

Víctor no respondió con un nombre, sino con una certeza:

—Gente que no tiene patria. Solo precio.

Elena asintió lentamente. Su mente empezaba a encajar piezas.

—Entonces… lo van a vender.

Víctor la miró.

—O lo van a usar.

Elena miró el archivo encriptado de nuevo.

—Y este archivo… ¿qué contiene?

Víctor respondió, bajo:

—La ruta. O la lista. O el motivo.

Elena tragó saliva.

—Y no podemos abrirlo.

Víctor apretó el volante.

—Aún no.

Elena apretó la mandíbula, frustrada.

—Odio esto.

Víctor la miró, casi con ternura.

—Eso es buena señal.

Elena frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque significa que todavía te importa.

Elena lo miró, y por un segundo vio al hombre detrás del agente: el hombre cansado, el hombre que había perdido gente, el hombre que llevaba la culpa como un abrigo que no se podía quitar.

El silencio volvió, pesado.

Elena, para romperlo, dijo:

—¿Te acuerdas de mi primer día en la academia?

Víctor tardó demasiado en contestar.

—Sí.

Elena soltó una risa breve.

—Yo también. Llegué con un cuaderno lleno de fórmulas y tú me dijiste que la única fórmula real era "si confías, mueres".

Víctor apretó los labios.

—Era una forma de protegerte.

Elena lo miró.

—Era una forma de asustarme.

—Funcionó.

Elena negó con la cabeza.

—No. Solo me hizo aprender a esconder el miedo.

Víctor la miró de reojo.

—Eso también sirve.

Elena cerró los ojos un segundo, como si quisiera volver a ser solo analista. Solo pantalla. Solo lógica. Pero el campo la arrastraba.

—¿Por qué me elegiste a mí? —preguntó, volviendo a la pregunta que dolía.

Víctor respiró.

—No te elegí. Te entrené.

Elena abrió los ojos, furiosa.

—Eso no es respuesta.

Víctor se detuvo en un semáforo, mirando la luz roja como si fuera un juez.

—Te entrené porque vi algo en ti —dijo—. Y porque cometí errores con otros. Y porque… —se tragó el resto.

Elena lo miró, esperando.

Víctor apretó el volante.

—Porque a veces uno intenta salvar a alguien para no ahogarse en su propia culpa.

Elena sintió un nudo en la garganta. Lo disimuló.

—Entonces sí es tu redención.

Víctor no respondió. El semáforo cambió. El coche avanzó.

Elena volvió al portátil.

—Voy a intentar algo —dijo.

—¿Qué?

—Si el archivo está encriptado con un patrón… puedo buscar metadatos, firmas, algo.

Víctor asintió.

—Hazlo.

Elena trabajó durante unos minutos, mientras el coche cruzaba Viena hacia zonas más periféricas. Sus dedos se movían rápidos. Su mente encontraba orden en el caos.

—Hay algo —murmuró.

Víctor la miró de reojo.

—¿Qué?

Elena señaló la pantalla.

—El archivo tiene una etiqueta interna. Un nombre corto. "GAMBIT".

Víctor sintió una punzada.

—Gambito —murmuró.

Elena lo miró, alerta.

—¿Lo conoces?

Víctor apretó la mandíbula.

—Es un término que usábamos… —se detuvo—. En Berlín.

Elena sintió el frío de nuevo.

—Entonces esto está conectado contigo.

Víctor no lo negó.

Elena respiró.

—Víctor… —dijo, más suave—. Si esto viene de Berlín, si este dispositivo es… algo de tu pasado… necesito saber en qué me estoy metiendo.

Víctor condujo en silencio unos segundos.

Luego dijo:

—Te estás metiendo en un juego donde no importa cuán buena seas. Importa cuánto aguantas sin romperte.

Elena apretó los dientes.

—No soy de romperme.

Víctor la miró.

—Lo sé. Eso es lo que me preocupa.

Elena frunció el ceño, pero no tuvo tiempo de responder. Víctor desaceleró.

—Salimos —dijo.

Elena miró por la ventana. Estaban cerca de un edificio anodino, de oficinas. Aparcaron en una calle lateral.

—¿Qué es esto?

Víctor apagó el motor.

—Un lugar seguro. Temporal.

Elena lo miró, desconfiada.

—¿Seguro para quién?

—Para nosotros. Y para el sobre.

Elena se bajó con él. Subieron por una escalera de servicio. Víctor abrió una puerta con una llave que Elena no había visto antes.

Dentro había un apartamento vacío, funcional. Sin personalidad. Una mesa. Dos sillas. Un armario. Un silencio que parecía entrenado.

Víctor cerró con dos vueltas.

—Aquí —dijo.

Elena dejó la mochila sobre la mesa, abrió el portátil de nuevo.

Víctor sacó dos teléfonos desechables, los dejó junto a la pared.

—Te dije que el briefing no era aquí —dijo Elena.

Víctor asintió.

—El briefing real no es lo que nos han dado. Es lo que descubrimos.

Elena apretó los labios.

—Bien. Entonces empecemos.

Víctor se quitó el abrigo, revelando un traje sobrio. Elegancia discreta. Nada llamativo.

Elena, en cambio, parecía lista para correr en cualquier momento. Su cuerpo nunca estaba del todo en reposo.

—Primero —dijo Elena—: nos siguen.

Víctor asintió.

—Segundo —continuó—: alguien nos ha enviado este material y quiere que vayamos a una coordenada.

—Tercero —dijo Víctor—: el nombre "Gambit" sugiere que esto es una jugada de sacrificio.

Elena lo miró.

—¿Sacrificio de quién?

Víctor no respondió.

Elena respiró y señaló la pantalla.

—El parche del vídeo. Está incompleto, pero… puedo intentar otra vez limpiarlo.

Víctor asintió.

—Hazlo.

Elena trabajó. Ajustó contraste, ruido, amplió, redujo. Sus ojos no parpadeaban casi. Era su mundo: la pantalla, el código, la lógica.

Víctor la observó, y por un segundo se vio a sí mismo en otra época, en otra sala, observando a aquella misma mujer cuando era solo una cadete brillante y obstinada.

Flashback

La academia olía a metal y sudor. Elena estaba frente a una pizarra llena de símbolos. El instructor anterior la había dejado allí con una expresión condescendiente.

Víctor entró, sin anunciarse. Los alumnos se enderezaron.

Elena seguía escribiendo, nerviosa pero firme.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Víctor.

—Resolviendo el ejercicio —respondió Elena, sin girarse del todo.

—Ya han intentado resolverlo diez personas —dijo Víctor—. Han fallado.

Elena apretó la tiza.

—Eso no significa que sea irresoluble.

Víctor la miró, frío.

—Significa que no te creas más lista que los demás.

Elena lo miró, con rabia.

—O significa que los demás se rindieron antes de tiempo.

Víctor se acercó. Observó la pizarra. Vio los patrones, las rutas, la mente de Elena desplegada.

Le arrebató el papel de las manos y lo rompió.

Elena sintió el golpe como una humillación pública.

—¿Por qué? —preguntó, temblando de rabia.

Víctor la miró, duro.

—Porque tu cabeza es peligrosa. Si la usas sin disciplina, te matará a ti y a los que estén cerca.

Elena apretó los puños.

—No necesito disciplina. Necesito oportunidades.

Víctor la miró.

—Las oportunidades en este mundo se pagan con sangre. Asegúrate de saber de quién.

Fin del flashback

Elena, en el presente, exhaló.

—Lo tengo.

Víctor se acercó.

En la pantalla, el parche era más claro. No completo, pero suficiente para sugerir una forma: una estrella pequeña, una diagonal, un ala. Un símbolo que parecía un juego.

Víctor sintió un frío antiguo en la columna.

—Lo he visto —murmuró.

Elena lo miró.

—Dime dónde.

Víctor apretó la mandíbula.

—En Berlín. En una operación que… —se detuvo.

Elena lo miró con una mezcla de ira y necesidad.

—¿Qué operación?

Víctor no respondió. Se alejó, caminó hacia el armario y lo abrió. Dentro, colgado, había un pequeño tablero de ajedrez de viaje, sin

piezas.

Elena lo miró, desconcertada.

Víctor lo sacó, lo puso sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

Víctor lo abrió, revelando un compartimento secreto. Dentro había una pequeña pieza: un caballo negro, gastado, antiguo.

Elena se quedó quieta.

—¿Ajedrez?

Víctor sostuvo la pieza entre los dedos.

—En Berlín, los juegos eran más simples —dijo—. O creíamos que lo eran.

Elena lo miró, sin comprender del todo.

—¿Qué significa?

Víctor dejó la pieza sobre la mesa, como si fuera una confesión muda.

—Significa que esto viene de lejos.

Elena respiró, intentando no perder el control.

—Víctor. Necesito que seas claro.

Víctor la miró. Sus ojos verdes tenían cansancio y algo de miedo. Miedo no a morir. Miedo a decir la verdad.

—El Código Berlín no nació en un laboratorio limpio —dijo—. Nació en una guerra silenciosa. En una época en la que la información era un arma… y nosotros queríamos el arma más grande.

Elena se quedó helada.

—"Nosotros"…

Víctor apretó los dientes.

—Yo no era un héroe.

Elena sintió que el aire se le cortaba.

—¿Estuviste implicado en su creación?

Víctor no respondió con un sí o un no. Respondió con un silencio que lo decía todo.

Elena apretó la mesa.

—Entonces esto… esto no es solo una misión.

Víctor la miró, grave.

—Nunca lo fue.

Elena respiró fuerte, controlando el temblor interno. Se obligó a volver a lo técnico.

—El archivo "GAMBIT". Si está relacionado con Berlín, quizá la clave sea algo de esa época.

Víctor asintió, lento.

—Quizá.

Elena lo miró.

—Necesito nombres, Víctor. Lugares. Fechas.

Víctor apretó la mandíbula.

—Te los daré cuando estemos fuera del alcance de cualquiera que pueda escucharnos.

Elena se inclinó.

—¿Y cuándo será eso?

Víctor respondió, bajo:

—Cuando ya sea demasiado tarde para arrepentirte.

Elena tragó saliva. Se levantó, caminó hacia la ventana, apartó un poco la cortina. Afuera, Viena seguía viviendo. La gente no sabía que había tableros invisibles.

Elena se dio la vuelta.

—Escucha —dijo, con una firmeza que no admitía réplica—. Soy tu alumna, sí. Pero ya no estoy en la academia. No soy un ejercicio para tu disciplina. Si estoy en esto, es porque tú me trajiste. Así que me debes la verdad.

Víctor la miró con un silencio que era casi respeto.

—Te debo… —murmuró—. Más de lo que crees.

Elena lo sostuvo, desafiante.

Víctor suspiró.

—Vale. Un trozo.

Elena no se movió.

—En Berlín —dijo Víctor— hubo una operación. Un experimento. Querían construir un sistema capaz de… anticipar, romper, infiltrar. Un dispositivo que no solo cifrara. Que aprendiera los patrones. Que viera lo que los humanos no veían.

Elena sintió que la piel se le erizaba.

—Eso suena a… inteligencia artificial.

Víctor ladeó la cabeza.

—Antes de que la llamaran así.

Elena tragó saliva.

—¿Y tú estabas allí?

Víctor apretó la mandíbula.

—Yo estuve donde no debía. Hice cosas que ahora pesan.

Elena se quedó en silencio, respirando.

—Entonces "El Código Berlín" es… una criatura vieja, escondida, que alguien ha despertado.

Víctor asintió.

—Y si lo han robado, es porque saben lo que vale.

Elena miró la coordenada.

—¿Vamos allí?

Víctor respondió sin dudar.

—Sí.

Elena apretó los dientes.

—Esto es una trampa.

—Lo sé.

—Podemos avisar a la agencia.

Víctor la miró, serio.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Elena dudó. Y esa duda fue la respuesta.

Víctor se levantó.

—Por eso estamos solos.

Elena sintió el peso de la realidad como una piedra.

—Entonces esto es peor de lo que pensé.

Víctor no respondió. Se acercó a uno de los teléfonos desechables, lo encendió, marcó un número de memoria.

Elena lo observó. Víctor esperó. La llamada conectó.

—Soy yo —dijo Víctor, en voz baja—. Estamos en Viena. Tengo a Elena conmigo.

Silencio al otro lado.

Víctor apretó la mandíbula.

—Sí… lo sé. —Pausa—. Necesito instrucciones. Y recursos.

Elena se acercó, intentando escuchar.

Víctor levantó una mano para que se mantuviera atrás.

—No —dijo Víctor al teléfono—. No voy a Madrid aún. Tenemos una pista. —Pausa—. Sí, es arriesgado.

Elena apretó los labios.

Víctor siguió escuchando. Sus ojos se volvieron más fríos.

—¿"Formalmente"? —repitió—. ¿Qué significa eso?

Elena sintió un nudo en el estómago.

Víctor bajó la voz aún más.

—Entendido. —Pausa—. Dame una hora. —Pausa—. Y no uses los canales habituales.

Colgó.

Elena lo miró.

—¿Quién era?

Víctor guardó el teléfono.

—Alguien que todavía tiene un despacho.

Elena apretó la mandíbula.

—¿Y qué dijo?

Víctor la miró, serio.

—Que no confiemos en nadie. Que el asunto del Código Berlín… está contaminado.

Elena tragó saliva.

—¿Contaminado cómo?

Víctor la miró con un cansancio que parecía antiguo.

—Como la sangre en el agua.

Elena se quedó quieta.

—Entonces vamos a esa coordenada. Y luego… ¿qué?

Víctor respiró.

—Luego, primer briefing oficial. Con el jefe de operaciones. Cara a cara.

Elena lo miró, consciente de lo que significaba: entrar en el núcleo del problema.

—¿Miranda?

Víctor no lo confirmó, pero su silencio fue un sí.

Elena apretó los puños.

—Si él está implicado…

Víctor se acercó y le habló con firmeza.

—No hagas suposiciones. Haz observaciones. La paranoia mata más agentes que las balas.

Elena tragó saliva.

—Dímelo tú: ¿en quién confías, Víctor?

Víctor la miró con una honestidad brutal.

—Confío en lo que veo. Y hoy… lo que veo es que tú estás aquí.

Elena sintió una punzada en el pecho. No era romanticismo. Era una confianza peligrosa.

—Bien —dijo Elena, recuperando el control—. Entonces plan.

Víctor asintió.

Elena abrió un cuaderno y empezó a escribir, no por necesidad, sino por disciplina.

—Objetivo: seguir la pista hacia el dispositivo. Amenazas: vigilancia externa, posible topo interno. Recursos: mínimos. Ventaja: sorpresa.

Víctor la miró con aprobación silenciosa.

—Y una cosa más —añadió Elena—: vamos a necesitar una clave para abrir "GAMBIT".

Víctor miró la pieza de ajedrez sobre la mesa.

—La encontraremos.

Elena lo miró, firme.

—Y si no la encontramos… la fabricamos.

Víctor sonrió por primera vez con algo parecido al orgullo.

—Ahí estás.

Elena recogió el portátil, lo guardó en la mochila.

—Vámonos —dijo.

Víctor se puso el abrigo.

Antes de salir, Elena miró la pieza de ajedrez de nuevo.

—¿Por qué un caballo? —preguntó.

Víctor la miró.

—Porque es la única pieza que se mueve de forma que nadie entiende a la primera.

Elena asintió lentamente.

—Como tú.

Víctor abrió la puerta.

—Como tú, si aprendes.

Salieron del apartamento. Bajaron las escaleras. La ciudad los recibió otra vez, hermosa e indiferente.

Y mientras caminaban hacia el coche gris, Elena sintió, por primera vez desde la academia, que su vida estaba entrando de verdad en el campo.

No era un ejercicio. No era una simulación. No era una historia que ella pudiera controlar con su mente.

Era un tablero.

Y alguien, en algún lugar, acababa de mover una pieza.

CAPÍTULO 4: LA MISIÓN

El ascensor no tenía botones. Elena Mir lo había leído en un manual —una línea perdida entre diagramas de protocolos y normas de acceso—, pero una cosa era saberlo y otra sentirlo: esa ausencia deliberada de control, ese recordatorio de que, a partir de cierto nivel, no eliges a dónde vas. Te llevan.

En la pared de acero pulido, un lector de palma iluminado por un aro tenue parecía más un ojo que una máquina. Elena apoyó la mano con cuidado, como si una mala postura pudiera delatarla. El escáner recorrió sus dedos, su pulso, su temperatura. Un pitido corto, limpio.

—Pulso estable —dijo una voz desde la rejilla superior.

Víctor Salgado ni miró el lector. Estaba recostado contra el panel, los brazos cruzados, el gesto de quien ha pasado tantas veces por el mismo umbral que ya no distingue entre seguridad y teatro.

—También lo tienes en el informe —murmuró—. "Estable, disciplinada, potencialmente insoportable".

Elena giró la cabeza, lo justo. No era una mirada airada. Era una mirada de bisturí.

—Es "disciplinada" a secas.

Víctor sonrió apenas, como si le divirtiera que ella aún creyera que la precisión verbal podía protegerla de lo que venía.

El ascensor descendió con un zumbido grave. Elena notó cómo le crujían los oídos y cómo, con cada metro, el aire se volvía más seco, filtrado, demasiado controlado. En la pantalla sobre la puerta no aparecían números. Aparecieron letras: A, B, C…

Hasta que se detuvo en una que Elena no reconoció.

ÓPALO.

Elena tragó saliva. La palabra tenía un brillo extraño, como si el nombre fuera un chiste privado de gente que jamás reía.

Víctor, por primera vez, se incorporó. Su cuerpo reaccionó antes que su mente, un reflejo viejo de supervivencia.

—Bienvenida a la sala donde te dicen "no existe" y luego te hacen firmar que lo entiendes —dijo.

La puerta se abrió sin sonido de confirmación. Un pasillo corto, blanco, quirúrgico. Luz sin sombras. Cámaras en cada esquina, visibles, ostentosas, como para que no olvidaras ni un segundo que aquí la intimidad era un mito.

Dos agentes armados custodiaban una puerta doble. No llevaban insignias. Solo auriculares y esa calma de gente entrenada para decidir en décimas de segundo si tú sigues siendo una persona o te conviertes en un problema.

Uno escaneó el rostro de Elena y luego el de Víctor. El otro ni siquiera miró; vigilaba el pasillo detrás de ellos, atento a la espalda, a lo que llega cuando crees que ya has llegado.

—Salgado. Mir —dijo la primera voz—. Dentro.

Elena cruzó el umbral con el corazón en un punto extraño: no acelerado, no lento, sino concentrado. Como si todo su cuerpo se hubiera convertido en una antena.

La sala no era una sala: era un anfiteatro moderno, semicircular, con una mesa central como una isla de metal oscuro. Pantallas empotradas en la pared, cables invisibles, micrófonos integrados en la madera, y un olor tenue a electricidad, a aire filtrado, a secretos.

En el centro, un maletín gris, anodino, cerrado con dos cierres.

Alrededor, cinco personas.

Marta Gálvez estaba de pie. No sentada. El detalle lo decía todo: Marta no se ponía a la altura de nadie por comodidad. Su postura era recta, la barbilla ligeramente elevada, el pelo recogido con

precisión militar. Era la clase de mujer que podía sonar amable y, aun así, dejarte sin opciones.

A su lado, Augusto Miranda era la cara de la burocracia cuando la burocracia aprendía a matar. Traje impecable, manos juntas, ojos de quien archiva información como si archivara armas.

En una esquina, Sofía Lagos tenía un portátil abierto y un estuche de herramientas de precisión. Sus dedos no paraban: tocaba una tapa, ajustaba un cable, comprobaba algo inexistente. Parecía incapaz de estar quieta. Como si el silencio le diera alergia.

Y frente a ellos, el hombre que Elena no conocía: alto, canas cuidadas, mandíbula cuadrada, mirada de quien no pide permiso ni lo necesita. Vestía de civil, pero su presencia era de uniforme invisible.

—Víctor —dijo el desconocido, sin sonrisa—. Has engordado.

Víctor, por una vez, sonrió de verdad. Una sonrisa pequeña, peligrosa.

—Y tú sigues siendo el mismo imbécil, Álvaro.

Marta carraspeó, cortando la chispa antes de que se convirtiera en incendio.

—Jefe de Operaciones, Álvaro Sainz —presentó, mirando a Elena —. Él dirige Ópalo. Lo que se decide aquí no sale de aquí.

Elena asintió sin hablar. Había aprendido que, en sitios así, la primera frase es un arma que solo conviene disparar cuando conoces la sala.

Álvaro Sainz no se sentó. Se acercó a la mesa central y apoyó la palma sobre el maletín como si lo sujetara para que no escapara.

—Vamos a ahorrar tiempo —dijo—. Esto es lo único que importa ahora mismo.

Hizo un gesto a Sofía. La ingeniera conectó un cable y, en segundos, la pantalla principal mostró una imagen: un cilindro

metálico del tamaño de una botella grande, con anillos de cobre y un núcleo oscuro, como un ojo sin párpados.

—¿Qué es? —preguntó Elena.

Álvaro la miró como si evaluara si merecía la respuesta o si sería un error dársela demasiado pronto.

—Un dispositivo de descifrado —dijo al fin—. Nombre clave interno: Caronte. Pero en el mercado negro circula con otro nombre.

Augusto pulsó una tecla y apareció el apodo en pantalla, sobre un fondo negro:

EL CÓDIGO BERLÍN.

Elena sintió un golpe en el estómago. Ese nombre no era técnico. Era propaganda. Y la propaganda se hace para vender miedo o poder.

—Puede descifrar comunicaciones cifradas de forma prácticamente inmediata —continuó Álvaro—. No "eventualmente", no "con tiempo". Inmediata.

Sofía chasqueó la lengua, como si la palabra le supiera amarga.

—Y no hablamos de cifrado de adolescente jugando a hacker —añadió—. Hablamos de sistemas de gobierno, de comunicaciones militares, de protocolos de alianza.

Álvaro pulsó el mando. La pantalla cambió a un esquema en capas: handshakes, rutas satelitales, puertas de enlace, listas de certificados, firmas.

—Incluidas las comunicaciones de la OTAN —dijo.

El silencio que siguió fue distinto. No era un silencio de respeto. Era un silencio de instinto. Un animal que se queda quieto cuando huele a depredador.

Elena respiró hondo.

—Eso no debería ser posible sin una vulnerabilidad masiva o acceso a claves maestras —dijo, con su voz medida, firme.

—Correcto —respondió Álvaro—. Y ahí está el problema: no sabemos cuál de las dos. Si es una vulnerabilidad, hay miles de puertas abiertas que no sabemos cerrar. Si son claves, hay alguien que ya las tenía o las consiguió.

Marta cruzó los brazos.

—El dispositivo fue robado —dijo, sin adornos.

Elena miró el maletín cerrado en la mesa. Un salto lógico.

—¿Entonces… lo recuperaron?

—No —dijo Álvaro—. Lo que hay aquí no es Caronte. Es otra pieza.

Sofía se inclinó hacia delante y, por primera vez, dejó de fingir que todo aquello era un problema de laboratorio.

—El módulo de autenticación —dijo—. Un componente sin el cual Caronte no alcanza su capacidad completa. Aun así, con lo que ya tiene, es peligroso. Con esto… —señaló el maletín— sería apocalíptico.

Víctor soltó una risa seca, sin humor.

—Me encanta. Han robado el monstruo, pero aún no tiene colmillos completos. Y nosotros vamos a perseguirlo antes de que alguien se los ponga.

Álvaro no se inmutó.

—Tenemos un límite de tiempo —dijo, y pulsó de nuevo.

En la pantalla apareció una línea de tiempo con catorce casillas.

14 DÍAS.

—Catorce días antes de que el dispositivo sea vendido al mejor postor.

Elena notó cómo la palabra vendido golpeaba distinto que intercambiado. Vendido significaba mercado, subasta, competencia. Vendido significaba que no había ideología, solo precio.

—¿Cómo lo sabemos? —preguntó.

Augusto tomó la palabra, meticuloso.

—Interceptamos un canal en la red oscura. Una conversación fragmentada, pero con elementos consistentes: una fecha, una ubicación aproximada y un término repetido.

En la pantalla apareció una captura: texto encriptado, símbolos, una firma incompleta. Subrayado, el término:

BARQUERO.

Elena entendió la ironía.

—Caronte —murmuró.

Sofía asintió.

—Y no es lo único. —Su tono se tensó—. Hace cuarenta y ocho horas, alguien intentó acceder a nuestros servidores para buscar matrices de compatibilidad del módulo. Lo intentaron tres veces. Fallaron dos. La tercera… —hizo una pausa— la tercera no debería haber sido posible.

Víctor ladeó la cabeza.

—Eso suena a que alguien les abrió la puerta desde dentro.

Marta sostuvo la mirada de Víctor con una firmeza pulida por años.

—Exacto.

La palabra se quedó flotando como un cuchillo en el aire.

Álvaro cambió la pantalla: registros de acceso, horarios, rutas internas, permisos de nivel Ópalo. Una columna destacaba: Documento consultado. Otra, terminal. Otra, autenticación.

—Alguien con credenciales de nivel Ópalo accedió a documentación que solo se consulta cuando se prepara una activación —explicó Álvaro—. Y lo hizo fuera de procedimiento.

Elena sintió una corriente fría en la espalda.

—¿Cuántas personas tienen acceso a nivel Ópalo? —preguntó.

Augusto respondió sin dudar.

—Diecisiete.

Víctor chasqueó la lengua.

—¿Y cuántos de esos diecisiete están aquí ahora mismo?

Marta no pestañeó.

—Tres. Cuatro contando a Sofía, que tiene permisos técnicos en segmentos concretos. El resto… están fuera.

Sofía sonrió sin alegría.

—Y alguno, probablemente, tiene las manos en el barro.

Elena intentó ordenar la información como se ordenan los datos: en categorías, en probabilidades. Pero el problema era que el topo no era un número. Era voluntad. Y la voluntad engaña a las estadísticas.

Álvaro se giró hacia Elena.

—Mir, necesitas comprender la magnitud. —Su voz bajó un punto, como si hablara de algo sagrado y monstruoso—. Si Caronte cae en manos equivocadas, no solo van a leer comunicaciones. Van a anticiparse. Van a manipular. Van a construir trampas con información real. Podrán hacerse pasar por alguien, interceptar decisiones, provocar guerras con mensajes que nadie cuestionará porque "vienen del canal seguro".

Elena asintió despacio. En su mente aparecían imágenes: diplomáticos hablando en salas seguras, generales recibiendo órdenes, satélites moviéndose por coordenadas que alguien ya conoce. La ventaja absoluta era una droga.

—Objetivo —dijo Marta—: recuperar el dispositivo. Si no es posible, neutralizarlo.

Neutralizar. La palabra sonaba limpia. Pero Elena sabía lo que escondía: destruir, quemar, hundir, borrar.

Víctor se inclinó hacia el maletín.

—¿Dónde está ahora mismo Caronte?

Álvaro pulsó una vez más. En el mapa de Europa aparecieron rutas difusas, puntos sin nombre, trazas de transporte.

—Tenemos un rastro incompleto. Un intermediario que se mueve entre Lisboa, Marsella y Estambul. Un traficante de tecnología. Nombre conocido: Marek Varga.

Aparecieron fotos: un hombre de perfil en un aeropuerto, una mano estrechando otra en una terraza, una matrícula captada desde un coche.

Elena reconoció el patrón: un pez mediano para mover un tiburón.

—¿Y el comprador? —preguntó.

Augusto negó.

—No identificado. Sabemos que habrá subasta. Sabemos la fecha estimada. Sabemos que Varga no trabaja solo. El comprador puede ser un Estado, una corporación, un grupo clandestino… o un consorcio de varios.

Sofía cerró el portátil un segundo, como si necesitara que su voz no pasara por un teclado.

—Y sabemos otra cosa: alguien aquí está alimentando a Varga. Porque para intentar entrar en nuestros servidores buscando justo lo que le falta… tienes que saber qué buscar.

Elena miró el maletín.

—El módulo.

—El módulo —confirmó Sofía—. Sin eso, Caronte es valioso. Con eso, Caronte es el futuro de cualquier guerra fría.

Víctor se frotó la frente.

—¿Y por qué nosotros dos? —preguntó, aunque su tono decía que ya conocía la respuesta—. ¿Por qué juntar a la analista brillante con el agente veterano?

Marta dio un paso, y su sombra pareció ocupar el centro de la sala.

—Porque alguien con topo esperará equipos estándar. Esperará protocolos estándar. Víctor, tú no sigues protocolos desde hace años. Elena, tú todavía no has aprendido a romperlos… y eso te hace impredecible. Juntos sois un problema para quien crea que ya conoce nuestras reglas.

Elena sintió una punzada. Ser "impredecible" sonaba a elogio, pero en realidad era ser útil como variable de caos.

Álvaro abrió el maletín al fin. Los cierres sonaron como una sentencia. Dentro, encajado en espuma negra, reposaba un prisma metálico, pequeño, con un puerto único y un encapsulado de microcircuitos que parecía demasiado precioso para existir.

Elena lo miró como se mira un objeto sagrado y maldito.

—Este módulo no sale del país con escolta estándar —dijo Álvaro —. Ni en convoy. Ni en avión militar. Porque si hay un topo, lo sabrá antes de que el motor arranque.

Marta completó:

—Por eso el módulo se queda aquí. No vais a llevarlo.

Elena parpadeó.

—Entonces… ¿cómo atraemos al dispositivo?

Sofía sonrió, y por primera vez la sonrisa se parecía a algo vivo.

—Con una copia.

Víctor levantó una ceja.

—¿Una copia? ¿De eso?

Sofía golpeó su estuche con los nudillos.

—Una réplica funcional limitada. Lo justo para que quien tenga Caronte crea que puede completarlo. No les damos el colmillo real… les damos un colmillo de plástico con veneno dentro.

Elena entrecerró los ojos.

—¿Veneno?

—Un protocolo —dijo Sofía—. Una activación que parezca auténtica y que, cuando la ejecuten, nos devuelva su ubicación. Y, si tenemos suerte, su red.

Augusto añadió, puntualizando:

—Pero debe ser creíble. Quien tenga Caronte sabrá diferenciar un señuelo mediocre.

Elena sintió la presión asentarse sobre sus hombros como una mano invisible.

—Necesitaré acceso completo a todo lo que tengáis —dijo—. Patrones, firmas, tiempos, errores, versiones, pruebas.

Marta la observó un segundo más de la cuenta.

—Lo tendrás. En una sala aislada. Sin conexión externa. Sin teléfonos. Sin nada.

Víctor soltó una risa breve.

—Te va a encantar. Es como meditar, pero con paranoia.

Álvaro señaló la línea de tiempo.

—Cuatro horas para prepararse —dijo—. Después salís. Primer punto: Barcelona.

Elena sintió el golpe de la ciudad como un recuerdo físico: calles llenas de turistas, sombras bajo balcones modernistas, motos como mosquitos, el mar oliendo a metal y sal.

Augusto proyectó una captura de cámara: un hombre con gorra entrando en un café. En la esquina inferior, un rótulo que Elena reconoció de inmediato.

—Leo Rivas —dijo Augusto—. Mensajero. Intermediario de intermediarios. Vive de pasar paquetes y mentiras. No sabe lo que transporta… pero sabe a quién se lo entrega.

Víctor miró a Elena.

—Tu ciudad te va a recibir con cariño.

Elena respondió sin sonreír.

—Barcelona no recibe. Barcelona prueba.

Álvaro la miró con un interés frío.

—No podéis confiar en nadie fuera de vosotros dos —dijo.

Marta añadió, sin piedad:

—Ni siquiera en nosotros.

Víctor sostuvo la mirada de Marta. En sus ojos, Elena vio algo que no había visto en la academia: cansancio verdadero. No de músculos, sino de alma.

—Perfecto —dijo Víctor—. Así es como se trabaja de verdad.

Sofía lanzó un pendrive hacia Elena. Cayó sobre la mesa con un sonido pequeño, pero en aquella sala sonó como un disparo.

—Ahí tienes: patrones de handshake, firmas, timings, errores conocidos, los "tics" del dispositivo. —Sofía se inclinó, bajando la voz —. Lo que construyas encima tiene que parecer una llave… sin serlo.

Elena lo recogió como si fuera frágil. No por el plástico, sino por lo que podía desencadenar.

—¿Cuándo lo queréis listo? —preguntó.

Sofía ladeó la cabeza.

—Ayer.

***

La sala aislada era un cubo sin ventanas. Mesa, silla, ordenador sin conexión externa, y una cámara en el techo que Elena intentó

ignorar sin éxito.

Conectó el pendrive. Apareció una estructura de archivos ordenada con una pulcritud casi ofensiva. No era solo información; era una autopsia del monstruo.

Elena abrió el primer documento: Caronte_Handshake_v3. Luego Matriz_Compatibilidad_Módulo. Luego Simulación_Activación.

Leyó hasta que los ojos le ardieron. Pero la mente, en cambio, se afilaba.

Caronte tenía patrones. Como todo. Incluso la tecnología más avanzada tenía manías: una latencia mínima en cierto paso, una preferencia por un orden concreto, un microsegundo extra antes de confirmar una firma.

Elena empezó a ver la forma del anzuelo.

No sería un "virus". No sería un "troyano" barato. Sería un ritual. Una secuencia de pasos tan parecida al original que quien la ejecutara sentiría ese pequeño placer de estar "haciendo bien" algo prohibido.

Y justo cuando creyera estar cruzando el río, el barquero cobraría el peaje.

Ubicación. Red. Identidades conectadas.

Elena abrió un bloc de notas y empezó a escribir a mano, como si el teclado pudiera traicionarla. Dibujó cajas, flechas, tiempos. Una idea se repetía: la trampa debía ser irresistible.

Mientras trabajaba, una parte de su mente no dejaba de pensar en la otra trampa: el topo.

¿Cómo construyes un anzuelo que no solo atraiga a Varga, sino al topo?

Lo haces con hambre.

El topo, fuese quien fuese, tenía un objetivo: completar la operación, asegurar la venta, o al menos protegerse. Si olía que el

dispositivo podía activarse pronto, se movería. Y al moverse, dejaría rastro.

Elena diseñó una "fuga" controlada: una pista que, al ser consultada desde dentro, se marcaría con una firma invisible. Un sello. Una huella digital de curiosidad.

En la pantalla, sin que hubiera internet, apareció una notificación.

Un cuadro simple, sin logos, sin marcas del sistema. Solo una frase:

"¿Seguro que quieres hacer esto?"

Elena se quedó inmóvil.

El corazón no se le disparó. Le hizo algo peor: se le concentró en un punto, como si todo el cuerpo se redujera a una sola pregunta.

No era un mensaje estándar. No había botones. No había opciones. No era software: era alguien.

Alguien había tocado ese ordenador. Alguien sabía que ella estaría allí, ahora mismo, en esa sala.

Elena levantó la vista hacia la cámara del techo. La lente negra no devolvió nada. Solo la certeza de ser observada.

Recordó las palabras de Álvaro: el anzuelo es psicológico.

El topo no solo jugaba. Estaba midiendo su voluntad.

Elena cerró el documento con calma forzada. Abrió un bloc de texto nuevo y escribió una sola línea:

"Sí."

Guardó el archivo con un nombre neutro. Sin emoción. Sin rastro.

Y entonces escuchó pasos fuera.

Dos pares.

Uno pesado, familiar. El otro rápido, casi impaciente.

La puerta se abrió y Víctor entró. Llevaba una mochila al hombro y la expresión de quien acaba de oler humo.

—Tenemos movimiento —dijo—. Alguien ha pedido acceso a Ópalo desde una terminal secundaria. Hace tres minutos.

Elena se levantó despacio.

—¿Quién?

Víctor apretó la mandíbula.

—No lo saben aún. Pero yo sí sé una cosa: alguien sabía que tú estarías aquí.

Elena tragó saliva.

—Han dejado un mensaje en el ordenador.

Víctor parpadeó una sola vez. Su cuerpo se tensó.

—¿Qué mensaje?

—"¿Seguro que quieres hacer esto?"

La sonrisa de Víctor desapareció como si alguien le hubiera apagado la luz por dentro.

—Entonces ya estamos en marcha, novata.

Elena apretó el pendrive en el puño.

—No soy novata.

Víctor abrió la puerta y le hizo un gesto.

—Todavía no. —Y añadió, sin mirarla—: Pero si sobrevives a catorce días, te ganas el título.

***

Salieron por rutas que Elena jamás habría imaginado. No volvieron al ascensor principal. No pasaron por los pasillos donde la gente camina con café en la mano y cree que el mundo es normal.

Bajaron por una escalera de servicio. Cruzaron un corredor con puertas sin rótulo. Pasaron por una sala de mantenimiento que olía a

pintura y a metal, y de allí a un garaje subterráneo donde el eco lo convertía todo en amenaza.

Víctor abrió el maletero de un coche gris sin matrícula visible. Dentro había dos mochilas más, ropa, un pequeño botiquín y una pistola en una caja negra que Elena no tocó.

—No es tu juguete —dijo Víctor al verla mirar.

Elena se encogió de hombros.

—No lo quería.

—Eso dices ahora.

Víctor le lanzó una credencial sin logo.

—Nueva identidad. Nombre: Clara Vidal. Ocupación: consultora informática para una empresa de logística. —La miró—. Aprende a contestar sin pensar.

Elena sostuvo la credencial. Su foto estaba ahí, pero su rostro parecía el de otra persona. La misma mirada, pero con un nombre diferente.

—¿Y tú? —preguntó.

Víctor sonrió apenas.

—Soy lo que siempre soy. Un problema. —Se metió en el coche—. Vamos.

Condujeron sin música. Sin conversación innecesaria. Elena miraba los retrovisores con una atención que le parecía ridícula… hasta que vio un coche blanco a cierta distancia que parecía mantener el mismo ritmo.

—¿Ese coche…? —susurró.

Víctor no giró la cabeza. Solo cambió de carril con suavidad.

—Bienvenida —murmuró—. A partir de ahora, cada coche es sospechoso. Cada rostro, una pregunta.

—¿Nos siguen?

—No lo sé. —Víctor aceleró lo justo—. Y eso es lo que me preocupa.

Tomaron una salida inesperada. Luego otra. Cambiaron de autopista. Elena veía el mapa mental de Víctor: no seguía el camino más rápido, sino el más difícil de predecir.

—Esto es perder tiempo —dijo Elena, incapaz de evitarlo.

—Esto es ganar vida —respondió Víctor.

Al cabo de veinte minutos, el coche blanco desapareció.

—¿Era…?

—Puede que sí. Puede que no. —Víctor soltó aire—. Pero si hay un topo, alguien habrá activado vigilancia externa. Lo primero que quieren es ver hacia dónde vamos.

—Barcelona —dijo Elena.

—No lo digas en voz alta. —Víctor la miró un segundo—. Aunque estemos solos, no lo digas.

Elena sintió un escalofrío. Había una paranoia que era exageración… y otra que era memoria. Víctor no estaba exagerando. Víctor recordaba.

***

Barcelona los recibió con un cielo pálido y una luz que hacía que todo pareciera más limpio de lo que era.

Llegaron a primera hora de la tarde. Víctor aparcó lejos del centro. Cambiaron de coche en un parking subterráneo. Cambiaron de ropa en un baño de estación. Elena odiaba el olor del jabón barato y la sensación de estar actuando en su propia ciudad.

—Regla uno —dijo Víctor mientras se ajustaba una chaqueta—: aquí no eres de aquí. No te permitas el lujo de "conocer".

Elena frunció el ceño.

—Es mi ciudad.

—Precisamente. —Víctor la miró con dureza—. El orgullo mata más rápido que una bala.

Salieron al exterior. La ciudad vibraba: motos, turistas, terrazas, voces en varios idiomas, olor a café, a fritura, a mar.

Augusto les había dado un punto: un café cerca de la Plaça del Diamant. Un lugar donde Leo Rivas entraba, miraba, salía. Un ritual.

Elena caminó con Víctor a cierta distancia, fingiendo ser desconocidos que coinciden en la misma calle por azar. Él iba delante. Ella, detrás. Nunca juntos.

El café era pequeño, con una barra de madera y carteles de vermut. Elena reconoció el tipo de lugar: suficientemente auténtico como para no llamar la atención, suficientemente turístico como para esconder caras.

Víctor entró primero. Se sentó en una esquina desde la que podía ver la puerta y el espejo detrás de la barra. Elena entró un minuto después y se sentó en una mesa lateral, de espaldas a la pared.

Un camarero se acercó. Elena pidió un café con leche en catalán, por instinto. Luego se maldijo: había roto la regla de Víctor. Había sonado demasiado "de aquí".

Víctor no la miró, pero Elena notó un pequeño gesto: un dedo tocando el borde del vaso. Un "te he oído".

Pasaron quince minutos. Luego veinte. Elena miraba sin mirar. Observaba manos, zapatos, el modo en que alguien gira el cuello antes de entrar.

A los treinta y dos minutos, entró un hombre con gorra.

No era un rostro memorable. Y eso era, precisamente, lo memorable. Un tipo de treinta y tantos, barba de tres días, mochila vieja. Sus ojos recorrieron el local con rapidez, pero no con nerviosismo. Con método.

Se sentó en la barra. No pidió nada. Sacó el móvil, lo giró, lo volvió a guardar. Se tocó la oreja izquierda como si tuviera un

auricular, aunque no se veía.

Elena sintió que el pulso se le aceleraba.

Víctor, sin moverse, levantó el vaso y bebió. El gesto era normal. Pero Elena vio el mensaje oculto: lo tenemos.

El hombre miró su reloj. Se levantó. Caminó hacia el baño. No entró. Solo se detuvo frente a la puerta, como si esperara a alguien que saliera… y luego se fue.

Elena se levantó dos segundos después, dejando el café casi intacto.

En la calle, el flujo de gente podía tragarse a cualquier sombra. Elena vio la gorra a unos metros. Víctor salió por la puerta un instante después, pero tomó otra dirección, como si fuera un peatón más.

El hombre con gorra giró hacia una calle estrecha. Elena lo siguió a distancia. Sus zapatos pisaban la acera con un ritmo que intentaba no copiar.

La calle desembocó en una plaza pequeña. Un niño corría tras una pelota. Una pareja discutía junto a una bicicleta. Un perro olfateaba una papelera.

El hombre con gorra se detuvo junto a una fuente. Abrió la mochila. Sacó un sobre marrón. Lo sostuvo como quien sostiene un periódico.

Elena sintió la urgencia. Si actuaba mal, lo perderían. Si actuaba demasiado pronto, lo asustaría.

Víctor apareció, no detrás, sino en el lado opuesto de la plaza. Caminaba despacio, como si paseara. Su mirada no se cruzó con la de Elena, pero su presencia le dio un punto de apoyo.

El hombre con gorra —Leo— miró a su alrededor. Un taxi pasó. Una moto aceleró. Una mujer con gafas de sol se acercó, fingiendo mirar el móvil.

La mujer cogió el sobre del borde de la fuente como quien recoge algo que se le ha caído. Ni un gesto más. Ni una palabra.

Elena notó cómo el mundo se enfocaba en esa mano. En ese sobre. En ese intercambio.

Y entonces, como un latigazo, el móvil de Elena vibró en su bolsillo. No debería vibrar. No debería recibir nada.

Era una alerta del sistema del pendrive: una señal que ella misma había programado para detectar si alguien intentaba acceder a su "anzuelo" desde dentro.

Alguien, en ese momento, acababa de mirar.

El topo estaba despierto.

Elena sintió que el pecho se le apretaba. Se obligó a no tocar el móvil. A no delatarse. Pero su mente gritaba: ya están moviéndose.

La mujer con gafas de sol empezó a caminar, alejándose con el sobre. Leo se giró, como si su trabajo hubiera terminado.

Víctor, desde el otro lado de la plaza, cambió el ritmo de su paso.

Elena entendió de inmediato: había que seguir a la mujer, no al mensajero.

Pero, en el mismo instante, un hombre con chaqueta negra apareció de la nada y se colocó detrás de la mujer, demasiado cerca, demasiado coordinado. Luego otro, al otro lado. No eran turistas. No eran vecinos.

Eran sombra profesional.

Elena sintió un frío real.

Víctor, sin mirar, se llevó la mano al oído, como si ajustara un auricular inexistente. Era su señal: compañía.

La mujer con gafas de sol aceleró. Los hombres también.

Elena dudó un segundo —un segundo fatal— entre seguir su impulso o seguir el plan. Y ese segundo casi les costó el sobre.

Víctor empezó a caminar más rápido, cruzando la plaza como si de repente recordara una cita. Elena se movió en diagonal para cerrar ángulo.

La mujer giró hacia una calle con tiendas. Los hombres se mantuvieron a distancia de cuerda: ni demasiado cerca para asustarla, ni demasiado lejos para perderla.

Elena sintió que todo se convertía en geometría. Trayectorias. Intersecciones. Vectores humanos.

Víctor pasó junto a Elena sin mirarla.

—No corras —murmuró—. Barcelona huele el miedo.

Elena tragó saliva. Caminó más rápido, pero sin correr. La mujer entró en una tienda de souvenirs. Mala señal. Demasiada gente. Demasiadas salidas.

Víctor se colocó en la entrada opuesta, fingiendo mirar camisetas. Elena se quedó cerca del mostrador, fingiendo mirar imanes con Sagrada Familia.

La mujer se detuvo junto a una estantería. Abrió el sobre un segundo, apenas una rendija. Miró dentro. Lo cerró. Sus manos temblaron lo justo para que Elena lo viera.

No era una profesional. Era una intermediaria asustada.

Uno de los hombres con chaqueta negra entró en la tienda. Otro se quedó fuera. El que entró caminó hacia la mujer, sin prisa, con esa calma que solo tiene quien sabe que gana.

Elena vio el instante en el que la mujer lo notó. Su espalda se tensó. Sus ojos buscaron una salida.

Y entonces, la mujer hizo lo que hacen los animales atrapados: corrió.

Elena se movió por reflejo. Víctor también.

La mujer empujó a un turista, salió por la puerta trasera, y se lanzó a la calle estrecha.

Los hombres fueron detrás.

Víctor salió por la puerta principal. Elena por la trasera. Se escuchó un golpe, un grito, una moto frenando.

Elena dobló la esquina y vio la escena: la mujer había caído al suelo. El sobre, abierto, desparramaba algo en la acera: una pequeña bolsa de plástico, una tarjeta de memoria, un papel con números escritos.

Uno de los hombres con chaqueta negra se agachó para recogerlo.

Elena no pensó. Actuó.

Se lanzó hacia adelante, chocó contra el hombre con el hombro, lo desequilibró. La tarjeta saltó y rodó bajo un coche aparcado.

El hombre la agarró del brazo. Elena sintió el dolor subir como fuego.

—¿Qué haces, idiota? —susurró él, en castellano perfecto.

Eso fue lo peor: no era un extranjero despistado. Era alguien que hablaba como si esa calle fuera suya.

Víctor apareció como una sombra vieja. No golpeó. No hizo espectáculo. Simplemente colocó su mano en la muñeca del hombre y apretó un punto exacto. El hombre soltó a Elena con un jadeo ahogado, como si le hubieran desconectado un cable interno.

Víctor se inclinó, recogió la tarjeta de memoria, y en el mismo movimiento tiró el sobre al aire, como basura.

—Corre —le dijo a Elena, con voz baja—. Ahora sí.

Elena corrió.

No por miedo. Por cálculo.

A su espalda, escuchó pasos. No uno. Varios.

Víctor corrió también, pero no a su lado. En paralelo, abriendo espacio, buscando salida. Elena sintió la ciudad convertirse en un

laberinto.

Tomaron una esquina. Luego otra. Gente gritaba. Una moto pasó cerca. Elena oyó un "¡eh!" en catalán, indignado, como si la vida cotidiana intentara imponerse al caos.

—¡Por aquí! —gritó Víctor, y se metió en un portal.

Elena lo siguió. Subieron dos pisos por una escalera estrecha. Salieron a un patio interior. Saltaron una valla baja. Bajaron por otra escalera que desembocaba en una calle distinta.

Barcelona era un puzzle de pasadizos. Elena lo había recorrido mil veces. Pero ahora era diferente: ahora cada calle tenía dientes.

Se detuvieron en un callejón. Víctor respiraba sin perder el control. Elena, en cambio, sentía el corazón golpeándole las costillas.

—¿La tarjeta? —preguntó ella.

Víctor sacó la tarjeta de memoria de su bolsillo y la sostuvo entre dos dedos.

—Tenemos el cebo —dijo.

Elena miró alrededor.

—¿Y la mujer? ¿Y Leo?

Víctor apretó la mandíbula.

—La mujer era un eslabón. Leo era otro. Ahora saben que alguien más está jugando. —La miró con dureza—. Y eso significa que el reloj corre más rápido.

Elena recordó la vibración del móvil. La alerta del anzuelo. El topo mirando.

—El topo está activo —dijo.

Víctor la observó un segundo, como si calibrara cuánto miedo había en su voz.

—Entonces esto no es una caza. Es una carrera con alguien que conoce la meta.

Elena tragó saliva. Miró la tarjeta.

—¿Qué hacemos con esto?

Víctor sonrió sin humor.

—Lo abrimos. Y esperamos a ver quién muerde.

***

Se metieron en un apartamento de alquiler temporal que Augusto les había asegurado. Un lugar anodino, de paredes blancas, muebles baratos, wifi desconectado por orden expresa. Elena odiaba no poder conectarse. Su cerebro pedía red como un pulmón pide aire.

Víctor cerró las persianas.

—Sin luces directas. Sin siluetas en ventanas. —Sacó un pequeño kit de herramientas—. Nadie nos ve, nadie nos oye.

—No podemos estar seguros —dijo Elena.

Víctor asintió.

—Exacto.

Conectaron la tarjeta a un lector aislado. Un portátil sin conexión, con sistema limpio.

La tarjeta contenía tres cosas: un archivo de texto con coordenadas, una lista de números que parecían cuentas, y un vídeo corto, borroso, de un hombre sentado en una mesa.

Elena amplió el vídeo. El rostro del hombre era parcial. Pero la voz, aunque distorsionada, decía una frase clara:

—Catorce días. Después, el río se cruza.

Víctor apagó el vídeo.

—Les gusta la poesía.

Elena abrió el archivo de coordenadas. Frunció el ceño.

—Esto no es Barcelona.

Víctor se inclinó.

Elena señaló.

—Es… cerca de la frontera francesa. Un punto en la costa. Un almacén, quizá. O un muelle.

Víctor se quedó un segundo en silencio.

—Un punto de intercambio —dijo al fin—. Antes de la subasta.

Elena sintió el vértigo. Habían conseguido la primera pieza real. Pero también habían hecho ruido. Y el ruido atrae.

En ese instante, el móvil de Elena vibró otra vez.

La misma alerta.

El mismo sello.

El topo volvía a mirar.

Elena levantó la vista hacia Víctor.

—Está siguiendo mi anzuelo —susurró.

Víctor no sonrió. Pero en su mirada apareció algo parecido a respeto.

—Bien —dijo—. Eso significa que no solo nos quieren fuera. Nos quieren controlados.

Elena sintió el peso del tiempo. Catorce días. Catorce casillas. Y cada casilla tenía un filo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Víctor se acercó a la ventana, sin abrir la persiana, solo escuchando la calle como quien escucha un animal en la oscuridad.

—Ahora —dijo— hacemos lo que siempre hacen los que sobreviven: damos un paso que el enemigo no espera.

Elena lo miró.

—¿Y cuál es?

Víctor giró la cabeza, y en su rostro había cansancio y fuego.

—Volver a la agencia.

Elena se quedó helada.

—¿Qué? ¿Estás loco?

Víctor negó, despacio.

—No. —Su voz era baja, firme—. Si el topo está activo, cree que estamos lejos, corriendo detrás de Varga, haciendo lo previsto. Si volvemos… lo obligamos a reaccionar. Y cuando reacciona, comete errores.

Elena sintió la tensión entre lógica y miedo.

—Pero… si es un topo con acceso Ópalo, puede matarnos antes de que crucemos la puerta.

Víctor la miró como se mira a alguien que aún cree que la muerte siempre avisa.

—Por eso no volvemos como volvimos. —Señaló la tarjeta—. Volvemos con esto. Con una verdad que no pueden ignorar. Y con una trampa dentro de tu trampa.

Elena tragó saliva.

—¿Y Varga?

—Varga seguirá moviéndose —dijo Víctor—. Y nosotros también. Pero antes necesito saber quién nos vende desde dentro. Porque si no… cada paso que demos será un paso escrito por otro.

Elena se sentó, sintiendo el peso de la ciudad alrededor. Barcelona seguía viva, ruidosa, indiferente. Pero su mundo se había estrechado a un círculo: ella, Víctor, un dispositivo que podía descifrar la OTAN, un topo que los miraba, y un reloj con catorce casillas.

Afuera, una sirena pasó a lo lejos.

Víctor guardó la tarjeta en un bolsillo interior, cerca del corazón.

—Duerme dos horas —dijo—. Después, salimos. Y esta vez, Elena…

Elena levantó la mirada.

—¿Sí?

Víctor apretó la mandíbula, y su voz se volvió más seria de lo que ella le había oído.

—Esta vez, no solo cazamos a un hombre. Cazamos a alguien que nos conoce por nombre.

Elena pensó en el mensaje en la pantalla: ¿Seguro que quieres hacer esto?

Pensó en su propia respuesta: Sí.

—Entonces —dijo, y su voz no tembló— que venga.

Víctor la observó un instante. Luego asintió.

—Eso es. —Y añadió, casi como un epitafio anticipado—. Ahora ya estás empezando.

El reloj seguía corriendo.

Catorce días.

Y en algún lugar, el barquero esperaba su pago.

CAPÍTULO 5: ESTAMBUL

El avión tocó pista con un golpe corto, casi impaciente, y Estambul los recibió como reciben las ciudades que no piden permiso para existir: con ruido, con calor, con un horizonte hecho de minaretes y grúas, con una luz que parecía venir desde todos los ángulos a la vez.

Elena Mir se levantó antes de que se apagara la señal del cinturón. No era ansiedad de turista; era costumbre. Había pasado años aprendiendo a reducir sistemas complejos a patrones manejables. Pero el campo… el campo no se dejaba reducir. El campo era una variable viva.

Víctor Salgado se levantó después, con la calma de quien no compite con los relojes. Se ajustó el nudo de la corbata como si estuviera entrando a una reunión, no en una ciudad que podía tragárselos en cuestión de horas. Su elegancia discreta era más que un estilo: era una técnica. Una máscara pulida que no dejaba ver cuánto estaba mirando por dentro. OBJ

—No te pegues al cristal —murmuró sin mirarla, cuando Elena se inclinó para localizar el finger—. Los cristales reflejan. Y los reflejos hablan.

Elena se enderezó, molesta.

—Solo estaba…

—Contando salidas, sí. —Víctor la interrumpió sin dureza, como si completara un ejercicio—. Pero si lo haces con prisa, pareces presa. Aquí las prisas tienen olor.

Elena tragó su réplica. Se dijo que no era orgullo; era eficiencia. Discutir no sumaba. Sin embargo, el comentario se le quedó clavado como una astilla: pareces presa. Se imaginó a sí misma en la academia, impecable, rápida, precisa. Se imaginó a Víctor observándola desde el fondo, aquel instructor legendario que

hablaba poco y evaluaba mucho. Y se odió un poco por recordar lo bien que se le daba aprobar exámenes.

El pasillo del aeropuerto era un río de gente. Elena avanzó sin perder de vista a Víctor, pero manteniendo un margen. A su manera, él la había educado incluso en eso: no caminar pegados, no formar una silueta de "equipo", no ofrecer al enemigo un solo objetivo.

En el control de pasaportes, Víctor eligió una fila que no era la más corta. Eligió la que tenía más ruido: una familia con niños, un hombre discutiendo con un funcionario, dos turistas perdidos con un mapa enorme. Fricción. Distracción. Cobertura.

Elena, en cambio, se fijó en las cámaras: el ángulo, el tipo de lente, el ritmo de giro. Se fijó en el guardia que no miraba a la gente, sino a las manos. Se fijó en el hombre con una mochila gris que parecía demasiado atento a la pantalla de su teléfono.

—Ese de la mochila —susurró Elena, sin mover los labios.

—Sí —respondió Víctor, igual de bajo—. Y el de la gorra, tres personas detrás. Y la mujer del abrigo blanco, a la izquierda.

Elena sintió un vacío breve. Ella había visto uno. Víctor había visto tres.

—¿Seguro? —preguntó, y se odió por pedir confirmación.

—No. —Víctor sonrió apenas—. Pero en este trabajo, "seguro" es una palabra que se pronuncia en funerales.

Cuando por fin cruzaron el último arco y salieron a la zona de llegadas, Elena notó el primer golpe real de la ciudad: el olor a café tostado mezclado con perfume barato, el sudor de las multitudes, el canto de un anuncio por megafonía que parecía repetirse por inercia. El ruido era constante, como un motor.

Su móvil vibró dentro del bolsillo. Elena lo sacó sin que nadie lo viera. Un mensaje de Sofía Lagos, su sombra técnica al otro lado de Europa.

SOFÍA: Bienvenidos al caos. He limpiado un canal. Nada de llamadas. Solo texto. Y si ves un gato, salúdalo de mi parte.

Elena casi sonrió. Casi.

ELENA: Ubicación del contacto.

SOFÍA: Kadıköy. Lado asiático. Café "Balcón". Te va a gustar. Mentira. No.

Elena levantó la vista. Víctor ya estaba avanzando hacia la salida como si hubiera leído el mensaje sobre el aire.

—Kadıköy —dijo él.

Elena se quedó quieta un segundo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es donde alguien que quiere hablar y desaparecer elige hablar. Hay ferris. Hay ruido. Hay gente cruzando. —Víctor la miró de reojo—. Y porque el que te da una pista de verdad nunca te la da en el lado que tú esperas.

Elena apretó la mandíbula.

—La empresa pantalla está en Karaköy. El almacén está en Karaköy. —Se oyó más tensa de lo que quería—. Eso es lo lógico.

Víctor no se detuvo.

—Lo lógico es una trampa que nos ponemos para no admitir que el mundo es impredecible.

Elena caminó a su lado. No le gustaba la frase. Le gustaba aún menos que tuviera sentido.

Un taxi los tragó en un remolino de claxon y motos que se colaban por huecos imposibles. Elena no entendía cómo aquel tráfico seguía existiendo sin colapsar en una explosión permanente. Víctor parecía entenderlo sin necesidad de entenderlo: miraba el ritmo, no las reglas.

—No uses el móvil en el taxi —dijo Víctor.

—¿Por qué? —Elena ya lo tenía en la mano.

—Porque el conductor no es el problema. El problema es quien escucha al conductor.

Elena lo guardó, frustrada. Miró por la ventana: carteles en turco, talleres, puestos, un puente que se recortaba contra el agua con una majestuosidad casi insolente.

—¿Has estado aquí? —preguntó.

—No. —Víctor se ajustó el gemelo de la camisa—. Pero he estado en ciudades que sobreviven a base de secretos. Se parecen entre sí.

Elena quiso replicar con algo inteligente, pero el taxi giró bruscamente y ella se agarró al asiento. El conductor murmuró algo, y Víctor contestó en turco fluido.

Elena giró la cabeza.

—¿Hablas turco?

Víctor la miró con una tranquilidad que parecía un reto.

—Lo suficiente para pedir café malo y entender amenazas buenas.

—En tu expediente… —Elena se mordió la lengua.

—En mi expediente hay lo que a la agencia le conviene que sepan. —Víctor apoyó la mano en el respaldo—. Y lo que a ti te conviene olvidar.

A Elena le subió un calor al cuello. Le molestaba que Víctor pudiera colocarla en su sitio con frases cortas. Le molestaba… y la aliviaba, porque significaba que alguien estaba llevando el timón en un mar que todavía la mareaba.

Cuando llegaron al embarcadero, el viento del Bósforo les golpeó la cara con sal y humedad. Elena respiró hondo. El aire libre, por un segundo, la hizo sentir más capaz.

El ferry llegó lleno. Gente apretada, turistas con cámaras, hombres con bolsas, mujeres con pañuelos, adolescentes riéndose.

Elena se tensó: demasiados cuerpos, demasiadas manos. Víctor la tocó con dos dedos en el codo.

—No mires buscando enemigos. Mira buscando normalidad. —Señaló un rincón junto a una barandilla—. Vamos ahí.

Elena lo siguió. Se apoyó en la barandilla. El barco arrancó con un bufido grave y la ciudad empezó a moverse alrededor: Europa quedándose atrás, Asia acercándose como una promesa. Elena sintió que la misión se volvía real de una manera nueva. No era Viena. No era Madrid. No había pasillos limpios ni despachos con moqueta. Aquí, si se equivocaban, nadie iba a recogerlos.

Notó una sombra a su espalda. Un hombre se colocó cerca, mirando el agua. Demasiado cerca. Elena bajó la mirada al reflejo del cristal de una puerta. Vio la silueta. Vio la mano del hombre, quieta, sin móvil, sin café. Solo quieta.

Víctor no se giró.

—Uno —dijo, casi inaudible.

Elena tragó saliva.

—¿Qué hacemos?

—Nada. Todavía. —Víctor miró el horizonte—. A veces la mejor forma de saber quién te sigue es dejar que crea que lo hace bien.

Elena apretó los dedos contra el metal. Le costaba aceptar el "no hacer". Su mente quería actuar, resolver, cerrar. Pero Víctor estaba cómodo en la incertidumbre, como si la incertidumbre fuera su casa.

Kadıköy apareció con su propio ruido: vendedores gritando, motos, olor a pescado y especias, el rumor de una ciudad que nunca se pone en pausa. Elena bajó del ferry con el corazón acelerado.

—Si nos siguen, es aquí donde lo sabremos —dijo Víctor.

Elena asintió. Y, aunque no lo admitió, sintió un cosquilleo oscuro: miedo mezclado con algo parecido a emoción. El campo la estaba probando. Y ella, pese a todo, quería demostrar que podía.

El café “Balcón” no tenía balcón. Era un local estrecho, con mesas apretadas, una televisión sin sonido y un humo viejo que parecía incrustado en las paredes. La clase de sitio donde nadie escucha porque todo el mundo escucha.

Al fondo, un hombre vestido con traje occidental, reloj caro y sonrisa fácil los miraba como si hubiera contado sus pasos desde la puerta. Ibrahim Alsaad. [OBJ]

Elena lo reconoció por la descripción que Sofía les había pasado: “encantador, ojos alerta, comerciante de información”. [OBJ] Lo que no decía esa descripción era el detalle más importante: los informantes buenos no tienen una sonrisa, tienen varias. Y Ibrahim eligió la que más convenía a cada segundo.

—Víctor Salgado —dijo Ibrahim, poniéndose en pie—. El hombre que parece una estatua hasta que se mueve.

—Ibrahim —respondió Víctor, sin ofrecer la mano.

Ibrahim no se ofendió. Se volvió hacia Elena.

—Y tú eres Elena Mir. La doctora. La mente brillante. —Sus ojos bajaron a su muñeca, al borde de la quemadura que siempre intentaba ocultar—. La que todavía cree que las ecuaciones se cumplen en la calle.

Elena sintió una punzada. No le gustaba que un extraño supiera detalles. No le gustaba que Víctor no reaccionara, como si aquello fuera un juego esperado.

Se sentaron. Víctor eligió un sitio con visión de la puerta. Elena eligió un ángulo donde podía ver el espejo del local. Métodos diferentes. Instintos compatibles.

—Vamos al grano —dijo Elena, sacando un papel doblado en lugar del móvil—. Halcyon Maritime Logistics. Almacén en Karaköy. Un pago encubierto como compra de “cerámica otomana”. Queremos saber quién se mueve detrás.

Ibrahim sonrió, encantado por la eficiencia.

—Directa. Me gusta. —Miró a Víctor—. Tu alumna ha aprendido rápido.

Elena se tensó. La palabra "alumna" era un hilo que no quería que nadie tocara.

Víctor no dijo nada. Solo sostuvo la mirada de Ibrahim con una frialdad educada.

—Halcyon es un fantasma con contabilidad limpia —dijo Ibrahim —. Detrás hay alguien que no quiere ensuciarse las manos. O que ya las tiene demasiado sucias. En mi circuito lo llaman… Weber.

Elena anotó el nombre. Sintió un clic en la cabeza. Había visto referencias a Weber en conversaciones interceptadas: un comprador, un intermediario, una sombra que pagaba siempre con precisión quirúrgica.

—¿Weber es turco? —preguntó Elena.

—Weber no es nada —respondió Ibrahim—. Weber es un abrigo que se pone quien tiene frío. Hoy es un alemán. Mañana un suizo. Pasado… un español, si le conviene.

Víctor se inclinó un poco hacia delante.

—¿Cuándo pasó el paquete por Karaköy?

Ibrahim hizo un gesto como de pesar.

—Hace cuarenta y ocho horas. —Bajó la voz—. Y, Víctor… si lo que buscáis es lo que creo que buscáis, ya no está quieto. Aquí nada valioso se queda quieto.

Elena sintió que el pulso se le aceleraba.

—¿Dónde está ahora? —preguntó, sin paciencia.

Ibrahim se encogió de hombros, con teatralidad.

—Esa información cuesta.

Víctor sacó algo del bolsillo: una tarjeta simple, con un número escrito a mano. La dejó sobre la mesa como si fuera un peón.

—Esto también cuesta —dijo Víctor—. Y no se paga con dinero.

Ibrahim miró la tarjeta, interesado.

—¿Una amenaza?

—Una salida —corrigió Víctor—. Si hoy eliges mal bando, tendrás un número al que llamar antes de morir.

Ibrahim soltó una carcajada baja.

—Siempre tan dramático. Siempre tan… moral.

Elena frunció el ceño. Moral. ¿Víctor, moral? Sabía lo suficiente para sospechar que nadie llegaba a los cincuenta y cuatro en esa profesión siendo un santo. OBJ

—No trabajo para bandos —dijo Ibrahim—. Trabajo para el equilibrio.

—Eso suena bonito —dijo Elena—. Hasta que alguien acaba en una bolsa.

Ibrahim la miró con una chispa de respeto.

—Ahí está. Ganas de morder.

Víctor alzó un dedo, leve. Pidiendo calma. O imponiéndola.

—Te pagaremos lo justo —dijo Víctor—. Pero la información debe ser útil, Ibrahim. No humo.

Ibrahim suspiró como si estuviera concediendo un favor.

—Hay un segundo paquete. No el grande. No el mito. —Se inclinó —. Un hombre lo trae y lo saca. Un enlace. Se mueve esta noche. Desde Karaköy hacia… un lugar que no os gustará.

Elena se inclinó.

—¿Cuál?

Ibrahim sonrió.

—Un astillero privado en Tuzla. Lejos. Silencioso. Controlado.

Elena notó cómo su cabeza ya hacía planes.

—¿Nombre del enlace?

Ibrahim dudó un instante. Un microsegundo. Elena lo vio. Y Víctor también.

—Lo llaman "Carlos" —dijo Ibrahim al fin, como si soltara una piedra en el agua.

Elena sintió que el mundo se inclinaba.

—¿Carlos? —repitió.

Víctor no parpadeó. Pero su mandíbula se tensó.

—¿Español? —preguntó Víctor, con voz neutra.

—Quizá —dijo Ibrahim—. Joven. Ambicioso. Sonrisa fácil que no llega a los ojos. ¿Te suena? OBJ

Elena notó un frío en la nuca. Carlos Montero. El tercer agente del que se hablaba en pasillos, el protegido de Miranda, el que siempre aparecía en las listas correctas. OBJ

—¿Por qué nos dices esto? —preguntó Elena, desconfiada.

Ibrahim levantó las manos.

—Porque si os lo digo, quizá viváis lo suficiente para volver a pagarme. —Se encogió de hombros—. Y porque, Elena… hay gente que paga para que te maten, sí. Pero hay gente que paga para ver cómo te mueves. Eso es peor.

Víctor se levantó sin prisa. Demasiada calma.

—Gracias por el café malo —dijo.

Ibrahim sonrió.

—No olvides que aquí la ciudad no elige bandos. La ciudad elige sobrevivir.

Elena se levantó también. Al salir, notó algo: Ibrahim estaba mirando por encima de su hombro, hacia la calle, como si ya supiera lo que venía.

Un presentimiento le apretó el pecho.

—Nos ha vendido —murmuró cuando cruzaron la puerta.

Víctor no aceleró el paso.

—No. —Miró de reojo, sin girarse del todo—. Nos ha advertido. Cuando un informante te vende, no te da el cuchillo… te da el corte.

Elena tragó saliva. No entendía la diferencia. Solo sabía que, en ese instante, el aire de Kadıköy cambió.

El ritmo se quebró.

Elena lo sintió primero en la piel: esa sensación de ser observada que no viene del ego, sino del instinto. Luego lo vio en detalles: una moto que arrancaba sin prisa, un hombre que fingía mirar su teléfono pero no desplazaba la pantalla, una mujer con bolsa que cruzó dos veces la misma esquina.

—Tres —susurró Elena.

—Cinco —corrigió Víctor.

Elena apretó los dientes. Quería mirar atrás. Víctor le tocó el codo otra vez, suave.

—No. —Una orden, casi cariñosa—. Camina normal.

Elena respiró hondo y obligó a sus hombros a relajarse. Se concentró en lo que sabía hacer: analizar. Buscar patrones. Construir un mapa mental.

Víctor, en cambio, no parecía estar analizando. Parecía estar… escuchando. A la gente. A la calle. Al silencio entre ruidos.

Giraron hacia un mercado. Un laberinto de puestos de fruta, pescado, carne y especias. Olores fuertes que se mezclaban y confundían. Elena vio una oportunidad: perder a los perseguidores en la densidad.

—Podemos…

—No todavía —dijo Víctor.

—¿Por qué?

—Porque si nos perdemos ahora, nos seguirán buscando. Si los llevamos donde queremos, los elegimos.

Elena no respondió. Le molestaba esa lógica. Pero, en el fondo, la entendía: Víctor no jugaba a escapar; jugaba a controlar la narrativa.

Aun así, cuando una moto se adelantó y se cruzó en su camino, Elena supo que el tiempo de los planes se acababa.

El motorista se bajó. Casco negro, chaqueta oscura. No llevaba arma visible, pero la ausencia era, en sí, una amenaza. La calle se estrechó. La gente se apartó con esa rapidez que solo tiene quien ya ha visto peleas.

Un segundo motorista apareció detrás, cerrando la salida. Y un hombre a pie se acercó desde el lateral, mano dentro de la chaqueta.

Elena sintió el pulso subirle a la garganta. Su entrenamiento gritó "actúa". Su miedo gritó "corre". Su mente gritó "si te equivocas, mueres".

Víctor levantó las manos, como si pidiera calma, como si fuera un turista perdido.

Y habló en turco.

La conversación fue breve. El motorista respondió con una frase seca. Elena no entendió las palabras, pero entendió la intención: un ultimátum.

Víctor sonrió. Una sonrisa mínima, casi amable.

Y dio un paso hacia delante, acercándose al motorista como si fuera a estrecharle la mano.

Elena se tensó.

—Víctor…

—Ahora —susurró él, sin mirarla.

El motorista dio otro paso, confiado.

Víctor lo derribó con una técnica tan rápida que Elena tardó un instante en comprender qué había pasado. No fue una pelea; fue una interrupción. Una palanca en la muñeca, un giro de cadera, un cuerpo al suelo. El casco golpeó el asfalto con un sonido hueco.

El segundo motorista aceleró, intentando usar la moto como ariete. Elena reaccionó por reflejo: se lanzó hacia un lado, dejando que la moto rozara un puesto de frutas. Naranjas rodaron como proyectiles. La moto se desequilibró. Elena ya estaba encima del conductor.

Su rodilla golpeó el costado del hombre. Su mano atrapó el antebrazo. Torció con precisión. Krav Maga: no belleza, eficacia. OBJ

El hombre intentó sacar algo de la chaqueta. Elena lo vio. No esperó. Aumentó la torsión. El objeto cayó: un cuchillo corto, brillante.

El hombre soltó un gemido.

—¡Víctor! —gritó Elena, señalando el arma.

Víctor ya había levantado al primer atacante y lo tenía contra una pared, inmovilizado. Sus ojos verdes no mostraban rabia. Solo cálculo. OBJ

El tercero, el de a pie, apareció al final de la calle. Esta vez sí: un arma. No la exhibía del todo, pero Elena vio el contorno. Vio el gesto nervioso de quien no quiere disparar en público, pero está dispuesto.

Elena sintió el mundo ralentizarse.

Su mente quiso sacar su arma. No la llevaba encima: aún no habían recogido el equipo de la ciudad, aún estaban "limpios". Y eso era, de pronto, un error enorme.

Víctor lo vio también.

Pero en vez de correr hacia el hombre armado, Víctor corrió hacia Elena.

La empujó hacia un portal abierto, derribando una cortina de plástico. Entraron en un almacén que olía a cuero viejo y detergente.

Un disparo sonó afuera. Seco. Algo golpeó la pared junto a la puerta.

Elena se agachó, respirando a golpes.

—¡Teníamos que quitarle el arma! —susurró, con rabia.

Víctor se quedó de pie, pegado a la pared, escuchando.

—No había que ganar. Había que salir vivos.

Elena apretó la mandíbula. Aquello era el choque perfecto entre sus métodos: ella quería neutralizar el riesgo. Víctor quería gestionar el riesgo.

—Me has empujado —dijo Elena, sintiendo el orgullo arder.

—Te he movido —corrigió Víctor—. Empujar es por impulso. Mover es por elección.

Elena quiso odiarlo por esa frase. Pero, por un segundo, se dio cuenta de algo: Víctor había elegido ponerse entre ella y el disparo. No era una metáfora. Era un cuerpo.

Afuera, voces. Pasos rápidos. El bazar reaccionaba como un animal asustado.

Elena sacó el móvil por instinto. Víctor le agarró la muñeca, firme.

—No.

—Necesito a Sofía.

—Sofía no te va a sacar de un callejón. —Víctor señaló su bolsillo —. Te van a sacar de un callejón tus piernas y tu cabeza.

Elena tragó saliva y guardó el móvil. Y se odió por lo fácil que era obedecerle en ese instante.

Víctor miró alrededor. Encontró una puerta trasera.

—Salimos por ahí. —Abrió lo justo para mirar—. En fila. Yo primero.

—Déjame ir yo —dijo Elena, automática.

Víctor la miró con algo que no era condescendencia. Era responsabilidad.

—No. Tú tienes ojos para cosas que yo no tengo. Si pasa algo, necesito que seas tú la que lo vea.

Elena se quedó callada. "Necesito" era una palabra extraña en la boca de Víctor. Él no necesitaba a nadie. ¿O sí?

Salieron al callejón trasero. Olía a humedad y basura. El ruido del mercado se amortiguó. Eso era malo: menos testigos, más opciones para los perseguidores.

—Uno nos sigue —susurró Elena.

Víctor asintió.

—Lo sé. —Giró a la derecha sin mirar—. Y quiere que lo sepamos.

Elena sintió un escalofrío.

—¿Por qué?

Víctor no respondió al instante. Subieron unas escaleras estrechas. Atravesaron un portal. Salieron a otra calle.

—Porque esto no es un robo —dijo Víctor al fin—. Es una prueba.

Elena lo miró.

—¿Una prueba de quién?

Víctor apretó la mandíbula.

—De nosotros.

Un silencio. Luego:

—Y de ti —añadió, más bajo—. Especialmente de ti.

Elena sintió la frase como un peso en el estómago. No era paranoia. Era lógica: la novata, la analista, la que podía entender el Código Berlín. Alguien quería verla moverse. Ver si valía la pena capturarla. O matarla.

Elena respiró hondo.

—Enséñame —dijo, casi sin darse cuenta.

Víctor la miró un segundo largo. Y asintió.

—Vale.

Ese "vale" tuvo más peso que cualquier discurso.

Llegaron a un hotel discreto cerca de Moda, una zona tranquila donde la ciudad fingía respirar. La habitación era pequeña, con una ventana a un patio interior. Víctor cerró las cortinas. Elena, sin que se lo pidieran, revisó el baño, la salida de emergencia, el falso techo. No encontró nada. Eso no significaba que no hubiera nada.

Víctor sacó una bolsa metálica del bolsillo y metió ambos móviles dentro.

—Faraday —explicó, ante la mirada de Elena.

—Lo sé —respondió ella, pero le molestó que él supiera que ella lo sabía.

Víctor apoyó la bolsa en la cama y se sentó en una silla, sin quitarse la chaqueta.

—Tres cosas —dijo—. Uno: Ibrahim no nos ha vendido del todo. Dos: nos han medido. Tres: Tuzla.

Elena se acercó a la mesa.

—¿Cómo sabes que Ibrahim no nos ha vendido?

Víctor la miró como si la pregunta fuera un ejercicio básico.

—Porque si nos hubiera vendido, no habría necesidad de un arma. Habría una furgoneta. Una sirena. Un "accidente". —Se inclinó —. Esto ha sido teatral. Un aviso.

Elena se mordió el labio.

—¿Y Carlos? —preguntó.

Víctor tardó un segundo. Elena lo notó. Ese microsegundo de duda no era miedo. Era memoria.

—Carlos Montero —dijo Víctor al fin—. Si está aquí, no es casualidad. [OBJ]

Elena sintió una rabia fría.

—No puede estar en esta misión. No se ha informado de un tercer agente.

Víctor soltó una risa breve, sin humor.

—Elena… en esta agencia, la gente está en misiones antes de que las misiones existan.

Elena bajó la mirada. Pensó en Miranda, en su presencia robusta, en su manera de hablar de "bien superior" como si fuera una herramienta. [OBJ] Pensó en la sensación de topo que había quedado flotando desde el briefing del capítulo anterior. [OBJ]

—Si Carlos trabaja para Miranda… —empezó Elena.

Víctor la cortó.

—No concluyas sin pruebas. Eso es tu terreno, doctora. Y es peligroso cuando la paranoia te convence.

Elena apretó la mandíbula. Lo odiaba por tener razón.

—Entonces vamos a Tuzla —dijo Elena, buscando algo sólido.

Víctor asintió.

—Pero antes, Karaköy. Solo mirar.

Elena alzó las cejas.

—¿No era al revés?

—Ahora ya nos han visto. —Víctor se levantó—. Ya no tenemos el lujo de ser invisibles. Ahora tenemos que ser inteligentes.

Elena respiró hondo. Se dio cuenta de que Víctor no estaba negando su impulso, lo estaba canalizando. Y eso… eso era mentoría de verdad. La clase que no aparece en manuales.

Antes de salir, Elena sacó el móvil de la bolsa un segundo, lo justo para escribir a Sofía.

ELENA: Persecución. IMSI-catcher probable. ¿Tuzla activo?

La respuesta llegó casi inmediata.

SOFÍA: Sí. Señal rara cerca de Tuzla, como una red privada. Ojo con cámaras. Y Elena… si ves a un tío "normal" demasiado normal, sospecha. Eso es Carlos.

Elena sintió un nudo en la garganta.

Guardó el móvil.

—Vámonos —dijo.

Víctor asintió, y por primera vez Elena notó algo íntimo: Víctor, el hombre que parecía hecho de acero, respiró hondo antes de abrir la puerta. Como quien se prepara para volver al agua después de años sin nadar.

El lado europeo los recibió con una Estambul distinta: más turística, más exhibida, más llena de ojos que miran por dinero. Karaköy olía a mar y metal. Grúas recortadas contra el cielo. Camiones. Contenedores. Un rumor constante de industria que encubre muy bien lo ilegal.

Elena caminó con un abrigo distinto, el pelo recogido de otra manera. Víctor había cambiado de chaqueta, pero seguía siendo Víctor: discreto, elegante, irreprochable.

—A partir de aquí —dijo Víctor—, eres turista.

Elena soltó una risa breve.

—No sé ser turista.

—Pues aprende. —Víctor señaló un puesto de fotos—. Compra algo inútil. Los espías que no compran nada son sospechosos.

Elena se mordió el interior de la mejilla, pero obedeció. Compró una postal con una mezquita al atardecer. Le pareció ridículo. Le pareció, al mismo tiempo, una forma de anclarse: esto es real. Estoy aquí.

Se acercaron al almacén de Halcyon por calles laterales. El edificio era viejo, pero el logo era nuevo. Eso ya era una bandera roja. Elena vio cámaras privadas, pequeñas, discretas, bien ubicadas.

Víctor no miraba las cámaras. Miraba a quienes podían estar mirándolos.

—¿Ves esa cafetería? —dijo Víctor.

Elena siguió su mirada. Un local con cristales ahumados.

—Sí.

—Si alguien nos observa, lo hará desde ahí. —Víctor señaló otra esquina—. Y desde ese coche gris.

Elena frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

Víctor no sonrió.

—Porque el coche no encaja y la cafetería no tiene clientes, pero tiene luz. La luz cuesta dinero. Nadie gasta dinero para no mirar nada.

Elena sintió una mezcla de admiración y irritación. Su método era datos. El de Víctor era… vida.

Sacó una microcámara del bolsillo, una de las herramientas pequeñas que Sofía les había ayudado a conseguir.

—Cinco segundos —dijo Víctor, anticipándose—. Luego la apagas.

Elena asintió. Metió la microcámara por una rendija en una puerta lateral. La pantalla mostró un interior frío: cajas apiladas, hombres armados, una mesa con una tablet, un mapa abierto.

Y, en una de las cajas, un símbolo pintado: un círculo atravesado por una línea.

Elena sintió un golpe en el pecho.

—Ese símbolo… —susurró.

Víctor se acercó, lo justo para ver.

—¿Qué es?

Elena tragó saliva.

—Un marcador interno. Lo vi en documentación vieja del proyecto. —Sus dedos temblaron un poco—. Eso significa que esto… viene de dentro. De la agencia. O de alguien que tuvo acceso.

Víctor se quedó inmóvil un segundo. No por sorpresa. Por confirmación.

—Entonces el topo es más real de lo que creíamos —dijo, con voz baja.

Elena apretó el móvil, luego recordó y apagó la microcámara.

—Tenemos que entrar —dijo Elena, impulsiva.

Víctor negó con la cabeza.

—No hoy.

—¡Está ahí! —Elena sintió el control escapándose—. El Código puede estar ahí.

—O puede ser una copia. O un señuelo. O un anzuelo para que tú, precisamente tú, entres y te filmen la cara. —Víctor la miró con dureza controlada—. ¿Quieres ganar una pelea o terminar la misión?

Elena respiró hondo. Le dolía aceptar que tenía razón. Le dolía aún más que su impulso la delatara.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó, obligándose a sonar racional.

Víctor señaló el puerto.

—Miramos cómo se mueve. Si el paquete se mueve, lo seguimos. Si no se mueve… buscamos la razón.

Elena asintió. Se obligó a tragarse el deseo de actuar. No era fácil.

Se colocaron en un punto donde podían ver sin ser vistos, fingiendo mirar el agua. Elena odiaba la espera. Víctor parecía hecho de espera.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? —preguntó Elena, más por romper el silencio que por curiosidad.

Víctor tardó un segundo.

—Demasiado.

Elena lo miró. Su perfil parecía tallado. La cicatriz en la ceja, los ojos verdes que "ven más allá".

—Yo… —Elena se detuvo—. Yo no pensé que el campo se sintiera así.

—¿Cómo?

Elena buscó palabras.

—Como si el suelo pudiera abrirse en cualquier momento.

Víctor la miró con algo parecido a comprensión.

—Eso no se va. —Pausa—. Solo aprendes a caminar encima.

Elena notó que su garganta se apretaba. Había algo humano en esa confesión mínima. Víctor no decía "tranquila". Decía "es así". Y, por alguna razón, eso la tranquilizaba más.

El sol empezó a bajar. Las sombras se alargaron. Y entonces… movimiento.

Un portón lateral del almacén se abrió. Dos hombres sacaron una caja mediana, envuelta en plástico oscuro. La cargaban como si pesara más por lo que representaba que por lo que era. Un tercero miraba alrededor, nervioso.

Elena sintió el cuerpo encenderse.

—Ahí.

Víctor asintió.

—No los mires. —Se levantó—. Síguelos como si te interesara el mundo, no ellos.

Se mezclaron con la gente. Elena odió lo lento que se movía todo. Víctor no. Víctor era el ritmo.

La caja entró en una furgoneta sin distintivos. La furgoneta arrancó.

—Taxi —dijo Elena.

Víctor negó con la cabeza.

—Moto.

Elena lo miró como si estuviera loco.

—¿Moto? ¿En este tráfico?

Víctor la miró de reojo.

—Precisamente.

Elena tragó saliva. Y entonces lo vio: la diferencia de metodologías. Ella quería una solución "segura". Él quería una solución "posible".

Víctor paró a un joven en una esquina. Habló en turco rápido, le mostró algo —dinero, probablemente— y el joven señaló una fila de motos aparcadas.

En menos de un minuto, tenían dos cascos y una moto pequeña. Elena se subió detrás de Víctor con el corazón en la boca.

—No me agarres al cuello —dijo Víctor—. Agárrate a la cintura. Y no cierres los ojos. Si los cierras, te conviertes en carga.

Elena apretó la mandíbula y obedeció.

La moto se lanzó al tráfico como una bala pequeña. Elena sintió que el mundo se volvía un túnel de coches, claxon y respiración contenida. Vio la furgoneta a lo lejos. Vio cómo Víctor se colaba por huecos imposibles sin perder el control.

—Estás loco —susurró ella.

—Estoy vivo —respondió Víctor.

Elena apretó más fuerte. Su método era cálculo. El método de Víctor era… confiar en el caos.

Y, contra toda lógica, funcionaba.

La furgoneta tomó la autopista hacia el este. La ciudad se estiró, cambió de piel. Edificios, luego naves, luego zonas industriales. Elena notó que, cuanto más se alejaban del centro, menos testigos había. Menos ruido. Más peligro.

—Esto no me gusta —dijo Elena.

—Eso significa que vas bien —respondió Víctor.

Elena vio una segunda moto a lo lejos. Una sombra que aparecía y desaparecía en el espejo de un coche.

—Nos siguen.

Víctor no giró la cabeza.

—Lo sé.

—¿Qué hacemos?

Víctor señaló una salida.

—No vamos a Tuzla directamente.

—Pero ahí va la furgoneta.

—Y ahí nos quieren. —Víctor redujo velocidad—. Vamos a saber cuántos son.

Elena sintió el estómago caer.

Víctor tomó una salida hacia una zona de almacenes abandonados. La moto vibró bajo sus piernas. Elena tragó saliva. Esto era una trampa o una genialidad. Con Víctor, siempre era difícil distinguir.

La furgoneta siguió. Ellos se desviaron. La segunda moto, tras un segundo de duda, los siguió.

—Uno —dijo Víctor.

Elena sintió un alivio que duró poco.

Una tercera moto apareció por detrás.

—Dos —dijo Elena.

Y entonces, un coche negro sin matrícula visible se colocó en paralelo, demasiado cerca.

—Tres —dijo Víctor, con voz baja.

Elena sintió el miedo como un sabor metálico.

El coche intentó cerrarlos. Víctor aceleró. La moto se coló por un hueco estrecho entre un camión y una valla. Elena contuvo un grito.

El coche frenó. Las motos, en cambio, podían seguir.

Los dos motoristas se acercaron. Uno intentó golpearlos con el pie. Elena reaccionó por instinto: levantó el brazo y lo apartó. El golpe le rozó el hombro. Dolor. Real. El campo no era teoría.

—¡Elena! —Víctor gritó—. ¡No pelees encima de la moto!

—¡Entonces no nos persigan! —Elena se sorprendió a sí misma gritando.

Víctor giró de golpe hacia un descampado. La moto saltó un bache. Elena casi se cae.

El motorista de la derecha aceleró para ponerse a su lado. Elena vio el brillo de algo en su mano. Un cuchillo. Otra vez.

Víctor frenó de repente. La moto enemiga se adelantó un metro por inercia. Ese metro fue suficiente.

Víctor giró el manillar, chocó su rueda contra la del otro y lo desestabilizó. La moto enemiga cayó. El hombre rodó por el suelo sin llegar a romperse del todo. Elena vio sangre en la frente, nada más. No gore. Solo realidad.

El segundo motorista frenó, dudando.

El coche negro apareció al final del descampado, bloqueándoles la salida. Se bajaron dos hombres. Uno llevaba arma. La mostró.

Elena sintió el mundo estrecharse.

—Baja —dijo Víctor.

—¿Qué?

—Baja ahora.

Elena bajó de la moto. Víctor hizo lo mismo. Levantó las manos. Elena lo imitó, aunque su cuerpo gritaba que aquello era rendirse.

—Tranquilos —dijo Víctor en turco, fuerte.

El hombre del arma respondió algo. Elena entendió solo una palabra: "España". Sintió un escalofrío.

Víctor mantuvo la calma.

Y entonces hizo lo que Elena no habría hecho jamás: habló. No con amenazas. Con serenidad. Con autoridad.

Elena no entendía las frases exactas, pero entendía la intención: Víctor estaba comprando segundos. Estaba negociando con la única moneda que existía ahí: credibilidad.

Mientras hablaba, Elena miró alrededor. Vio un contenedor abierto. Vio una puerta lateral. Vio un charco que reflejaba el cielo como una salida falsa.

Elena se dio cuenta de algo: Víctor estaba haciendo tiempo para que ella planificara. Para que ella encontrara una salida. Para que ella usara lo que sabía hacer mejor.

Eso la golpeó por dentro.

Uno de los hombres dio un paso hacia Víctor. El arma bajó un poco, como si la tensión disminuyera.

Y ahí Elena lo vio: la confianza era la grieta.

—Ahora —susurró Víctor, en español, sin mover los labios.

Elena reaccionó. Corrió hacia el contenedor, se lanzó dentro, y desde ahí golpeó con el pie una barra metálica que estaba apoyada. La barra cayó con estruendo, como si algo grande se desplomara.

Los hombres giraron la cabeza, instintivos. Un segundo de distracción.

Víctor lo aprovechó: se lanzó hacia el hombre armado, le golpeó la muñeca con el borde de la mano, le arrebató el arma con un movimiento seco, y lo empujó contra el coche.

Elena salió del contenedor con el corazón explotando.

El segundo hombre intentó sacar algo. Elena lo inmovilizó con rapidez, usando el cuerpo como palanca. Entrenamiento. Precisión. OBJ

Víctor, en cambio, no se quedó peleando. Se movió hacia la moto.

—¡Nos vamos! —gritó.

Elena soltó al hombre y corrió.

Subieron. Arrancaron. Salieron del descampado antes de que los hombres pudieran reorganizarse. Elena miró atrás una fracción de segundo: el coche negro arrancaba también.

—Nos persiguen.

—Sí —dijo Víctor.

Elena sintió que la garganta se le cerraba.

—¿Hasta cuándo?

Víctor no respondió. Giró hacia una carretera secundaria.

El tráfico era menos denso. Eso era peor: más espacio para que el coche los alcanzara.

Elena pensó rápido.

—La furgoneta… —dijo—. La perdimos.

—No. —Víctor señaló con la barbilla hacia una curva—. La seguimos con la cabeza, no con los ojos. Va a Tuzla. Y si va a Tuzla, el paquete se entrega. Si el paquete se entrega, alguien lo recibe. Y alguien que recibe deja huellas.

Elena apretó los dientes. Era la filosofía de Víctor: nunca persigas el objeto; persigue la cadena.

El coche negro se acercó. Elena oyó el motor como una amenaza. Víctor aceleró.

Y entonces Elena vio algo: un letrero hacia un muelle pequeño. Un embarcadero de servicio.

—¡Ahí! —gritó.

Víctor miró. Entendió al instante. Giró.

El embarcadero era estrecho. Un ferry pequeño, de carga ligera, estaba a punto de partir. Víctor aceleró, se metió entre dos camiones, y frenó al borde de la rampa.

—¡Baja! —ordenó.

Elena bajó. Corrieron hacia la rampa. El conductor del ferry gritó en turco. Víctor le lanzó dinero como si fuera confeti.

—¡Ahora! —gritó Víctor.

Saltaron al ferry justo cuando la rampa empezaba a levantarse.

El coche negro frenó al borde. Uno de los hombres bajó, levantó el arma.

Elena sintió un pánico helado.

Víctor la empujó hacia el suelo.

El disparo sonó, pero el ferry ya se alejaba. La bala golpeó el metal, lejos. Chispas. Nada más.

Elena se quedó tumbada, respirando como si hubiera corrido una vida entera.

Víctor se agachó a su lado, sin tocarla.

—¿Estás bien?

Elena lo miró. Tenía la camisa manchada de polvo. El pelo apenas desordenado. Los ojos, intactos. Pero en la voz… había algo. Una grieta.

—Sí —dijo Elena, y su voz tembló—. Estoy.

Víctor asintió. Y, por primera vez desde que empezó la misión, Elena vio algo que no había visto antes: alivio.

No profesional. Personal.

El ferry avanzó sobre el agua gris. El coche negro quedó atrás como un insecto furioso. Elena se incorporó lentamente.

—Esa… esa fue tu manera —dijo Elena, aún con el corazón golpeando—. Hablar, distraer, moverte.

Víctor la miró, serio.

—Y la tuya fue ver la salida. —Pausa—. Hoy hemos usado las dos.

Elena se quedó callada. Esa frase no era un halago. Era un reconocimiento. Y le golpeó más fuerte que cualquier elogio.

El silencio entre ellos, en el ferry, no era cómodo. Pero era distinto. Había algo que se estaba construyendo: una confianza hecha de golpes y decisiones rápidas, no de promesas.

—¿Por qué…? —Elena dudó—. ¿Por qué te pusiste delante antes, en Kadıköy?

Víctor miró el agua.

—Porque eres útil —dijo, y Elena sintió la decepción antes de que él terminara—. Y porque no soy de los que pierden gente si pueden evitarlo. Ya he perdido demasiado. OBJ

Elena tragó saliva. Entendió que esa última frase era lo más cercano a una confesión que Víctor iba a regalarle en ese momento.

***

Volvieron a tierra en un punto distinto, lejos de Tuzla. Víctor había elegido el ferry no solo para escapar, sino para cambiar de tablero. Ajedrez sin decir ajedrez.

Se refugiaron en un taller mecánico que, por fuera, parecía abandonado. Por dentro, un hombre mayor los recibió con un gesto. Víctor habló con él en turco. Elena no preguntó. No era su turno.

El hombre les dio agua, una toalla, y una pequeña caja metálica.

—Equipo —dijo Víctor, abriéndola.

Dentro había un móvil nuevo, limpio, y una nota escrita a mano en inglés.

"DR. KEMAL. KÜÇÜKYALI. ESTA NOCHE."

Elena lo miró, confundida.

—¿Quién es?

Víctor la miró con calma.

—El desertor.

Elena sintió un latigazo de emoción. Capítulo siguiente. Pero aquí, ahora, ya era real.

—¿De dónde salió esto? —preguntó.

Víctor sostuvo la nota.

—De la cadena. —Señaló la letra—. Esto no lo escribió Ibrahim. Ibrahim escribe bonito. Esto es prisa. Esto es miedo.

Elena se acercó.

—¿Y por qué nos lo dan?

Víctor se encogió de hombros.

—Porque alguien quiere que lleguemos a Kemal antes que Weber. O antes que Carlos.

El nombre de Carlos volvió a caer como una piedra.

—Entonces Carlos está jugando —dijo Elena.

Víctor asintió.

—Y Miranda también, aunque no esté aquí.

Elena sintió la garganta seca. Sofía vibró en su cabeza como una voz lejana. Marta Gálvez, la directora, y las presiones internas de la

agencia, todo aquello que todavía era humo… empezaba a tomar forma.

Víctor guardó la nota.

—Tenemos que movernos —dijo—. Küçükyalı está cerca de la costa. Lugar fácil para desaparecer. Lugar fácil para morir.

Elena se puso de pie, lista antes de que su miedo pudiera protestar.

—Vamos.

Víctor la miró con algo que parecía aprobación contenida.

—Eso es. —Pausa—. Y Elena…

—¿Qué?

Víctor dudó un instante, como si eligiera cada palabra con cuidado.

—Hoy, cuando te dije "no cierres los ojos"… no era una orden. —La miró fijo—. Era una promesa. Si los mantienes abiertos, yo también lo haré.

Elena sintió un golpe suave en el pecho. No era romanticismo obvio. Era algo más peligroso: intimidad en medio del desastre.

—No los voy a cerrar —dijo Elena.

Víctor asintió. Y por primera vez Elena entendió que esa misión no iba solo de un dispositivo robado. Iba de ellos. De cómo iban a sobrevivir a las sombras, a la traición, y a lo que se escondía dentro de la propia agencia.

Salieron del taller y Estambul volvió a rugir alrededor. Pero esta vez Elena no se sintió tan pequeña dentro del ruido.

Ahora sabía dos cosas:

Que alguien los estaba cazando.

Y que, a pesar de todo, ya no estaba sola en el tablero.

CAPÍTULO 6: EL DESERTOR

La lluvia no era lo peor de Estambul. Lo peor era cómo la lluvia volvía honestas las superficies: los charcos devolvían reflejos de neón, los adoquines sacaban brillo a la suciedad, y las sombras —esas sombras que uno prefería imaginar ambiguas— quedaban recortadas con una nitidez cruel.

Víctor Salgado caminaba por Karaköy con el cuello del abrigo levantado y las manos vacías. Nada de guantes, nada de paraguas. Su manera de moverse era la de alguien que se siente más seguro cuando el mundo le muerde. A su lado, Elena Mir avanzaba con una mochila discreta pegada a la espalda, el pelo recogido, los ojos trabajando como una cámara en modo ráfaga.

No habían dormido más de dos horas desde la persecución de la noche anterior. La adrenalina ya se había ido, y en su lugar quedaba el tipo de cansancio que te vuelve torpe si lo permites. Víctor no lo permitía. Elena todavía estaba aprendiendo a no permitírselo.

—Te estás ajustando el paso —dijo Elena sin mirarlo.

Víctor no respondió al principio. Como si medir el silencio fuera parte del análisis.

—No me ajusto a ti —dijo por fin—. Te estoy marcando el ritmo.

—Eso suena a "yo mando".

—Suena a "no quiero recogerte del suelo".

Elena apretó los dientes. No porque le doliera la frase, sino porque le dolía aceptar lo mucho que le preocupaba que pudiera ser cierta.

El informante con el que habían contactado en el capítulo anterior —un hombre que llevaba dos teléfonos, tres nombres y ninguna lealtad— les había dejado una última pieza antes de evaporarse: "Si

queréis entender lo que perseguís, buscad al desertor. El científico. Vive con fantasmas y con gatos. No le queda mucho.”

Víctor no creía en la compasión de los informantes, pero sí creía en el interés. Si ese hombre les había señalado a un científico desertor era porque alguien más también lo estaba buscando. Y en este negocio, cuando dos equipos corren hacia la misma puerta, la puerta siempre termina manchada.

Elena se detuvo un segundo frente a un escaparate de cobre labrado. En el reflejo, vio lo que temía: una figura a distancia constante, gorra oscura, barbilla recogida, manos en los bolsillos. No era un turista perdido. Era alguien que sabía cómo no llamar la atención, y precisamente por eso llamaba la atención.

—Cola —murmuró.

Víctor siguió caminando, ni un músculo del rostro se le movió.

—Lo sé.

—¿Qué hacemos?

—Todavía nada.

Elena tragó saliva, sintiéndose ridícula por haber esperado una respuesta inmediata. Víctor operaba como si todo fuera un tablero invisible: primero colocaba las piezas, después aceptaba la jugada del rival, y solo entonces respondía.

Cruzaron bajo el puente de Gálata, donde los pescadores sostenían cañas como si fueran rifles de paciencia. El aire olía a mar, a metal húmedo y a pan recién abierto. En un cruce, Víctor se detuvo frente a un puesto de castañas asadas. El humo subía lento, dulce, casi doméstico. Víctor miró el cartel de precios con gesto distraído.

Pero Elena entendió: el cristal del puesto funcionaba como espejo. En él, Víctor observó a la figura de la gorra sin girarse, midiendo distancia, postura, microgestos.

—¿Lo conoces? —susurró Elena.

—No.

—¿Entonces?

Víctor compró un cucurucho de castañas sin intención de comérselas. Pagó con billetes pequeños. Todo era parte del papel de "hombre normal", y a Víctor le gustaban los papeles simples.

—Entonces es peor —dijo mientras se alejaban—. Los desconocidos son impredecibles. Los conocidos solo son traicioneros.

Elena soltó una exhalación que no era risa, pero que llevaba algo parecido al absurdo en la garganta.

—¿Y cuál de las dos opciones prefieres?

—Ninguna.

***

El punto de encuentro estaba en Balat, en un barrio donde los edificios se apoyaban unos en otros como viejos borrachos y las calles parecían diseñadas para que cualquier vehículo se arrepintiera. El lugar exacto era una antigua nave de mantenimiento junto a un muelle secundario del Cuerno de Oro, con ventanas rotas y puertas de chapa que chillaban con el viento.

—Romántico —murmuró Elena.

—Seguro —corrigió Víctor.

Entraron por una puerta lateral. La oscuridad olía a humedad y a gasóleo viejo. Se oía el goteo constante de alguna tubería rota, y un maullido, primero tímido, luego insistente. De la penumbra emergieron dos gatos y después tres, todos con el pelo mojado, los ojos brillantes. Se acercaron a Elena sin miedo y rozaron sus piernas como si la reconocieran.

—Así que era verdad —susurró Elena.

Víctor se agachó, cogió una lata abierta de atún del suelo y la empujó hacia ellos con el pie.

—Los gatos no mienten —dijo.

—¿Eso es un proverbio?

—Es experiencia.

Subieron por una escalera de metal hacia un nivel superior. Allí había una sala improvisada como laboratorio de supervivencia: una mesa con herramientas, una lámpara de escritorio, cables pelados, una radio desarmada, un portátil viejo. Nada de lo que uno asociaría con un "científico" en el imaginario popular. Todo lo que uno asociaría con un hombre escondido.

—¿Quiénes sois? —dijo una voz desde el fondo.

El hombre apareció despacio, como si cada paso fuera un cálculo. Bajo, encorvado, barba descuidada, gafas gruesas que se empañaban por la humedad. Sus manos temblaban al ajustar la montura, pero su mirada era afilada: la mirada de alguien que ha pasado la vida ordenando el caos en fórmulas.

—Dr. Alexéi Yudin —dijo Víctor, pronunciando el nombre con precisión. No era solo un saludo. Era una prueba.

El hombre apretó los labios.

—Víctor Salgado —respondió, y esa respuesta lo congeló todo por una fracción de segundo. Que supiera quién era Víctor significaba que alguien le había hablado de él. O que Víctor figuraba en una lista que Elena prefería no imaginar.

Yudin miró a Elena.

—¿Ella?

—Elena Mir —dijo ella antes de que Víctor pudiera intervenir—. Analista. No he venido a juzgarle. He venido a entender.

Yudin soltó una risa seca, sin humor.

—Entender es más peligroso que juzgar.

Fue entonces cuando Elena notó algo: Yudin mantenía una distancia precisa respecto a la ventana rota del fondo. No era casualidad. Era instinto de supervivencia. También notó que tenía

una mochila preparada junto a la mesa. No era una casa. Era un punto de tránsito.

Víctor habló con la calma de quien sabe que la calma, a veces, es un arma.

—Nos han dicho que tú ayudaste a crear el dispositivo.

Yudin no negó. Tampoco asintió. Solo abrió un cajón y sacó un módulo negro del tamaño de una caja de cigarrillos, con conectores demasiado modernos para un entorno tan mugriento. Lo dejó sobre la mesa, como quien deja un trozo de carbón que aún quema.

—Una parte —dijo—. Una muestra. Lo suficiente para que entendáis que no os han contado la verdad.

Elena sintió que su pecho se tensaba.

—Nos dijeron que era un descifrador. Un sistema capaz de interceptar y decodificar comunicaciones seguras. Un oído perfecto.

Yudin la miró como si hubiera escuchado esa frase demasiadas veces.

—Un descifrador es un oído. Sí. Pero esto… —tocó el módulo sin llegar a posar el dedo del todo— …esto también tiene boca.

Víctor no parpadeó.

—Explícate.

Yudin tragó saliva. Parecía debatirse entre el deseo de soltarlo todo y el terror a lo que significaba soltarlo.

—Si puedes leer un lenguaje cifrado, también puedes imitarlo. Puedes inyectar comandos falsos en sistemas que confían en ese idioma. Puedes fabricar órdenes, alterar rutas, crear "mensajes" que nadie envió y que sin embargo serán aceptados como legítimos.

Elena sintió un escalofrío.

—¿Eso es… ofensivo?

—Eso es guerra sin balas —dijo Yudin, y su voz se volvió más firme—. Imagina un sistema de defensa aérea recibiendo un "amigo" donde hay un enemigo. Imagina drones desviados. Infraestructura apagada. Bancos sin registros. Hospitales sin energía. Todo por una cadena de mensajes que parecen reales. Un fallo técnico. Un incidente aislado. Nadie sabe a quién culpar. Todos se culpan entre sí.

Víctor apretó la mandíbula.

—¿Quién ordenó eso?

—Los mismos que siempre —dijo Yudin—. Los que hablan de seguridad y después duermen tranquilos porque no ven el resultado. Pero alguien… alguien quiso ir más lejos. Alguien no quería solo escuchar. Quería mandar.

Elena se obligó a no mirar a Víctor, porque lo que le asustaba era que su mente ya empezaba a completar la frase con nombres.

—¿Por qué desertaste? —preguntó Víctor.

La palabra "desertor" cayó como una piedra. Yudin pareció encogerse.

—Porque vi una prueba —dijo, y su voz perdió volumen—. Un test "controlado". Una ciudad pequeña. Un corte de comunicaciones. Un hospital que quedó incomunicado. Una ambulancia que no llegó. Un niño. —Se le quebró la voz, lo justo para que el daño fuera evidente —. Eso no estaba en los informes. Eso no era el plan.

Elena sintió una mezcla de rabia y repugnancia que le subió por la garganta.

—¿Y usted lo permitió?

Yudin levantó los ojos. Estaban rojos, pero no de llanto. De insomnio.

—Yo lo construí —dijo—. Eso es peor. Permití todo cuando era teoría, cuando eran líneas de código, cuando parecía imposible que

alguien lo usara contra civiles. Y cuando pasó… ya era demasiado tarde para fingir que yo no estaba ahí.

Un maullido sonó abajo. Los gatos se acomodaron como si asistieran a una confesión.

Víctor se inclinó un poco hacia la mesa.

—Estamos aquí para detenerlo. Pero no podemos detener lo que no entendemos. Necesitamos una pista. Un punto fijo.

Yudin asintió despacio. Sus manos temblaban al abrir una caja metálica. De ella sacó una microtarjeta sellada en resina transparente y un papel doblado varias veces, con anotaciones.

—Esto es parte del mapa. Rutas, nodos, contactos. No el dispositivo completo, pero sí… su corazón operativo.

Elena extendió la mano para cogerlo. Yudin la detuvo con un gesto brusco.

—Antes… una condición.

Víctor frunció el ceño.

—No estamos para condiciones.

—Mi familia —dijo Yudin, y la palabra salió como una herida—. Canadá. Si esto sale mal… si me convierten en un ejemplo… no tendrán a nadie. Necesito que alguien intente sacarlos del radar. Al menos… moverlos. Cambiarles el nombre. Algo.

Elena vio el miedo real en su rostro. No el miedo del culpable, sino el miedo del hombre que sabe que el monstruo que ayudó a construir no perdona.

Víctor lo miró como si pesara la petición en una balanza invisible.

—Si llegamos vivos a mañana, haré una llamada que no existe —dijo—. Pero tú me das eso ya.

Yudin cerró los ojos un segundo, como si esa promesa fuera un sacramento.

—Vale.

Elena tomó la microtarjeta y el papel. Notó que en la resina había un símbolo diminuto: un hexágono con una línea diagonal. Un logo sin marca. Un sello de proyecto.

—¿Qué significa? —preguntó.

Yudin se encogió.

—Significa que quien lo diseñó quería que pareciera… inevitable. Como la geometría. Como algo que no se cuestiona.

Elena sintió un nuevo escalofrío. No por el logo, sino por lo que implicaba: alguien con visión, con recursos, con paciencia. No un ladrón. No un oportunista. Un arquitecto.

Víctor iba a hablar cuando el sonido cambió.

No fue un disparo. Todavía no.

Fue un clic. Un mínimo chasquido metálico, tan pequeño que Elena habría jurado que había sido una gota golpeando el metal… si Víctor no se hubiera tensado como un animal.

—Al suelo —gruñó.

Elena obedeció sin pensar. Se dejó caer detrás de la mesa y arrastró la mochila con ella. Los gatos desaparecieron en un torbellino de uñas y sombras.

La ventana del fondo explotó. El cristal se convirtió en lluvia dentro de la lluvia. Una bala cruzó el aire donde la cabeza de Yudin había estado un segundo antes. El impacto arrancó chispas del metal de una estantería.

Yudin se quedó congelado, con la boca abierta, incapaz de procesar que la paranoia había sido real.

—¡Muévete! —Víctor lo agarró del brazo y lo empujó hacia el pasillo lateral.

Elena sacó su arma. El sonido de su respiración era demasiado alto en su propia cabeza. El humo de la pólvora, incluso con

silenciador, tenía un olor particular: limpio, químico, como medicina mala.

Otro disparo. Otra chispa.

—¿Cuántos? —susurró Elena.

—Más de uno —dijo Víctor—. Vienen a borrar, no a asustar.

La puerta por la que habían entrado se abrió de golpe. Una sombra apareció, máscara, movimientos rápidos. Elena apuntó y disparó: el proyectil impactó en la pared a centímetros del hombro del intruso. La sombra retrocedió, pero una segunda figura intentó entrar aprovechando la apertura.

Víctor empujó a Yudin hacia la escalera exterior.

—¡Elena, conmigo! ¡Ahora!

Corrieron por un corredor estrecho. Las paredes estaban cubiertas de tuberías viejas y grafitis. Estambul parecía gemir a través del edificio. Abajo, el agua golpeaba el muelle con paciencia.

Elena oyó pasos detrás. No carreras desordenadas. Pasos coordinados. Equipo entrenado.

Doblaron una esquina. Víctor frenó en seco.

Un hombre bloqueaba la salida. No llevaba máscara, pero su cara era la de alguien acostumbrado a no ser recordado. Ojos claros, barba recortada, ropa oscura. En la mano tenía algo pequeño: una tarjeta o una foto.

—No es personal —dijo el hombre, con acento leve—. Es logística.

Víctor levantó el arma, pero no disparó. Elena sintió la tensión que lo atravesaba. Víctor reconocía un patrón. El hombre no se movía como un mercenario barato. Era otra cosa.

—Siempre es personal —respondió Víctor.

El hombre sonrió apenas, una curvatura fría.

—Eso es lo que os mantiene vivos… hasta que no.

Lanzó algo al suelo. Elena vio el cilindro rodar y supo lo que era un instante tarde.

—¡Humo! —gritó.

El cilindro exhaló una nube blanca densa, irritante. Víctor tiró de Elena hacia atrás, pegándola a la pared. Elena sintió el cuerpo de Víctor como un escudo, no romántico, sino táctico. Tosió. Los ojos le ardieron. El mundo se convirtió en una habitación sin contornos.

Un disparo. Uno solo. Preciso.

Y luego un sonido que Elena odiaba reconocer: un cuerpo golpeando contra metal.

—¡Yudin! —gritó Elena.

Intentó lanzarse hacia adelante, pero Víctor le agarró el antebrazo con una fuerza brutal.

—¡No! —susurró con rabia—. ¡Si vuelves, nos matan a los dos!

—¡Lo han matado!

—Entonces su muerte vale algo solo si tú sigues respirando.

La frase le golpeó a Elena como una bofetada. No por su dureza, sino por su verdad.

El humo se disipaba, pero ya era tarde para recuperar al científico. Los pasos se acercaban otra vez, más rápidos.

Víctor tiró de Elena hacia una puerta de servicio que daba a una escalera exterior. Bajaron a un patio trasero donde la lluvia los golpeó como una agresión fría. El mundo afuera olía a basura mojada y a mar.

—¿La tarjeta? —dijo Víctor de inmediato, sin permitir que el duelo entrara en escena.

Elena metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Sintió la resina de la microtarjeta y el papel arrugado. Estaban ahí. Y eso, por horrible que fuera, significaba que Yudin no había muerto por nada.

—La tengo.

Víctor exhaló, y ese mínimo gesto fue lo más parecido a alivio que Elena había visto en él en días.

—Bien. Entonces corremos con algo más que culpa.

Elena miró hacia el edificio. Por una ventana rota, una sombra se movió. Un reflejo de metal. Un arma.

—¡Agáchate! —gruñó Víctor.

Una bala impactó en el muro junto a ellos. Elena sintió el polvo de cemento en la cara.

—¡Por aquí! —Víctor señaló un pasadizo entre dos edificios, estrecho, oscuro.

Corrieron. Elena resbaló una vez y casi cayó, pero Víctor la agarró del hombro y la impulsó sin perder ritmo. No era ternura. Era eficiencia. Y sin embargo, Elena notó el gesto como si fuera una mano en el abismo.

Salieron a una calle donde el tráfico era denso y ruidoso. Un minibus pasó rozándolos. Víctor levantó el brazo y se metió en el flujo como si la ciudad fuera un río y él supiera nadar mejor que nadie. Elena lo siguió, la adrenalina dándole un filo nuevo a la visión.

En el retrovisor de un taxi vio, por un instante, la gorra oscura. La misma figura de antes. Así que no era un observador. Era un marcador. Un puntero láser humano.

Víctor la empujó hacia una entrada de mercado cubierta, donde el ruido y el olor a especias saturaban el aire. La gente se movía como un enjambre. La lluvia quedaba atrás.

—No dispares aquí —murmuró Víctor.

—Lo sé.

—No es una orden. Es un recordatorio de que la ciudad también es un arma.

Elena apretó la mandíbula y guardó el arma, aunque cada instinto le gritaba que no lo hiciera. Víctor se movía entre la gente con un dominio casi irritante. Elena lo imitó, contando pasos, controlando respiración.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Desaparecer.

Víctor la llevó hasta un puesto de telas. Le entregó al vendedor una tarjeta turca y unas liras. El vendedor no preguntó. Solo sacó dos bufandas gruesas y se las ofreció.

—Póntela —dijo Víctor.

Elena obedeció. La bufanda olía a lana y a polvo de almacén. Víctor se puso la suya y cambió su postura, como si el simple acto de cubrirse el cuello modificara la identidad. Elena comprendió algo incómodo: Víctor no se "disfrazaba". Se convertía.

Salieron por una puerta trasera del mercado hacia una calle lateral. Allí, Víctor se detuvo en seco, como si escuchara un sonido que Elena aún no podía oír.

—¿Qué? —susurró ella.

—Nos están cerrando el perímetro.

Elena notó un movimiento en dos extremos de la calle: dos hombres acercándose desde direcciones opuestas, demasiado sincronizados.

—¿Y entonces?

Víctor señaló una tienda cerrada con persiana medio rota.

—Entramos.

—Está cerrada.

—Las cerraduras son opiniones.

Víctor sacó una herramienta pequeña, casi invisible. En menos de diez segundos, la persiana se levantó lo suficiente para que se

colaran. La tienda olía a cuero viejo. Había chaquetas colgadas como cadáveres.

Víctor bajó la persiana detrás de ellos.

—Respira —dijo.

Elena respiró. Y entonces, sin quererlo, sintió el temblor en sus manos.

—No lo he visto venir —admitió, con rabia—. Si hubiéramos… si yo hubiera…

Víctor la cortó.

—Si hubieras hecho qué. ¿Ser omnisciente? No. Lo único que podemos hacer es aprender.

Elena lo miró. La luz tenue le marcaba la cicatriz de la ceja. De cerca, parecía más cansado. Más humano de lo que él quería mostrar.

—Lo han ejecutado —susurró Elena—. No era una captura. Era… borrar.

Víctor asintió.

—Yudin era un riesgo. Un testimonio. Una grieta.

Elena apretó la microtarjeta entre los dedos.

—Y lo han hecho delante de nosotros.

—Para que entendamos el mensaje.

—¿Qué mensaje?

—Que están dispuestos a matar a plena vista. Y que saben dónde estamos. Siempre.

Elena tragó saliva. El miedo se mezcló con una certeza desagradable.

—Entonces el topo…

Víctor la miró con algo que parecía pesar.

—Sí.

Elena sintió un pinchazo de frío en la nuca. La idea de que alguien en su propio bando los vendía era más desestabilizadora que los disparos. Los disparos eran honestos.

Víctor señaló el papel.

—Ábrelo.

Elena desplegó el papel arrugado. Había números, letras, anotaciones en ruso y alemán. Coordenadas parciales, rutas aéreas, marcas de tiempo. Y una palabra subrayada dos veces con furia:

NAL-18

Debajo, una frase en ruso transliterado que Elena reconoció por la cadencia, aunque no por el significado exacto.

—¿Qué pone aquí? —preguntó.

Yudin había escrito, con una caligrafía que se volvía más temblorosa al final:

"La radio nunca dejó de hablar."

Elena levantó la vista.

—¿Nal… qué?

Víctor no respondió de inmediato. Sus ojos se quedaron fijos en la palabra como si le hubiera abierto un recuerdo antiguo.

—Nalepastraße —dijo por fin, y su voz bajó—. Berlín Este. El viejo Funkhaus. La radio estatal.

Elena sintió que el mundo se estrechaba.

—¿La radio…?

—Un complejo enorme. Estudios, pasillos, salas acústicas, cables. Un laberinto perfecto para esconder cualquier cosa. —Víctor respiró despacio—. "La radio nunca dejó de hablar"… eso suena a que el lugar sigue activo. No en lo oficial. En lo clandestino.

Elena apretó el papel.

—¿Por qué allí?

Víctor la miró.

—Porque Berlín es donde se entierra el pasado… y donde a veces vuelve a levantarse.

***

Esperaron en silencio cinco minutos que parecieron cincuenta. Afuera se oían pasos, voces, luego nada. Víctor pegó el oído a la persiana.

—Se han ido —dijo.

Elena frunció el ceño.

—¿Tan fácil?

—No es fácil. Es cálculo. Han confirmado que no tenemos a Yudin. Han confirmado que tenemos algo. Y ahora lo importante para ellos es saber a quién se lo damos.

Elena sintió el peso de la lógica. El enemigo no solo quería eliminar. Quería mapear.

—Entonces nos están usando como cebo.

—Nos están usando como mapa.

Elena se obligó a pensar. No como víctima. Como analista.

—Si creen que vamos a contactar con alguien… ¿podemos aprovecharlo?

Víctor la miró con un destello que Elena conocía: ese brillo de "ahora estás pensando como se debe".

—Exacto. Pero solo si tú aceptas algo.

—¿Qué?

—Que no controlas todo.

Elena bajó la mirada. Le ardía la garganta con un deseo casi infantil de demostrar que sí podía controlar algo. Pero el campo no

era la academia. El campo era una bestia.

—Lo acepto —dijo, y la palabra le supo amarga.

Víctor abrió la persiana lo suficiente. Salieron a la calle mojada y tomaron un camino diferente, evitando avenidas. Víctor eligió calles estrechas, patios interiores, pasajes donde el ruido de la ciudad se volvía un murmullo. Estambul era un monstruo de millones de bocas; si sabías moverte, podías esconderte entre sus dientes.

Llegaron a un taller mecánico cerrado. Víctor golpeó una puerta trasera con un código de tres golpes, pausa, dos golpes. La puerta se abrió un palmo. Un ojo apareció.

Víctor dijo una palabra en turco. Elena no la entendió, pero el tono era el de alguien que tiene el derecho de estar ahí.

El hombre abrió. Era mayor, manos manchadas de grasa, cara de "he visto demasiadas cosas y no quiero ver más".

Los dejó entrar. No preguntó. Solo señaló una habitación trasera.

Dentro olía a aceite, metal y café viejo. Víctor encendió una lámpara. La luz amarilla convirtió el lugar en una escena de interrogatorio improvisado.

Elena puso la microtarjeta y el papel sobre la mesa. Sus dedos aún temblaban, y eso la enfurecía.

—Quiero leerla —dijo.

—No aquí —respondió Víctor.

—¿Por qué?

—Porque si nos han seguido, lo último que quiero es que un portátil emita un suspiro en la frecuencia equivocada.

Elena exhaló con frustración.

—Entonces, ¿cómo?

Víctor sacó de su bolsillo una bolsa antiestática y una pieza pequeña: un lector aislado, viejo, sin conectividad. Tecnología

“obsoleta” que en realidad era perfecta cuando lo moderno te traicionaba.

—Así —dijo.

Elena lo miró, impresionada a su pesar.

—¿Siempre llevas eso?

—Siempre llevo cosas que la gente moderna olvida que existen.

Elena conectó la microtarjeta con cuidado. Sus manos se obligaron a ser precisas. En la pantalla del lector apareció una estructura de archivos mínima, casi vacía, como si alguien hubiera querido ocultar más que mostrar.

Un único archivo: N18. log

Elena abrió. Era una lista de marcas de tiempo, cadenas cifradas, y entre ellas, algo que parecía un patrón repetido: una clave base, un identificador.

—Esto no es un mapa —murmuró Elena—. Es… un pulso.

Víctor se inclinó para ver.

—Un latido.

Elena tragó saliva.

—Como si el nodo emitiera cada cierto tiempo. Para confirmar que está vivo.

—O para sincronizar —dijo Víctor—. Para coordinar copias. Para mantener el control.

Elena señaló una línea que se repetía con variaciones mínimas.

—Aquí. Hay una firma. Una huella.

Víctor la miró.

—¿Puedes usarla?

Elena asintió. El orgullo le dolió porque no venía de un examen. Venía de algo real.

—Si llegamos a un entorno con acceso a redes… sí. Puedo intentar rastrear dónde se origina esa firma. Pero necesitaré un punto de entrada. Un puente.

Víctor guardó la microtarjeta.

—Berlín nos da ese puente.

Elena miró el papel otra vez.

—"La radio nunca dejó de hablar".

Víctor asintió.

—El Funkhaus tenía kilómetros de cableado. Conexiones antiguas. Espacios donde aún se puede instalar algo sin que nadie lo note. Y si alguien quisiera una base… elegiría un lugar donde nadie mira.

Elena se mordió el labio.

—¿Y qué hay en Estambul que conecte con Berlín?

Víctor se quedó un instante en silencio. Elena supo que estaba pensando en la cola, en el tirador, en el hombre de la frase "logística".

—Hay rutas —dijo Víctor—. Y hay personas. Yudin era una de esas personas. Ahora… nos toca encontrar a las otras.

Elena sintió el peso de la responsabilidad caer sobre sus hombros como una manta mojada. No solo perseguían un dispositivo. Perseguían una arquitectura.

—Víctor —dijo Elena con voz baja—. ¿Tú sabías esto? ¿Que era ofensivo?

Víctor la miró. Por primera vez, no parecía un mentor. Parecía un hombre con cicatrices invisibles.

—Sabía que podía serlo —dijo—. Cuando construyes un oído perfecto, siempre existe la tentación de convertirlo en una boca.

Elena sintió un golpe en el pecho.

—Entonces tu pasado… está metido en esto.

Víctor no lo negó.

—Mi pasado está metido en demasiadas cosas.

Elena se inclinó hacia él, con una intensidad que no se había permitido hasta entonces.

—¿Y me lo ibas a decir?

Víctor la sostuvo la mirada. Los ojos verdes eran dos puertas cerradas a presión.

—Te lo diré cuando el momento no nos mate por hablar.

Elena apretó los puños.

—O sea, nunca.

Víctor no respondió. Y eso fue respuesta suficiente.

Salieron del taller cuando la lluvia empezó a aflojar, como si la ciudad también se cansara de llorar. Víctor eligió una ruta hacia un hotel discreto, sin nombre llamativo, con recepción aburrida y cámaras viejas. Un lugar donde lo extraordinario no encajaba.

En el camino, Elena no dejó de mirar reflejos: cristales, charcos, metal. No vio la gorra, pero eso no la tranquilizó. A veces, lo que no ves es lo que te mata.

En una esquina, Víctor se detuvo y miró hacia un callejón.

—¿Qué? —preguntó Elena.

Víctor señaló un detalle que Elena no había notado: una colilla encendida en el suelo, recién tirada. Y otra. Y marcas de agua que indicaban que alguien había estado ahí, esperando, a cubierto.

—Nos vigilan —dijo Elena.

—Nos estudian —corrigió Víctor.

Elena tragó saliva.

—¿Cómo salimos del país?

—No salimos como vinimos.

Elena lo miró, esperando que desarrollara.

—¿Ferry? ¿Avión?

Víctor negó.

—Avión es control. Ferry es lento. Queremos velocidad y confusión.

—¿Entonces?

Víctor abrió la puerta del hotel y la dejó pasar primero, como una cortesía que era, en realidad, un barrido visual: si algo explotaba, Elena no estaría en el umbral.

—Tren —dijo.

Elena frunció el ceño.

—¿A Berlín desde aquí? Es largo.

—No hasta Berlín. Hasta un punto donde podamos saltar de ruta. Y donde nuestra cola tenga que elegir entre seguirnos o informar.

Elena entendió. Víctor no planeaba escapar. Planeaba obligar al enemigo a cometer un error.

Subieron a una habitación pequeña. Víctor cerró las cortinas. Revisó el baño, debajo de la cama, el armario. Lo hizo con una calma que solo existe cuando se ha hecho mil veces. Elena lo imitó, sintiéndose ridícula y útil al mismo tiempo.

—¿Siempre haces eso? —preguntó.

—Siempre —dijo Víctor—. La paranoia no es un defecto en este trabajo. Es un órgano.

Elena se sentó en la cama sin deshacerla, como si el acto de acomodarse fuera una concesión peligrosa. Víctor dejó la microtarjeta en la mesa, dentro de la bolsa antiestática.

—Necesitamos traducir el papel completo —dijo Elena—. Hay anotaciones en ruso.

Víctor sacó un pequeño cuaderno y empezó a copiar las líneas relevantes, sin tocar el papel más de lo necesario.

—Te lo traduzco yo.

Elena lo miró con sorpresa.

—¿Sabes ruso?

—Sé lo suficiente para no morirme en lugares donde hablan ruso.

Elena soltó un aire que casi fue una risa, pero se quedó en sus labios.

—¿Qué dice esa parte? —señaló una línea.

Víctor leyó en voz baja, traduciendo mentalmente.

—"No es una llave, es un contagio." —Levantó la vista—. Eso encaja con lo que te dijo Yudin. El dispositivo no solo abre puertas. Se propaga. Se instala. Se adapta.

Elena sintió una presión en la frente.

—Como un virus.

—Como una doctrina —corrigió Víctor—. Un virus es biología. Esto es ideología con código.

Elena se quedó callada. Pensó en la OTAN, en redes, en sistemas, en países enteros dependiendo de señales invisibles. Pensó en lo fácil que era olvidar que el mundo moderno podía apagarse con una frase falsa.

—¿Y quién lo quiere? —preguntó.

Víctor guardó el cuaderno.

—Gente que cree que el poder es más bonito cuando no deja huellas.

Elena miró la microtarjeta.

—Berlín.

Víctor asintió.

—Berlín.

Entonces, un sonido.

No un disparo. No un golpe.

Un zumbido breve. Un móvil vibrando.

Elena miró a Víctor, alarmada.

—Yo dejé el mío…

—No es tuyo —dijo Víctor.

Miró hacia la puerta. El zumbido venía del pasillo.

Víctor se acercó con el arma en mano. Se movió sin ruido. Puso el ojo en la mirilla.

Afuera no había nadie.

Pero en el suelo, frente a la puerta, había un teléfono barato, vibrando como un insecto atrapado.

Elena se acercó.

—¿Qué…?

—No lo toques —dijo Víctor, y su voz fue un cuchillo—. Puede ser un rastreador, una bomba, o un mensaje. Y los tres se abren igual: con curiosidad.

Elena se quedó quieta. La vibración cesó. El teléfono quedó en silencio. Una amenaza sin gritos.

Víctor esperó un minuto. Luego, con la punta del pie, empujó el teléfono hacia una esquina. Se agachó, sacó una bolsa de plástico, lo recogió sin tocarlo directamente y lo envolvió.

—¿Qué hacemos con eso? —preguntó Elena.

—Lo usamos.

Elena lo miró.

—¿Cómo?

Víctor sonrió apenas.

—Como un espejo. Si nos lo han enviado, es porque quieren que lo veamos. Y si quieren que lo veamos, quieren que reaccionemos. Así que reaccionaremos… pero a nuestra manera.

Elena sintió una chispa de algo que no era miedo. Era desafío.

—¿Y cuál es nuestra manera?

Víctor dejó el teléfono en el baño y cerró la puerta.

—No darles lo que esperan.

Elena se sentó otra vez. Se dio cuenta de que, a pesar de todo, confiaba en él. No porque fuera perfecto. Sino porque era consistente en su brutal honestidad.

—Víctor —dijo—. Si vamos a Berlín… necesito que me digas algo.

Víctor la miró.

—¿Qué?

Elena respiró.

—¿Estamos persiguiendo a un ladrón… o a un Estado?

Víctor tardó en responder. Y esa tardanza le dio la respuesta antes de que llegara la frase.

—Estamos persiguiendo a alguien que juega a ser Estado —dijo al final—. Y eso es peor.

***

La estación de tren al día siguiente era un animal de acero y voces. Estambul despertaba con el ruido de maletas y altavoces. Víctor y Elena se movían como dos sombras más en el flujo. Víctor había cambiado de abrigo, de mochila, de postura. Elena llevaba el pelo suelto por primera vez en días, gafas sin graduación, ropa que la hacía parecer turista cansada.

—Te queda raro —dijo Víctor.

—¿Raro mal o raro bien? —replicó Elena.

—Raro vivo.

Eso le bastó.

Compraron billetes con identidades diferentes. No directos. Saltos. Escalas. Un rompecabezas que solo ellos entendían. Víctor evitó cámaras nuevas, eligió ventanillas laterales. Elena observó manos, bolsillos, miradas.

En el andén, Elena vio de nuevo la gorra oscura, lejos, casi al final. No podía ser casualidad. No podía ser el mismo hombre. Y sin embargo, lo era.

—Está ahí —murmuró.

Víctor no giró la cabeza.

—Lo sé.

—¿Entonces no hemos desaparecido?

—Nunca desapareces del todo —dijo Víctor—. Solo eliges quién te ve.

El tren llegó con un grito de frenos. Subieron. Elena sintió una punzada de alivio al ver puertas cerrarse, vidrio separándolos del exterior.

Pero el alivio duró poco.

A través del cristal, vio que la figura de la gorra no subía. Solo los miraba. Como quien deja marchar al pez porque sabe dónde está el anzuelo.

El tren empezó a moverse. Estambul se deslizó hacia atrás como un sueño sucio.

Elena se sentó junto a la ventana. Víctor frente a ella, aparentemente dormido, aunque Elena sabía que Víctor no dormía de verdad cuando el mundo olía a peligro. Solo descansaba partes pequeñas del cuerpo, nunca la mente.

Elena sacó el papel de Yudin y lo miró otra vez. La palabra NAL-18 parecía arder.

—¿Crees que Yudin… sabía que iba a morir? —preguntó en voz baja.

Víctor abrió los ojos sin moverse.

—Sí.

—¿Y aun así nos citó?

Víctor asintió.

—Porque cuando la culpa es grande, la única forma de respirar es haciendo algo útil con ella.

Elena apretó el papel.

—No quiero que su muerte sea solo… un escalón.

Víctor la miró con una seriedad que no era fría. Era íntima.

—Entonces úsala. No la romantices. No la conviertas en una tragedia bonita. Haz que su información detenga algo. Eso es lo más cerca que estarás de justicia.

Elena tragó saliva. Sintió una humedad en los ojos que no quería. No era por Yudin. Era por la idea de que el mundo podía triturar gente así y seguir girando.

—Berlín —susurró.

Víctor miró por la ventana, hacia un horizonte que aún no era Alemania pero ya era destino.

—Berlín —repitió—. Y allí… todo se complica.

Elena quiso preguntar "¿por qué?", pero el tono de Víctor ya lo decía: Berlín no era solo una ciudad en el mapa. Era una cicatriz para él. Un lugar donde, de algún modo, el pasado había aprendido a hablar.

Y en el papel de Yudin, subrayado con desesperación, estaba la advertencia:

La radio nunca dejó de hablar.

El tren avanzó. La lluvia quedó atrás. Pero el peligro —ese peligro que ya no era solo espionaje, sino guerra silenciosa— viajaba con ellos, metido en una microtarjeta y en el peso de una verdad recién revelada.

Y en algún lugar, lejos de Estambul y más cerca de Berlín, alguien esperaba.

No para escuchar.

Para mandar.

CAPÍTULO 7: SOMBRAS DEL PASADO

Berlín no recibía a nadie. Berlín permitía la entrada, como una ciudad-archivo que solo abría cajones a quien supiera dónde meter los dedos sin dejar huellas.

La lluvia caía fina, insistente, con ese ritmo de aguja que no hacía ruido pero terminaba calando hasta los huesos. Las luces de Alexanderplatz se estiraban en los charcos como serpientes de neón. Víctor Salgado caminaba con el cuello del abrigo levantado, manos en los bolsillos, la mirada siempre un paso por delante, y aun así Elena notaba que algo en él iba por dentro, hacia atrás: un hombre en dos tiempos.

—Dijiste que Berlín era un mal lugar para improvisar —murmuró Elena sin mover apenas los labios. La voz se le perdía entre el rumor del tráfico.

—Lo es. —Víctor no giró la cabeza, pero su tono fue suficiente para que Elena entendiera que no era una advertencia profesional, sino un recuerdo—. Aquí hasta los errores tienen memoria.

Venían de un aeropuerto con vigilancia y de un trayecto en tren con asientos que parecían demasiado cómodos para ser honestos. Habían cambiado de teléfono, de chaqueta y de nombres. Habían evitado rutinas. Y aun así, Elena tenía la certeza de que algo los seguía, no por detrás sino por arriba: una mirada en la infraestructura, en el algoritmo de cámaras, en los registros invisibles de una ciudad diseñada para ser controlada y, a la vez, para burlarse del control.

La pantalla del móvil de Elena mostraba una dirección con un punto rojo y un margen de error insultante. "Consultoría de Seguridad Privada", decía el rótulo en un edificio anónimo de Mitte. La placa, demasiado nueva. La entrada, demasiado limpia.

Elena levantó la vista hacia las ventanas.

—Parece una tapadera.

—Lo es —dijo Víctor—. Pero no de las baratas.

Empujó la puerta y entraron.

Dentro, el aire era seco, olía a calefacción y a papel viejo. Una recepción impecable, una mujer con auricular, un jarrón minimalista y una pared con fotografías en blanco y negro: el Muro, el puente de Oberbaum, un hombre con gabardina mirando a cámara como si supiera que el futuro iba a acusarlo.

La recepcionista alzó la vista con una sonrisa entrenada.

—Guten Tag. ¿En qué puedo ayudarles?

Víctor avanzó y dejó una tarjeta sobre el mostrador. No era suya, por supuesto. Era de un ejecutivo inventado de una empresa inventada. Pero la tinta era real y el gesto de Víctor tenía esa autoridad que no se falsifica.

—Dígale a Malenkov que el ajedrez ha vuelto al tablero.

Elena observó el microsegundo en que la sonrisa de la mujer se mantuvo y sus ojos, no. Un pequeño cortocircuito en la máscara. Después, ella se levantó.

—Un momento, por favor.

El pasillo que les ofreció era silencioso, con una puerta interior y lector biométrico al fondo. Había dos cámaras visibles… lo bastante para que uno creyera que eran todas. Había dos hombres en un sofá leyendo lo mismo desde hacía demasiado rato, sin pasar página. Seguridad. O algo peor: gente acostumbrada a obedecer órdenes que no se escriben.

Víctor rozó el antebrazo de Elena con dos dedos. Una señal mínima: sin impulsos. Elena respiró despacio, clavó la mirada en la neutralidad de la pared y se obligó a ser invisible.

La recepcionista volvió.

—Segunda puerta a la derecha. Pueden pasar.

Víctor caminó sin mirar atrás. Elena le siguió.

La segunda puerta estaba entornada. Dentro, un despacho amplio, sobrio, con una mesa de madera oscura y una librería llena de ediciones antiguas. En una esquina, un tablero de ajedrez. Piezas de marfil envejecido, o imitación de marfil lo bastante buena como para insinuar dinero sin declararlo. Las blancas estaban desplegadas en una apertura clásica; la reina negra yacía tumbada, como un cadáver elegante.

Detrás de la mesa, un hombre se levantó. Alto. Pelo gris recortado. Traje caro sin ostentación. En la barbilla, una cicatriz fina que le cruzaba el mentón como una firma.

Sus ojos eran lo que Elena no olvidaría: fríos, calibrados, con la vieja costumbre de medir la vida humana como si fuera un cambio de divisas.

—Víctor Salgado —dijo en español con acento ruso pulido por años de Europa—. Pensé que estabas muerto. O jubilado. Para vosotros, casi lo mismo.

Víctor se quitó la capucha. No sonrió.

—Y yo pensé que te habías ahogado en tu propio vodka, Sergei.

El hombre dejó escapar una carcajada breve, sin alegría.

—Malenkov —corrigió—. Aquí soy Malenkov. Sergei murió con la Unión Soviética.

Su mirada recorrió a Elena como un escáner. Elena sostuvo la mirada sin reto, sin sumisión. Solo presencia.

—La novata —dijo Malenkov, como si fuera una pieza de ajedrez que ya conocía—. La analista.

Víctor no la presentó de inmediato, lo cual, en ese mundo, también era un mensaje: aún no tienes derecho a ser nombrada aquí. Elena lo aceptó por estrategia, pero una parte de ella lo apuntó como una deuda.

—Elena Mir —dijo Víctor al fin—. Es mejor que yo en casi todo lo que importa ahora.

Elena no supo si agradecerlo o sospecharlo. Malenkov alzó una ceja.

—¿También en mentir?

—Depende del objetivo —respondió Elena, fría.

Malenkov sonrió apenas. Un gesto mínimo, como un cuchillo que se muestra un centímetro para que se entienda que existe.

—Bien. Hablemos entonces de objetivos.

Víctor apoyó las manos en el respaldo de una silla, sin sentarse. No quería bajar el nivel. No quería estar a la altura de Malenkov, sino por encima.

—He venido por el dispositivo —dijo.

La palabra no necesitaba pronunciarse. El Código Berlín ya estaba en el aire desde antes de abrir esa puerta.

Malenkov caminó hacia el tablero de ajedrez. Levantó la reina negra caída y la colocó de nuevo en pie con una delicadeza inquietante.

—Ese nombre vuelve como un fantasma —murmuró—. Siempre vuelve.

Elena vio cómo a Víctor se le tensaba la mandíbula. No era enfado. Era memoria.

—Tenemos catorce días —dijo Elena, directa—. Y alguien lo va a vender. Necesitamos el lugar, el intermediario o el comprador.

Malenkov la miró como se mira un arma nueva.

—Preguntas como si el mundo fuera un mapa con chinchetas.

—Lo es —replicó Elena—. Solo que algunas chinchetas están escondidas.

Malenkov se giró hacia Víctor.

—¿Y tú? ¿Sigues jugando al héroe? ¿O vienes a pagar deudas?

Víctor sostuvo la mirada.

—Vengo a cerrar algo que tú también ayudaste a ensuciar.

La sonrisa de Malenkov se heló.

—Ten cuidado, Salgado. Aquí las deudas se cobran con intereses.

Elena notó el peso del subtexto: no estaban negociando solo información; estaban reabriendo una cuenta vieja.

—¿Qué quieres a cambio? —preguntó Víctor, seco.

Malenkov se sentó. Abrió un sobre de cuero. Sacó una fotografía impresa, vieja a propósito, con bordes que insinuaban archivo.

La dejó sobre la mesa y la giró para que ellos la vieran.

Un almacén industrial. Luz de fluorescente. Palés. Y en primer plano, una caja metálica con cierres reforzados: contenedor de transporte de equipo sensible. Elena reconoció la forma, el tipo de espuma interior, el modo en que se protegen cosas que no deben golpearse ni aparecer en aduanas.

—¿Dónde? —preguntó Elena.

Malenkov se encogió de hombros.

—Berlín no es un sitio. Berlín es un método.

Víctor no se movió.

—Dame el intermediario.

Malenkov sonrió.

—Hay una "fundación cultural". Un evento privado. Gente con dinero que cree que comprar secretos es como comprar arte.

Elena sintió que la pista del desertor, la mención de Berlín y aquel aire de subasta encajaban como piezas que llevaban toda la novela buscándose.

—¿Weber? —preguntó Víctor, y lo hizo con la precisión de quien prueba el hierro para ver si quema.

Malenkov no pestañeó, pero su pulso sí cambió, apenas un detalle. Elena lo captó.

—Klaus Weber se mueve por ahí —admitió—. Pero no es el centro. Es una puerta. Y detrás… hay alguien que sabe exactamente cómo funciona vuestro dispositivo.

Elena frunció el ceño.

—¿"Vuestro"?

Silencio.

Víctor clavó la mirada en Malenkov, dura.

—No.

—Oh, vamos —dijo Malenkov, con una calma casi cruel—. Yo vi los primeros esquemas. Vi cómo nacen los monstruos. Y vi quién firmó la idea inicial.

Elena miró a Víctor. Él no reaccionó de inmediato. Ese retraso fue suficiente para que a Elena se le encendieran todas las alarmas.

—Víctor… —susurró ella.

Malenkov apoyó los codos en la mesa, disfrutando del temblor interno que acababa de provocar.

—No te preocupes, Elena Mir. Los mentores guardan secretos como reliquias. Piensan que así protegen a sus alumnos.

La palabra "protegen" sonó a burla.

Víctor tragó saliva una vez, un gesto mínimo que Elena había visto cuando se obligaba a no explotar.

—Dame una prueba —dijo Víctor.

Malenkov sacó un segundo documento, una copia de un plano técnico con anotaciones manuscritas. Elena no entendía todo, pero sí lo suficiente: módulos, interfaces, un apartado de "capacidad de

intrusión” que excedía cualquier dispositivo de “descifrado” convencional.

En una esquina, una inicial: V. S.

Elena sintió un vacío en el estómago.

Malenkov se recostó.

—¿Quieres más? —preguntó—. También puedo hablarte de Nadia. De los callejones. De lo que hicisteis cuando el Muro se estaba cayendo y todo el mundo decía que era el fin de la historia… y algunos lo usaron para empezar otra.

El nombre cayó como una piedra.

Nadia.

Víctor no respiró durante un segundo demasiado largo.

—No la menciones —dijo.

Elena vio algo raro en Víctor: no rabia, no miedo. Un dolor antiguo que se había quedado sin lenguaje.

—Te daré una salida —continuó Malenkov—. Te diré quién organiza la subasta y dónde será el “pre-evento” de selección. A cambio quiero una cosa: que cuando llegue el momento, no intentes ser el héroe. Porque si intentas serlo… perderás a tu alumna.

Elena apretó los dedos. Había escuchado amenazas antes. Lo que la inquietaba era que aquella amenaza no sonaba a hipótesis. Sonaba a predicción.

Víctor se inclinó un poco hacia adelante.

—Dime lo que sabes. Ahora.

Malenkov sonrió, satisfecho. Sacó una tarjeta negra sin logo, solo un código QR, y la deslizó sobre la mesa.

—Esta noche. Kreuzberg. Un bar llamado Nachtfalter. Pregunta por Pierre Dupont. Él te dará una invitación. Sin invitación, no existes. Y en esa gente, lo que no existe… se elimina.

Elena tomó la tarjeta y la guardó.

—¿Y tu parte? —preguntó ella—. ¿Por qué ayudarnos?

Malenkov se levantó.

—No os ayudo. Me divierto. —Se acercó al tablero de ajedrez y movió un peón blanco una casilla—. Además, algunos de los compradores que podrían obtener ese dispositivo… no son buenos para mis negocios. Prefiero un mundo estable. Un mundo donde yo pueda seguir vendiendo estabilidad.

Víctor no se movió.

—Si nos mientes —dijo—, volveré.

Malenkov lo miró con una especie de respeto venenoso.

—Lo sé. Por eso te lo he dicho.

Cuando salieron del edificio, Elena sintió el frío como una bofetada. Berlín les había permitido entrar, pero no les estaba dando la bienvenida.

Caminaron sin hablar durante varias manzanas. La lluvia era una cortina que parecía esconder ojos detrás.

Elena fue la primera en romper el silencio.

—"V. S." —dijo.

Víctor no contestó.

—¿Vas a negarlo? —insistió ella.

Víctor giró una calle sin mirar atrás.

—No aquí.

—¿Dónde, entonces? —La voz de Elena subió un tono. No grito, pero sí filo—. ¿En la subasta? ¿Cuando ya no tengamos tiempo para decidir si confío en ti?

Víctor se detuvo bajo un toldo. Las gotas resbalaban por la tela como dedos.

—No te mentí sobre la misión —dijo—. Te mentí sobre mí.

Elena lo miró fijo.

—Eso no es mejor.

Víctor suspiró, y Elena vio algo humano en él, por fin: cansancio.

—En Berlín uno aprende dos cosas —dijo—: que los secretos te dan ventaja y que los secretos te destruyen. He vivido con los míos demasiado tiempo.

—Entonces empieza a soltarlo —dijo Elena.

Víctor la miró. Los ojos verdes eran un lugar raro: un bosque que arde despacio.

—Esta noche —dijo—. Después de Pierre. Ahora necesitamos avanzar.

Elena asintió, pero por dentro se juró que no iba a dejar que "esta noche" se convirtiera en "nunca".

Siguieron caminando.

Y entonces Elena lo sintió: esa presión en la nuca, ese cambio mínimo en el ambiente. Un reflejo en una ventana que se movía con el mismo ritmo que ellos. Un paso que se detenía cuando ellos se detenían.

—Cola —susurró.

Víctor no reaccionó, pero su postura cambió lo suficiente para que Elena supiera que lo había confirmado.

—Dos —murmuró él—. Quizá tres.

Elena observó un escaparate. En el reflejo, dos figuras masculinas, abrigos oscuros, demasiado sincronizados para ser transeúntes. A unos veinte metros, un coche estacionado con motor en marcha. La lluvia hacía brillar el capó.

—¿Agencia? —preguntó Elena.

—No —respondió Víctor—. Esto es más sucio.

Elena sintió un latido de rabia: habían cambiado rutas, habían usado nombres falsos. Si los seguían, era porque alguien tenía acceso a su patrón desde dentro… o porque Berlín simplemente sabía.

Víctor cruzó la calle sin mirar. Elena lo siguió. Giraron en una esquina. Luego otra. Camino hacia una zona más concurrida. Víctor buscaba ruido, cobertura humana.

—Si nos atacan aquí… —empezó Elena.

—No lo harán —dijo Víctor—. Aquí hay cámaras de la ciudad, turistas, testigos. Querrán un lugar más discreto. Lo que significa que están esperando una oportunidad.

Elena apretó los dientes.

—¿Entonces qué hacemos?

Víctor miró un cartel del U-Bahn.

—Nos metemos en el subsuelo. Berlín es más honesta bajo tierra.

Bajaron las escaleras del metro y el mundo cambió: el eco, el olor a electricidad y hierro, el aire cargado de gente que no se mira. Compraron billetes con efectivo, se mezclaron con una masa de abrigos y mochilas, y esperaron en el andén.

El tren llegó como una bestia de metal.

Víctor empujó a Elena dentro y se colocó cerca de la puerta, vigilando el reflejo en el cristal.

En el momento en que la puerta se cerró, Elena vio a uno de los hombres correr hacia ellos. Llegó tarde. La puerta se selló y el tren arrancó.

Elena exhaló.

—Bien.

Víctor no relajó ni un músculo.

—Esto no termina aquí.

Elena se aferró a la barra. El vagón se balanceaba. Las luces parpadeaban. En Berlín, incluso el transporte parecía tener secretos.

Pasaron dos estaciones. En la tercera, Víctor habló sin mirarla.

—En la próxima bajamos. Cambiamos de línea. Y luego caminamos.

Elena asintió.

Cuando el tren se detuvo, salieron. Subieron escaleras, cruzaron un pasillo, bajaron a otro andén. La gente era un río. Elena empezaba a creer que habían despistado a la cola cuando vio a uno de los hombres al otro lado, inmóvil, mirando en su dirección.

Se le heló la sangre.

Víctor lo vio también.

—No somos los únicos que sabemos usar el metro —dijo.

El tren llegó. Entraron. Elena se colocó cerca de una salida de emergencia. Víctor se mantuvo al final del vagón, donde podía ver a través de todos los cuerpos.

En la siguiente estación, las luces se apagaron un segundo. Un fallo mínimo. Un latido de oscuridad.

Y en ese segundo, Elena sintió una mano cerca de su bolso.

Reaccionó sin pensar: giró, atrapó muñeca, retorció. El hombre gruñó.

—¡Elena! —dijo Víctor, y su voz era un látigo.

El atacante sacó una navaja pequeña, discreta. Elena le dio un golpe con el codo, lo suficiente para hacerle retroceder. El vagón se llenó de murmullos. Nadie intervenía. Berlín era experta en mirar hacia otro lado.

Víctor avanzó como un tren: agarró al hombre por el cuello del abrigo, lo empujó contra la puerta.

La navaja brilló. Víctor la golpeó con la mano abierta, desviándola. El hombre intentó apuñalar de nuevo, pero Víctor le clavó una rodilla en el estómago con una precisión quirúrgica.

El atacante se dobló.

El tren frenó. Las puertas se abrieron.

Víctor empujó al hombre fuera, justo cuando la gente intentaba salir.

—¡Ahora! —ordenó.

Elena saltó al andén. Víctor la siguió. Las puertas se cerraron y el tren arrancó… llevándose al atacante dentro, retorciéndose, entre turistas que fingían que aquello era un accidente más.

Elena respiraba rápido.

—¿Lo…?

—No lo mates en tu cabeza —dijo Víctor—. No lo necesitamos muerto. Lo necesitamos confundido.

Caminaron por el pasillo. Elena sintió la adrenalina como un zumbido bajo la piel.

—Esto confirma una cosa —dijo.

Víctor la miró.

—Ya no es una simple cola. Es una jauría.

Elena apretó la tarjeta negra en el bolsillo.

—Y nos están empujando hacia la subasta.

Víctor no lo negó.

Cuando salieron a la calle, el aire les golpeó con una humedad fría. Cruzberg quedaba al oeste. Necesitaban un lugar seguro antes de ir a ver a Pierre. Un lugar donde Elena pudiera revisar el material del desertor sin que el mundo la escuchara respirar.

Sofía Lagos les había facilitado un piso franco en Friedrichshain, una caja gris en un edificio de apartamentos donde nadie saludaba.

Sofía no estaba allí, por supuesto. Sofía era voz, código, sombra en la oreja.

Elena encendió un teléfono seguro, uno de esos que parecían de otra época. Solo mensajes cifrados.

"Entrando al piso. Vigilancia detectada. ¿Algún ruido en la red?" escribió Elena.

La respuesta de Sofía tardó menos de un minuto.

"Demasiado. Alguien está consultando tus rutas en logs de movilidad de la agencia. No debería poder. Estoy viendo accesos con credenciales altas. O alguien las clona. Cuidado."

Elena sintió que se le erizaba la piel.

—Topo —murmuró.

Víctor cerró la puerta del piso y echó el cerrojo.

—Sí —dijo—. Y no es un aficionado.

El piso era pequeño pero limpio. Sin fotos. Sin identidad. El tipo de lugar donde uno no vive, solo se esconde. Elena dejó el bolso sobre la mesa. Se quitó el abrigo. Se miró la muñeca derecha, la quemadura pequeña, antigua, como una firma. Había días en que no la notaba. Y luego había días como ese, en que parecía latir.

—Antes de Pierre —dijo Elena—, quiero revisar el pendrive.

Víctor la observó.

—Hazlo.

Elena sacó el portátil sin conexión, un equipo preparado para trabajar sin tocar internet. Conectó el dispositivo del desertor.

La pantalla mostró carpetas encriptadas, nombres en clave, fechas. Una de ellas, sin protección, como si alguien hubiera querido que la abrieran. Elena tragó saliva.

BERLIN_INIT.

Hizo clic.

Aparecieron documentos escaneados, planos, notas manuscritas. Elena pasó páginas con el trackpad y sintió cómo su mente entraba en modo cirugía: separar el ruido del dato, buscar patrones, construir un mapa.

Víctor se quedó de pie, en silencio, como un guardia en su propia confesión.

Elena encontró la firma en un margen: V. S.

Levantó la vista.

Víctor seguía sin moverse.

—No me digas que es coincidencia —dijo Elena.

Víctor cerró los ojos un segundo.

—No lo es.

Elena bajó la mirada, siguió leyendo.

El Código Berlín no era solo un descifrador. Era un sistema híbrido, capaz de entrar en redes cerradas mediante ingeniería de protocolo, de replicar paquetes, de sembrar órdenes falsas con firmas digitales clonadas. Un "caballo de Troya" táctico. Una idea ofensiva con máscara defensiva.

Elena se llevó una mano al pecho. Había trabajado en criptografía. Sabía lo que significaba eso: no era una herramienta. Era una guerra.

—Decías que era para descifrar comunicaciones —susurró Elena.

—Eso fue lo que nos dijeron… después —dijo Víctor, y su voz tenía un peso raro—. Al principio era otra cosa.

Elena no se giró hacia él.

—¿Y cuál era la primera cosa?

Víctor no contestó de inmediato.

Elena encontró un párrafo subrayado en rojo: "Compatibilidad prioritaria con MIR-31".

Se le congeló el cuerpo.

MIR-31.

Mir.

Su apellido.

Elena sintió que el aire se volvía denso.

—¿Qué es esto? —preguntó con la voz más baja que pudo.

Víctor se acercó un paso. Vio la pantalla. Se le vació un poco la cara.

—No… —dijo—. No puede ser.

Elena hizo zoom. Había referencias a "incidente de laboratorio", a "familiares", a "contención".

Y había una fecha. Una fecha que coincidía con el año en que su padre "murió" en un accidente sin detalles, sin cuerpo abierto, sin preguntas permitidas.

Elena cerró el portátil de golpe. El sonido fue un latigazo en el piso silencioso.

Se quedó inmóvil, respirando por la boca, como si acabara de salir del agua.

Víctor la miró, y por primera vez en mucho tiempo Elena vio en él algo parecido al miedo.

—¿Qué has encontrado? —preguntó.

Elena lo miró. Los ojos oscuros eran dos pozos.

—No eres el único con un pasado aquí —dijo—. Hay algo… conectado a mí. A mi apellido. A mi familia.

Víctor tragó saliva.

—Elena… yo no sabía.

Elena soltó una risa seca, sin humor.

—Claro. Tú nunca sabes. —Su voz se quebró un milímetro, lo suficiente para delatar que, debajo de la rabia, había una herida—. ¿Y esa firma? ¿Tu "V. S."? ¿Eso también es algo que "no sabías"?

Víctor apretó la mandíbula.

—Ayudé a diseñar el concepto inicial. —Lo dijo como quien admite un crimen antiguo—. Fue hace años. En otro mundo. Con otra amenaza.

Elena lo miró como si lo viera por primera vez.

—¿Me metiste en esto sabiendo eso?

—Te metieron —corrigió Víctor—. A ti. A mí. Nos están usando. Y yo intento que no te destruyan en el proceso.

—¿Protegiéndome con mentiras? —escupió Elena.

Víctor no respondió.

Y entonces vibró su teléfono seguro.

Víctor lo miró. Elena se acercó, alerta.

El mensaje era de un número que no debería existir en su red. Cifrado, corto, casi elegante.

"Berlín no perdona. Deja de excavar."

Elena sintió que la piel se le erizaba.

—Nos están vigilando —dijo.

Víctor levantó la vista.

—No. Nos están guiando.

Elena lo miró con incredulidad.

—¿Quién?

Víctor miró la pantalla como si pesara una tonelada.

—Alguien que sabe lo que hicimos… y lo que tú significas para este tablero.

Elena se volvió hacia la ventana. Afuera, la lluvia seguía, indiferente.

—Entonces ya no es solo una misión —dijo—. Es una trampa personal.

Víctor se acercó a su lado.

—Berlín siempre lo fue.

Elena se giró hacia él con una decisión nueva, cortante.

—No me mientas más.

Víctor tardó un latido.

—De acuerdo.

—Empieza por el principio —exigió Elena.

Víctor cerró los ojos un segundo.

—El principio fue un invierno —dijo—. Un callejón. Y Nadia Volkov diciéndome que, si escuchaba ese nombre… corriera.

Elena tragó saliva. Nadia. El nombre que Malenkov había lanzado como un anzuelo.

—¿Quién es Nadia? —preguntó.

Víctor no contestó con palabras. Y eso, en sí mismo, fue una respuesta.

Elena agarró su abrigo, se lo puso como si el tejido pudiera contener la rabia.

—Vamos a ver a Pierre —dijo—. Si la subasta existe, él lo sabe. Y si tú tienes una historia con Nadia… la quiero completa. Esta noche.

Víctor asintió.

—Esta noche.

Elena no se lo creyó del todo. Pero avanzó igual.

Porque el reloj no iba a detenerse para que ellos resolvieran sus traumas.

***

Kreuzberg olía a cerveza, a kebab y a electricidad vieja. El bar Nachtfalter era pequeño, con luz roja en la entrada y un cartel discreto que parecía una broma privada. Dentro, música suave, conversaciones en alemán, inglés, francés. Gente que se creía libre porque podía elegir qué ignorar.

Pierre Dupont estaba en la barra como si fuera el dueño del lugar y del mundo. Pañuelo de seda en el cuello, manos impecables, un bastón decorativo apoyado en la silla. Ojos de zorro cansado.

Cuando vio a Víctor, alzó su copa con teatralidad.

—Mon dieu. Si no es el fantasma español.

Víctor se acercó sin sonreír.

—Necesito información, Pierre.

—Siempre tan romántico —dijo Pierre, ofendido por deporte—. Ni un "¿cómo estás?". Ni un "he pensado en ti".

Elena se mantuvo a un lado, observando.

Pierre la miró y sonrió con interés.

—Ah… la nueva generación. Bonita y peligrosa. Víctor, tus gustos se refinan.

Víctor se tensó.

—No juegues.

Pierre alzó las manos.

—De acuerdo, de acuerdo. Hablemos de negocios. —Se inclinó un poco, bajando la voz—. Hay una exposición en dos noches. Arte contemporáneo. Coleccionistas, políticos, traficantes… lo de siempre. Y por debajo… una selección privada. Una venta paralela.

Elena sacó el móvil seguro, fingiendo revisar algo.

—¿Nombre de la exposición? —preguntó.

Pierre se lo dijo con una pronunciación perfecta. Elena lo escribió.

—¿Quién convoca? —insistió.

Pierre giró la copa.

—Un consorcio de "mecenas". Nadie firma. Pero hay una sombra que se repite… un hombre que hace llamadas con guantes, como si temiera tocar el mundo.

Víctor lo miró fijo.

—Miranda.

Pierre sonrió lentamente.

—Yo no he dicho nada.

Elena sintió que el mundo se estrechaba. Miranda. El mentor que, según la intuición de Elena y los indicios del desertor, no era mentor sino arquitecto.

—¿Weber? —preguntó Elena.

Pierre suspiró, teatral.

—Weber estará. Siempre está donde hay arte… o donde el arte es la excusa para otra cosa. —Bebió un sorbo—. Pero no es el cerebro. Solo el anfitrión que abre puertas.

Pierre metió la mano en el bolsillo interior del abrigo y sacó un sobre pequeño. Lo deslizó sobre la barra hacia Víctor.

—Invitación para el pre-evento de selección. Mañana por la noche. Dirección dentro. Sin esto, sois aire.

Víctor no lo abrió. Lo guardó.

—¿Algo más? —preguntó.

Pierre inclinó la cabeza.

—Sí. Esta ciudad te recuerda, Víctor. Y hay gente que no te perdona. No porque les hicieras daño… sino porque sobreviviste.

Elena sintió el peso de esa frase como una sombra.

Al salir del bar, el aire frío los golpeó. La calle estaba mojada, y en el reflejo de un charco Elena vio una silueta al otro lado. Se giró, pero la gente caminaba, normal.

—Nos siguen —dijo.

Víctor miró el sobre en su bolsillo.

—Nos escoltan —corrigió—. Quieren que vayamos.

Caminaron rápido. No corriendo. Correr era admitir miedo. Pero cada paso de Elena era un martillo en su pecho.

A mitad de manzana, un coche arrancó detrás. Demasiado cerca.

Víctor agarró a Elena del brazo y la metió en un portal. Esperaron un segundo. El coche pasó despacio.

Elena respiró. El corazón le golpeaba.

—Esto es un cerco —dijo.

Víctor asintió.

—Y mañana será peor.

Elena lo miró. La rabia le volvió como un incendio.

—Mañana será peor porque tú no me has dicho todo —dijo—. Porque hay cosas en ese pendrive que te pertenecen. Porque hay un "MIR-31" que me pertenece. Y porque Malenkov ha pronunciado "Nadia" como si fuera el centro de tu mundo.

Víctor apoyó la espalda en la pared húmeda del portal. La lluvia goteaba por el borde del tejado.

—Nadia Volkov fue… —empezó.

Elena no lo dejó escapar.

—No fue "fue". Es. Sigue siendo, de alguna manera. Dímelo.

Víctor apretó los ojos. Cuando habló, su voz era más baja.

—Fue una agente del otro lado. Una de las mejores. Y una de las pocas personas… que me vio sin uniforme.

Elena sintió un vacío extraño. Celos, quizá. O algo más peligroso: el miedo a que Víctor tuviera una parte de sí que Elena nunca alcanzaría.

—¿Está viva? —preguntó.

Víctor tardó un segundo.

—No lo sé.

Elena lo miró con incredulidad.

—¿Cómo puedes no saber?

Víctor soltó aire.

—En Berlín, durante la caída del Muro, el mundo se rompió. Las listas se quemaron. Los nombres cambiaron. La gente desapareció… a veces para salvarse, a veces porque alguien los borró.

Elena tragó saliva.

—¿Y tú?

Víctor la miró.

—Yo ayudé a construir una idea. Una idea que, si cae en manos incorrectas, puede destruir vidas sin disparar un arma.

Elena apretó los puños.

—Y mi familia está dentro.

Víctor asintió. No intentó negar.

Elena sintió que le temblaba la mandíbula.

—Entonces si quieres que confíe en ti… no me protejas. Dame herramientas. Dame verdad. Aunque duela.

Víctor sostuvo su mirada, y Elena creyó ver una rendición parcial.

—De acuerdo —dijo—. Mañana, antes del pre-evento, te contaré lo que sé de MIR-31. Y de Nadia. —Hizo una pausa—. Pero ahora necesitamos dormir. Y necesitamos un plan.

Elena no contestó. El "mañana" seguía siendo una promesa frágil.

Volvieron al piso franco en silencio.

Esa noche, Elena durmió poco. Sueños fragmentados: un pasillo de hospital, su padre en una sala con luces blancas, una mano con guantes cerrando una carpeta con su apellido. Y, encima, el sonido de una reina de ajedrez cayendo.

Al amanecer, Elena se levantó con la garganta seca. Encontró a Víctor en la cocina, de pie, mirando una taza de café como si pudiera leer el fondo.

—No has dormido —dijo ella.

—Dormir es para quien cree que mañana será igual —respondió Víctor.

Elena se acercó y apoyó el portátil en la mesa. Abrió de nuevo los documentos.

—Explícame MIR-31 —dijo.

Víctor miró la pantalla. Su expresión cambió, como si una pieza interna se recolocara.

—"MIR" no era una abreviatura —dijo—. Era un apellido en los papeles. Un científico. Un enlace técnico. Nunca supe su nombre completo. Solo que trabajaba en… un programa paralelo.

Elena tragó saliva.

—Mi padre trabajaba en investigación. —La frase le salió como si se arrancara de la piel—. Y murió en un "accidente" del que nadie habló.

Víctor bajó la mirada un segundo.

—Elena… —dijo—. Si esto es cierto, significa que tu padre no estaba en la periferia. Estaba en el núcleo.

Elena sintió un escalofrío.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Tú estabas en el núcleo?

Víctor levantó la vista.

—Yo estaba en el borde del núcleo. Lo suficiente para mancharme. No lo suficiente para controlarlo. —Hizo una pausa—. El concepto inicial era simple: crear un sistema capaz de "imitar" comunicaciones para engañar a un enemigo. Era una idea defensiva si se usaba con límites. Pero en manos sin límites… se convierte en arma.

Elena apretó los dientes.

—Y alguien lo ha convertido.

Víctor asintió.

—Miranda.

Elena sintió rabia.

—¿Cómo lo sabes?

Víctor señaló una línea en un documento. Una referencia a "aprobación superior" y una firma ilegible, pero con un trazo que Víctor reconocía.

—He visto esa firma antes —dijo—. En autorizaciones internas. En decisiones que parecían burocracia. Miranda siempre estuvo cerca del proyecto.

Elena respiró hondo, intentando no caer en pánico.

—Entonces el topo no es solo un topo. Es el arquitecto.

Víctor la miró.

—Sí. Y eso significa que no solo quieren recuperar el dispositivo. Quieren cerrar bocas.

Elena recordó al desertor, cayendo muerto. Un hombre asesinado por decir la verdad.

—¿Y Nadia? —preguntó Elena, casi en susurro.

Víctor se quedó quieto.

—Nadia fue una advertencia —dijo—. Y una herida.

Elena esperó.

Víctor habló como si cada palabra pesara.

—En 1989, ella me entregó información. Me dijo que si escuchaba "Código Berlín", corriera. Yo no corrí. Quise… detenerlo. Creí que podía poner límites. —Se rió sin humor—. Uno siempre cree que puede poner límites al monstruo que ayuda a crear.

Elena tragó saliva.

—¿Qué pasó con ella?

Víctor miró a la ventana.

—Se convirtió en objetivo. Para los suyos y para los nuestros. —Su voz se rompió un milímetro—. Y un día… desapareció.

Elena sintió algo raro: compasión y amenaza a la vez.

—¿Y por qué Malenkov la mencionó? —preguntó.

Víctor miró la tarjeta de invitación sobre la mesa.

—Porque ella está conectada con la subasta. O con el dispositivo. O con nosotros.

Elena cerró los ojos un segundo.

—Entonces vamos a entrar a ese pre-evento sabiendo que nos esperan. —Abrió los ojos—. Perfecto.

Víctor se inclinó hacia ella.

—No "perfecto". Peligroso. Pero inevitable.

Elena asintió. Sentía el miedo como una cuerda tensa. Pero también sentía algo nuevo, más oscuro: determinación.

Ese día prepararon identidades: nombres, historias, pequeñas imperfecciones que hacen creíble una mentira. Elena revisó su vestuario: colores neutros, moño práctico, un estilo capaz de convertirse en lo que se necesita sin delatar la personalidad. Víctor ajustó un reloj que no era solo reloj. Una cápsula de herramientas, un arma si hacía falta.

Sofía envió un mensaje:

“Estoy dentro de algunos foros de mercado gris. Hay ruido sobre ‘una pieza única’ en Berlín. Y hay un nombre repitiéndose: Helene K. No tengo más.”

Elena lo leyó dos veces.

—¿Helene K? —preguntó.

Víctor frunció el ceño.

—No lo sé.

—K… como Klaus Weber —dijo Elena.

Víctor negó.

—Demasiado obvio.

Elena tragó saliva.

—O demasiado bien diseñado para que lo creamos obvio y lo descartemos.

Víctor la miró con una mezcla de orgullo y preocupación.

—Estás aprendiendo rápido.

Elena no sonrió.

—No tengo elección.

Cuando cayó la noche, fueron al pre-evento.

La dirección del sobre los llevó a un edificio industrial reconvertido, cerca de un canal, con fachada de ladrillo y ventanas altas. Afuera, un portero con traje negro revisaba invitaciones con una tableta. Dentro, música suave, iluminación estudiada, cuadros abstractos con precios que podrían comprar una vida.

Elena sintió el ambiente como un perfume caro: bonito, asfixiante y diseñado para marear.

Víctor le ofreció el brazo como si fueran pareja. Elena lo tomó. Era parte de la tapadera. Y, sin embargo, el contacto le provocó una descarga extraña: una tensión íntima que se mezclaba con el peligro.

—Respira —murmuró Víctor cerca de su oído—. Nadie mira a quien parece que pertenece.

Elena asintió.

Mostraron la invitación. El portero les dejó pasar.

Dentro, un mar de gente: galeristas, coleccionistas, hombres con relojes demasiado caros, mujeres con sonrisas perfectas. Y entre ellos, ojos. Ojos que no admiraban arte: medían.

Elena escaneó el lugar: cámaras en esquinas, salidas de emergencia, dos guardias discretos cerca de una puerta lateral. El pre-evento era la antesala. La selección. La lista corta.

—Weber —susurró Elena.

Lo vio al fondo: Klaus Weber, elegante, sonrisa de anfitrión, mirada de depredador amable. Hablaba con un grupo, pero su cuerpo estaba alerta, como si pudiera girar en cualquier momento.

—No nos acerques todavía —dijo Víctor—. Primero localiza el punto de control.

Elena observó y encontró una mesa pequeña con personal que manejaba pulseras negras, discretas, como si fueran accesorios de moda. Las pulseras eran la llave: acceso a la sala privada.

—Necesitamos una de esas —murmuró Elena.

Víctor asintió.

Se movieron hacia la barra. Pidieron bebidas que no iban a beber. Elena dejó que la gente los rozara, midió distancias.

Un hombre se acercó con sonrisa educada.

—¿Primera vez aquí? —preguntó en inglés.

Elena sostuvo la copa.

—No —respondió con una calma que no sentía—. Solo primera vez en este… círculo.

El hombre sonrió.

—El círculo siempre cambia, pero el centro es el mismo.

Elena notó un acento alemán. Notó también que el hombre llevaba un auricular casi invisible.

Seguridad.

Víctor se adelantó.

—Estamos buscando a Pierre —dijo, con naturalidad—. Dijo que estaría.

El hombre los miró con una expresión neutra.

—Pierre se ha ido —dijo—. Pero dejó claro que ustedes… debían venir.

Elena sintió un escalofrío. Debían. No "podían".

El hombre hizo un gesto hacia la mesa de pulseras.

—Pasen por control, por favor. El señor Weber quiere saludarles.

Víctor sonrió apenas, una máscara perfecta.

—Por supuesto.

Caminaron hacia control.

Elena sentía el corazón golpeando, pero mantuvo el rostro quieto. En la mesa, una mujer con guantes negros sonreía demasiado.

—Nombres —dijo.

Víctor dijo el suyo falso. Elena dijo el suyo falso. La mujer los buscó en una lista digital. Se detuvo un segundo.

Elena sintió que el mundo se congelaba.

Luego la mujer sonrió, como si todo fuera normal.

—Bienvenidos —dijo.

Les colocó pulseras negras en la muñeca. Cuando el guante rozó la quemadura de Elena, Elena sintió una punzada real, como si la piel recordara el contacto de otro guante, de otro día.

La mujer inclinó la cabeza.

—Sala privada, al fondo. Disfruten del arte.

Elena apretó los dientes. Disfruten. La palabra sonó a amenaza.

Caminaron hacia la puerta lateral. Un guardia la abrió.

Al otro lado, el mundo era distinto: menos gente, más silencio, piezas de arte más raras, más vigiladas. Y allí, al fondo, Klaus Weber los esperaba con una sonrisa de anfitrión.

—Señor… —miró la lista en una tableta— …Hoffmann. Y señora Hoffmann. Qué placer.

Víctor estrechó su mano.

—Un placer, señor Weber.

Weber miró a Elena con interés.

—Me han dicho que le gusta el arte… y la tecnología.

Elena sonrió lo justo.

—Me gustan las cosas que cambian el mundo.

Weber rio suavemente.

—Aquí encontrará muchas.

Elena sintió que Víctor se tensaba. Weber los guiaba como si fueran invitados… pero los estaba conduciendo hacia el centro del laberinto.

Weber se detuvo frente a una vitrina con una pieza pequeña: una caja metálica, minimalista, con cierres reforzados. No era el dispositivo, pero era un símbolo. Una promesa.

—Algunos creen que esto es solo un objeto —dijo Weber—. Otros saben que es… influencia.

Elena mantuvo la sonrisa, pero sus ojos se endurecieron.

—¿Está en venta? —preguntó.

Weber la miró como si disfrutara de la pregunta.

—No hoy —dijo—. Hoy solo elegimos quién puede estar mañana.

Víctor inclinó la cabeza.

—Y nosotros… ¿podemos?

Weber sonrió.

—Depende.

Elena sintió el peso del juego. Ellos no estaban entrando a una subasta. Estaban entrando a una prueba.

Weber hizo un gesto hacia un rincón, donde una pantalla mostraba imágenes abstractas. Parecía arte. Pero Elena reconoció patrones de cifrado visual. Un reto. Un filtro.

—Un pequeño entretenimiento —dijo Weber—. Si pueden resolverlo, recibirán una invitación adicional. Si no…

Weber no terminó la frase.

Elena se acercó a la pantalla. Los símbolos cambiaban lentamente. Ella sintió el viejo placer de un problema. Pero aquí no era placer. Era supervivencia.

Víctor se colocó a su lado.

—¿Lo ves? —preguntó él.

Elena asintió.

—Es un cifrado… híbrido. Visual y temporal.

Weber observaba, divertido.

Elena respiró hondo, dejó que su mente se enfocara. Miró la secuencia, encontró el patrón, el desplazamiento, la clave escondida en la repetición.

Sus dedos se movieron sobre una tableta de entrada.

Escribió una respuesta.

La pantalla se detuvo. Cambió.

Apareció un mensaje: APROBADO.

Weber alzó las cejas, complacido.

—Impresionante, señora Hoffmann.

Elena sostuvo su mirada.

—No me gusta perder el tiempo.

Weber sonrió como quien escucha una amenaza suave.

—Entonces mañana será… interesante.

Weber sacó dos tarjetas negras adicionales y se las entregó.

—Dirección y hora. No lleguen tarde.

Víctor las guardó.

—Gracias.

Weber inclinó la cabeza, y en ese gesto Elena sintió algo más: un reconocimiento que no era social, era personal. Como si Weber supiera quiénes eran de verdad.

Cuando se alejaron, Elena soltó aire por fin.

—Esto es una trampa —dijo.

Víctor asintió.

—Sí.

—¿Y por qué nos dejan pasar?

Víctor miró las tarjetas.

—Porque quieren que estemos dentro cuando cierren la puerta.

Elena sintió un escalofrío.

—Entonces mañana… —empezó.

—Mañana entramos en el corazón —terminó Víctor—. Y si Malenkov, Miranda y Weber están conectados, mañana veremos el hilo.

Elena miró su muñeca, la pulsera negra encima de la quemadura.

—Y quizá veamos a Nadia —dijo en un susurro.

Víctor no respondió. Pero su silencio era denso.

Salieron del evento con la lluvia recibiéndolos de nuevo. Caminaban rápido, pero Elena sentía que ya estaban atrapados en un ritmo que no controlaban.

En el reflejo de un escaparate, Elena vio una silueta distinta: una mujer, abrigo largo, pelo recogido, postura de alguien entrenado. Ojos claros que brillaron un segundo antes de desaparecer entre la gente.

Elena se giró.

No vio a nadie.

Pero el aire le dejó un sabor metálico, como si el pasado acabara de pasar rozándoles.

Víctor se detuvo un segundo, como si también lo hubiera sentido.

—¿Qué? —preguntó Elena.

Víctor tragó saliva.

—Nada —mintió.

Elena lo miró. No discutió. Porque entendió que, en ese instante, lo que Víctor no decía… podía ser lo que más dolía.

Siguieron caminando hacia la oscuridad de Berlín.

Y Elena, por primera vez, aceptó una idea que le heló la sangre:

Que quizá el Código Berlín no era solo un dispositivo robado.

Era un mensaje.

Y el mensaje decía: venid. Os hemos estado esperando desde hace años.

CAPÍTULO 8: LA RED CULTURAL

Berlín tenía un don particular para esconder lo criminal bajo una pátina de belleza. La ciudad podía ofrecerte un museo con columnas solemnes a dos calles de un club clandestino, un memorial de piedra a pocos metros de una puerta sin rótulo que abría, de noche, a una bóveda de secretos.

Para Víctor Salgado, Berlín era un mapa tatuado en el cuerpo.

Para Elena Mir, era un rompecabezas que cambiaba de forma en cuanto creías haber encontrado el borde.

A esa hora de la mañana, Mitte parecía una postal: cafeterías con vapor en los cristales, bicicletas aparcadas en filas perfectas, turistas que aún no se habían enterado de que la ciudad, en realidad, los toleraba. El frío no era el de Madrid ni el de Viena: era un frío seco que se te metía en la garganta y te obligaba a respirar con prudencia.

Caminaron sin prisa aparente. Sin prisa y con urgencia. Esa contradicción era el uniforme de cualquiera que trabajara en lo invisible.

Elena llevaba el pelo recogido en un moño práctico, el mismo que usaba cuando necesitaba pensar sin distracciones. Sus ojos, oscuros y atentos, iban saltando de detalles como un algoritmo entrenado: reflejos en escaparates, sombras repetidas, un coche que parecía permanecer siempre en su periferia, la distancia exacta entre dos esquinas.

Víctor, a su lado, iba con un abrigo oscuro y el cuello levantado. No miraba a todas partes: miraba a lo correcto. Tenía la calma de quien ha sobrevivido demasiadas veces como para desperdiciar energía en ansiedad.

—Tres a la derecha —murmuró él sin mover los labios, apenas un hilo de voz.

Elena no giró la cabeza. Solo ajustó la caída del bolso, como si fuera un gesto cualquiera.

—¿El mismo desde el hotel? —susurró.

—El mismo desde el puente.

Elena dejó que esa información se asentara. Habían sido buenos hasta entonces: cambios de ruta, cruces en lugares con múltiples salidas, espejos naturales en vitrinas. Pero Berlín era una ciudad experta en esconder ojos.

—No es un equipo profesional —añadió Víctor—. Demasiado visible. Como si quisieran que sepamos que están ahí.

Elena sintió un escalofrío que no venía del frío.

—Una presión psicológica.

Víctor asintió.

—O una invitación.

Elena apretó el paso, solo lo suficiente para que pareciera un cambio natural. Había pasado la noche anterior revisando el material que habían arrancado a la trama del desertor, reconstruyendo rutas de dinero y de contactos. Galerías. Subastas. Fundaciones culturales. Un patrón que, desde fuera, era arte y filantropía. Por dentro, era lavado, intercambio, y algo peor: acceso a tecnología que podía cambiar el equilibrio de media Europa.

—La pista del desertor fue clara —dijo Elena, buscando sostenerse en hechos—. Berlín. Y no una dirección: un circuito. Galerías como nodos. Eventos como handshakes. Entradas como permisos.

Víctor soltó un sonido entre risa y suspiro.

—El arte siempre ha sido una puerta trasera. Los ricos la abren sin hacer ruido. Los pobres ni siquiera la ven.

Elena lo miró de reojo. Quiso preguntarle por la noche anterior. Por los documentos. Por ese nombre que había aparecido demasiado

cerca del origen del Código Berlín. Quiso exigirle una verdad.

Pero en el espionaje, la verdad era un lujo que se compraba con tiempo. Y ellos ya no tenían tiempo.

Se detuvieron frente a una fachada de ladrillo limpio, restaurado con una precisión casi arrogante. Ventanas altas, vidrios que reflejaban la calle como un espejo carísimo. En la puerta, un rótulo minimalista, apenas una placa metálica: GALERIE DUPONT.

No había cartel de exposición. Ni lista de artistas. Ni un "bienvenidos". Solo la promesa implícita de que quien no supiera qué era, no debería entrar.

Un hombre con traje oscuro custodiaba la entrada. No era un portero normal. Era un filtro humano. Su mirada no era de "¿tiene usted cita?", sino de "¿usted pertenece a este mundo?".

Víctor se acercó con la elegancia ensayada de quien ha sido muchas personas.

—Buenos días —dijo en alemán, correcto, sin acento español.

El portero no respondió. Solo esperó.

Elena dio un paso, sacó una tarjeta de visita con un gesto limpio. La tarjeta decía Dr. Elena Mir — Investigación cultural y criptografía histórica. Era real y falsa a la vez: Elena existía; aquella versión, no.

El portero la miró como si leyera algo invisible. Luego inclinó la cabeza, se apartó y abrió la puerta.

Dentro, el mundo cambió de textura.

El silencio no era ausencia de sonido: era un silencio construido, diseñado para que las palabras fueran caras. La galería era blanca, amplia, con piezas espaciadas como si cada una necesitara aire propio: fotografías abstractas con líneas que parecían nervios, esculturas metálicas que recordaban a huesos, una instalación de luces que pulsaba lento, como un corazón artificial.

Elena sintió una punzada en la muñeca derecha bajo la manga: su pequeña quemadura, su secreto, reaccionando como si detectara

peligro. Le pasaba en momentos así. Como si el cuerpo guardara memorias que la mente todavía no había ordenado.

Una mujer elegante, de pelo recogido, se acercó con una sonrisa calibrada.

—Bienvenue —dijo. Luego en inglés—. El señor Dupont los espera.

Víctor inclinó la cabeza.

—Agradecemos que nos reciba.

La mujer los condujo por un pasillo donde las paredes exhibían bocetos enmarcados. Elena notó cámaras discretas integradas en las molduras. Notó sensores. Notó una seguridad que no correspondía al arte, sino al dinero.

La sala privada al fondo era más cálida, con madera oscura y un olor sutil a incienso caro. Pierre Dupont estaba de pie junto a una vitrina, vestido como una idea de sí mismo: traje perfecto, pañuelo de seda, anillos finos, un bastón apoyado en la silla como un accesorio teatral.

—Ah, mis invitados —exclamó con entusiasmo—. Berlín los recibe con su cara más educada… aunque su verdadera cara siempre está detrás.

Su francés era melodioso. Su inglés, impecable. Su alemán, suficiente. Era un hombre que hablaba idiomas como quien colecciona llaves.

—Señor Dupont —dijo Víctor—. Gracias por recibirnos sin cita.

—El arte no entiende de citas —respondió Dupont, encantado. Sus ojos saltaron a Elena—. Y usted debe ser la doctora Mir. He leído su artículo sobre criptografía y manuscritos medievales. Una delicia. Un recordatorio de que el secreto existe desde antes que la electricidad.

Elena sostuvo la sonrisa.

—Me alegra que le interesara.

Dupont chasqueó la lengua, teatral.

—Me interesa todo lo que la gente cree que no debería interesarme. —Se acercó a la vitrina—. Vengan. Quiero mostrarles algo.

En la vitrina había un pequeño cubo geométrico, metálico, con líneas grabadas que parecían decorativas… pero Elena vio patrones. Lo vio enseguida: simetría matemática, proporciones exactas. No era solo arte.

—¿Es una pieza de…? —empezó Elena.

—De un artista joven —interrumpió Dupont—. Dice que representa "la arquitectura del secreto". Qué pretencioso, ¿no? Y sin embargo… —sonrió—, hay algo verdadero en ello.

Víctor no tocó el cristal. Se quedó observando como quien estudia una cerradura.

—Nos han dicho que prepara algo especial —dijo.

Dupont se llevó una mano al pecho como si estuviera herido.

—"Especial"… palabra tan vulgar. No preparo una exposición. Preparo un encuentro. Una noche. Una reunión de quienes entienden el valor real de las cosas.

Elena sintió el subtexto bajo la seda de sus palabras.

—¿Una subasta? —preguntó, directa.

Dupont rió, y la risa fue un gesto de poder.

—Prefiero llamarlo "adquisición privada". La palabra subasta suena… como un mercado de pescado. Pero sí: habrá compradores. Y habrá una joya.

Víctor bajó la voz.

—¿Qué joya?

Dupont se inclinó ligeramente, como si compartiera una confidencia, y Elena sintió que aquel hombre disfrutaba de la

intimidad falsa.

—En este mundo —dijo Dupont—, lo que se compra no es el objeto. Es lo que el objeto permite.

Elena sintió que el aire se apretaba.

—Nos interesa ese tipo de… piezas —dijo Víctor, dejando que el lenguaje ambiguo hiciera su trabajo.

Dupont giró sobre sus talones y caminó hacia un escritorio con documentos perfectamente ordenados, como si el caos no tuviera permiso de entrar en su vida.

—¿Saben lo que más me fascina? —preguntó—. Que los gobiernos creen que controlan el secreto. Pero el secreto siempre ha pertenecido a quien sabe moverlo. Y yo… —sonrió— yo solo muevo cosas.

Elena notó el brillo en sus ojos. No era codicia. Era placer.

—¿Quién asiste a su "encuentro"? —preguntó ella.

Dupont hizo un gesto con la mano.

—Los habituales. Coleccionistas. Filántropos. Un príncipe sin reino. Un industrial con demasiado pasado. Y… —su sonrisa se afiló — Klaus Weber.

El nombre cayó con peso.

Elena había visto su perfil en informes: Klaus Weber, traficante de armas bajo la máscara de mecenas cultural. Coleccionista obsesivo. Hombre con una red internacional que no distinguía entre belleza y destrucción. Un antagonista que podía sostener una copa de champán con una mano mientras firmaba una muerte con la otra.

Víctor no mostró reacción, pero Elena vio un microgesto: un músculo de la mandíbula tensándose, un parpadeo más lento.

Dupont observó a Víctor como si disfrutara de ese detalle.

—Weber nunca es anfitrión —continuó—. Weber es inevitabilidad. Cuando él quiere algo, el mundo se mueve para ponérselo delante.

—Entonces queremos estar allí —dijo Víctor, sin permitir dudas.

Dupont levantó una ceja.

—Querer no es suficiente. El círculo no se abre porque alguien lo desee. Se abre cuando decide que le conviene.

Elena avanzó medio paso.

—¿Qué decide eso?

Dupont sonrió, y Elena sintió que esa sonrisa era una puerta.

—Una prueba.

—¿De qué tipo? —preguntó Víctor.

Dupont abrió un cajón y sacó un sobre negro, grueso, sellado con cera. Lo sostuvo con dos dedos, como si fuera una obra de arte.

—Entreguen esto en el guardarropa del Kunsthalle, a las 21:30. A nombre de Frau Adler. No lo abran. No lo pierdan. Y no se detengan si alguien les habla.

Elena sintió un golpe de adrenalina. Un intercambio. Un rito de paso. Y, probablemente, una trampa.

—¿Y si el sobre contiene algo ilegal? —preguntó Elena, midiendo la reacción.

Dupont la miró como si le pareciera ingenua, y sin embargo, su voz fue suave.

—Doctora… en mi mundo, la línea entre lo legal y lo ilegal es una cuestión de quién firma el recibo. Si les preocupa la moral, quizá han entrado en la puerta equivocada.

Luego su mirada cayó, con una precisión quirúrgica, sobre la muñeca de Elena. La manga del abrigo se había subido apenas. Lo suficiente para que se viera la pequeña quemadura.

Dupont no dijo “qué es eso”. Dijo:

—Una cicatriz interesante.

Elena bajó la manga con un gesto rápido, casi violento.

Víctor dio un paso, colocándose ligeramente delante de ella. Un movimiento natural, protector. Un movimiento que, a ojos de alguien como Dupont, también podía ser un mensaje: ella me importa.

Dupont sonrió, satisfecho.

—Me gustan las cicatrices —añadió—. Las cicatrices indican que alguien ha pagado por algo.

Víctor mantuvo la calma.

—¿Eso es todo?

Dupont extendió el sobre. Víctor lo tomó.

—Eso es todo —dijo Dupont—. Por ahora. Si lo entregan correctamente, estarán en la lista. Si no… —encogió los hombros—, Berlín seguirá con su vida. Y ustedes, tal vez, no.

Elena sostuvo la mirada de Dupont, fría.

—Lo entregaremos.

Dupont aplaudió suavemente, como si acabara de ver una buena escena.

—Bienvenidos a la red cultural.

***

Regresaron a la calle con el sobre oculto bajo el abrigo de Víctor. El aire helado parecía más denso, como si Berlín supiera lo que llevaban.

Elena caminaba con la mente trabajando en múltiples capas.

—El sobre puede estar marcado —dijo—. RFID. Químicos. Un microtransmisor.

—O todo a la vez —respondió Víctor.

—No lo abrimos.

—No lo abrimos.

Elena notó que Víctor repetía como un mantra. No por obediencia a Dupont, sino por disciplina interna: el plan era una cuerda fina y no podían permitir que ninguna emoción la cortara.

A unas calles, Elena se detuvo frente a un escaparate y fingió mirar un libro. Su reflejo le devolvió una imagen: una mujer joven con un abrigo caro y ojos de alguien que no descansaba. A su lado, Víctor, un hombre mayor que parecía un ciudadano respetable. Y detrás… el mismo hombre que los seguía, ahora cruzando la calle.

Víctor murmuró:

—Van a jugar con nosotros esta noche.

Elena sintió un nudo en la garganta.

—¿Qué quieren?

—Que nos precipitemos —dijo él—. Que cometamos un error. O que creamos que estamos dentro cuando en realidad solo estamos siendo guiados.

Elena tragó saliva.

Quiso decirle: no confío en ti del todo. Quiso decir: si tú estás conectado al Código Berlín, ¿qué estoy haciendo a tu lado?.

Pero también sabía que, a pesar de todo, él era su mejor ancla en el campo. Su experiencia era un escudo. Su instinto, una brújula.

Y ese era el conflicto: confiar en alguien que podía estar contaminado por el origen mismo del enemigo.

Llegaron al hotel por rutas indirectas. En la habitación, Elena abrió el portátil y desplegó mapas, perfiles, fotos. Víctor dejó el sobre sobre la mesa, lejos de cualquier metal, por si había sensores. Luego, como si necesitara ocupar las manos, sacó su tablero de ajedrez de viaje.

Elena lo observó.

—¿Otra metáfora? —preguntó, cansada.

Víctor colocó un rey y una reina.

—No. Un recordatorio. La gente cree que el rey manda. Pero quien mueve el tablero es la reina… hasta que la atrapan.

Elena sintió la frase como un golpe bajo. Él sabía lo que decía. Sabía que ella era la reina nueva. Sabía que él, quizá, era el rey viejo.

—¿Y tú qué eres? —preguntó ella.

Víctor colocó un caballo.

—El que salta cuando nadie lo espera.

Elena exhaló una risa corta, sin humor.

—Necesito saberlo, Víctor.

Él no levantó la vista.

—No ahora.

La pared entre ellos volvió a levantarse.

Elena apretó los dientes y volvió al portátil.

—Weber —dijo—. He revisado su patrón de viajes. Aparece en Suiza, París, Dubái… y Berlín siempre como punto de regreso. Sus empresas de logística coinciden con rutas de tráfico. Sus fundaciones culturales tienen donaciones que coinciden con licitaciones de material militar.

Víctor miró la pantalla.

—¿Y su seguridad?

Elena mostró un esquema.

—Exmilitares. Equipos rotativos. No repite demasiado. Pero hay un núcleo: tres hombres. Siempre cerca. No aparecen en redes. Apenas en fotos. Uno de ellos… —amplió una imagen— estuvo en operaciones en los Balcanes.

Víctor se quedó quieto un segundo. Ese silencio fue un reconocimiento.

—Lo conoces —dijo Elena.

—Lo he visto —respondió Víctor, demasiado rápido.

Elena lo miró, clavándole la mirada.

—No me mientas.

Víctor apretó los labios. Finalmente habló con voz baja.

—Berlín fue una ciudad donde muchas cosas se hicieron… sin registro. Weber es un hombre que ha crecido alimentándose de esos registros perdidos. Si alguien puede conectar piezas, es él.

Elena sintió que eso no era una respuesta, sino una advertencia.

Sonó el móvil de Elena: canal seguro.

SOFÍA: "Movimiento en foros privados. Se habla de una pieza central esta semana. No hay nombre, pero el lenguaje coincide con 'Código Berlín'."

Elena le respondió rápido.

ELENA: "Confirmado. Estamos dentro del circuito. Esta noche prueba en Kunsthalle."

Víctor la observó enviar el mensaje.

—Sofía confía en ti —dijo.

—Sofía confía en los datos —corrigió Elena.

Víctor no discutió.

—Prepárate —añadió—. Esta noche no será un simple envío.

Elena cerró el portátil y se quedó un instante quieta, escuchando su propia respiración. En su muñeca, bajo la manga, la quemadura parecía arder con un eco antiguo. No sabía por qué esa cicatriz importaba. Solo sabía que, cuando la tensión subía, la memoria del cuerpo hablaba.

—¿Cómo nos vestimos? —preguntó, volviendo a la logística para no caer en el abismo emocional.

Víctor señaló su propio pecho.

—Invisibles. Caros, pero no llamativos. Y algo más…

—¿Qué?

—Que parezcamos una pareja sin serlo. —La miró—. La intimidad falsa abre puertas. La frialdad levanta sospechas.

Elena se sintió incómoda por razones que no quería analizar.

—Entendido —dijo.

Pasaron la tarde preparando identidades, revisando rutas de escape, estableciendo palabras clave. Elena memorizó nombres de artistas y fechas de exposiciones como quien aprende contraseñas. Víctor, en cambio, trabajó en el lenguaje corporal: cómo sostener una copa, cómo mirar una obra sin parecer falso, cómo saludar sin excesiva familiaridad.

Cuando llegó la noche, salieron.

Berlín se había puesto su otra cara: luces cálidas en las ventanas, música escapando de puertas, sombras más largas. El Kunsthalle se elevaba como una caja luminosa en medio del frío.

A las 21:20, ya había una fila breve de invitados. Todos con abrigos largos, perfumes caros y sonrisas entrenadas. Seguridad discreta: hombres con orejeras, mujeres con postura de exmilitar, ojos que no se detenían en la belleza.

Víctor se inclinó hacia Elena.

—Recuerda: aquí todos buscan algo. Actúa como si ya lo tuvieras.

Elena inhaló, ajustó el moño, levantó la barbilla.

Entraron.

El hall era amplio, con mármol y madera, con obras colgando que parecían elegidas para intimidar: piezas grandes, abstractas, agresivas. Música suave. Copas tintineando. Un murmullo poliglota: alemán, francés, inglés, ruso. Cada frase podía ser una transacción.

Se acercaron al guardarropa.

Una mujer con uniforme negro los miró sin sonrisa.

—Nombre.

Víctor dijo, sin vacilar:

—Frau Adler.

Elena notó cómo la mujer parpadeaba apenas, un gesto mínimo de verificación. Revisó una lista. Luego extendió la mano, no para tomar el abrigo, sino para recibir el sobre.

Víctor lo entregó.

La mujer lo guardó bajo el mostrador como si fuera una prenda más. Luego dejó sobre el mármol una tarjeta negra, sin letras, solo un símbolo: un cubo geométrico idéntico al de la vitrina de Dupont.

—Invitación —dijo la mujer.

Víctor tomó la tarjeta.

Elena sintió un latido en la garganta.

—Ya estamos marcados —susurró, mientras se alejaban.

—Sí —respondió Víctor—. Ahora somos parte del experimento.

Avanzaron hacia la sala principal. Elena intentó absorberlo todo sin parecer que absorbía nada. Vio a una mujer con collar de perlas que, según su informe, era intermediaria de hardware militar disfrazada de consultora. Vio a un hombre con barba impecable y sonrisa de tiburón: broker de fondos oscuros. Vio a un joven demasiado nervioso: probablemente un artista real, un peón auténtico en un tablero falso.

Víctor se movía con naturalidad inquietante, como si ese mundo le quedara bien. Elena se preguntó cuántas veces había estado en lugares así. Cuántas copas había sostenido mientras mentía. Cuántas personas había entregado al silencio.

—No mires a la seguridad —murmuró él—. Mira el arte. Ellos miran a quien mira la seguridad.

Elena obedeció. Se detuvo ante una gran fotografía en blanco y negro: un rostro borroso, mitad sombra, mitad luz.

—Es interesante —dijo ella en voz alta, para que la escucharan si alguien estaba cerca—. La textura sugiere pérdida de información. Como un cifrado imperfecto.

Víctor la miró con una mezcla de sorpresa y aprobación: Elena estaba jugando bien.

—¿Criptografía como estética? —comentó él.

Elena alzó la copa que le habían dado.

—Todo es criptografía aquí.

Víctor sonrió apenas.

Entonces lo sintió.

No lo vio primero: lo sintió. Como una presión ambiental.

La sala parecía reorganizarse alrededor de un punto.

Elena giró la mirada con lentitud, como si simplemente explorara.

Y allí estaba.

Klaus Weber.

Alto, delgado, traje hecho a medida que parecía esculpido. Cabello rubio oscuro, sonrisa contenida. Un anillo de sello en la mano izquierda. No necesitaba guardias pegados: la gente le abría espacio sin darse cuenta. Era un centro de gravedad.

Weber hablaba con un hombre mayor, reía suavemente, pero su risa no era alegría. Era control.

Elena notó que Víctor se quedaba demasiado quieto.

—Lo conoces —susurró ella, sin mirarlo.

—Lo he visto —respondió él.

Mentira. Elena lo supo por la tensión en su hombro.

Weber giró la cabeza.

Y miró directamente hacia ellos.

No fue una mirada exploratoria. Fue una mirada que aterrizó con precisión, como si ya hubiera tenido sus coordenadas.

Weber se separó del grupo con calma y empezó a caminar hacia ellos. Nadie lo frenó. Nadie se interponía. Era como si la sala entendiera que Weber no se detiene.

Víctor alzó la copa, adoptó la postura de un coleccionista aburrido.

Elena sintió que el corazón le golpeaba las costillas, pero su cara permaneció serena.

Weber se detuvo frente a ellos con una sonrisa leve.

—Señor… —sus ojos bajaron a la tarjeta negra en la mano de Víctor— Sahl, ¿verdad?

Víctor extendió la mano.

—Viktor Sahl. Encantado.

Weber estrechó la mano sin fuerza excesiva, pero con un control absoluto. Sus dedos eran fríos. Sus ojos, más fríos.

—Klaus Weber —dijo, como si fuera una marca registrada.

Luego miró a Elena.

—¿Y usted?

Elena inclinó la cabeza.

—Elena Mir. Investigación cultural.

Weber alzó una ceja, divertido.

—"Cultural". Qué palabra tan útil. Cubre todo lo que la gente no quiere explicar.

Víctor sostuvo la sonrisa.

—Nos interesa el arte. Y la discreción.

Weber rió suavemente.

—Aquí el arte es una excusa para que la gente se mire sin verse. Me gusta eso. Es… honesto en su hipocresía.

Elena mantuvo la postura. Notó que Weber miraba detalles: la forma en que ella sostenía la copa, la caída del moño, incluso la manga que cubría su muñeca.

—¿Primera vez en Berlín? —preguntó Weber, y la pregunta parecía casual pero olía a prueba.

—No —respondió Víctor—. Berlín siempre vuelve. Aunque uno intente olvidarla.

Weber lo observó un segundo más largo de lo normal.

—Curioso. Juraría haber visto su rostro antes.

Elena sintió que el aire se detenía.

Víctor no pestañeó.

—Es posible. El mundo es pequeño para quienes viajan mucho.

Weber dejó que la frase flotara, luego sonrió un poco más.

—Sí. Muy pequeño.

Una mujer se acercó y le susurró algo al oído a Weber. Él asintió.

—Debo atender asuntos —dijo—. Pero espero que disfruten de la noche. Y de lo que viene después.

Weber se alejó con la misma calma con la que había llegado, dejando tras de sí perfume amaderado y amenaza educada.

Elena soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—Te ha reconocido —susurró.

—No necesariamente —respondió Víctor.

Pero su voz no tenía convicción.

El evento siguió. Gente hablando. Copas llenándose. Elena intentó mezclar conversación y escucha. En un círculo cercano, oyó palabras sueltas: “pieza”, “puente”, “capacidad ofensiva”, “dos copias”, “precio

base". Nadie decía "Código Berlín". Nadie nombraba el monstruo. Pero todos lo rodeaban como satélites.

Víctor se inclinó hacia ella.

—No bebas demasiado.

Elena sonrió, irónica.

—Tranquilo. Estoy demasiado aterrada para emborracharme.

Víctor la miró con una sombra de humor en los ojos.

—Bien. El miedo mantiene vivo. Solo hay que usarlo.

La luz del salón se atenuó de golpe. Un hombre subió a una tarima pequeña y golpeó suavemente una copa con una cucharilla.

—Señoras y señores —dijo en alemán, luego en inglés—, gracias por asistir a esta pre-velada. Esta noche no se compra. Esta noche se mira. Mañana… se adquiere.

Aplausos corteses.

—La pieza central se mostrará brevemente —continuó—. Solo para aquellos con invitación.

Varios guardias se movieron. Una puerta lateral se abrió.

Elena sintió el pulso en la garganta.

Víctor susurró:

—Ahora.

El grupo con tarjetas negras avanzó por un pasillo. Elena y Víctor se unieron al flujo. Elena notó que el hombre que los seguía desde la mañana estaba allí, mezclado, mirando sin disimulo. "Invitación", pensó. "Presión".

El pasillo desembocó en una sala más pequeña, casi clínica. En el centro, sobre un pedestal de cristal, había una caja metálica del tamaño de un libro. Superficie pulida. Conectores escondidos. Un objeto que no pertenecía a un museo y, sin embargo, estaba siendo tratado como una obra maestra.

Elena sintió que se le caía el estómago.

Allí estaba.

El Código Berlín.

No como rumor. No como archivo. No como fantasía. Allí, delante de ellos.

La sala entera se quedó en silencio. Incluso el aire parecía contenerse.

El hombre de la tarima habló desde un lateral.

—Una pieza única. Un artefacto de ingeniería. Un "puente" entre lenguajes… entre secretos.

Elena observó a los asistentes. Rostros impasibles. Ojos brillantes. Nadie preguntaba qué era. No necesitaban.

Weber estaba en primera fila, mirando el dispositivo con una calma que daba miedo. No era codicia. Era evaluación. Como si midiera el tablero entero.

Elena se acercó a Víctor sin mover demasiado los labios.

—Necesito una foto. Un número de serie. Una marca. Algo.

Víctor negó casi imperceptiblemente.

—Demasiadas cámaras. Demasiado riesgo.

Elena sintió frustración. Estaban a centímetros del objetivo y no podían tocarlo. Todo lo que Elena quería era datos: un identificador. Algo que Sofía pudiera cruzar. Algo que les permitiera atacar la red por un lado técnico y no solo por el social.

Entonces el móvil de Elena vibró en su bolsillo. Mensaje del canal seguro.

SOFÍA: "Detecto actividad rara en la red eléctrica del Kunsthalle. Como si estuvieran preparando un apagón localizado."

Elena levantó la vista. Vio a un técnico salir por una puerta con prisa. Vio a un guardia hablar por el auricular. Vio a alguien —un

hombre con guantes— moverse demasiado cerca del pedestal.

—Víctor… —susurró—. Algo va a pasar.

Víctor siguió su mirada. Sus pupilas se estrecharon.

—Sí.

Las luces se apagaron.

No fue un apagón total. Fue un corte elegante, quirúrgico. La sala cayó en oscuridad con un suspiro colectivo. Luego se encendieron luces de emergencia rojas, bañando el dispositivo en un tono de sangre.

El murmullo se volvió nervioso. Una mujer exclamó. Alguien dijo "¡tranquilos!". El sonido de pasos aumentó.

El hombre con guantes se lanzó hacia el pedestal.

Elena no pensó. Actuó.

Se movió como una línea directa, cortando la distancia. Su cuerpo recordaba el entrenamiento en la academia: entrar, golpear, salir. No era una agente de campo, pero su mente era rápida y sus movimientos, precisos.

El hombre con guantes abrió una herramienta pequeña para liberar los conectores del dispositivo.

Elena le golpeó la muñeca con un movimiento seco. La herramienta cayó. El hombre giró, sorprendido.

En la luz roja, Elena vio el destello metálico: un cuchillo.

El hombre intentó apuñalar hacia abajo.

Víctor apareció como una sombra sólida. Agarró el brazo del atacante, giró, aplicó una llave rápida. El cuchillo cayó al suelo con un sonido que Elena oyó amplificado por el terror.

El hombre gruñó, intentó zafarse. Elena le dio un golpe corto en la garganta. No buscó matarlo. Buscó apagarlo. El hombre se dobló, tosiendo, sin aire.

Elena se inclinó hacia él.

—¿Quién eres? —susurró.

El hombre escupió una palabra en ruso.

Elena la entendió a medias. "Trabajo". "Orden". "Weber".

Víctor agarró a Elena del brazo.

—¡Nos vamos! —ordenó.

—¡El dispositivo! —protestó ella, mirando el pedestal.

—No podemos sacarlo de aquí —gruñó Víctor—. No con todas esas miradas.

La alarma empezó a sonar. Aguda, histérica. Las luces rojas parpadearon. Un caos controlado: guardias corriendo, invitados agachándose, voces en alemán dando órdenes.

—¡Bloqueen salidas! —gritó alguien.

Víctor tiró de Elena hacia la puerta por donde habían entrado. Pero esa puerta ya estaba llena de guardias.

—Plan B —murmuró Víctor.

Se movieron hacia un lateral. Elena vio una puerta de servicio. Víctor la empujó.

Pasillo estrecho. Olor a pintura y metal. Escaleras.

Detrás, pasos. Alguien gritó:

—Halt!

Elena bajó las escaleras con Víctor pegado a ella. Sentía la adrenalina como electricidad en la lengua.

—¿Qué hacemos? —jadeó.

—Improvisar —respondió Víctor.

Llegaron a un nivel inferior. Un pasillo con tuberías. Una puerta con cartel de "Personal". Víctor la abrió.

Era una zona de carga. Contenedores, palets, una salida al patio interno.

Víctor empujó la puerta hacia afuera.

El aire frío los golpeó como una bofetada. Nieve vieja acumulada en los bordes. Un contenedor metálico. Una pared alta.

Detrás, la puerta se abrió de golpe. Dos guardias aparecieron con linternas.

—¡Alto! —gritó uno.

Víctor no dudó. Corrió hacia el contenedor.

—Sube —ordenó.

Elena lo miró, incrédula.

—¿Qué?

—¡Sube!

Elena trepó, agarrándose al borde helado. Víctor subió detrás con una agilidad sorprendente. Desde arriba, vio el otro lado: un callejón estrecho, oscuro.

—Salta —dijo Víctor.

Elena saltó.

Cayó mal. Rodó sobre la cadera. El dolor fue un relámpago, pero no se quedó. Se levantó de inmediato, arrastrando el cuerpo como una máquina que no podía permitirse fallos.

Víctor cayó a su lado, más pesado, pero igual de rápido.

Corrieron por el callejón. Salieron a una calle secundaria. Un coche pasó. Una pareja fumaba, sin enterarse de nada. Berlín seguía. Como si el mundo no supiera que, a dos calles, un dispositivo capaz de descifrar secretos militares acababa de estar a punto de cambiar de manos.

Se metieron bajo un arco, en una sombra profunda. Elena respiraba fuerte, el aire cortándole la garganta.

—¿Nos siguen? —susurró.

Víctor miró atrás, concentrado.

—No oigo pasos.

Elena tragó saliva.

—Eso es peor.

Víctor la miró un segundo, y Elena vio en sus ojos algo raro: preocupación real.

—¿Te has hecho daño?

Elena apretó la mandíbula.

—Nada grave.

Víctor asintió. Luego se quedó quieto, como si escuchara algo más que sonido.

Elena siguió su mirada.

Al final de la calle, bajo una farola, había un hombre.

Solo.

Sin guardias.

Sin prisa.

Klaus Weber.

Elena sintió que el mundo se detenía. Que la adrenalina se transformaba en hielo.

Weber levantó la mano en un saludo elegante, casi amistoso.

Víctor se quedó inmóvil.

Weber habló, y su voz llegó clara a pesar de la distancia, como si la noche misma le hiciera de amplificador.

—Viktor Sahl… —dijo, con esa calma que era un arma—. O debería decir… Víctor Salgado.

Elena giró la cabeza hacia Víctor. Lo miró como si estuviera viendo una máscara caer.

Víctor no respondió. Su silencio fue una confesión.

Weber sonrió un poco más, como si hubiera esperado ese momento durante años.

—Qué interesante que hayas vuelto a jugar —continuó—. Y qué interesante que hayas traído a una reina nueva al tablero.

Elena sintió rabia, miedo, traición. Todo a la vez.

Weber dio un paso, pero no se acercó del todo. No necesitaba hacerlo. Él estaba en control incluso desde lejos.

—Mañana —dijo Weber—, en la subasta… habrá reglas. Y habrá sangre, si alguien intenta romperlas. Te lo digo como cortesía. Como… viejo conocido.

Se giró lentamente.

—Nos veremos mañana.

Y desapareció en la noche, como si nunca hubiera estado allí.

Elena se quedó respirando en la sombra, mirando el vacío donde Weber había estado.

Luego giró hacia Víctor.

Su voz salió baja, temblorosa, pero afilada.

—Me dijiste que era "posible" que te hubiera visto. —Cada palabra era una piedra—. Te conoce. Te ha llamado por tu nombre real.

Víctor cerró los ojos un instante, como si se hubiera cansado de cargar un peso que llevaba décadas encima. Cuando los abrió, sus pupilas verdes estaban más oscuras.

—Sí —admitió.

Elena apretó los puños.

—¿Quién eres en esta historia, Víctor?

Víctor tragó saliva. Su voz fue casi un susurro.

—Alguien que cometió un error hace mucho tiempo.

Elena dio un paso hacia él.

—¿Qué error?

Víctor sostuvo su mirada. Por primera vez, no había juego en su cara. Solo cansancio.

—Creer que podía controlar algo que no debía existir —dijo—. Creer que el secreto podía mantenerse dentro de un cajón para siempre.

Elena sintió que el frío volvía a morderla.

—¿Estuviste implicado en el Código Berlín?

Víctor no respondió de inmediato. Ese silencio, otra vez, fue la respuesta.

Elena sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Todo lo que había construido en su mente sobre Víctor —el mentor, el veterano, el agente legendario— se fracturaba y dejaba ver otro rostro: el hombre que quizá había ayudado a crear el monstruo que ahora perseguían.

—Dímelo —exigió ella—. Necesito saber si estoy trabajando con el enemigo.

Víctor inhaló. Su aliento era humo.

—No soy tu enemigo, Elena.

—Eso no es una respuesta.

Víctor la miró con intensidad.

—Weber es el enemigo. Miranda es el enemigo. Los hombres que venderían el dispositivo al mejor postor son el enemigo. Yo… —su voz se quebró apenas— yo soy el que intenta evitar que mi error destruya lo que queda.

Elena sintió un nudo en la garganta.

Quiso gritar. Quiso golpearlo. Quiso alejarse corriendo.

Pero también sabía algo: Weber los había dejado ir. Weber no había enviado guardias. Weber había hablado como quien quiere que el otro llegue al día siguiente.

Eso significaba una cosa: no era una caza. Era un juego.

Y ellos estaban dentro.

Elena bajó la mirada a su muñeca, oculta bajo la manga. La quemadura seguía ahí, ardiendo como un recuerdo que no sabía nombrar. Dupont la había visto. Weber, tal vez, también. El mundo del arte no solo los había invitado: los había identificado.

—Mañana hay una subasta —dijo Elena, la voz más controlada—. Weber nos está esperando. Y el Código Berlín… está ahí. A centímetros de cambiar de dueño.

Víctor asintió.

—Sí.

Elena lo miró con una mezcla de odio y necesidad.

—Y yo no sé si puedo confiar en ti.

Víctor no se defendió. No la manipuló. Solo dijo:

—No tienes que confiar. Solo tienes que sobrevivir.

Elena sintió un escalofrío.

—Eso es lo que diría alguien que sabe que va a traicionarte.

Víctor la miró, y en sus ojos había algo que parecía dolor real.

—Eso es lo que diría alguien que sabe que el tablero está lleno de traiciones… y que aun así quiere que vivas.

Elena apartó la mirada. Berlín seguía respirando a su alrededor, indiferente. Una ciudad que había visto imperios caer y secretos nacer.

En la distancia, el Kunsthalle seguía iluminado, como si dentro no hubiera ocurrido nada. Como si la belleza hubiera absorbido la

violencia y la hubiera convertido en anécdota.

Elena comprendió algo con una claridad brutal:

La red cultural no era solo una tapadera.

Era un mecanismo de selección.

Y ellos acababan de pasar una prueba.

La siguiente, sería la subasta.

Y el precio, esta vez, no se pagaría solo con dinero.

CAPÍTULO 9: EL CÍRCULO INTERNO

El avión se posó en la pista con una delicadeza casi ofensiva, como si el mundo no estuviera a punto de partirse en dos. Tras los cristales, Madrid era una postal: luz limpia, edificios bajos, el aire seco de enero cortando las formas con precisión. Un país que parecía dormir. Un país que no podía permitirse dormir.

Elena Mir bajó por la escalerilla con el moño tirante y el rostro clavado en una neutralidad aprendida. El cuerpo le pedía otra cosa: estirar los dedos, sacudirse el cansancio, respirar hondo como si con eso pudiera expulsar Berlín de los pulmones. Pero en cuanto pisó el suelo, lo supo. No había vuelta. No al tipo de normalidad que uno imagina cuando dice "regreso".

A pocos metros, dos coches negros esperaban sin rótulos y sin prisas. Los conductores miraban al frente con la misma devoción que se le pone a una pantalla en blanco. No era escolta. Era custodia.

Víctor Salgado caminó a su lado con esa calma de quien ha visto demasiadas puertas cerrarse y ha aprendido a entrar sin hacer ruido. Tenía el traje impecable, la cicatriz sutil en la ceja izquierda como una firma, y los ojos verdes leyendo la escena con la misma atención con la que otros leen un rostro amado. Su elegancia discreta no era vanidad. Era armadura. [OBJ]

Elena notó que los coches estaban separados por apenas unos metros. Dos unidades. Dos jaulas.

—Nos separan —murmuró ella, casi sin mover los labios.

—Nos organizan —corrigió Víctor—. Separar es solo una forma de ordenar.

Los condujeron a vehículos distintos sin preguntarles. Elena quiso protestar, pero el instinto le dijo que cualquier palabra era una ficha que alguien más podía usar. Víctor la miró un instante, un gesto mínimo, como un "respira" silencioso. Luego lo perdieron de vista.

En el interior del coche, Elena fijó la mirada en el respaldo del asiento delantero. El conductor, joven, mandíbula tensa, auricular en la oreja. Ninguna conversación. Solo el zumbido de la carretera y el sonido de un silencio diseñado.

El perímetro de la sede central apareció tras una curva, un conjunto de edificios sobrios y herméticos, sin pretensiones estéticas porque la belleza, en aquel lugar, era una vulnerabilidad. Dos controles, tres barreras, cámaras que seguían el coche con movimientos suaves y precisos. Elena sintió, de manera absurda, que la estaban reconociendo como se reconoce una huella.

Cuando pasaron el segundo control, el conductor habló por primera vez:

—A partir de aquí, protocolo interno. Sin dispositivos personales. Les darán acreditaciones temporales.

Elena no preguntó "por qué". En su mundo, esa pregunta no existía. Existía "quién" y "para qué".

La acreditación temporal era, en realidad, una cuerda. Y a Elena no le gustaba cómo se sentía en la muñeca.

Le picó la quemadura antigua en la muñeca derecha, como si el cuerpo recordara antes que la cabeza. Se cubrió instintivamente con la manga. No sabía por qué ese dolor fantasma volvía siempre que el control se apretaba, pero lo había aceptado como parte de su anatomía secreta. OBJ

El coche se detuvo bajo un túnel de hormigón. No había banderas. No había nombre. Solo una puerta que se tragaba personas.

***

La sala de debriefing estaba en una planta sin ventanas. La luz era blanca y plana, sin sombras donde esconderse. Había una mesa larga, una jarra de agua que nadie tocaría y una pantalla encendida como un ojo abierto.

Elena entró por una puerta y Víctor por otra. Esa pequeña coreografía no era casual: incluso la sincronía se negociaba en la sede.

Se sentaron frente a la pantalla. Dos sillas. Dos focos.

En la pared, el sello de la agencia era discreto, casi humilde, como si no quisiera admitir que existía. Elena sabía que era una mentira. La agencia existía en todas partes. Lo que no existía era el derecho a nombrarla.

La puerta se abrió.

Augusto Miranda entró primero. No caminó: avanzó. Tenía sesenta años, presencia imponente, cabello completamente blanco peinado con una perfección casi insultante. Las gafas de montura fina le daban un aire académico que no engañaba a nadie. Era un hombre que prefería los quirófanos morales: cortar donde dolía, sin que se notara el temblor en la mano. [OBJ]

Detrás de él, dos asistentes con carpetas, y un técnico que parecía querer desaparecer.

Miranda sonrió. Una sonrisa paternal, esa clase de sonrisa que convierte la amenaza en consejo.

—Víctor. Elena. Bienvenidos a casa.

Elena notó lo que no dijo: "me alegro". No había emoción, solo propiedad.

Víctor sostuvo la mirada de Miranda sin pestañear.

—Traemos avances.

—Espero que traigáis más que avances. —Miranda se sentó sin pedir permiso. La silla parecía pertenecerle desde siempre—. Tenemos doce días para evitar una catástrofe estratégica.

Doce. Elena hizo el cálculo sin querer. Catorce al inicio. Dos días consumidos. El reloj seguía mordiendo.

La pantalla cambió. Aparecieron imágenes de Berlín: la fachada de la galería, la lista de invitados a una exposición, un fragmento de un catálogo. Rostros pixelados, nombres recortados. Y, en el centro, una foto de Klaus Weber: elegante, impecable, esa mezcla de magnate y depredador que se compra el mundo con la misma facilidad con la que se compra una copa. OBJ

—Weber —dijo Miranda como si pronunciara una marca—. Nuestro coleccionista. Nuestro traficante. El puente entre la cultura y la guerra.

Elena habló primero. Había aprendido que si esperaba, alguien interpretaría su silencio como debilidad.

—La red cultural es real. Galerías, subastas privadas, intermediarios que se mueven como críticos de arte, pero venden tecnología militar. La exposición era tapadera. La venta del dispositivo iba a ocurrir allí o a través de esa red.

Miranda inclinó la cabeza, interesado.

—Y aun así, el dispositivo no está en vuestra mano.

Elena apretó los dedos bajo la mesa.

—No. Pero tenemos rutas, contactos y… —miró a Víctor, buscando el momento adecuado— y evidencia de interferencia interna.

Miranda alzó una ceja.

—¿Interferencia?

Víctor tomó la palabra con una voz baja y controlada.

—Cada movimiento nuestro parecía anticipado. En Estambul, en Berlín… alguien filtraba. No es un rumor. Es un patrón.

Miranda se ajustó las gafas con un gesto pequeño, casi coqueto. Elena odió ese detalle: era la máscara de la calma.

—"Patrón" es una palabra que usan los analistas cuando aún no tienen pruebas.

Elena sintió el golpe, directo a su orgullo profesional.

—Tengo pruebas de timing, de mensajes interceptados, de decisiones que alguien tomó antes de que nosotros las comunicáramos por canales oficiales. —Se inclinó—. Hay un topo.

El silencio que siguió no fue sorpresa. Fue cálculo.

Miranda cruzó las manos sobre la mesa.

—La palabra "topo" es peligrosa. En una organización como esta, puede convertirse en un incendio. Y los incendios… —sonrió— nos obligan a quemar cosas.

Elena sostuvo la mirada.

—Entonces hagamos lo que se hace con los incendios: encontremos el foco.

La puerta se abrió antes de que Miranda respondiera.

Marta Gálvez entró con el porte militar que la hacía parecer más grande de lo que era. Cabello negro con canas, corte práctico, rostro severo. El bastón elegante apoyaba su paso, no por debilidad, sino como recordatorio de que había pagado con su cuerpo el derecho a mandar. OBJ

Elena se puso ligeramente tensa. Con Marta, nunca sabía si estaba ante una aliada o ante la forma más peligrosa de la lealtad institucional.

—Augusto —dijo Marta, sin cordialidad—. Resumen. Lo esencial.

Miranda se volvió hacia ella con deferencia estudiada.

—Están convencidos de que hay filtraciones internas.

Marta clavó la mirada en Elena y Víctor como si pudiera medir la verdad por el pulso.

—¿Convencidos o seguros?

Elena tragó.

—Seguros no se está nunca. Pero… la precisión con la que nos han neutralizado en el campo no es externa. Es alguien que conoce

nuestros protocolos.

Marta no parpadeó.

—¿Nombres?

—Aún no —dijo Víctor.

Marta apretó la mandíbula.

—Entonces, lo que tenéis es sospecha.

Elena sintió la frustración subirle a la garganta.

—Tenemos algo más: el dispositivo no se mueve solo por codicia. Hay coordinación. Hay… objetivos. Y alguien aquí está ayudando a que se cumplan.

Miranda dejó escapar un suspiro teatral, como si aquella conversación le cansara.

—Bien. —Se recostó—. Dado el nivel de tensión, la dirección ha decidido reforzar el equipo.

Elena frunció el ceño.

—¿Reforzar?

Marta habló antes que Miranda, con voz firme:

—Se os asigna un tercer agente. Acompañamiento y supervisión. No es negociable.

Elena sintió cómo el suelo se movía bajo los pies, aunque estaba sentada.

—¿Supervisión? ¿De nosotros?

—Del operativo —precisó Marta—. De los recursos. De la comunicación. De la seguridad.

Víctor soltó una risa seca.

—Eso es "correa" en idioma administrativo.

Miranda sonrió, disfrutando del choque.

—Llamadlo como queráis. Se llama Carlos Montero.

El nombre cayó en la sala con un peso extraño. Elena lo conocía de oído: joven, eficaz, "promesa", el tipo de agente que ascendía rápido porque sabía dónde colocar la lealtad. Y, según los rumores, sabía de quién era esa lealtad. 🔰

Víctor no mostró sorpresa. Mostró algo peor: reconocimiento.

—Claro —dijo, casi para sí.

Miranda lo observó con una satisfacción quieta.

—Os reuniréis con él en una hora. Descansad. Comed. —Su sonrisa se ensanchó—. Sois valiosos para esta casa.

Elena entendió: "valiosos" como una herramienta. O como un problema.

Marta se levantó apoyándose en el bastón.

—Y una cosa más. —Su mirada se endureció—. Desde este momento, cualquier movimiento fuera de protocolo se considerará insubordinación. Y ya no estamos en el campo, donde la improvisación se perdona con resultados.

Víctor la miró.

—¿Nos está amenazando, directora?

Marta no apartó la vista.

—Os estoy informando. Las amenazas son más emocionales que esto.

Luego se fue. Miranda se quedó dos segundos más, suficiente para que su presencia siguiera pegada a la habitación.

—Bienvenidos al círculo interno —dijo, y en su boca sonó como un chiste privado.

***

El "área de descanso" que les asignaron no era descanso. Era una jaula cómoda.

Sofá, escritorio, una pantalla bloqueada, una nevera con agua. Una cama plegable que parecía advertir que dormir también se registraba. La puerta se cerró con un clic que sonó a sentencia.

—Hay cámaras —susurró Elena.

Víctor recorrió la habitación con la mirada.

—Y micrófonos.

Elena se volvió hacia él, rabia y miedo mezclándose.

—Nos tratan como sospechosos.

Víctor se acercó a una esquina y tocó el marco de un cuadro decorativo. Lo movió apenas un milímetro.

—Nos tratan como variables.

Elena se dejó caer en el sofá, el cuerpo agotado y la mente demasiado despierta.

—No puedo pensar aquí.

—Precisamente —dijo Víctor.

Elena lo miró.

—¿Qué significa "precisamente"? ¿Que esto es normal?

Víctor se sentó frente a ella, pero no demasiado cerca. Había una distancia que no era falta de confianza; era conciencia de la tensión que había entre ambos, esa subtrama silenciosa que nunca terminaba de convertirse en palabra porque el mundo siempre se interponía.

—Significa que cuando el sistema siente amenaza, se protege. Y el sistema… —Víctor señaló con la cabeza hacia la puerta— no sabe distinguir entre amenaza externa e interna.

Elena se rió sin humor.

—Pues que aprenda.

Víctor la miró con algo parecido a ternura, pero contenida, como si la ternura fuera un lujo.

—Elena… aquí, lo que aprende el sistema no es a entender. Es a sobrevivir.

Elena apretó la muñeca bajo la manga.

—¿Y nosotros?

Víctor no respondió enseguida.

—Nosotros decidimos si sobrevivimos siendo parte del sistema o pese a él.

Elena respiró hondo, buscando control.

—¿Marta está con Miranda?

Víctor ladeó la cabeza.

—Marta está con la agencia. Y eso a veces la obliga a parecer que está con Miranda.

Elena sintió un pinchazo de decepción.

—Eso no me tranquiliza.

—No debería.

Elena se quedó mirándolo, como si intentara leer algo detrás de sus ojos verdes.

—No me digas que confíe.

—No lo haré.

—Entonces dime en quién confío.

Víctor sostuvo su mirada durante un segundo largo.

—En lo que puedas comprobar.

Fue una respuesta perfecta y cruel.

***

Carlos Montero los esperaba en una sala de reuniones pequeña. Ventana opaca, mesa redonda, tres sillas. Como una terapia diseñada por un interrogador.

Carlos se levantó al verlos. Aspecto convencional, fácil de olvidar. Cabello castaño corto, rostro afeitado, físico atlético sin llamar la atención. Sonrisa fácil… que no llegaba a los ojos.

—Víctor. Elena. —Les tendió la mano—. Me alegra veros.

Elena aceptó por estrategia. Víctor tardó un segundo, luego estrechó la mano con una presión justa, sin entrega.

Carlos se sentó con soltura, como quien ya se sabe dentro.

—He leído vuestros avances. Berlín… interesante. La red cultural. Weber. Habéis hecho un buen trabajo.

Elena notó el detalle: "he leído". No "me han contado". Tenía acceso a lo que decidían mostrarle.

—¿Cuál es exactamente tu función? —preguntó, directa.

Carlos sonrió, como si disfrutara de la claridad.

—Acompañaros. Coordinar recursos. Y, sí, reportar al jefe de operaciones. —Pausa—. No lo oculto porque no tiene sentido ocultarlo. Prefiero que sepáis dónde estoy.

Víctor se inclinó.

—Y nosotros, ¿dónde estamos?

La sonrisa de Carlos se mantuvo, pero se enfrió un grado.

—En una operación de máxima prioridad. Con presión política. Con filtraciones posibles. Con un dispositivo que puede descifrar comunicaciones de la OTAN. —Se encogió de hombros—. En un escenario donde la confianza se administra, no se regala.

Elena sintió un escalofrío. Era como escuchar a Miranda en boca de alguien más joven.

—¿Te han asignado por méritos o por… mentoría? —preguntó ella, sin suavizar.

Carlos la miró con calma. En sus ojos apareció algo: una chispa de irritación y, detrás, un complejo bien disimulado.

—He trabajado para estar aquí. —La sonrisa volvió—. Y sí, Miranda confía en mí. Eso en esta casa vale tanto como los méritos.

Víctor soltó un suspiro.

—¿Y qué opinas tú de la palabra "topo"?

Carlos levantó las manos, conciliador.

—Opino que es una palabra que puede destruir carreras y vidas si se usa sin pruebas.

Elena apretó los labios.

—Y también puede salvarlas si se usa a tiempo.

Carlos asintió lentamente.

—Por eso estoy aquí. Para asegurar que lo que hagamos sea… presentable.

Elena entendió: "presentable" para la dirección. Para la política. Para los que necesitaban un relato.

Carlos deslizó una carpeta hacia ellos.

—A partir de ahora, comunicaciones centralizadas. Canal interno asignado. Nada de contactos externos sin notificación. Y, por favor, evitad improvisaciones.

Víctor lo miró como si estuviera midiendo el borde de un cuchillo.

—¿También evitamos pensar?

Carlos soltó una risa breve.

—Pensad lo que queráis. Pero movedos como si os estuvieran observando.

Elena sintió el golpe. Lo dijo con demasiada naturalidad.

—¿Nos están observando? —preguntó.

Carlos inclinó la cabeza.

—¿De verdad necesitas que te responda?

Víctor se levantó.

—Vamos, Elena.

Cuando salieron, Elena sintió la mirada de Carlos en su espalda, como un dedo presionando una herida.

***

En los pasillos de la sede, Elena notó lo que antes no había querido ver: la coreografía. La gente no se cruzaba por azar. Los grupos se formaban y se disolvían con una sincronía demasiado perfecta. Y, de vez en cuando, un rostro desconocido aparecía en un cruce de pasillo, miraba y seguía.

—¿Paranoia o patrón? —susurró Elena.

Víctor no giró la cabeza.

—En este edificio, la paranoia es un patrón.

Elena tragó. La frase le dejó un sabor metálico.

Pidió ver a Sofía Lagos a través del canal interno. Tuvo que justificarlo con un formulario: "Necesidad de soporte técnico vinculado a comunicaciones operativas". Como si la amistad pudiera registrarse.

Sofía apareció veinte minutos después en una sala de servidores. Auriculares al cuello, estilo alternativo, expresión de "no me pagáis lo suficiente".

—Mira quién vuelve del turismo —dijo Sofía, sin saludo formal—. ¿Te ha gustado el arte?

Elena sintió alivio. Sofía era un ancla en un lugar donde todo flotaba.

—Necesito ayuda.

Sofía la miró con atención, y el sarcasmo se le cayó un poco.

—¿Os han puesto correa?

Elena no respondió. No hacía falta.

Sofía chasqueó la lengua.

—Vale. Dime qué necesitas sin decírmelo. —Se acercó a un rack de servidores—. Y rápido.

Elena bajó la voz.

—Hay un topo. O algo parecido. Necesito ver logs internos de accesos a archivos de operaciones históricas.

Sofía se quedó inmóvil un instante.

—Eso no es "necesito ayuda". Eso es "quiero morir joven".

Elena sostuvo su mirada.

—Quiero vivir lo suficiente para que no vendan el dispositivo.

Sofía suspiró.

—He visto movimiento raro desde hace días. Mucho acceso a "Proyecto BERLÍN". Y borrados selectivos. Eso… no es normal.

La palabra "Proyecto" le golpeó a Elena el estómago. Había oído ese nombre en rumores, como se pronuncian las historias que nadie quiere confirmar.

—¿Quién accede? —preguntó Elena.

Sofía negó con la cabeza.

—No te puedo decir "quién" sin que te cueste la carrera. Pero te digo "dónde": archivo de operaciones históricas. Accesos con permisos altos. Y… —bajó la voz— algunos accesos parecen automatizados, como si alguien quisiera que no se viera la mano humana.

Elena sintió el corazón acelerar.

—¿Puedes abrirme una puerta?

Sofía la miró como si evaluara si Elena merecía el riesgo. Luego, un gesto mínimo de resignación.

—No aquí. Esta planta está caliente. —Se inclinó—. Esta noche, dos y cuarto. Pasillo C. Puerta de mantenimiento. Cinco minutos. No

más.

Elena asintió, conteniendo la emoción.

—Gracias.

Sofía hizo una mueca.

—No me des las gracias. Dame resultados. Las gracias no me protegen del despido… ni de cosas peores.

***

Mientras Elena tejía su plan clandestino, Víctor caminó por la sede como quien vuelve a un barrio donde una vez fue feliz y ahora solo reconoce los fantasmas.

En un corredor lateral, un hombre mayor lo detuvo con una inclinación mínima de cabeza.

—Salgado.

Víctor lo miró y lo reconoció por la postura antes que por el rostro: tensión en los hombros, ojos que miraban siempre a los lados. Roldán. Antiguo jefe de logística. Uno de esos hombres que sobrevivía porque sabía cuándo no saber.

—Roldán —dijo Víctor.

El otro sonrió sin alegría.

—Dicen que has vuelto con problemas.

—Siempre vuelvo con problemas.

Roldán bajó la voz.

—Han reactivado protocolos de contención. Los antiguos. Los de cuando un agente sabía demasiado.

Víctor sintió un frío viejo en la nuca.

—¿A quién contienen?

Roldán lo miró como si la respuesta fuera obvia.

—A ti.

Víctor no se movió. No mostró sorpresa. Solo aceptó la información como se acepta un diagnóstico.

—¿Has visto algo más?

Roldán dudó. Luego:

—Miranda está nervioso. Y cuando Miranda está nervioso, no busca culpables. Busca piezas que sacrificar. —Se inclinó un poco—. Y tú siempre has sido una pieza… difícil de controlar.

Víctor asintió una vez, agradeciendo sin palabras. Roldán se alejó sin despedirse, como si hablar más fuera invitar al desastre.

Víctor siguió caminando, pero ya no veía pasillos. Veía un tablero.

El ajedrez volvió a su mente sin pedir permiso. Un motivo recurrente, una metáfora que lo perseguía desde hacía años: piezas que se mueven por reglas invisibles, sacrificios necesarios, finales inevitables. OBJ

Y en ese tablero, él sentía que lo estaban empujando hacia una casilla de la que no se vuelve.

***

Esa tarde, Carlos Montero apareció "por casualidad" dos veces cerca de Elena y Víctor. Demasiadas casualidades para ser accidente.

—Solo reviso que tengáis lo que necesitáis —dijo, amable, cuando Elena lo sorprendió en un cruce de pasillo.

Elena sonrió con cortesía.

—Tenemos lo que necesitamos.

Carlos mantuvo la sonrisa.

—A veces, lo que uno cree necesitar no es lo que la operación necesita.

Elena notó la frase. La guardó. Era una advertencia con perfume.

En la sala de análisis, Carlos se sentó con ellos sin pedir permiso. Puso una tablet sobre la mesa.

—He pedido un reporte actualizado de los movimientos financieros asociados a la red cultural. —Miró a Elena—. Tus análisis de tráfico en Berlín fueron buenos, pero hay lagunas.

Elena sintió el aguijón del "buenos, pero". La condescendencia profesional era una forma de dominio.

—¿Lagunas? —preguntó ella.

Carlos señaló una gráfica.

—Aquí. Un salto de fondos a una empresa pantalla en Luxemburgo. Si seguimos esto, quizá encontremos a un comprador.

Víctor lo observó.

—¿Y por qué no lo seguisteis antes?

Carlos sonrió.

—Porque no estaba asignado antes.

Víctor se inclinó.

—O porque no convenía.

La sonrisa de Carlos se congeló un segundo. Luego volvió, más cuidadosa.

—No te conviene convertir esto en personal, Víctor.

Víctor sostuvo la mirada.

—En esta casa, siempre es personal.

Elena sintió la tensión vibrar como un cable. Quiso intervenir, pero también quería ver hasta dónde llegaba Carlos.

Carlos se levantó, como si decidiera cortar el conflicto antes de que creciera.

—No soy vuestro enemigo. —Miró a Elena—. Pero tampoco soy vuestro amigo. Soy el que se asegura de que esto no se convierta en un desastre institucional.

Elena pensó: o el que se asegura de que el desastre tenga culpables adecuados.

Cuando Carlos se fue, Elena exhaló.

—Es un perro con corbata —murmuró.

Víctor no sonrió.

—Es un hombre con hambre. Y el hambre hace ruido.

Elena lo miró.

—¿Crees que él es el topo?

Víctor tardó en responder.

—Creo que él es una puerta. Puede que no sea el que decide, pero alguien decide a través de él.

***

Esa noche, el edificio se volvió aún más silencioso. La sede tenía un tipo de quietud que no era descanso. Era vigilancia en reposo.

A las dos y diez, Elena se levantó del sofá sin encender luces. Su corazón golpeaba fuerte. No era miedo a que los descubrieran; era miedo a descubrir lo que no querían saber.

Víctor se puso de pie también. En su rostro no había nervios. Había determinación, y detrás, una sombra de cansancio.

—Cinco minutos —susurró Elena.

—Suficiente —dijo Víctor.

Salieron al pasillo con naturalidad ensayada: dos agentes yendo al baño, quizá a por agua. La normalidad era el mejor disfraz.

Caminaron por el corredor C. La luz parpadeaba como si el edificio dudara de sí mismo. Elena vio una cámara en la esquina. Desvió la mirada, recordando una regla vieja: las cámaras notan cuando las miras con intención.

Sofía los esperaba junto a una puerta de mantenimiento. Masticaba chicle con rabia.

—Llegáis tarde —dijo, aunque no era verdad.

—Gracias por esto —susurró Elena.

Sofía hizo una mueca.

—No me lo agradezcas. Si nos pillan, te odio.

Abrió la puerta con una tarjeta que no debería existir. El pasillo interior olía a polvo y cable caliente. Una vena del edificio, oculta.

Llegaron a la sala de archivos históricos. No era una biblioteca. Era un cementerio de operaciones, expedientes sellados, historias enterradas con capas de permisos y miedo.

Sofía conectó su tablet a un puerto.

—Cinco minutos —repitió, como un mantra—. Cinco.

En la pantalla apareció un menú de accesos. "Proyecto BERLÍN". Elena sintió el nombre como un cuchillo suave.

Sofía tecleó rápido.

—Aquí están los logs. Accesos de las últimas dos semanas. Mirad horarios. Mirad perfiles.

Elena se inclinó sobre la pantalla. Los datos eran una secuencia de nombres, roles, timestamps. Y, entre ellos, una anomalía: accesos exactos cada veinticuatro horas, como si alguien quisiera parecer un proceso automático… o como si un proceso quisiera parecer humano.

—Esto no es normal —susurró Elena.

Víctor señaló una línea.

—Ese intervalo. Está diseñado para no levantar sospechas.

Elena apretó los dientes.

—Alguien está consultando el proyecto para algo. Y borran fragmentos. Mira esto.

Sofía asintió.

—Borrado selectivo. No es torpeza. Es técnica.

Elena respiró hondo.

—Busca accesos vinculados a Carlos Montero.

Sofía la miró con escepticismo.

—¿Ya? Vaya confianza.

—Solo busca.

Sofía tecleó.

Aparecieron dos líneas. Dos accesos. Uno reciente. Uno de madrugada.

Elena sintió el estómago caer.

—¿Qué significa? —preguntó.

Sofía se encogió.

—O alguien usa sus credenciales… o él se está metiendo donde no debería.

Víctor frunció el ceño.

—O lo están usando para acercarse a nosotros.

Elena tragó saliva.

—Busca… —dijo, y la palabra le costó— busca a Víctor.

Sofía se quedó quieta un segundo.

—¿Estás segura?

Elena sostuvo la mirada.

—Hazlo.

Sofía tecleó con dedos más lentos, como si cada letra tuviera peso.

Apareció una línea antigua. Un acceso de años atrás, sellado. Y luego, algo más: un registro marcado en rojo, vinculado a un

expediente dentro del mismo proyecto. Un expediente con nombre en clave y… el apellido Salgado.

Elena sintió que le faltaba aire.

—Víctor…

Víctor miró la pantalla con una quietud que daba miedo. No era sorpresa. Era reconocimiento. Como si hubiera sabido que ese día llegaría, y aun así le doliera.

—Eso no debería estar ahí —dijo.

Elena lo miró, rabia y confusión mezclándose.

—¿Qué no debería estar ahí? ¿Tu nombre? ¿Tu acceso? ¿Tu… pasado?

Víctor no respondió con excusas. Y eso fue lo peor: el silencio era una confesión.

—Dímelo —susurró Elena, y su voz tembló—. ¿Tienes que ver con el Código Berlín?

Sofía miró hacia la puerta, nerviosa.

—Chicos, no tenemos tiempo para un drama existencial. Hay un ping… —Señaló la pantalla—. Alguien ha detectado actividad en el nodo.

En el pasillo exterior, pasos. Lejanos, pero acercándose.

Elena no apartó la mirada de Víctor.

—Respóndeme.

Víctor la miró al fin. En sus ojos verdes había cansancio, culpa… y algo que Elena no esperaba: miedo. No miedo a que lo atraparan. Miedo a perderla.

—Te lo diré —dijo, bajo—. Todo. Pero no aquí.

Elena sintió el impulso de gritarle, de golpear la mesa, de romper algo. Pero el sonido de los pasos se volvió más claro y el instinto de supervivencia le apretó la garganta.

Sofía desconectó la tablet con movimientos rápidos, borró rastros, cerró sesiones.

—¡Fuera! —susurró—. ¡Ya!

Salieron por el pasillo de mantenimiento. Elena caminó como si nada, pero por dentro era un incendio. Víctor iba a su lado, ligeramente delante, como escudo.

Al llegar al corredor principal, dos guardias doblaron la esquina. Sus linternas no iluminaban; buscaban.

Elena mantuvo la expresión neutra. Víctor se detuvo lo justo para parecer casual.

—¿Algún problema? —preguntó Víctor, tono normal, casi aburrido.

Uno de los guardias los miró, duda breve.

—Inspección rutinaria.

—A estas horas.

—Orden de arriba.

"De arriba". Elena sintió el veneno en esas palabras. Podía significar todo y nada. Podía significar Miranda. Podía significar Marta. Podía significar que el edificio entero era el "arriba".

Los guardias siguieron sin detenerlos, pero Elena sintió una mirada clavada en su espalda como una aguja.

Cuando llegaron a su área, la puerta tardó un segundo de más en abrirse. Un segundo que se sintió como una evaluación.

Dentro, Elena se apartó de Víctor.

—¿Cuánto tiempo ibas a ocultármelo? —susurró, contenida, porque el miedo a los micrófonos ya era reflejo.

Víctor cerró la puerta con cuidado.

—Hasta que supieras lo suficiente para no morir por saberlo.

Elena rió, rota.

—Qué noble.

Víctor dio un paso hacia ella.

—Elena…

—No. —Ella levantó una mano—. No me "Elena". He confiado en ti. He puesto mi carrera, mi cuerpo, mi… vida, en tus manos. Y resulta que el monstruo que perseguimos tiene tu sombra pegada.

Víctor no se defendió.

—No soy el hombre que era cuando empezó —dijo.

Elena apretó la muñeca bajo la manga, buscando dolor físico para ordenar el caos.

—Pero eres el hombre que no me lo dijo.

Víctor cerró los ojos un instante, como si se obligara a no huir.

—Te lo contaré. Lo prometo. Pero tenemos que salir de aquí primero.

Elena lo miró con incredulidad.

—¿Salir? ¿A dónde? Estamos en la sede. Estamos en el centro.

—Precisamente —dijo Víctor.

Elena iba a responder cuando sonaron tres golpes en la puerta.

Secos. Autoridad.

Antes de que pudieran moverse, la puerta se abrió desde fuera. Control remoto. Sin pedir permiso.

Carlos Montero apareció en el umbral con su sonrisa de siempre, pero ahora la sonrisa tenía dientes.

Detrás de él, dos agentes de seguridad.

—Perdonad la hora —dijo Carlos, tono educado—. Necesito que vengáis conmigo. Ahora.

Elena sintió que el suelo desaparecía.

—¿Por qué? —preguntó, aunque ya lo sabía.

Carlos se apartó lo justo para que los agentes fueran visibles.

—Ha habido una anomalía de acceso en el archivo histórico. —Su sonrisa no llegó a los ojos—. Y Miranda quiere hablar con vosotros.

Víctor se colocó un poco delante de Elena, gesto mínimo, protector.

—¿Con los dos? —preguntó Víctor.

—Con los dos —repitió Carlos—. Y os aconsejo que cooperéis. Esta casa tiene poca tolerancia a las sorpresas.

Elena miró a Víctor. Víctor no la miró a ella; miró a Carlos con la atención de quien reconoce a una pieza moviéndose en el tablero.

El ajedrez volvió otra vez, inevitable. Una partida donde el círculo interno no era un grupo: era una pared que se cerraba.

Víctor asintió, lento.

—Vamos.

Carlos dio un paso atrás, cortés, como quien abre una puerta… sabiendo que al otro lado no hay salida.

Elena cruzó el umbral con el corazón golpeándole las costillas. Y mientras caminaban por el pasillo silencioso escoltados por hombres sin rostro, entendió algo que la dejó fría por dentro:

En el campo, el enemigo te apunta.

En casa, el enemigo te sonríe.

Y esta vez, la sonrisa los estaba llevando directo al centro del laberinto.

CAPÍTULO 10: LA TRAMPA

La lluvia no caía: trabajaba. No era agua; era una mano insistente que borraba huellas, suavizaba ruidos y convertía el mundo en un espejo sucio donde todo podía reflejarse de forma incorrecta.

Víctor Salgado conducía con las dos manos a las diez y diez, como si el volante fuera el último objeto confiable del planeta. Tenía el gesto sereno de quien ya se ha despedido varias veces de su propia vida y no quiere repetir el trámite. Su cabello canoso en las sienes, el corte militar impecable, la cicatriz en la ceja izquierda: detalles que, en un bar cualquiera, lo harían parecer un hombre común con disciplina. En un coche a las tres de la madrugada, bajo una misión que olía a trampa, lo convertían en lo que era: un veterano que ve más allá de lo evidente. OBJ

Elena Mir iba de copiloto. No miraba el paisaje; lo escaneaba. Ojos oscuros que no perdían detalle, mandíbula firme, cabello negro recogido en un moño práctico. Tenía esa forma de tensarse cuando las cosas no seguían el plan: una tensión limpia, casi académica, como un algoritmo intentando corregir un error en tiempo real. OBJ

Detrás, Carlos Montero ocupaba el asiento trasero con una comodidad calculada. Aspecto convencional, fácil de olvidar. Sonrisa fácil que rara vez llegaba a los ojos. En cualquier foto de grupo, sería el hombre que no recuerdas haber visto… hasta que te das cuenta de que fue el único que supo salir bien parado.

—Estamos entrando en la zona industrial —dijo Elena, mirando el mapa offline en la tablet—. Dos desvíos y llegamos.

Carlos se inclinó hacia delante, como si quisiera participar de verdad.

—La llamada fue clara. "Orfeo" no se mueve mucho. Quiere una entrega rápida, sin teatro.

Víctor no apartó la vista de la carretera.

—El teatro es precisamente lo que me preocupa.

Carlos soltó una risa breve.

—Tú ves teatro en todas partes.

—Porque existe —respondió Víctor, sin levantar la voz—. Y porque lo he pagado.

Elena notó algo: desde que salieron del edificio de la sede, desde que Carlos se integró en el equipo "para ayudar", Víctor había hablado menos y observado más. Era un cambio sutil, pero en él los cambios sutiles eran la alarma más fuerte.

—Repasemos —dijo ella—. La pista dice: "fragmento físico" vinculado a la red cultural, patrón de microimpresiones, posible llave de acceso a una de las cajas donde se moverá el dispositivo. Lugar: nave vacía. Hora: madrugada. Señal: una carpeta negra sobre mesa plegable. "Orfeo" observa a distancia.

—Y luego desaparece —añadió Víctor.

—Y luego desaparece —repitió Elena, asintiendo.

Carlos tamborileó con dos dedos el respaldo del asiento del copiloto.

—Es el protocolo. Un contacto no se expone.

Víctor miró el retrovisor por primera vez. Sus ojos verdes parecían amables, pero no lo eran.

—Un contacto tampoco te invita a un lugar donde no hay salidas limpias —dijo—. Un contacto no te da un escenario. Te da un punto de fricción. Algo pequeño. Algo difícil. Algo real.

Elena sintió el impulso de argumentar, pero se contuvo. No discutía por orgullo. Discutía por necesidad. Y la necesidad, esa noche, era llegar vivos.

—¿Vas a cancelar? —preguntó ella, midiendo.

Víctor respiró por la nariz.

—No. —Pausó—. Vamos a mirar. Pero con los ojos abiertos. Y con el cuerpo listo.

Carlos se echó hacia atrás.

—Siempre tan dramático.

Víctor no contestó. Elena sí.

—Carlos, si tienes algo que quieras decir antes de entrar… es el momento.

Carlos frunció el ceño.

—¿Qué insinúas?

Elena no parpadeó.

—No insinúo. Pregunto. Porque desde que estás con nosotros, cada pista "prometedora" llega con demasiado buen timing.

Carlos se rió, pero su risa quedó corta.

—Ah. La paranoia. Me habían dicho que era contagiosa cuando trabajas con Víctor Salgado.

Víctor giró el volante y tomó un desvío. La nave apareció al fondo como un bloque oscuro con dos farolas enfermas alumbrando el perímetro. La lluvia convertía el asfalto en una piel brillante.

—No es paranoia —dijo Víctor—. Es memoria.

***

No aparcaron delante. Víctor detuvo el coche a dos calles, bajo un árbol desnudo. Apagó el motor sin apagar la tensión.

—Bajamos con calma —dijo—. Elena, cobertura derecha. Carlos, izquierda. Nadie toca nada sin que yo lo vea primero.

Carlos hizo un gesto de "ok" demasiado rápido.

Elena se ajustó la chaqueta, revisó su arma, guardó la tablet. Su muñeca derecha rozó la tela; la pequeña quemadura que llevaba allí

—de origen que nunca explicaba— le ardió un instante como si el cuerpo recordara cosas que la mente prefiere archivar. [OBJ]

La nave tenía una puerta lateral entreabierta, como una invitación. Eso era lo peor: las trampas buenas no se esconden. Se ofrecen.

—Odio esto —susurró Elena, pegada al marco.

Víctor olió el aire. Metal húmedo, polvo viejo, y ese rastro químico fino de guantes de nitrilo usados recientemente. No dijo "lo dije". Solo hizo un gesto con dos dedos: uno, dos.

Entraron.

Dentro, el espacio era enorme y vacío de forma sospechosa. Estanterías medio desmontadas, cajas rotas, un montacargas oxidado, cables colgando. Una luz amarillenta parpadeaba desde el techo con un ritmo irregular, como si la nave respirara mal.

La mesa plegable estaba al fondo, en el centro de una zona demasiado despejada. Una silla. Y sobre la mesa: la carpeta negra.

—No me digas que no es un cliché precioso —murmuró Carlos.

Elena se movió sin hacer ruido. Se arrodilló a dos metros de la mesa. No se acercó más. Su ansiedad, cuando la tenía, se expresaba como control. Se obligaba a seguir procedimientos, a convertir el caos en checklist.

—Víctor… —dijo ella—. No hay huellas visibles en el suelo cerca de la mesa.

—Porque las han borrado —respondió él.

Elena asintió. Y entonces lo vio: un hilo finísimo, casi invisible, anclado a la esquina inferior de la carpeta. El hilo se perdía hacia una columna.

—Trampa de contacto —susurró.

Víctor se movió un paso hacia ella, la voz baja.

—Nadie toca—

La luz explotó.

Un destello blanco les quemó la retina y, al mismo tiempo, una detonación seca hizo vibrar el aire. Humo, polvo, un zumbido agudo. No era una granada para matar. Era una granada para desordenar.

Elena sintió el golpe en la cabeza como si el mundo se hubiera inclinado. Se dejó caer instintivamente, rodó hacia un lateral. El zumbido le comió la capacidad de pensar palabras durante un segundo.

Víctor, en cambio, reaccionó como un músculo entrenado: empujó a Elena hacia una estructura caída, se pegó a ella, disparó dos veces a la sombra que se movía a la izquierda.

Silenciador. Sonido de dedos chasqueando en una habitación de metal.

—¡Contactos! —gritó Carlos, demasiado fuerte.

Elena quiso decirle que se callara, pero la tos le arrancó el aire. Vio una silueta correr por el fondo. Luego otra. Luego tres.

—¡No disparéis a ciegas! —ordenó Víctor—. ¡Buscad ángulos!

Carlos disparó igual, hacia el centro.

Víctor lo miró con rabia contenida.

—¿Quieres avisarles también de nuestra posición exacta?

Carlos no respondió. Pero el miedo le apretaba la garganta.

Elena, con el zumbido todavía en los oídos, se incorporó y se pegó a una columna. Vio un atacante acercarse por su derecha. No pensó. Actuó.

Cuando el hombre dobló la esquina, Elena lo recibió con un movimiento de Krav Maga: golpe a la muñeca armada, torsión, rodilla al abdomen. El arma cayó y sonó en el suelo. Elena la pateó lejos y le clavó el codo en la mandíbula. El atacante se desplomó.

La satisfacción duró un milisegundo: detrás venía otro.

—¡Elena! —gritó Víctor.

Ella se tiró al suelo justo cuando una bala silenciada cortó el aire donde había estado su cabeza. El cemento saltó en pequeñas astillas.

—Nos quieren vivos —dijo Elena, jadeando—. Están midiendo.

Víctor la cubrió con fuego controlado.

—Entonces no les demos datos.

Se movieron hacia una escalera metálica que subía a una pasarela. Víctor disparaba solo cuando veía blanco. Carlos seguía disparando con más emoción que precisión.

—¡Arriba, arriba! —ordenó Víctor.

Subieron. El metal vibraba con cada impacto. El zumbido de la granada se mezcló con el ruido de botas mojadas en el suelo de abajo.

Elena miró atrás y vio algo que le heló el estómago: los atacantes no se apilaban en la escalera como amateurs. Se distribuían, flanqueaban, cortaban ángulos. Había alguien dirigiéndolos sin hablar demasiado.

—Esto no es una banda —murmuró ella—. Esto es un equipo.

Víctor no contestó, pero sus ojos decían lo mismo.

Arriba, la pasarela terminaba en una puerta de emergencia. Elena empujó: bloqueada con una cadena nueva, brillante.

—¡Joder! —dijo, sacando su herramienta.

—No tenemos tiempo —gruñó Víctor.

Carlos, sin que nadie se lo pidiera, sacó una pequeña cizalla.

—Sí lo tenemos.

Cortó la cadena en un gesto rápido. Tan rápido que Elena lo miró como si acabara de revelar un truco.

—¿Por qué llevas eso? —preguntó ella.

Carlos se encogió de hombros, evitando su mirada.

—¿Por qué llevas tú tus juguetes de hacker? —replicó—. Cada uno tiene sus… cosas.

Elena no insistió. Lo guardó. Como se guarda un fósforo en el bolsillo, sabiendo que puede ser útil… o incendiarte.

Salieron al exterior.

La lluvia les pegó como una pared fría. Había un callejón entre dos almacenes, un contenedor, palés apilados, un coche al fondo con las luces encendidas, como si alguien hubiera dejado el motor listo para un escape.

Víctor se congeló.

—No —dijo, y su "no" sonó absoluto.

Carlos ya corría.

—¡Es el vehículo! —gritó—. ¡Vamos!

Víctor lo agarró por la chaqueta y lo frenó contra el metal húmedo de la pared.

—¿Quién te dijo que habría un coche?

Carlos abrió la boca. La cerró. Volvió a abrirla.

—¡Nadie! —dijo al fin, demasiado rápido—. ¡Es evidente! ¿No ves que es…?

Una bala reventó el retrovisor del coche. Vidrio. Chispas.

Elena se tiró tras el contenedor.

Víctor soltó a Carlos, pero lo miró con una frialdad que era casi una sentencia.

—El canal —ordenó Víctor—. Bajamos al canal.

—¡Estás loco! —Carlos temblaba.

—Estoy vivo —corrigió Víctor—. Y quiero seguir estándolo.

Bajaron por los escalones húmedos. El agua negra les llegó a las pantorrillas. El frío se les metió bajo la piel como una mala idea.

Corrieron por el lecho estrecho del canal, el sonido del agua traicionero. Arriba, linternas barrían la zona. Un grito en francés. Otro en alemán. Demasiados idiomas, demasiada coordinación.

—Bajo el puente —dijo Víctor—. Hay una rejilla de mantenimiento.

Elena lo siguió sin discutir. Carlos iba detrás, respirando como si cada inhalación fuera una negociación.

La rejilla estaba cerrada con un candado.

Víctor se giró.

—¿Otra herramienta milagrosa, Carlos?

Carlos sacó la cizalla, la lanzó.

Víctor la atrapó y cortó el candado.

Elena lo miró de reojo. Víctor había preguntado "otra". No "una". Como si ya supiera que Carlos venía preparado desde el principio.

Se metieron en el túnel.

***

El interior olía a óxido y humedad. Las paredes sudaban. El ruido de la lluvia se volvió lejano, pero el eco de las botas arriba seguía presente como un fantasma.

Caminaron agachados. Elena apretaba los dientes. El zumbido en sus oídos empezaba a bajar, pero la adrenalina seguía alta.

En una bifurcación, Víctor eligió la izquierda sin mirar mapa.

—¿Cómo sabes? —susurró Elena.

—Porque esta es la ruta fea —dijo él—. Y la ruta fea siempre está menos vigilada.

Carlos miró la bifurcación derecha con un segundo de duda que Elena no dejó pasar.

—¿Te pasa algo? —le susurró ella.

Carlos negó, pero su garganta hizo un sonido como si tragara piedras.

Llegaron a una escotilla. Víctor la empujó con cuidado. El metal chirrió un poco.

Subieron.

Salieron a un cuarto de mantenimiento que daba a una calle secundaria. La ciudad parecía otra: un bar pequeño con luz cálida, una televisión sin sonido, dos hombres hablando como si el mundo no estuviera persiguiéndolos.

—Nos mezclamos —dijo Víctor—. Entramos al bar y salimos por atrás.

Carlos lo miró con incredulidad.

—¿En serio? ¿Un bar?

—La gente mira a quien corre —respondió Víctor—. No a quien parece cansado.

Entraron.

El calor los golpeó. Olía a café, a cerveza vieja, a patatas fritas. Un camarero mayor secaba vasos con una calma que parecía de otra época.

Víctor se acercó a la barra y habló en francés con naturalidad.

—Tres cafés para llevar. Y… —miró al camarero— ¿tiene servilletas? Estamos empapados.

El camarero los observó un instante. Vio la tensión, vio la ropa húmeda, vio el tipo de mirada que no pertenece a clientes normales. Y decidió no ver nada.

—Oui. —Les dio los cafés y un paquete de servilletas—. Bonne nuit.

Elena se pegó a una pared, mirando el reflejo en el cristal. Vio un coche negro pasar despacio por la calle. Demasiado despacio. Como buscando un error.

—Nos están barriendo —susurró.

Víctor no reaccionó con pánico. Solo dejó el vaso de café sobre la barra como si fuera parte de un ritual.

—Carlos —dijo, sin mirarlo—. ¿A quién respondes?

Elena sintió que el aire se tensaba.

Carlos se quedó quieto. La máquina tragaperras hizo un ruido ridículo, como un chiste en medio de un funeral.

—¿Qué…? —empezó Carlos.

—No me hagas repetirlo —dijo Víctor.

Carlos miró a Elena, luego a Víctor.

—A la agencia —dijo.

Víctor sonrió sin humor.

—Eso no es un nombre.

Elena vio el temblor en la mano de Carlos. No era miedo a los perseguidores. Era miedo a lo que esa pregunta implicaba.

—A Miranda —dijo al fin, bajo, como si escupirlo fuera doloroso.

El nombre de Augusto Miranda se metió en el bar sin necesidad de presentarse: presencia física, voz paternal, manipulador metódico. Un hombre capaz de inspirar lealtad ciega… y usarla como arma. OBJ

Elena apretó el vaso de café con fuerza.

—Nos ha vendido —dijo ella.

Carlos reaccionó con rabia defensiva.

—¡No! —susurró—. ¡Miranda no hace eso! Miranda… Miranda protege a la agencia.

Víctor lo miró con una pena que ofendía.

—Miranda protege su tablero.

Elena se inclinó hacia Carlos.

—¿Sabías que esto era una emboscada?

Carlos tragó saliva, sacudió la cabeza.

—Me dijeron que era una "prueba" —admitió, apenas audible—. Que… que necesitábamos confirmar cosas. Que Víctor estaba… —se detuvo, buscando palabras menos peligrosas— …inestable. Que tú, Elena, eras brillante pero… influenciable.

Elena soltó una risa seca, sin alegría.

—Influenciable. —Miró a Víctor—. ¿Lo oyes? Me han puesto una etiqueta como si fuera un informe.

Víctor dejó dinero en la barra.

—Salimos por atrás —dijo.

Cruzaron al pasillo. La puerta de servicio los condujo a un patio con cubos de basura y una escalera metálica. Subieron.

A mitad de escalera, un sonido: puerta abriéndose abajo. Botas. Pasos rápidos. Coordinados.

—Arriba —ordenó Víctor.

Subieron corriendo. Una bala golpeó el metal cerca del pie de Elena, saltaron chispas. Otra pasó rozando su brazo. Elena sintió el calor del corte y luego el dolor. Sangre mezclándose con lluvia.

—Me han dado —dijo entre dientes.

Víctor la agarró y siguió empujándola.

—Luego te quejas —gruñó, y esa brusquedad era su forma de cuidado.

Llegaron al tejado.

El techo era plano, charcos, antenas, cables. Al otro lado, otro edificio separado por un salto de dos metros y medio. Abajo: caída mala.

—No… —Carlos miró el hueco como si fuera imposible.

Víctor se giró hacia él.

—El ajedrez no se juega con miedo —dijo.

Elena lo miró, sorprendida por el regreso del motivo. Víctor siempre usaba el ajedrez como metáfora para explicar lo inhumano del trabajo. OBJ

—El ajedrez se juega con cálculo —murmuró Elena, apretándose el brazo.

—Y con sacrificios —añadió Víctor.

Tomó carrera.

Saltó.

Cayó en el otro techo, rodó, se levantó. Extendió la mano.

Elena no dudó. Corrió, saltó. El vacío le mordió el estómago un instante, y luego la mano de Víctor la atrapó por la muñeca. Cayó, resbaló, pero se sostuvo.

Carlos seguía al borde.

—¡Carlos! —gritó Elena.

Carlos miró atrás: los perseguidores aparecían ya en el tejado, como sombras armadas. Y entonces, por primera vez, Carlos hizo algo que no encajaba con su papel de espía obediente:

Se giró y disparó con precisión.

Dos disparos. Dos cuerpos retrocedieron y cayeron.

Elena lo miró, confundida.

—¡Ahora! —gritó Víctor.

Carlos corrió y saltó. No llegó bien. Sus dedos rozaron el borde. Víctor lo agarró por la chaqueta y lo subió con un tirón brutal.

Los tres quedaron jadeando. Empapados. Con sangre. Con el mundo demasiado cerca.

—Eso… —Carlos respiraba como si se estuviera ahogando— …eso no estaba en ningún plan.

Elena, apretándose la herida, lo miró con una dureza nueva.

—Nada de esto estaba en nuestro plan. Pero sí en el de alguien.

***

Se movieron por tejados y callejones hasta un edificio antiguo con un portal sin portero. Víctor marcó un código sin mirar el teclado.

Elena se detuvo.

—¿Cómo sabes el código?

—Porque este refugio lo monté yo hace años —respondió Víctor —. Por si un día tenía que huir de mí mismo.

Subieron tres pisos sin ascensor. Víctor abrió con una llave vieja, cerró con dos cerrojos y un pestillo extra. Apagó las luces del pasillo y dejó una lámpara pequeña en la cocina.

El refugio era austero: un sofá gastado, una mesa, dos sillas, una cocina mínima. Sin fotos. Sin objetos personales. Un lugar diseñado para no dejar rastro de vida.

—Cortinas —ordenó Víctor.

Elena cerró cortinas. Carlos se dejó caer en la silla como si le hubieran apagado el cuerpo.

Víctor sacó un botiquín de un armario y se acercó a Elena.

—Siéntate.

Elena obedeció. Se arremangó. La herida era un rozón profundo. Sangraba, pero no era mortal. Dolía como una advertencia.

Víctor se puso guantes y limpió con antiséptico. Elena apretó los dientes. No soltó sonido.

—Siempre fuiste mala para pedir pausa —murmuró Víctor.

—Siempre fuiste bueno para fingir que no la necesitabas —replicó ella.

Víctor la miró un segundo. Algo entre orgullo y culpa.

Carlos los observaba con una mezcla incómoda de celos y dependencia. Esa dinámica estaba escrita desde que lo asignaron: rivalidad, favoritismo, necesidad de aprobación.

—Hablad —dijo Elena de pronto, mirando a Carlos—. Dime exactamente qué te dijo Miranda.

Carlos se puso rígido.

—Me dijo que… —tragó saliva— …que Víctor podía comprometer el objetivo por… por asuntos personales. Que yo estaba ahí para asegurar el éxito. Para "ayudar".

Elena soltó una risa corta.

—Qué palabra más bonita para decir "vigilar".

Carlos apretó la mandíbula.

—Miranda cree que hace lo correcto.

Víctor tiró las gasas manchadas a la basura.

—Miranda cree que el mundo le debe obediencia.

Carlos lo miró, herido.

—¡Tú no lo entiendes! —dijo, alzando la voz por primera vez—. Miranda me sacó de un agujero. Me dio una carrera. Me… —se detuvo, temblando—. Me hizo alguien.

Víctor se quedó quieto. Elena notó algo: Víctor estaba a un paso de la confesión, y esa confesión no era solo sobre el dispositivo. Era sobre un pasado compartido entre él y Miranda.

—Carlos —dijo Víctor al fin, con la voz baja—. ¿Sabías que el coche del callejón estaría ahí?

Carlos dudó. Ese segundo lo traicionó más que cualquier palabra.

—No… me lo dijeron como tal —admitió—. Pero… —miró al suelo — …me dijeron que si las cosas "se complicaban", habría una salida.

Elena se inclinó hacia delante.

—¿Quién te dijo eso? ¿Miranda?

Carlos asintió, mínimo.

Elena se giró hacia Víctor.

—Entonces esto era una trampa desde dentro.

Víctor respiró hondo. Se quitó los guantes. Se lavó las manos con calma. El agua corría como si intentara borrar años.

—Sí —dijo al fin—. Y no solo para atraparnos. Para quebrarnos.

Elena se tensó.

—¿Por qué? ¿Qué quieren?

Víctor se apoyó en la encimera. Miró la ventana cubierta por la cortina como si al otro lado hubiera un fantasma con nombre.

—Quieren que yo hable —dijo.

Carlos levantó la cabeza.

—¿Hablar de qué?

Elena no apartó la vista de Víctor.

—De tu parte en el Código Berlín.

El silencio cayó pesado. Ni la lluvia se atrevió a sonar demasiado fuerte.

Víctor no negó. Y esa ausencia de negación fue la primera confesión real.

—Elena… —empezó.

Ella lo cortó.

—No me digas mi nombre como si eso fuera un calmante. Dime la verdad.

Víctor cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, la frialdad habitual no estaba. Había algo más peligroso: honestidad.

—El Código Berlín no nació como un arma —dijo—. Nació como un muro. Un proyecto defensivo. Para evitar que entraran en nuestras comunicaciones.

Elena asintió. Eso lo sabía.

—Pero alguien decidió que un muro también podía ser una llave —continuó Víctor—. Y esa llave… podía abrir puertas ajenas.

Carlos tragó saliva.

—Eso… eso es estrategia —murmuró, buscando justificarse—. Si no lo haces tú, lo hace otro.

Víctor lo miró con dureza.

—Esa frase es el principio de todas las atrocidades.

Elena apretó la venda.

—¿Participaste? —preguntó.

Víctor no se escondió.

—Sí.

Elena sintió que el aire le cortaba la garganta.

—¿Hasta qué punto?

Víctor se separó de la encimera y se sentó frente a ella, como un hombre que sabe que va a perder un juicio aunque diga la verdad.

—Firmé autorizaciones. Estuve en reuniones. —Se pasó una mano por la cara—. Puse mi nombre donde no debía. Pensé… —sonrió sin humor— pensé que podía controlar el monstruo porque lo había visto crecer.

Elena estaba quieta, pero por dentro se le movía todo. La admiración, la confianza, el pasado de "alumna" y "mentor". En el guion de su vida, Víctor era el punto fijo. Si él se movía, todo se caía.

—¿Y Miranda? —preguntó ella, con voz baja.

Víctor tardó en responder. Ese tardar era una herida.

—Miranda lo empujó —dijo al fin—. Yo lo permití.

Carlos se levantó, indignado.

—¡No! —dijo—. ¡Miranda no…! Miranda protege la seguridad nacional, él…

Víctor clavó la mirada en él.

—Miranda protege a Miranda. Y usa la palabra "patria" como un perfume caro para ocultar el olor a sangre.

Carlos se quedó sin palabras. Elena, en cambio, encontró una.

—¿Qué pasó en la primera prueba? —preguntó.

Víctor levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Cómo…?

—Porque no se te nota culpa por firmar papeles —dijo Elena—. Se te nota culpa por algo que viste. Dímelo.

Víctor respiró hondo. Y entonces, por primera vez, dejó que el pasado entrara en la habitación como un humo tóxico.

—La primera vez que usamos la llave… no fue en un laboratorio —dijo—. Fue en una operación.

Elena no parpadeó.

—¿Qué operación?

Víctor miró el suelo, como si allí estuviera la escena proyectada.

—Intervenimos comunicaciones. Desciframos mensajes. Identificamos una ubicación. —Su voz se hizo más baja—. Dimos

coordenadas. Y se actuó. Se hizo "limpieza".

Elena sintió un frío dentro.

—¿Y había civiles?

Víctor asintió.

—Sí.

Carlos se sentó, pálido. Elena apretó los dedos contra la mesa.

—¿Murieron? —preguntó ella.

Víctor no contestó con palabras. Solo asintió otra vez. Un sí que pesaba más que cualquier discurso.

Elena cerró los ojos un instante. Vio su academia. Vio discursos sobre "protección". Vio a Víctor explicándole ética operativa como si existiera una línea clara. Ahora esa línea estaba borrada por lluvia y sangre.

—¿Seguiste trabajando en ello? —preguntó, abriendo los ojos.

Víctor se sostuvo la mirada.

—Sí —dijo—. Porque me convencí de que si yo estaba dentro, podía frenar lo peor. —Se rió sin humor—. Y porque era más fácil seguir que aceptar que ya había cruzado el punto sin retorno.

Elena respiró. Lenta. Como quien intenta no romperse delante de los demás.

—¿Entonces la trampa de hoy… era para tenerte? Para forzarte a confesar? —preguntó ella.

Víctor asintió.

—Para medirnos. Para ver qué hacemos bajo presión. Para ver si yo aún soy útil… o un estorbo.

Carlos levantó la cabeza, con voz temblorosa.

—Esto no tiene sentido. Si Miranda quisiera eliminaros, lo habría hecho.

Víctor lo miró con algo que se parecía a lástima.

—No nos quieren muertos. Nos quieren controlados.

Elena entendió. Y ese entendimiento fue peor.

—Quieren el dispositivo —dijo—. Y nos quieren fuera del camino.

Víctor se inclinó hacia ella.

—El dispositivo se va a vender. Y quien lo tenga podrá entrar donde quiera. —Sus ojos verdes estaban duros—. Miranda no va a dejar que eso ocurra sin que él sea el que cierre el puño.

Elena tragó saliva.

—¿Y Marta? —preguntó, pensando en la directora: severa, íntegra, protectora aunque no lo demostrara. [obj] —¿Está… con él? ¿O contra él?

Víctor no respondió enseguida. Eso le dijo a Elena que no lo sabía. Y si Víctor no sabía algo, la situación era peor de lo que parecía.

En ese momento, un clic vibró en el silencio: una notificación en el móvil de Elena.

Elena lo miró, incrédula. Estaba en modo avión. Sin señal.

Aun así, había un mensaje. Encriptado. Entrado por un canal que, en teoría, no existía sin infraestructura de la agencia.

El texto era breve:

SALID YA. OS HAN MARCADO.

NO CONFIÉIS EN NADIE.

Elena levantó la vista.

—Sofía… —murmuró, pensando en la especialista de comunicaciones, leal a ella, irreverente, confiable en crisis. [obj]

Víctor negó.

—Sofía no tiene acceso a este canal —dijo—. Esto es… interno. Antiguo. Muy restringido.

Carlos se puso de pie como si le hubieran dado una descarga.

—¿Quién entonces?

Víctor se movió hacia la puerta y comprobó cerrojos como si el metal pudiera responderle.

—Alguien que todavía está dentro —dijo—. Alguien que quiere que sigamos vivos.

Elena sintió un escalofrío.

—Marta —susurró ella, y no lo dijo como certeza, sino como apuesta desesperada.

Víctor no confirmó. No negó. Solo apretó la mandíbula.

Y en ese gesto, Elena vio lo peor: Víctor estaba empezando a creerlo.

—Nos vamos —ordenó Víctor—. Ya.

Elena recogió su chaqueta, su arma, el botiquín. Carlos se quedó un segundo sentado, como si su mundo necesitara tiempo para reorganizarse. Luego se levantó, torpe, aún atrapado entre la lealtad y el miedo.

Antes de abrir, Víctor se giró hacia Elena.

—Lo que te he dicho… —empezó.

Elena lo interrumpió.

—No lo has dicho por mí —dijo, mirándolo a los ojos—. Lo has dicho porque ya no tenías salida.

Víctor asintió. No intentó defenderse.

—Quizá —admitió—. Pero también… —su voz bajó— …porque si vamos a caer, prefiero que caigas sabiendo quién soy de verdad.

Elena sostuvo la mirada. Notó algo que la enfureció y le dolió a la vez: una parte de ella quería creer que esa honestidad era un

puente. Otra parte sabía que podía ser solo otra jugada, otra forma de control.

—No decidas por mí —dijo ella, con voz baja y firme—. Ya lo hiciste una vez.

Víctor tragó saliva.

—Tienes razón.

Abrió la puerta.

El pasillo estaba oscuro. Abajo, la calle sonaba a lluvia. Y, en algún lugar de esa ciudad, alguien movía piezas.

Elena dio un paso fuera y sintió, con una certeza física, que el tablero acababa de cambiar de manos.

Y que la trampa no había terminado.

***

Si quieres, en el siguiente mensaje puedo continuar esta misma versión ampliada del capítulo (manteniendo tono, tensión y detalles) hasta completar la extensión objetivo y cerrar el capítulo con un clímax más largo de huida y un gancho fuerte hacia el Capítulo 11: El Punto de Inflexión.

CAPÍTULO 11: EL PUNTO DE INFLEXIÓN

Elena Mir despertó con la sensación de que alguien le había dejado un motor encendido dentro del pecho.

No abrió los ojos al principio. Escuchó. El sonido era lo único fiable cuando el cuerpo aún no se había puesto de acuerdo con la realidad. La lluvia golpeaba algo metálico, quizás una barandilla. Había un zumbido lejano, constante, como una nevera antigua. Y, muy cerca, el crujido sutil de una silla cuando alguien cambiaba de postura con cuidado.

Elena tragó saliva. La garganta le supo a cobre.

—Ya puedes abrirlos —dijo la voz de Víctor Salgado, baja y sin dramatismo—. Aquí no hay nadie apuntándote. De momento.

Elena abrió los ojos.

Techo blanco. Grieta fina recorriendo una esquina. Luz de lámpara cubierta por una tela, indirecta, cálida, como si quisieran engañar al instinto y convencerlo de que era un lugar seguro. Paredes demasiado limpias para ser un apartamento habitado, pero no lo suficiente para ser un hotel. Un piso franco.

Se incorporó despacio. El mundo se inclinó un milímetro y luego volvió a encajar. Tenía una venda en el antebrazo izquierdo y un escozor en la sien que delataba puntos recientes. Su muñeca derecha palpitó con la vieja quemadura, la pequeña cicatriz de origen "desconocido" que llevaba años sin recordar… y que, de pronto, parecía un recordatorio activo.

—¿Cuánto…? —La voz le salió ronca.

—Tres horas desde que te desmayaste. —Víctor estaba sentado en una silla plegable, como un vigilante de museo—. Dos desde que dejé de intentar que durmieras.

Elena miró a su alrededor. Una mesa de cocina con dos tazas de café. Una mochila abierta. Un portátil apagado. Un teléfono satelital encima de un libro sin título. Y, en el aire, la sombra de algo que todavía estaba ocurriendo, aunque el silencio intentara convencerla de lo contrario.

—¿Carlos? —preguntó.

Víctor no contestó al instante. Eso, en él, era una respuesta.

—En el salón —dijo al fin—. Llamando a Madrid.

Elena sintió el primer pinchazo de rabia. No era limpio. No era racional. Era la rabia del animal que descubre que la trampa estaba dentro de la jaula desde el principio.

—¿Le dejaste? —preguntó.

—No se lo puedes impedir a alguien que cree que es su deber —respondió Víctor—. Solo puedes decidir si vas a escuchar lo que diga… o lo que no diga.

Elena se pasó los dedos por el pelo, notó sangre seca cerca de la costura. Recordó flashes: el callejón, la puerta trasera del taller, el destello en el cristal, el primer disparo que no debía existir. Recordó el peso de Víctor empujándola contra el suelo. Recordó, con una claridad espantosa, la certeza que había nacido antes del miedo:

Alguien sabía dónde iban a estar.

—No fue Weber —murmuró Elena, más para sí misma que para Víctor.

—Weber juega a lo grande, sí —dijo Víctor—. Pero no improvisa emboscadas con la precisión de una orden interna. Eso fue… cirugía.

Elena levantó la mirada.

—Fue la agencia.

Víctor no se movió. Ni asintió, ni negó. Sencillamente dejó que Elena pronunciara la palabra hasta que sonara real.

—Hay un topo —añadió ella.

—Sí.

Elena inspiró. Contó hasta tres. La ansiedad le mordía los bordes del pensamiento; lo notaba en el temblor mínimo de los dedos, en la necesidad de correr sin saber hacia dónde.

—Quiero ver los registros —dijo.

Víctor se inclinó y empujó con la punta del pie el portátil hacia ella.

—Están ahí. —Su voz se endureció—. Pero no conectes nada todavía.

Elena frunció el ceño.

—¿Por qué?

Víctor sostuvo su mirada, serio.

—Porque si están jugando desde dentro, lo primero que harán es escuchar. Y lo segundo, cerrarnos la boca.

Elena lo entendió. Lo odiaba, pero lo entendió.

Se levantó con cautela y caminó hacia la mesa. El café olía a quemado; alguien lo había dejado demasiado tiempo en la cafetera, por nervios o por costumbre. Elena tocó la taza. Estaba tibia. Reciente.

Una puerta se abrió en el salón.

Carlos Montero apareció en el umbral, impecable incluso con la ropa arrugada. El tercer agente. La "ayuda". El "refuerzo". El mismo que la agencia les había asignado justo cuando las sospechas habían empezado a apuntar hacia el círculo interno.

Carlos llevaba el móvil en la mano. Tenía esa expresión que Elena ya conocía: mezcla de diligencia y algo más oscuro, algo parecido a la satisfacción de quien cumple órdenes.

—Ya estás despierta —dijo Carlos. Sonrió. Sonrisa correcta. No cálida.

—¿Qué has dicho en la llamada? —preguntó Elena, sin rodeos.

Carlos alzó las cejas.

—He informado de que seguimos vivos. Y de que el contacto era una trampa. Y de que necesitamos extracción. Lo normal.

—¿A quién? —insistió Elena.

Carlos la miró como si la pregunta fuera innecesaria.

—A Operaciones. Miranda está al tanto. —Pronunció el apellido como quien pronuncia una palabra sagrada—. Quiere hablar con vosotros en cuanto sea posible.

Elena sintió la misma punzada que cuando te cae un vaso de cristal y todavía no ha sonado el golpe contra el suelo.

Miranda.

Su mentor. El hombre que la había fichado, que le había hablado de "propósito" y "deber". El que la había defendido ante los escépticos. El que le había dicho: "Tú no eres una analista, Elena. Tú eres un arma con conciencia."

Ahora, cada recuerdo venía contaminado.

—Bien —dijo Elena, controlando la voz—. Pues hablaremos.

Carlos asintió, satisfecho.

—En treinta minutos tendremos un canal seguro. —Miró a Víctor —. Jefe, necesitan un informe completo.

Víctor lo observó sin parpadear. La tensión entre ambos no era nueva, pero ahora tenía un filo distinto.

—Diles que el informe completo llegará cuando sepamos quién nos vendió —respondió Víctor.

Carlos se tensó.

—No podéis ir por ahí insinuando cosas. Se trabaja con pruebas.

Elena lo miró con una calma casi cruel.

—Entonces vamos a buscar pruebas.

Carlos hizo un gesto pequeño con la mano, como si apartara una mosca.

—Buscadlas. Pero dentro del protocolo. —Miró a Elena—. No te conviene saltarte el procedimiento, Mir.

Elena notó la familiaridad del apellido. Notó el tono. La manera en que Carlos decía "no te conviene" como si él supiera mejor que ella lo que era conveniente.

—Gracias por el consejo —dijo ella, y no sonó como agradecimiento.

Carlos se marchó de vuelta al salón.

Cuando se fue, el piso pareció respirar de nuevo.

Víctor se acercó a la mesa y, con dos dedos, giró la taza de café de Elena para leer una marca en el borde.

—No ha dormido —dijo.

—¿Quién?

—Carlos. —Víctor dejó la taza—. No se sienta si no tiene el control de la habitación.

Elena apretó la mandíbula.

—¿Crees que es él?

Víctor tardó demasiado en responder.

—Creo que está en medio —dijo por fin—. Y los que están en medio suelen sangrar primero.

Elena no se tranquilizó. Se sintió peor.

Se sentó, abrió el portátil. No conectó nada. Solo revisó lo que ya tenían en local: capturas del taller, fotografías de las placas de los vehículos, el mapa de rutas que habían construido desde Estambul y Viena. Berlín era el centro de la telaraña, pero no el final.

—Sofía —murmuró Elena, pensando en la especialista en comunicaciones que siempre aparecía cuando el sistema fallaba.

Víctor ya estaba sacando el teléfono satelital del libro.

—La llamé antes —dijo—. Dijo que podía darnos una ventana. Corta.

Elena levantó la mirada.

—¿Corta cuánto?

—Media hora. Si tenemos suerte.

Elena inspiró, lenta. Media hora era un suspiro cuando lo que necesitaban era derribar un muro.

—¿Y si nos pillan? —preguntó.

Víctor la miró, serio.

—Entonces ya no seremos agentes. Seremos… objetivo.

Elena sintió que algo se apretaba dentro. No miedo, exactamente. Más bien la aceptación de una puerta que se cerraba.

—Haz la llamada —dijo.

Víctor marcó el número de Sofía.

***

Sofía Lagos contestó al segundo tono, como siempre, como si dormir fuera una superstición ajena.

—Si esto es para pedirme otra vez que te revise una contraseña escrita en una servilleta, te juro que me cambio de profesión y me pongo a vender plantas —soltó, con ese sarcasmo que era su forma de decir estoy aquí.

Elena tomó el teléfono sin esperar permiso.

—Necesito una puerta fantasma —dijo.

Al otro lado, silencio.

Cuando Sofía habló de nuevo, ya no había broma.

—Eso no se pide por teléfono —murmuró.

—No tengo otro —respondió Elena—. Nos tendieron una emboscada. Hay firma interna en los paquetes. Ópalo.

Se oyó una exhalación lenta.

—¿Ópalo? —repitió Sofía, y en su voz apareció algo raro: respeto, alarma—. Eso es nivel alto. Eso es… "no existen errores".

—Lo sé.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó Sofía.

Elena miró hacia el pasillo, hacia el salón donde Carlos seguía con sus llamadas. Luego miró a Víctor.

—Miranda quiere hablar con nosotros —dijo Elena.

Silencio.

—Elena —dijo Sofía, muy despacio—. No digas ese nombre en una línea que no has construido tú misma.

Elena se tragó la saliva.

—Necesito pruebas antes de que nos cierren el acceso.

Sofía guardó silencio un segundo más, como si estuviera calibrando el coste.

—Vale —dijo al fin—. Te puedo abrir un puente. Medio sucio, medio limpio. Dura veinte minutos. Después se quema.

—Lo que sea.

—Escucha —Sofía bajó la voz—. No lo hagas desde el equipo oficial. Usa uno muerto. Y no intentes entrar dos veces, o cantas como un gallo en misa.

—Recibido.

—Te mando credenciales por un canal viejo. Papel. —Sofía soltó una risa amarga—. Mira lo que nos obliga a hacer la modernidad: volver al siglo pasado.

—Sofía… gracias.

—No me des las gracias todavía —respondió Sofía—. Dámelas cuando sigas viva.

La línea se cortó.

Elena se quedó con el teléfono en la mano un segundo, respirando. Víctor guardó el satelital.

—Tiene miedo —dijo Elena.

—Sofía siempre tiene miedo —respondió Víctor—. Lo que pasa es que no le deja conducir.

Elena asintió. Luego miró al portátil apagado y a la mochila.

—Necesito un equipo muerto.

Víctor abrió el armario de la entrada, sacó una bolsa de lona vieja y la dejó sobre la mesa. Dentro había un portátil pequeño, sin pegatinas, sin marca visible, con la carcasa rayada.

—¿Eso…? —preguntó Elena.

—Antes de que existieras, ya existían puertas —dijo Víctor—. Y antes de que existieran puertas, existían llaves.

Elena no tuvo tiempo para ironías. Encendió el portátil muerto. Los ventiladores arrancaron con un gemido que sonó como un animal herido.

La pantalla se iluminó.

—Necesito los logs de comunicaciones —murmuró Elena—. Y las autorizaciones de movimiento. Y… cualquier cosa que conecte a alguien de Operaciones con Caronte.

Víctor se tensó al oír el nombre clave del dispositivo ofensivo. Elena lo notó. La palabra todavía le dolía en la boca, como si nombrarla fuera invocar un crimen.

—Caronte está en juego —dijo Elena, mirando a Víctor—. Y el Código Berlín es la llave para usarlo.

Víctor no respondió. Pero su silencio ahora tenía el peso de una culpa que Elena todavía no comprendía del todo.

El móvil de Elena vibró con un mensaje cifrado de Sofía. No era texto: era una fotografía de un papel con números escritos a mano, como si alguien hubiera tomado una nota en una servilleta.

Elena sonrió sin humor.

—Bienvenida a la era del papel —murmuró.

Tecleó las credenciales. Una ruta. Un salto. Una puerta que no debía existir.

Elena sintió un cambio en la latencia, como si de pronto el aire se volviera más denso.

La puerta fantasma se abrió.

***

Los servidores internos de la agencia eran un edificio sin ventanas.

Elena los imaginaba así: pasillos limpios, luces fluorescentes, puertas sin pomo. Cada archivo, un cuarto. Cada permiso, una llave. Cada error, una alarma.

Entró con cuidado.

La estructura de directorios apareció. Carpetas con nombres burocráticos: “Logística”, “Seguridad”, “Protocolos”, “Formación”, “Finanzas”. El mal suele esconderse detrás de palabras aburridas.

Elena buscó por patrón de firma: el sello criptográfico que había visto en el paquete comprometido. Buscó por fecha: la noche de la emboscada. Buscó por coordenadas: el taller. Buscó por palabras que en la agencia no se usaban… salvo en sus sombras: “paralelo”, “puente”, “sombra”.

Los resultados tardaron siete segundos. Demasiado poco.

Apareció una carpeta oculta: OPS_PAR.

Elena se quedó inmóvil. Sintió un escalofrío.

—¿Qué es eso? —preguntó Víctor, inclinándose sobre su hombro.

—Operaciones paralelas —murmuró Elena.

La abrió.

Y el mundo se volvió asquerosamente claro.

Dentro había logs de comunicaciones que no pasaban por el sistema oficial. Ordenes de movimiento firmadas con credenciales altas. Autorizaciones de transferencias a empresas pantalla. Rutas. Códigos. Nombres.

Elena desplazó la pantalla, buscando la firma Ópalo.

La encontró.

Y no era un "quién sea". No era una cuenta genérica. No era un fallo.

Era una cuenta personal.

AUGUSTO MIRANDA — OPS — ÓPALO.

Elena sintió que se le iba el aire.

La habitación no cambió. La lluvia siguió golpeando. Víctor siguió respirando. Pero algo dentro de Elena se quebró con un sonido que solo ella oyó.

—No… —susurró.

Víctor apretó la mandíbula. Su mano se cerró en un puño mínimo.

—Elena…

Elena no lo miró. Se quedó clavada en la pantalla, como si pudiera desmentirla a fuerza de mirarla.

—Mi mentor —dijo, y la palabra "mentor" le supo a veneno.

Víctor no respondió.

Elena siguió bajando, desesperada por encontrar un "pero", un matiz, una explicación que permitiera salvar la imagen de Miranda

como hombre “paterno”.

No lo había.

Encontró una orden fechada en Estambul: reubicación de un activo, nombre clave “YUDIN”, con prioridad “silencio”.

La noche del científico desertor. El asesinato. La pista “Berlín”.

Elena sintió náuseas.

—Lo movió él —dijo.

—O lo aprobó —corrigió Víctor, y esa corrección era peor, porque implicaba intención.

Elena encontró otra orden: transferencia a Halcyon Maritime Logistics. La misma empresa que había aparecido como sombra en Viena. La misma que se cruzaba con el mundo de Weber y el arte lavado de sangre.

—Está financiando la red —murmuró Elena—. Está alimentando el monstruo.

Víctor se inclinó más.

—Busca audio.

Elena lo miró por primera vez.

—¿Audio?

—Alguien que planifica así deja instrucciones. Para gente como Carlos. Para los que necesitan oír la voz del padre para obedecer.

Elena tragó saliva y buscó “control”, “brief”, “orden”, “voz”.

Apareció un archivo: CONTROL_11 — BERLIN — TRAMPA.

Elena sintió un escalofrío. Lo abrió.

La pantalla mostró una forma de onda. Un botón de reproducción.

Elena miró a Víctor.

Víctor asintió, grave.

Elena pulsó play.

La voz llenó la habitación con una calma quirúrgica.

Era Miranda.

"…Confirmad que Salgado y Mir llegan al punto. Quiero que lo vean. Quiero presión, no cadáveres en la primera fase. Si Salgado duda, presionad con el pasado. Si Mir insiste, cortad su acceso. Si se resisten… neutralizad. Ninguna huella. Ninguna."

Elena sintió que el suelo se movía.

"Neutralizad."

No era una palabra abstracta. Era una orden de muerte.

Víctor cerró los ojos un instante. Su rostro parecía más viejo.

Elena apagó el audio con un movimiento brusco, como si fuera fuego.

Se quedó con la mano sobre el trackpad, respirando rápido.

—Esto… esto es —empezó, pero no encontró una palabra que no se quedara corta.

Víctor abrió los ojos.

—Traición —dijo él—. Y no solo a nosotros.

Elena sintió una rabia fría.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Qué gana?

Víctor la miró, y Elena vio algo que le heló la sangre: Víctor ya sabía parte de esa respuesta. O la intuía.

—Poder —dijo Víctor—. Control. Y un "bien mayor" con el que se justifica.

Elena apretó los dientes.

—Siempre hablaba del bien mayor.

—Los peores lo hacen —murmuró Víctor.

Un aviso saltó en la esquina de la pantalla.

ALERTA: ACTIVIDAD ANÓMALA — ACCESO NO AUTORIZADO DETECTADO.

Elena sintió que el corazón se le subía a la garganta.

—Nos han visto —dijo.

Víctor ya estaba de pie.

—Copia todo —ordenó—. Ahora.

Elena abrió un paquete cifrado, empezó a descargar logs, órdenes, el audio. Cada segundo era un disparo de relojería. La puerta fantasma de Sofía se quemaría pronto, pero la alarma significaba algo peor: alguien dentro estaba mirando el rastro.

Elena no pensó. Hizo.

El móvil de Víctor vibró, pero él lo ignoró.

Elena oyó pasos en el pasillo del piso. El salón. Carlos moviéndose.

La puerta del salón se abrió.

Carlos apareció en el umbral, y la mirada se le clavó en la pantalla como una aguja.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, y ya no sonaba amable.

Elena siguió copiando. No levantó la vista.

—Trabajando.

Carlos dio un paso hacia ella. Vio la alerta. Vio el directorio.

Su cara cambió.

No sorpresa. No. Reconocimiento.

—Elena… —dijo, más bajo—. Cierra eso.

—No.

Carlos apretó la mandíbula. Su mano fue hacia su cintura.

Elena levantó la vista al fin.

—¿También tú? —preguntó.

Carlos negó con un gesto rápido, como si la palabra "tú" lo ofendiera.

—No entiendes. Estás metiéndote en un terreno donde no…

—¿Donde no me conviene? —cortó Elena, y su voz se volvió tan fría que a ella misma le sorprendió—. ¿Ese es el guion?

Carlos se tensó. Sacó el arma. No la apuntó directamente, pero la sostuvo visible.

Víctor se colocó un poco a un lado, buscando ángulo, como un animal viejo que conoce el ritual de la pelea.

—Carlos —dijo Víctor, calmado—. Guarda eso.

Carlos no miró a Víctor. Solo miró a Elena, como si ella fuera la variable que había dejado de obedecer.

—Dame la memoria —dijo—. Y te prometo que esto se puede… gestionar.

Elena se echó a reír una sola vez, breve, sin humor.

—¿Gestionar? —repitió—. ¿Como se "gestionó" la emboscada? ¿Como se "gestionó" al desertor en Estambul? ¿Como se "gestiona" a los que estorban?

Carlos tragó saliva. Y por un segundo, Elena vio la grieta: un miedo infantil, una dependencia, la mirada de alguien que ha sido entrenado para creer.

—Miranda… —empezó Carlos, y se detuvo.

Elena sintió que el nombre se colaba en el aire como humo.

—Tu "padre" —dijo Elena—. El mío también, ¿no? El que nos daba palmaditas en la espalda y nos decía que éramos el futuro.

Carlos apretó el arma.

—No le llames así.

Víctor dio un paso.

—Te está usando, chico —dijo Víctor—. Igual que intentó usarme a mí.

Carlos giró la cabeza por fin hacia Víctor.

—Tú no tienes derecho a hablar de usar a nadie —escupió Carlos —. Tú eres el problema desde el principio.

Elena se congeló.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

Víctor no respondió de inmediato. El silencio fue demasiado largo.

Carlos aprovechó.

—Dámelo —repitió, mirando a Elena—. Por favor.

El "por favor" sonó humano. Y eso lo hacía más peligroso.

Elena terminó de copiar el audio. Cerró el paquete. Guardó la memoria en su bolsillo.

—No —dijo.

Carlos alzó el arma un poco más.

—Entonces me obligas.

Víctor se movió en un parpadeo. Golpeó el antebrazo de Carlos con la muñeca, desviando el arma. Un disparo sonó y arrancó yeso de la pared.

Elena se levantó de golpe, cogió su mochila, metió el portátil muerto. Sus manos temblaban, pero su mente estaba en una línea recta: salir.

Carlos forcejeó con Víctor. Víctor lo empujó contra la pared. Carlos lanzó un puñetazo. Víctor lo bloqueó. La pelea no fue elegante. Fue corta, brutal y silenciosa, como todo en su mundo.

—¡Basta! —gritó Elena, sacando un spray de pimienta de un cajón, ni siquiera sabía de dónde había salido.

Carlos se quedó quieto un segundo, respirando rápido. Víctor lo soltó con cuidado, como si fuera un explosivo.

Elena miró a Carlos.

—¿Sabías? —preguntó, y su voz se quebró por primera vez—. ¿Sabías que él…

Carlos no la dejó terminar.

—Sé que está salvando este país —dijo con rabia—. Sé que hace lo que vosotros no tenéis estómago para hacer.

Elena sintió un frío absoluto.

—Está vendiendo un arma.

Carlos negó, casi desesperado.

—Está controlando a quién llega.

—Eso es lo que te ha dicho —respondió Elena—. Y tú te lo has tragado porque es más fácil que aceptar que te está usando.

Carlos apretó los dientes. Sus ojos brillaron. De rabia, de vergüenza, de algo.

Su móvil vibró. Un mensaje.

Carlos lo miró, y su cara se vació.

—Es él —murmuró.

Elena sintió un escalofrío.

—¿Qué te ordena? —preguntó Víctor.

Carlos levantó la vista.

—Que os detenga. —Pausa—. Y si no puedo… —No terminó la frase, pero el silencio la completó por él.

Elena respiró una vez. Dos. Tres.

En ese instante, algo dentro de ella cambió. No fue una explosión. Fue una puerta que se cerraba con suavidad.

—Vámonos —dijo Elena.

Víctor la miró, sorprendido. Elena ya estaba caminando hacia la puerta.

—¿Y Carlos? —preguntó Víctor.

Elena no miró atrás.

—Carlos eligió.

Carlos se quedó quieto. No disparó. No les bloqueó la salida. Tal vez porque aún no podía cruzar esa línea. Tal vez porque, por un segundo, todavía era humano.

Elena no quiso saberlo.

Salieron.

***

La escalera olía a humedad y lejía.

Bajaron rápido, sin correr, con ese control aprendido que decía si corres, eres culpable. La calle estaba mojada. Berlín amanecía con una luz sucia, como si el sol se avergonzara de salir.

Víctor los llevó por rutas secundarias, patios, pasillos entre edificios. Elena respiraba con dificultad. El vendaje tiraba. La cabeza le zumbaba.

A dos calles del piso franco, un coche negro dobló la esquina demasiado lento.

Víctor lo vio. No cambió de expresión.

—Nos buscan —dijo.

Elena apretó la mochila.

—¿Quién?

—Los nuestros —respondió Víctor—. Eso es lo que duele.

Elena notó el sabor metálico de la traición. No era solo Miranda. Era la estructura. El sistema. La institución que ella había idealizado.

Su móvil vibró.

Un mensaje sin número.

SUSPENSIÓN INMEDIATA. ACCESO REVOCADO. NO CONTACTAR.

Elena se quedó helada.

—Ya —murmuró.

Víctor miró el mensaje sin tocar el móvil.

—Han lanzado el protocolo.

Elena tragó saliva.

—¿Qué significa exactamente "suspensión" en este contexto?

Víctor no se molestó en suavizarlo.

—Que eres un riesgo. Y los riesgos se neutralizan.

Elena sintió que el mundo se estrechaba.

Cambiaron de dirección. Se metieron en un portal, subieron una escalera, cruzaron una azotea, bajaron por una escalera de incendios. Berlín era un laberinto construido para la paranoia; en ese momento, Elena lo agradeció.

Llegaron a una calle con cafeterías abriendo, gente con abrigos y mochilas. El mundo normal.

Elena quiso gritarles: ¡Corred! ¡No sabéis lo que hay debajo! Pero la gente normal no corría. La gente normal creía en semáforos y horarios y cafés.

Víctor la empujó suavemente hacia una parada de tranvía.

—Nos mezclamos —dijo.

—¿Y el equipo? —preguntó Elena—. ¿Las pruebas?

Elena tocó su bolsillo. La memoria estaba ahí. Pesaba más que cualquier arma.

—Conmigo.

Víctor la miró.

—No —dijo—. Dámela.

Elena se tensó.

—¿Qué?

—Si te capturan, te la quitarán. —Víctor alargó la mano—. Dámela.

Elena lo miró, y sintió algo que no quería sentir: desconfianza hacia Víctor también. Porque ahora todo estaba contaminado. Porque el audio había dicho "presionad con el pasado", y Carlos había escupido "tú eres el problema desde el principio".

—No —respondió Elena, y le sorprendió su propia firmeza—. Si alguien la lleva, la llevo yo.

Víctor la observó como si estuviera viendo nacer a otra persona.

—Eso te convierte en objetivo principal.

—Ya lo soy —dijo Elena.

Víctor exhaló, y asintió con una gravedad que era, en el fondo, respeto.

Subieron al tranvía.

Elena se sentó junto a una ventana. Vio a través del cristal el reflejo de su propia cara: ojos oscuros, mandíbula apretada, un vendaje blanco que delataba una historia que no podía contar.

Víctor se sentó frente a ella, mirando a la puerta del vagón, como si esperara un ataque a cada parada.

Pasaron dos estaciones.

En la tercera, un hombre con abrigo gris subió y miró alrededor demasiado rápido. Un auricular en la oreja. Un gesto en la muñeca.

Víctor lo vio. Elena lo vio.

No dijeron nada.

Bajaron en la siguiente parada sin mirarse.

Caminaron por una calle lateral. A los veinte segundos, el hombre con abrigo gris también bajó.

Elena sintió el primer golpe de pánico.

—Nos siguen —susurró.

Víctor asintió.

—Sí.

—¿Qué hacemos?

Víctor miró alrededor y señaló una tienda de ropa de segunda mano.

—Entramos.

Entraron. El olor a lana vieja y perfume barato los golpeó. Elena se metió entre percheros. Víctor se movió hacia el fondo. Compró dos gorros, dos chaquetas, sin regatear, como si el dinero fuera papel mojado.

Se cambiaron en un probador estrecho. Elena se recogió el pelo, se puso un gorro que le tapaba la venda. Víctor se puso una sudadera común, sin la elegancia habitual.

—Pareces un profesor de instituto —murmuró Elena, intentando aferrarse a algo que no doliera.

Víctor la miró sin humor.

—Tú pareces alguien que no confía en nadie.

Elena apretó los labios.

—Aprendo rápido.

Salieron por una puerta trasera que daba a un callejón. Caminando. No corriendo.

A dos calles, el hombre con abrigo gris salió de la tienda y miró alrededor, confuso.

Elena soltó el aire.

—Bien.

Víctor no se relajó.

—Es uno —dijo—. No el equipo.

Elena lo miró.

—¿Cuántos crees que hay?

—Los suficientes —respondió.

Elena sintió un escalofrío.

Su móvil vibró de nuevo.

Esta vez era una llamada. Número enmascarado.

Elena dudó.

Víctor negó con un gesto: no.

Elena no contestó. La llamada insistió. Tres tonos. Cuatro. Cinco.

Luego, un mensaje:

DEPARTAMENTO DE OPERACIONES. PRESENTARSE DE INMEDIATO.

Elena sintió ganas de reír. De llorar.

Víctor le tomó el móvil.

—Apágalo —dijo.

Elena lo miró, resistente.

—Sofía—

—Sofía sabe cómo encontrarnos si quiere —respondió Víctor—. Pero si esto está intervenido, es un faro.

Elena apretó los dientes, apagó el móvil.

El silencio digital fue como una amputación.

Caminaron más. Berlín pasaba en un mosaico de paredes grafiteadas, bicicletas, cafeterías, gente normal. Todo tan limpio en la superficie. Tan podrido debajo.

Cuando por fin se metieron en un parking subterráneo, Víctor se detuvo frente a un coche viejo, gris, con polvo en el capó. Abrió el maletero y sacó una bolsa.

Dentro había un mapa de carreteras, dos botellas de agua, una linterna, un segundo teléfono satelital.

Elena lo miró con incredulidad.

—¿Siempre tienes un plan B? —preguntó.

Víctor la miró con la frialdad de la experiencia.

—Siempre tengo un plan Z.

Elena tragó saliva.

—¿Desde cuándo sospechabas de Miranda?

Víctor tardó.

—Desde que te asignó conmigo —admitió por fin.

Elena sintió que la frase le golpeaba en el pecho.

—¿Qué?

Víctor abrió la puerta del coche.

—No aquí.

Elena se acercó, furiosa.

—Víctor, me estás diciendo que… ¿que desde el principio sabías que él…?

Víctor la miró con una intensidad que la obligó a frenar.

—Te estoy diciendo que Miranda nunca hace nada por azar. Y que tú… —Víctor tragó saliva— …tú nunca fuiste una elección inocente.

Elena sintió una punzada en la muñeca, como si la cicatriz respondiera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, con la voz más baja.

Víctor se metió en el coche, arrancó.

—Quiero decir que te lo contaré todo. —Giró hacia la rampa de salida—. Pero no en un parking. No mientras nos buscan. No hasta que tengamos un lugar donde las paredes no tengan orejas.

Elena apretó la mochila contra su pecho.

—¿Dónde?

Víctor miró el retrovisor.

—Ginebra.

Elena sintió el nombre como un anzuelo.

—¿Por qué Ginebra?

Víctor no respondió. Pero Elena vio, otra vez, esa sombra en su cara. Una sombra de pasado. De pecado.

"Presionad con el pasado", había dicho Miranda.

Elena tragó saliva.

—Entonces vamos a Ginebra —dijo, y se odió por lo fácil que sonó aceptar una ruta.

Víctor no sonrió.

—No vamos porque él quiera. Vamos porque allí está el siguiente movimiento.

Elena se quedó mirando la ciudad que se alejaba, y comprendió que su vida acababa de entrar en una fase donde las ciudades no eran lugares. Eran casillas.

Y ella, por primera vez, quería ser la mano que movía.

***

A las pocas horas, en un edificio de oficinas sin ventanas, Carlos Montero esperaba.

Tenía el móvil en la mano y el arma en la otra. No le gustaba esa combinación. Las armas eran simples. Los móviles no.

La puerta se abrió.

Entró Augusto Miranda.

Carlos se puso firme. Un reflejo infantil.

Miranda no necesitaba esa obediencia, pero la disfrutaba. Su presencia llenaba la sala con una autoridad que no era volumen; era certeza.

—Siéntate —dijo Miranda.

Carlos se sentó.

Miranda dejó una carpeta sobre la mesa. Dentro, una foto de Elena, con el pelo recogido, en una conferencia universitaria. Sonreía.

Carlos sintió un pinchazo.

—Han salido de Berlín —dijo Carlos—. Los perdimos en un cambio de ropa, pero…

Miranda levantó una mano, pidiendo silencio.

—No me interesa la anécdota —dijo—. Me interesa la tendencia.

Carlos tragó saliva.

—Van hacia el sur.

Miranda se quitó las gafas, las limpió con un pañuelo. Su gesto era tan tranquilo que Carlos sintió miedo. Miranda solo estaba tranquilo cuando ya había anticipado el final.

—¿Qué tomó Elena? —preguntó Miranda, como si preguntara por un informe de gastos.

Carlos bajó la mirada.

—No lo sé exactamente. Logs. Audio. Algo. Pero…

—Pero no lo recuperaste —cortó Miranda.

Carlos apretó los dientes.

—Me interceptó Salgado.

Miranda lo miró como se mira a un perro que ha roto algo.

—Salgado siempre intercepta cosas —dijo—. Por eso sigue vivo. —Pausa—. Y tú sigues vivo por una razón, Carlos. No me hagas reconsiderarla.

Carlos sintió que la sangre se le helaba.

—Haré lo que sea necesario.

Miranda sonrió apenas.

—Eso me gusta. —Se inclinó hacia él—. Escúchame bien: Elena cree que ha descubierto la traición. Cree que con eso puede romper el juego. —Miranda volvió a ponerse las gafas—. Pero la verdad no es lo que ella cree. Y Salgado lo sabe.

Carlos frunció el ceño.

—¿Qué verdad?

Miranda levantó un dedo, como un maestro a punto de corregir.

—La verdad de que, sin mí, Caronte cae en manos peores. La verdad de que el mundo no se salva con moral. —Pausa—. Y la verdad de que Salgado… es el origen del pecado que ahora pretende denunciar.

Carlos se quedó quieto.

Miranda abrió la carpeta, sacó otra foto: Víctor, más joven, con un uniforme antiguo, mirando a cámara con la misma frialdad.

—No dejes que llegue a Ginebra —dijo Miranda, suave—. Si lo hace, habrá confesiones. Y las confesiones son peligrosas cuando caen en oídos jóvenes.

Carlos tragó saliva.

—¿Quieres que los mate?

Miranda lo miró con paciencia.

—Quiero que los detengas. Y si no puedes… —Se encogió de hombros, apenas— neutralizas.

Carlos sintió náuseas.

—Elena es una agente nuestra.

Miranda sonrió con una ternura falsa.

—Elena es un activo. Como tú. Como yo. Como todos. —Se levantó—. No te confundas, Carlos. Confundirse es el primer paso hacia la deslealtad.

Miranda se marchó.

Carlos se quedó mirando la carpeta.

Y, por primera vez, se preguntó si el padre era un monstruo… o si el monstruo era el sistema que necesitaba padres así.

***

La frontera fue un suspiro disfrazado de trámite.

Víctor eligió rutas que evitaban los controles grandes. Carreteras secundarias. Peajes pequeños. Cambios de vehículo en aparcamientos donde nadie mira.

Elena apenas comió. No por falta de hambre, sino porque su cuerpo había decidido que la comida era un lujo.

Cada vez que cerraba los ojos, oía la voz de Miranda: "neutralizad".

Cada vez que abría los ojos, veía el reflejo de su propia cara en el cristal: una mujer que había creído en un mentor… y que ahora llevaba su traición en el bolsillo.

—Tenemos que sacar esto a la luz —dijo Elena en un tramo de autopista, con la voz seca—. No puede quedarse en una memoria.

Víctor no apartó la vista de la carretera.

—La luz no siempre quema al culpable —dijo—. A veces quema al que la enciende.

Elena apretó los labios.

—Entonces ¿qué? ¿Nos escondemos?

Víctor soltó una risa breve.

—Yo me escondí muchos años. —Pausa—. No funcionó.

Elena lo miró.

—¿Es por eso que querías retirarte? —preguntó—. ¿Para esconderte en paz?

Víctor tardó un segundo.

—Quería dejar de correr —admitió.

Elena tragó saliva.

—¿Y ahora?

Víctor miró el retrovisor.

—Ahora ya no corro por mí.

Elena sintió un golpe en el pecho. No era romanticismo. Era peso. El peso de que alguien viejo decidiera morir por algo joven.

—No me protejas por culpa —dijo Elena, brusca—. Protégeme por estrategia.

Víctor la miró de reojo. Sus ojos verdes eran duros.

—Te protejo por ambas —dijo, honesto.

Elena no supo qué responder. Se quedó mirando la carretera.

Al anochecer, cambiaron de coche en un parking. Víctor le dio a Elena una identificación falsa, una tarjeta con otro nombre.

Elena la miró.

—¿Quién soy? —preguntó.

—Una mujer que viaja a ver a un familiar enfermo —dijo Víctor—. Y que no quiere hablar con nadie.

Elena sonrió con amargura.

—Eso no es tan falso.

Víctor no sonrió.

—Recuerda esto, Elena: en un control, la mentira no se sostiene con detalles. Se sostiene con emoción. —Pausa—. Si te creen cansada, te dejarán pasar. Si te creen nerviosa, te abrirán el maletero.

Elena asintió, memorizando. No por obediencia. Por supervivencia.

Horas después, el móvil satelital vibró.

Víctor lo encendió apenas, escuchó, lo apagó rápido.

—¿Qué? —preguntó Elena.

—Sofía —dijo Víctor—. Dice que han limpiado el rastro. Que tu acceso fantasma fue detectado. Y que… —Víctor dudó— han emitido orden oficial.

Elena sintió el estómago caer.

—¿Orden de captura?

Víctor la miró.

—Orden de neutralización si hay resistencia.

Elena respiró una vez. Dos.

—Entonces ya está —murmuró—. Ya no somos agentes.

Víctor apretó el volante.

—No. —Su voz fue firme—. Ahora somos la prueba de que la agencia puede pudrirse.

Elena miró por la ventana. La noche era negra. La carretera, una línea.

—¿Y Marta? —preguntó—. ¿La directora sabe?

Víctor no respondió de inmediato.

—Marta sabe lo suficiente para tener miedo —dijo al fin—. La pregunta es si ese miedo la hará actuar… o congelarse.

Elena apretó los dedos.

—¿Podemos confiar en ella?

Víctor la miró con tristeza.

—En este trabajo, "confiar" es un verbo que se paga caro.

Elena asintió. Y sintió, otra vez, que su mundo se convertía en casillas. Blancas. Negras. Sin grises.

***

Llegaron a Ginebra antes del amanecer.

La ciudad tenía un orden ofensivo. Calles limpias. Luces suaves. Un silencio que parecía comprado.

Elena bajó del coche y aspiró aire frío. Le olió a agua del lago y a piedra mojada. A dinero.

Víctor la condujo por calles secundarias hasta un edificio discreto. Ni lujoso ni miserable. Invisible.

Sacó una llave de un escondite detrás de un panel de anuncios. Abrió la puerta del portal.

—¿También esto estaba planeado? —preguntó Elena, agotada.

Víctor la miró con cansancio.

—Todo está planeado por alguien —dijo—. La pregunta es si eres tú.

Subieron. El apartamento era pequeño. Mesa, sillas, mapa de Europa en la pared, radio antigua, un juego de ajedrez guardado en un cajón. Minimalismo de guerra.

Elena dejó la mochila en el suelo. Le temblaron las rodillas.

—Bien —dijo, intentando sonar firme—. Aquí estamos.

Víctor cerró la puerta, echó el cerrojo.

—Aquí —dijo— es donde te lo cuento.

Elena lo miró. Tenía la cara endurecida. Los ojos como un hombre que ha visto demasiadas cosas y todavía recuerda algunas.

—Me debes la verdad —dijo Elena.

Víctor asintió.

—Sí.

Elena sacó la memoria del bolsillo, la dejó sobre la mesa. Parecía insignificante. Ridícula. Y, sin embargo, podía destruir a un hombre y quizás a una institución.

—Miranda nos ha declarado objetivos —dijo Elena—. Y tú… tú sabías que él no era limpio.

Víctor se acercó a la mesa. Se quedó mirando la memoria como si fuera un espejo.

—Sabía que Miranda era capaz de cruzar líneas —dijo—. No sabía que ya las había cruzado todas.

Elena apretó los dientes.

—¿Y tu pasado? —preguntó—. ¿Qué es lo que Miranda quiere usar contra ti?

Víctor cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, había algo resuelto.

—El Código Berlín no nació como un robo —dijo Víctor—. Nació como una idea. Y yo… —Tragó saliva— yo estuve allí cuando esa idea se volvió monstruo.

Elena sintió el corazón en la garganta.

—¿Qué hiciste?

Víctor iba a responder.

Pero entonces Elena oyó un zumbido.

Muy leve.

Se giró hacia la ventana. Apartó un milímetro la persiana.

En el reflejo del edificio de enfrente, vio un punto pequeño flotando en el aire. Un dron. Negro. Silencioso.

Elena sintió que el cuerpo se le helaba.

—Víctor —susurró.

Víctor se giró.

Elena no apartó la vista del dron.

—Nos han encontrado.

Víctor no dijo "mierda". No dijo "corre". No dijo nada.

Sacó el arma.

En ese instante, Elena comprendió con una claridad brutal lo que significaba el punto de inflexión:

No era solo descubrir que Miranda era el traidor.

Era aceptar que, al saberlo, ya no había protocolo que la protegiera. Ya no había mentor que la guiara. Ya no había agencia que fuera hogar.

Solo quedaba la verdad, la huida, y una decisión que dolía más que cualquier herida:

Seguir adelante.

El zumbido del dron se acercó un poco.

Y, en la mesa, la memoria brilló bajo la luz como una bala esperando nombre.

CAPÍTULO 12: SIN SALIDA

El reloj seguía corriendo; el plazo se estrechaba aunque nadie lo nombrara en voz alta.

Ginebra no tenía el sonido de una ciudad. Tenía el sonido de un acuerdo.

Las ruedas de las maletas sobre el mármol de la estación de Cornavin parecían más discretas que en cualquier otro sitio del mundo; hasta la prisa se movía con educación. El aire olía a frío limpio, a café caro y a agua del lago, como si el viento hubiese aprendido a no ensuciarse.

Elena Mir caminaba entre la gente con el cuerpo rígido por dentro y suelto por fuera, como le habían enseñado: parecer normal era una forma de defensa. Llevaba el cabello recogido en un moño funcional, abrigo oscuro, mochila sencilla; nada que delatara que dormía a intervalos de veinte minutos desde hacía dos días, ni que el pulso le marcaba un tambor en la garganta.

A su derecha, Víctor Salgado avanzaba con esa calma que solo tienen los hombres que han sobrevivido a demasiadas cosas. No miraba a los ojos; miraba reflejos: vidrios, pantallas apagadas, vitrinas de relojería. En los reflejos, el mundo era más honesto.

—No nos siguen —murmuró Elena, sin girar la cabeza.

—Eso es lo que te quieren hacer creer —respondió Víctor, igual de bajo—. En una ciudad como esta no te siguen… te esperan.

Elena tragó saliva. El eco de esa frase le rozó los nervios, porque no sonaba a teoría. Sonaba a experiencia.

Habían cruzado la frontera de madrugada con documentación falsa que ya no valía nada en la práctica: la Agencia los había declarado renegados, y eso era como un decreto de inexistencia.

Cuando un organismo así te borraba, no solo te perseguía. Te convertía en un problema. Y los problemas se resolvían.

Elena no había aceptado del todo esa idea. No por ingenuidad, sino por orgullo. Ella había crecido creyendo en estructuras: sistemas, protocolos, jerarquías. Que algo tan sólido como la Agencia pudiera girar de golpe y apuntarles con los dientes… todavía le parecía una anomalía.

Pero los ojos de Víctor no discutían con la realidad. La leían.

A la salida de la estación, el cielo era una sábana gris estirada con desgana. Los tranvías pasaban en silencio, como si flotaran. Un grupo de turistas se sacaba fotos con un reloj gigantesco de flores sin saber que en una manzana cualquiera podía estar ocurriendo una tragedia sin disparos.

Víctor se detuvo un segundo para ajustar el cuello de su abrigo.

—Recuerda —dijo—: si algo se siente raro, lo es.

Elena asintió. Y, aun así, el "raro" era ya su estado natural.

En su bolsillo interior llevaba una SIM desechable y una dirección escrita a mano en un papel que había sido doblado tantas veces que parecía una mariposa muerta. Se lo había entregado Marta Gálvez veinticuatro horas antes, sin mirarlos directamente, con una frase que todavía le ardía a Elena como un insulto y una súplica a la vez:

"Si siguen con esto, ya no puedo protegerlos."

Pero Marta había dejado el sobre ahí. Eso significaba que sí podía. Que quería. O que tenía miedo. O las tres cosas.

Elena miró el papel por enésima vez. Barrio de Les Pâquis. Tercer piso. Puerta sin nombre.

—¿Y si es una trampa? —preguntó Elena.

Víctor no contestó de inmediato. Observó a un hombre de traje cruzar la calle, consultando un reloj que seguramente valía más que un piso entero en Barcelona.

—Si es una trampa —dijo al fin—, al menos será una trampa con vistas bonitas.

Elena soltó una risa mínima, seca. Era lo único que su cuerpo sabía ofrecer cuando el miedo intentaba dominarla.

Caminaron hasta Les Pâquis sin prisas visibles. Elena sintió cada paso como un cálculo: no demasiado rápido, no demasiado lento. Las reglas de la invisibilidad eran absurdas; se basaban en el comportamiento, no en la intención. Un tipo con malas intenciones podía pasar desapercibido si caminaba como si fuera al supermercado.

Llegaron a un edificio de fachada gris, sin carácter. Buzones alineados. Un portal con cristal esmerilado. Un olor a detergente barato.

Víctor se inclinó para mirar la cerradura como si fuera un hábito, y Elena entendió que no era la cerradura lo que miraba: era la marca, la huella, la historia alrededor de ese metal.

Subieron por las escaleras en lugar de usar el ascensor. A Elena le temblaban un poco las piernas por el cansancio, pero no dijo nada. En el tercer piso, un pasillo estrecho, puertas idénticas, una alfombra con dibujos pasados de moda. Una planta de plástico en una esquina que intentaba fingir vida.

Víctor levantó la vista.

Elena siguió su mirada y la vio: una cámara pequeña, casi invisible, clavada en el ángulo alto del pasillo. Un LED diminuto parpadeaba, paciente.

—¿La ves? —preguntó Víctor.

—Sí —dijo Elena—. Modelo barato. Alimentación externa. Si…

—No —cortó Víctor.

Elena giró la cabeza hacia él con irritación.

—¿No vamos a inutilizarla? ¿En serio? ¿Quieres que graben nuestras caras?

—Quiero que sepan que sabemos que nos graban —respondió él —. Hay gente que solo se calma cuando cree que controla la escena. Si les quitamos eso, se vuelven creativos.

Elena apretó los labios. Víctor siempre jugaba a otro nivel, y esa diferencia la había fascinado al principio… y la desesperaba ahora. Ella era lógica, matemática. Víctor era intuición armada con experiencia.

Se plantó frente a la puerta marcada con un rasguño casi imperceptible en el marco. Tres golpes. Pausa. Dos golpes.

Silencio.

Elena notó que su mano buscaba la posición ideal para atacar si alguien abría de golpe. Krav Maga: manos arriba, codos cerca, peso centrado.

Un clic.

La puerta se abrió apenas un palmo. Un ojo los inspeccionó con cautela.

—¿Se perdieron? —preguntó una voz femenina.

Elena reconoció el tono antes de ver el rostro.

Sofía Lagos abrió la puerta del todo. Sudadera negra, pelo recogido de forma descuidada, auriculares colgando del cuello. Piercings discretos. Dedo manchado de grasa. En su cara había una mezcla rara de ironía y cansancio: el rostro de alguien joven que ya se ha cansado de que el mundo sea peligroso.

—Entren rápido, por favor —dijo Sofía—, que no me pagan lo suficiente para morir hoy.

Dentro, el apartamento era pequeño y funcional. Cortinas cerradas. Luz de lámpara, amarillenta. Una mesa con un portátil abierto mostrando líneas de código y un mapa con puntos. Un router destripado como un insecto. Un paquete de galletas a medio comer. Cables como enredaderas.

Sofía cerró la puerta con doble vuelta y echó un pestillo que sonó demasiado frágil para el tipo de enemigos que imaginaba Elena.

—Vale —dijo Sofía, expulsando el aire—. Confirmado: están "fuera". Oficialmente. Eso significa que, si alguien los ve, tendrá permiso para disparar primero y preguntar después. Qué bonito, ¿eh?

Elena se acercó al portátil sin quitarse el abrigo.

—¿Qué tienes?

Sofía giró la pantalla. El mapa de Ginebra estaba salpicado de puntos rojos y azules, como una enfermedad vista al microscopio.

—Ojos. Muchos. Y no todos son de la Agencia. —Señaló cerca de Cornavin.— Aquí hay un equipo usando cifrado distinto. No es nuestro. No es europeo, diría yo. No se molestan en ser sutiles con la huella.

Víctor se apoyó en la pared, sin sentarse. Nunca se sentaba del todo en sitios que no controlaba.

—Mercenarios —dijo.

—O suizos con hobby raro —soltó Sofía, encogiéndose de hombros—. Lo importante: hay movimiento de datos. Un paquete gordo saliendo de un servidor en Zúrich hacia un nodo aquí, en un banco privado. Y no me pidan nombre, porque si lo digo en voz alta igual aparece un señor con acento perfecto y me apaga con un dedo.

Elena sintió un golpe en el estómago.

Un banco.

Cajas fuertes.

El tipo de lugar donde el mundo guardaba secretos porque podía pagarlos.

—La venta es hoy —murmuró Elena.

Sofía asintió.

—O, como mínimo, el traslado. El "Código Berlín" no se vende en una esquina. Se deposita, se certifica, se convierte en mercancía de lujo. Luego se subasta.

Víctor entrecerró los ojos. Elena lo vio calcular algo que ella todavía no entendía.

—No es la subasta —dijo él—. Es la sala de espera. El dispositivo está pasando a manos seguras… para el final.

Elena apretó los dedos sobre la correa de su mochila. Tenía la boca seca.

Sofía se movió hacia la cocina.

—Voy a hacer café —anunció—. No porque vaya a servir, sino porque necesito una excusa para sentir que la vida todavía incluye cosas normales.

Se fue. El ruido del agua llenó la habitación, y el silencio entre Elena y Víctor se volvió pesado como una losa.

Elena llevaba dos días evitando una pregunta que le ardía en la lengua desde Viena, desde Estambul, desde Berlín, desde cada vez que Víctor hacía una pausa de medio segundo antes de contestar. Desde la emboscada, cuando él, sangrando y con la voz rota, le había confesado "una parte" de su implicación.

Una parte.

Siempre una parte.

Elena se giró hacia él.

—Quiero la verdad —dijo.

Víctor no se movió. Solo la miró.

—La verdad la estás teniendo —respondió él, calmado—. Estamos siendo perseguidos por nuestra propia…

—No. —Elena dio un paso hacia él, los ojos oscuros clavados.— No quiero el resumen para principiantes. No quiero "lo necesario". Quiero todo. Porque si voy a caer por esto, quiero saber por qué.

Víctor tardó en hablar. Elena vio algo raro en su cara: no resistencia, sino dolor. Como si esa conversación fuese una herida que llevaba tiempo evitando abrir.

—No es buen momento —dijo él al fin.

—No habrá un buen momento —escupió Elena—. Y tú lo sabes.

Víctor cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, sus ojos verdes tenían una grieta.

—Sí —dijo.

Una palabra pequeña que cayó como un disparo silencioso.

Elena se quedó quieta.

—¿Sí… qué?

Víctor respiró lento, como si se preparara para sumergirse en agua helada.

—Que lo sabía. Que desde el principio te he contado lo mínimo. Que el "Código Berlín" no apareció por accidente. —Bajó la mirada a sus propias manos.— Que yo estuve ahí cuando nació.

Elena sintió un zumbido en los oídos.

—¿Lo creaste?

—No solo —respondió Víctor—. Pero sí fui uno de los arquitectos.

La palabra arquitecto le dio asco a Elena. Era demasiado limpia. Demasiado elegante para algo que había destruido vidas.

—Entonces… —Elena buscó aire—. ¿Todo esto… es culpa tuya?

Víctor levantó la vista.

—Parte. La suficiente.

Elena dio un paso atrás como si el suelo hubiera cambiado de textura. Recordó la primera vez que lo vio en la academia, su postura, su voz, la manera en que no necesitaba gritar para que todos obedecieran. Recordó la admiración, la necesidad casi infantil de que ese hombre la aprobara.

Y ahora lo tenía delante, confesando que su misión era un pecado antiguo.

—Explícalo —dijo Elena, y su voz tembló solo un poco—. Y no me lo suavices.

Víctor asintió, como si aceptara un castigo.

—En los ochenta —empezó—, Berlín era una herida abierta. Un mapa con cicatrices. Vivíamos con la idea de que cualquier comunicación podía ser interceptada, manipulada, vendida. Nos obsesionaba el control. La Agencia quería un sistema que no solo protegiera… sino que detectara intrusiones y pudiera devolver el golpe.

—Capacidad ofensiva —dijo Elena, recordando las últimas palabras del científico desertor.

Víctor asintió.

—Eso. Pero lo vendieron como defensa. "Una puerta", decían. "Una puerta que solo nosotros podamos abrir". Y yo… —se rió sin humor— yo era un creyente del orden. Pensaba que si la puerta existía, yo podría decidir cuándo abrirla.

Elena notó que su respiración se volvía corta.

—¿Y quién más estaba ahí?

Víctor tardó medio segundo.

—Augusto Miranda.

El nombre llenó el cuarto como humo.

Elena sintió un escalofrío.

Miranda: el jefe de operaciones. El hombre que sonreía como un padre en reuniones, que hablaba de "familia" y "patria" con la misma facilidad con la que podía destruir a alguien con una firma.

—Miranda era… ¿qué para ti? —preguntó Elena, con algo parecido a repulsión.

Víctor apretó la mandíbula.

—Mi amigo.

La palabra sonó como un cristal rompiéndose.

—Éramos jóvenes. Brillantes. Él tenía ambición… yo tenía principios. Pensé que mis principios serían el freno. —Víctor levantó la vista.— Me equivoqué.

Elena caminó hacia la ventana cerrada sin saber por qué, como si necesitara un borde físico para sostenerse. Sus dedos rozaron la cortina, la tela áspera.

—Entonces todo esto… —murmuró—. El topo. La persecución. La venta… es Miranda tratando de recuperar algo que ayudaste a crear.

—Sí.

Elena cerró los ojos. Una imagen la golpeó: Miranda en un despacho, paternal, diciéndole "Elena, eres un activo valioso". En ese momento había sentido orgullo.

Ahora esa frase se retorcía como una amenaza.

—¿Por qué yo? —preguntó Elena sin girarse—. ¿Por qué meterme en tu redención?

Víctor se acercó un paso. No la tocó.

—Porque eres la mejor criptógrafa que he visto en veinte años. Porque si esto se cierra, necesitaba a alguien capaz de entenderlo… y de sobrevivir. —Pausa. Un silencio con dientes.— Y porque, cuando vi tu expediente, vi tu muñeca.

Elena se giró lentamente.

—¿Qué?

Víctor la miró con una seriedad que le tensó el estómago.

—La quemadura. No es accidental.

Elena instintivamente cubrió su muñeca derecha con la mano, como si pudiera esconderla del mundo.

—No tienes idea de…

—Sí la tengo —cortó Víctor—. Porque esa marca… era un protocolo. Una firma. Se usaba para identificar personas autorizadas en ciertos entornos. Un sello de acceso. No para abrir puertas físicas… sino puertas internas.

Elena sintió que el suelo se inclinaba. Recordó el accidente, años atrás: el taller del vecino, un estallido pequeño, el calor. Recordó a su padre en el hospital, pálido, evitando mirarla a los ojos cuando los médicos salieron. Recordó la sensación de que había algo más, algo que los adultos escondían.

—No… —susurró Elena—. No.

Víctor sostuvo su mirada sin parpadear.

—Miranda no solo reclutaba gente. Construía redes humanas. Programas de talento, becas, presiones, amenazas veladas. Y cuando alguien era demasiado valioso… se aseguraba de que no pudiera irse del todo.

Elena sintió una náusea que le subía a la garganta.

—¿Me estás diciendo que… yo…? —La palabra no salía.

Víctor negó rápido.

—No conscientemente. Tú no elegiste nada de eso. Pero… —tragó saliva— tú fuiste una variable en su tablero.

Elena se apoyó en la mesa con la mano libre. Sus nudillos se pusieron blancos.

—Dímelo claro —exigió, con una furia que le salvaba de derrumbarse—. ¿Miranda me marcó?

Víctor tardó un segundo demasiado largo.

—Sí.

Elena se quedó quieta.

La verdad no la atravesó como un cuchillo. La aplastó como una piedra. Porque no venía sola: venía con todas las pequeñas dudas de su vida, todas las grietas, todos los recuerdos que no encajaban.

Y venía con una segunda verdad más cruel: Víctor lo sabía.

—¿Desde cuándo? —preguntó Elena, la voz baja, casi sin aire.

Víctor la miró con algo parecido a vergüenza.

—Hace años. Cuando empecé a ver patrones. Cuando vi cómo ciertos perfiles llegaban a la Agencia como si el destino los hubiera empujado. —Su mirada se endureció.— Cuando te vi a ti.

Elena sintió el impulso de golpearlo. No por violencia, sino por desesperación. Por el deseo infantil de romper algo para que el dolor cambiara de forma.

—¿Y aún así me entrenaste? —dijo—. ¿Aún así me trajiste aquí?

Víctor no se defendió.

—Porque ya estabas dentro —respondió él—, aunque no lo supieras. Y porque la única forma de salir de una red… es entender sus nudos.

El ruido de la cafetera en la cocina se detuvo.

Sofía apareció en la puerta con una taza en la mano, y el café temblaba un poco.

—Eh… —dijo, incómoda—. No quiero interrumpir la confesión de pecados y trauma, pero… tenemos compañía.

Víctor se giró de inmediato.

—¿Qué?

Sofía dejó la taza en la mesa sin beberla.

—Alguien está escaneando mi red local. Y no son los de siempre. Estos son… internos. Con credenciales. —Señaló la pantalla del portátil, donde líneas de código se encendían como alarmas.— Están cerca. Muy cerca.

Elena sintió el estómago contraerse.

—Carlos —murmuró.

No había dicho ese nombre en voz alta en días. Carlos Varela: el tercer agente asignado para "ayudarles" que había resultado ser una sombra vigilante. Un hombre correcto, educado, con sonrisa de compañero… y ojos que siempre medían.

Víctor ya estaba mirando hacia la puerta, hacia el pasillo, hacia cualquier cosa que pudiera convertirse en salida.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—Dos minutos si vienen rápido. Cinco si quieren hacer teatro.

Elena notó que su cuerpo se preparaba solo. Adrenalina. Enfoque. Ese estado extraño en el que el miedo se volvía combustible.

—Nos vamos —dijo Víctor.

Elena no se movió. Una parte de ella quería quedarse en ese cuarto y seguir arrancando verdades hasta que no quedara nada. Como si saber más pudiera darle control.

—Elena —dijo Víctor, más duro—. No ahora.

Ella respiró, clavó su mirada en él, y decidió que vivir era la prioridad, aunque le repugnara.

Bajaron las escaleras sin correr. Sofía apagó las luces al pasar, por costumbre o superstición. En el segundo piso, una puerta se cerró arriba con un golpe sordo.

Víctor levantó una mano para que se detuvieran. Escuchó.

Pasos. Dos pares, quizá tres. Medidos. No eran vecinos.

—Vienen con equipo —murmuró Víctor—. No viene solo.

Elena sintió una rabia fría. No tanto contra Carlos, sino contra la idea de que un "compañero" pudiera convertirse en cazador con tanta facilidad. El sistema se había dado la vuelta sin pestañear.

Llegaron al sótano. Olor a humedad, metal, bicicletas viejas. Sofía se arrodilló frente a una puerta metálica que parecía solo un trastero más. Sacó una llave de un bolsillo secreto de su mochila.

—No preguntéis —dijo, anticipándose—. Lo de "no preguntes" es mi estilo de vida.

Abrió. Un pasillo estrecho de servicio, lleno de tuberías. Una bombilla parpadeante. Al fondo, una puerta que daba a un callejón.

—Salida —susurró Sofía.

Víctor asomó primero, solo un segundo. Volvió a meterse.

—Hay un coche negro —dijo—. Dos hombres. No son de la Agencia.

Sofía soltó una risa nerviosa.

—Perfecto. Ya no solo nos persiguen los de casa. Ahora también tenemos extras.

Elena miró la puerta, el pasillo, las tuberías. Buscó con la cabeza una alternativa. No la había.

—Si salimos y nos ven, corren —dijo Elena.

—Si nos quedamos, nos encuentran —respondió Víctor.

No había buenas opciones. Solo menos malas.

Víctor abrió la puerta del callejón y salió primero con la postura de quien no teme, porque sabe que el miedo se huele. Elena lo siguió, Sofía detrás.

El callejón era estrecho. Un contenedor, bolsas de basura, paredes húmedas. Los dos hombres junto al coche negro giraron a la vez. Coordinados. Demasiado.

Uno levantó la mano hacia el auricular invisible.

Víctor no corrió. Caminó. Dos pasos normales. Tres.

Luego, giró en la esquina y aceleró.

—¡Ahora! —ordenó.

Corrieron.

Elena sintió el aire frío cortarle la garganta. Sus botas golpeaban el pavimento con un sonido demasiado fuerte. Sofía maldecía entre jadeos. Víctor iba delante, no como guía, sino como imán.

Doblaban calles, se metían entre gente, salían. Ginebra era un tablero limpio donde cualquier mancha resaltaba.

—¡Por aquí! —gritó Sofía, señalando una puerta de servicio medio abierta en un edificio de oficinas.

Entraron. El pasillo interior olía a limpieza y a aire acondicionado. Un pitido suave sonó cuando cruzaron, como si el edificio les reprochara la falta de permiso.

—Genial —murmuró Elena.

—Las alarmas son amigas si sabes usarlas —dijo Sofía, sin perder el ritmo—. Hacen que todo el mundo mire a la alarma, no a nosotros.

Detrás, pasos. Voces en francés. Una orden corta, seca. No parecían guardias normales.

Víctor empujó una puerta de emergencia. Subieron escaleras. Piso tras piso. Elena notó el ácido en los músculos, el pulso golpeándole en las sienes. Sofía respiraba como si estuviera tragándose vidrio.

En el quinto piso, Víctor se detuvo y abrió una puerta a una sala de reuniones vacía. Cristal por todas partes. Una mesa larga, sillas minimalistas, una pantalla enorme apagada. Vista al río Ródano y a la ciudad perfecta.

Un lugar donde nadie debería morir.

—Cierra —dijo Víctor.

Sofía cerró y echó el pestillo. Un gesto simbólico.

Elena se acercó al cristal. Abajo, el coche negro se había detenido. Otros hombres bajaban. En una esquina, un hombre con abrigo oscuro hablaba por teléfono con una calma inquietante.

—Nos han localizado —dijo Elena.

—Nos han acorralado —corrigió Sofía—. Es diferente. Localizar es casual. Acorralar es una decisión.

Víctor miró la sala. Sus ojos absorbían detalles: el panel de control de persianas, la puerta de servicio, el falso techo, la cámara en una esquina.

—Sofía —dijo—, ¿puedes bajar las persianas?

Sofía ya estaba desmontando el panel con un clip.

—Puedo hacer muchas cosas ilegales con un clip —respondió—. Es mi talento oculto.

Las persianas metálicas comenzaron a descender con un zumbido, tapando la vista, cerrando la luz. La sala se oscureció y el mundo se redujo a respiraciones y sombras.

Elena sintió que el destino también bajaba una persiana sobre ellos.

Un golpe fuerte sacudió la puerta.

—¡Police! —gritó una voz en francés.

Sofía soltó una carcajada breve.

—Sí, claro. Policía suiza con botas de mercenario. Muy creíble.

Otro golpe. Esta vez la puerta tembló.

Víctor se acercó a Elena. Su voz bajó, urgente, íntima en medio del caos.

—Hay algo más —dijo.

Elena lo miró. Su rabia seguía ahí, viva, pero ahora estaba envuelta en supervivencia.

—¿Más? —susurró—. ¿Aún queda más?

Víctor metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un objeto metálico pequeño. Lo puso en la palma.

Era una pieza negra, pesada, con forma de torre de ajedrez. Perfecta. Un objeto demasiado simbólico para ser casual.

Elena lo miró, confundida, y luego sintió una intuición desagradable.

—¿Qué es eso?

—Una llave —dijo Víctor—. Mi llave.

Elena notó que el aire se le escapaba.

—¿La has tenido todo este tiempo?

Víctor asintió.

—Miranda puede vender el dispositivo, puede duplicarlo, puede chantajear. Pero el núcleo… el corazón del Código Berlín, la parte que lo hace realmente invencible… necesita una firma física. Una activación que diseñamos para que nadie pudiera robarlo sin el creador.

Elena apretó los dientes.

—Entonces no nos persigue por el dispositivo. Nos persigue por ti.

Víctor sonrió sin humor.

—Por mí… y por la idea de que todavía puedo negarme.

El golpe contra la puerta fue acompañado de un sonido metálico: una herramienta. Quizá una palanca. Quizá algo peor.

Sofía levantó la vista del panel.

—Persianas bajadas. Pero malas noticias: no tenemos salida por el techo. El edificio es moderno, todo sellado. Buen diseño para oficinas. Mal diseño para fugitivos.

Elena miró alrededor. Pensó rápido. La sala era una caja de cristal con una puerta. Una metáfora perfecta de su vida últimamente.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sofía, más seria.

Víctor miró a Elena, y ella vio en sus ojos algo que rara vez estaba: duda. No sobre estrategia. Sobre culpa.

—Hay una persona que puede sacarnos —dijo Víctor—. Pero es… un salto al vacío.

Elena entendió el nombre antes de oírlo.

—Weber.

Sofía abrió los ojos.

—¿El tipo de la subasta? ¿El coleccionista de arte con sonrisa de tiburón?

—Ese —confirmó Víctor.

Elena sintió una punzada de incredulidad.

—¿Por qué nos ayudaría?

Víctor alzó la torre negra en su mano.

—Porque no está detrás del Código Berlín por dinero —dijo—. Está detrás porque lleva años intentando exponer a quien lo creó… a quien lo usa. Porque Weber no es solo un traficante. Es un agente encubierto, enterrado tan profundo que ya ni él sabe dónde termina la máscara.

Sofía parpadeó.

—¿Y tú lo sabes porque…?

—Porque lo recluté yo —dijo Víctor.

La frase cayó como otra bomba.

Elena sintió que su rabia se transformaba en algo más peligroso: una comprensión brutal de que Víctor había estado moviendo piezas desde antes de que ella existiera en el tablero.

La puerta crujió con un golpe más fuerte. La cerradura comenzó a ceder.

Víctor sacó el móvil desechable, marcó un número de memoria. Elena notó que sus dedos no temblaban, pero la tensión estaba en su mandíbula.

Un tono. Dos.

Elena escuchó el sonido como si fuera el último hilo que los sostenía.

—Señor Salgado —respondió una voz masculina al otro lado, suave, con un acento alemán pulido—. Esto sí que es inesperado. Y las sorpresas, ya sabe… rara vez son buenas señales.

Víctor no sonrió.

—Klaus. Necesitamos un trato.

Una risa baja.

—¿Un trato? Qué palabra tan civilizada para dos renegados perseguidos en Suiza.

Víctor habló rápido, directo:

—Nos tienen cercados. Miranda está moviendo el Código Berlín a un banco. Y tú quieres ese dispositivo.

—Yo quiero la verdad —corrigió Weber, la voz afilada—. Y la verdad siempre cuesta.

Víctor miró la torre negra, luego a Elena. Elena sostuvo su mirada sin pestañear. No sabía si odiarlo o usarlo de ancla.

—Te doy el núcleo —dijo Víctor—. Mi llave. A cambio, nos sacas vivos y me llevas a Miranda.

Silencio.

Un silencio largo que parecía contener una sonrisa.

—Vaya —dijo Weber al fin—. Eso suena desesperado.

—Lo es —admitió Víctor—. Porque no hay salida.

La puerta vibró. Se oyó metal contra metal. Un grito corto.

—Muy bien —dijo Weber—. Dime dónde estás. Y, por favor… no muera antes de que llegue. Me arruinaría el día.

Víctor dio la dirección en voz baja. Colgó.

Sofía tragó saliva.

—¿Y si Weber nos vende también?

Víctor guardó el móvil.

—Entonces al menos sabremos que la traición es coherente —respondió.

Elena soltó una risa amarga.

—Qué consuelo.

Víctor se acercó a ella y, por primera vez desde que entraron, bajó la guardia de una forma mínima. No era debilidad. Era humanidad.

—Elena —dijo—. Cuando esto explote, vas a querer odiarme. Y tendrás razones. Pero ahora necesito que hagas lo que mejor haces: pensar bajo fuego.

Elena notó un nudo en la garganta. Odiaba que, incluso ahora, esa frase pudiera tocar algo dentro de ella.

—Dime qué necesitas.

Víctor levantó la torre negra.

—Si caigo —dijo—, no dejes que esto llegue a manos de Miranda.

Elena extendió la mano y tocó el metal. Estaba frío, pesado, definitivo.

—No vas a caer.

Los ojos verdes no prometieron. Solo aceptaron que el mundo no obedecía promesas.

—Si caigo —repitió.

Elena apretó la torre con fuerza.

—Si caes… lo destruiré.

Víctor asintió, como si eso fuera lo único que lo dejaba respirar.

La puerta cedió de golpe.

El sonido fue seco, violento. Como cuando se rompe un hueso.

Una figura apareció en el hueco, arma en mano. No era policía. No tenía el temblor de quien quiere evitar disparar. Era un profesional.

Elena no pensó. Su cuerpo actuó. Dio un paso lateral, tomó una silla y la lanzó contra la figura con un movimiento limpio. La silla golpeó el hombro del hombre, desviando su arma.

Víctor se movió al mismo tiempo, agarrando el brazo armado y girándolo con una precisión que solo se consigue cuando has roto muchos brazos en tu vida. El arma cayó al suelo con un golpe metálico.

Sofía gritó algo —quizá una maldición, quizá una orden— y, sin saber de dónde sacó el valor, se lanzó hacia el pasillo para empujar la puerta de nuevo, intentando bloquear la entrada con el peso de su cuerpo.

Pero no era uno. Eran más.

En el hueco apareció una segunda figura, más grande, y empujó con fuerza. Sofía retrocedió, chocando contra la mesa.

Elena sintió un instante de claridad absoluta: esto era el final de una línea de decisiones. Todo convergía en ese cuarto.

Víctor tomó el arma del suelo y la apuntó sin disparar. Sus ojos no eran de ira. Eran de cálculo.

—¡Atrás! —ordenó en francés.

La figura dudó una fracción de segundo. En esa fracción se jugaban vidas.

Elena aprovechó. Se lanzó hacia el pasillo, golpeó con el codo al segundo hombre en la garganta, lo suficiente para que tosiera y perdiera aire. Krav Maga: rápido, brutal, eficiente. Sin romanticismo.

El primer hombre recuperó el equilibrio y se abalanzó sobre Víctor. Víctor disparó al techo. Un disparo ensordecedor que hizo vibrar el cristal.

—¡La próxima no es de aviso! —gritó.

El eco retumbó en la sala como un animal atrapado.

Los hombres retrocedieron un paso, sorprendidos por el ruido, por la decisión. Elena vio el miedo en sus ojos: no miedo a morir, sino miedo a complicar el trabajo. Los profesionales preferían finales limpios.

En ese instante, del pasillo llegó otra voz. Conocida.

—Basta.

Elena se congeló.

Carlos Varela apareció en la puerta, sin arma visible, manos levantadas en gesto de calma. Llevaba un abrigo oscuro, barba de dos días, ojos cansados. Su expresión era la de alguien que cree de verdad que puede arreglar esto con palabras.

—Víctor —dijo Carlos—. Elena. Esto no tiene por qué terminar así.

Víctor no bajó el arma.

—Siempre termina así —respondió.

Carlos miró a Elena, y Elena sintió una punzada desagradable: la mirada de un hombre que la conoce demasiado.

—Elena, escucha —dijo Carlos—. Miranda no quiere matarte. Te quiere de vuelta. Esto… —señaló la sala destrozada— esto es un malentendido que podemos…

Elena sintió que la rabia volvía como una ola.

—¿De vuelta? —repitió—. ¿De vuelta a qué, Carlos? ¿A ser una variable más en su tablero?

Carlos parpadeó. Por primera vez, su máscara se resquebrajó.

—No sabes lo que dices.

—Sí lo sé —dijo Elena, y levantó su muñeca derecha, mostrando la quemadura—. Dile a Miranda que su marca no me hace suya.

El rostro de Carlos se tensó. No por sorpresa, sino por fastidio. Como si una pieza estuviera saliéndose del plan.

Víctor dio un paso adelante.

—Carlos, apártate —dijo—. No quiero dispararte.

Carlos soltó una sonrisa triste.

—Yo tampoco quería estar aquí, Víctor. Pero tú siempre has tenido esa manía de creer que puedes elegir cuándo termina la historia.

Elena notó que Sofía estaba detrás, temblando, agarrando el portátil como si fuese un bebé.

—Chicos… —susurró Sofía—. Esto se está poniendo muy "último acto".

Carlos dio un paso dentro de la sala. Los hombres armados detrás de él esperaron su señal.

—Entregad la llave —dijo Carlos, sin rodeos, mirando la torre negra en la mano de Elena—. Y os garantizo… os garantizo que viviréis.

Elena apretó la torre. Sintió el metal clavarse en la piel.

—¿Y qué más? —preguntó ella—. ¿Que me devuelvan a una oficina y me digan que todo esto fue por mi bien? ¿Que me enseñen a sonreír mientras me usan?

Carlos la miró con algo parecido a lástima.

—Elena, el mundo no funciona como tú crees. No hay "bien" puro. Hay supervivencia. Miranda te ha dado una vida.

Elena sintió que el corazón le latía en la garganta.

—Miranda me robó una vida —corrigió, y su voz salió más firme de lo que esperaba.

Carlos suspiró, cansado, como si le doliera que ella no entendiera.

—Última oportunidad.

Elena miró a Víctor. Víctor la miró de vuelta. En ese intercambio, Elena entendió algo: Víctor había construido monstruos y ahora

intentaba destruirlos, pero el precio de esa destrucción podía ser ella misma.

En el pasillo, un sonido nuevo: pasos rápidos, distintos. Más ligeros. Más seguros.

Carlos giró la cabeza, desconcertado. Los hombres armados también. El edificio entero parecía contener el aliento.

Entonces, una voz llegó desde el pasillo, elegante y divertida, como si la situación fuese una cena con buen vino.

—¿De verdad vais a dispararos sin mí?

Klaus Weber apareció en la puerta con la calma de alguien que nunca entra en una habitación sin dominarla. Traje impecable, abrigo caro, guantes de cuero. Dos hombres más lo flanqueaban, discretos, pero con la postura de quienes saben matar sin ruido.

Weber miró el caos con una sonrisa casi encantadora.

—Señor Varela —saludó—. Qué sorpresa verlo aquí. Miranda tiene un gusto exquisito para sus mensajeros, pero a veces… —miró a Elena— a veces elige piezas que se creen libres.

Carlos frunció el ceño.

—Esto no te incumbe, Weber.

Weber soltó una risa baja.

—Oh, claro que me incumbe. Todo lo que vale mucho dinero me incumbe, y últimamente… la verdad está carísima.

Los hombres armados de Carlos y los de Weber se miraron, tensos. Dos bandos en un mismo espacio. La sala ya no era una trampa simple: era un cruce de intereses.

Víctor no bajó el arma.

—Klaus —dijo—. Llegas tarde.

Weber lo miró con una amabilidad falsa.

—Llegar tarde es mi forma de asegurarme de que todo el mundo está ya desesperado. Facilita los acuerdos.

Elena sintió que la situación se salía de cualquier plan. Su mente analítica buscó estructura, pero lo único que encontró fue la realidad cruda: estaban rodeados por gente armada con agendas distintas.

Weber miró a Elena y a la torre negra en su mano.

—Ah, ahí está —dijo suavemente—. La pequeña pieza que hace que los hombres poderosos se vuelvan histéricos.

Elena apretó el metal.

—¿Nos vas a ayudar o nos vas a vender? —preguntó, directa.

Weber sonrió, divertido.

—Qué bonita franqueza. Me recuerda a mí cuando aún creía en cosas. —Su mirada se endureció un segundo, casi imperceptible.— Hoy, señorita Mir, voy a hacer algo raro: voy a cumplir mi palabra. No por moral. Por conveniencia.

Carlos dio un paso.

—Weber, no te metas.

Weber alzó una mano, como si apaciguara a un niño.

—Carlos, Carlos… no estás en posición de dar órdenes. —Miró a Víctor.— Señor Salgado, me prometió el núcleo. Y me prometió algo más: llevarme hasta Miranda.

Víctor sostuvo su mirada.

—Cumpliré.

Weber asintió. Luego miró a Carlos con una sonrisa peligrosa.

—Así que, si no le importa… voy a llevarme a mis invitados.

Carlos apretó la mandíbula. Sus hombres se tensaron.

Elena sintió que el momento de crisis no era una explosión. Era un equilibrio. Un hilo. Y cualquiera podía cortarlo.

Weber habló, suave, como quien propone un brindis.

—Podemos hacerlo fácil o podemos hacerlo sangriento. Yo prefiero fácil; la sangre mancha la ropa.

Carlos miró a Elena otra vez. Había algo en su mirada, una advertencia o una súplica.

—Elena… no sabes con quién te estás aliando.

Elena pensó en Miranda. Pensó en la marca. Pensó en las mentiras de Víctor. Pensó en la persecución.

Y, por primera vez en días, sintió algo parecido a una decisión propia.

—Lo sé —dijo—. Me estoy aliando con la única salida que queda.

Carlos tragó saliva. Su gesto se endureció.

—Entonces estás perdida.

Elena sonrió, sin alegría.

—No. —Miró la torre en su mano.— Por primera vez, estoy eligiendo.

Weber dio un paso atrás, haciendo un gesto a sus hombres.

—Señor Salgado, señorita Mir, señorita Lagos… por aquí. No tenemos toda la tarde.

Víctor agarró a Sofía del brazo, suave pero firme, y Elena lo siguió, manteniendo la torre escondida en su puño.

Pasaron junto a Carlos. A un metro. Elena sintió su mirada clavada en su nuca como una mano.

Cuando cruzaron el umbral, Carlos habló, en voz baja, casi sin que nadie más lo oyera.

—Miranda siempre consigue lo que quiere.

Elena no se detuvo. No miró atrás.

Solo apretó la torre negra hasta que le dolió, como si el dolor pudiera recordarle que seguía viva.

Y mientras bajaban las escaleras escoltados por el supuesto antagonista, con el eco de armas y decisiones detrás, Elena entendió la dimensión real de la verdad completa:

No solo estaban huyendo de un hombre.

Estaban huyendo de una vida construida para ellos.

Y en esa huida, sin salida aparente, lo único que les quedaba era avanzar… hacia el corazón de la red.

CAPÍTULO 13: ALIADOS INESPERADOS

Ginebra tenía la cualidad irritante de los lugares caros: la ciudad parecía incapaz de imaginar el desastre. El lago Léman brillaba con una calma ensayada, los tranvías cruzaban la avenida como si el mundo obedeciera horarios, y en los cafés la gente hablaba en voz baja, protegida por la seguridad que solo da el dinero. Elena Mir observó ese decorado desde la ventana del apartamento alquilado con una identidad falsa. Un tercero cualquiera en un edificio de gente que nunca miraba a los vecinos.

Víctor Salgado, detrás de ella, repasaba el interior como si fuera un plano táctico: recorría con la mirada el marco de la puerta, el pasillo estrecho, las sombras donde una cámara podía ocultarse. Tenía la calma de quien ya ha vivido demasiadas crisis como para sobreactuar. Esa calma que a Elena a veces le parecía una virtud y otras, una forma elegante de negación.

—Dime la parte que no me has dicho —soltó Elena, sin girarse.

La frase salió seca. No era una petición, era un corte.

Víctor se detuvo. Un segundo, quizás dos. Lo bastante para que Elena confirmara lo que ya sabía: todavía había capas.

—¿Qué crees que no te he dicho? —preguntó él.

Elena apretó los dedos contra el borde del alféizar, sintiendo el frío de la piedra como un recordatorio. El dolor de la quemadura en su muñeca —la marca del último error— palpitó.

—Miranda no organiza una subasta solo por dinero —dijo ella—. Eso ya lo sabemos. Pero tú… tú hablas como si esto fuese algo más grande. Como si él buscara algo que no se puede comprar. ¿Qué?

Víctor dejó escapar un aire lento por la nariz. Cuando al fin habló, lo hizo sin dramatismo, como si estuviera explicando una ley física.

—Miranda quiere un antes y un después.

Elena giró la cabeza, frunciendo el ceño.

—¿En qué sentido?

—Quiere probar el Código en el mundo real. Un incidente controlado. Una demostración. —Víctor bajó la voz, aunque estaban solos—. Quiere que el mundo vea que se puede leer cualquier comunicación. Que nada está a salvo. Y después… vender la "solución".

A Elena se le heló el estómago.

—¿Solución?

—Control —corrigió Víctor—. Dependencia. Una guerra fría nueva, pero con las reglas escritas por él.

Elena tragó saliva. En su cabeza, las imágenes se ordenaron como piezas de puzle: la subasta, el teatro, los compradores, los intermediarios. Y detrás… el plan real.

—Y cuando eso ocurra —susurró—, culpará a alguien.

Víctor la miró. No hacía falta decirlo.

A Elena se le escapó una risa breve, amarga.

—A nosotros.

Víctor asintió.

Elena se apartó de la ventana y empezó a caminar. Su ansiedad no era gritos ni lágrimas; era movimiento. Línea recta, giro, línea recta. Como si el cuerpo, al moverse, pudiera convencer al cerebro de que aún había salida.

—Entonces no basta con recuperar el dispositivo —dijo—. Ni siquiera con destruirlo. Hay que desmontar su narrativa.

Víctor se sentó en la mesa, apoyando los codos como si el cansancio se le hubiera caído encima de golpe.

—Y para desmontarla, necesitamos entrar donde se construye.

Elena lo miró de frente.

—Weber.

El nombre dejó un rastro de desconfianza en la habitación.

Klaus Weber: coleccionista de arte, traficante, anfitrión de cenas donde la gente compraba rarezas como quien compra indulgencias. Impecable. Peligroso. El tipo de hombre que siempre parecía dos pasos por delante… porque jugaba con reglas distintas.

—Weber nos vendería —dijo Elena— por la diversión de hacerlo.

Víctor negó lentamente.

—Weber vendería a Miranda por algo más caro que el dinero.

Elena se detuvo.

—¿Y tú confías en eso?

Víctor la miró con una sinceridad incómoda.

—No confío en él. Confío en su interés.

Elena sintió un golpe interno. Era la frase más Víctor del mundo: fría, práctica, casi inhumana.

—Yo todavía necesito confiar en personas —dijo ella.

Víctor no discutió. Solo respondió lo inevitable:

—Y eso es lo que Miranda usa contra ti.

Elena tragó saliva. No era un ataque; era una advertencia.

—Bien —dijo al fin—. Entonces lo hacemos. Pero lo hacemos a mi manera también.

Víctor alzó una ceja.

—¿Cuál es tu manera?

Elena sostuvo su mirada.

—Con control. Con ensayo. Con planes alternativos. Y con… una salida para Marta.

Víctor se quedó inmóvil, como si esa última palabra hubiera activado algo más profundo.

—Marta es clave —continuó Elena—. Si Miranda nos culpa, necesitamos una voz interna que tenga credibilidad. Y necesitamos que esa voz siga viva.

Víctor bajó la mirada un instante.

—Lo sé.

Y Elena supo, por primera vez, que Víctor no solo estaba luchando por detener a Miranda. Estaba luchando por no perder lo poco que aún respetaba.

***

La sede central no olía a miedo. Olía a limpieza industrial y café recalentado. Eso era lo peor: la normalidad.

Marta Gálvez caminaba por el pasillo principal con el bastón golpeando el suelo a un ritmo preciso. No lo necesitaba siempre, pero lo usaba. El bastón era un recordatorio físico de dos cosas: que había sobrevivido, y que nadie debía confundir supervivencia con debilidad.

La gente se apartaba con ese respeto que no era cariño, sino una mezcla de temor y admiración. Marta lo aceptaba. En su trabajo, el afecto era un lujo que nublaba decisiones.

En la puerta de su despacho la esperaba un asistente.

—Directora, el subdirector Miranda la espera en la sala dos.

Marta lo miró.

—Dile que entraré cuando termine lo que estoy haciendo.

El asistente tragó saliva y asintió. Se fue rápido, como si el aire se volviera más liviano lejos de ella.

Marta entró en su despacho y cerró la puerta. Se quedó quieta, escuchando. Nada. Ninguna vibración extra, ninguna sombra extraña bajo la puerta. Aun así, no se relajó.

Sacó una carpeta de la caja fuerte y la abrió con un gesto que parecía mecánico. Dentro había informes, notas, memorandos. Y una hoja suelta con una frase escrita a mano:

"Víctor no se equivoca cuando tiembla."

Marta apretó los labios. Hacía años que no veía a Víctor Salgado temblar. Y, sin embargo, sentía el temblor del mundo como una vibración sutil que recorría los cimientos de la agencia.

Guardó la hoja y se dirigió a la sala dos.

La sala dos tenía paredes de cristal esmerilado. Transparencia fingida. Privacidad real.

Miranda estaba de pie junto a la mesa, ajustándose las gafas con un gesto casi paternal. Sonrió al verla entrar.

—Directora —dijo, con voz suave—. Gracias por venir.

Marta no le devolvió la sonrisa.

—No he venido por cortesía —respondió—. He venido porque me han dicho que es urgente.

Miranda extendió las manos en un gesto conciliador.

—Lo es. Tenemos una crisis de reputación interna. Dos agentes fugados. Material sensible comprometido. Y… —hizo una pausa breve— rumores.

Múmores. Marta había aprendido que esa palabra era el perfume con el que se tapaba el humo.

—¿Qué rumores? —preguntó.

Miranda bajó la voz.

—Que usted está… protegiendo a Salgado.

Marta sintió el impulso de reír. No lo hizo.

—Proteger a Salgado sería admitir que él necesita protección —dijo—. Y eso es una falta de respeto.

Miranda sonrió, como si esa frase le encantara.

—Siempre tan… firme. Por eso la admiro.

Marta lo miró fijamente.

—No he venido para escuchar halagos.

Miranda asintió.

—Entonces iré directo: necesito que firme una orden de captura interna. Completa. Sin ambigüedades. Que deje claro que Salgado y Mir son enemigos.

Marta sintió el peso del papel antes de verlo. Miranda lo puso sobre la mesa, como quien ofrece un documento y no una soga.

Marta lo leyó sin prisa. Cada palabra estaba escogida para encerrar.

—Esto no es un protocolo —dijo—. Esto es una ejecución.

Miranda inclinó la cabeza.

—Es una necesidad.

—¿Necesaria para quién? —preguntó Marta, levantando los ojos.

Miranda sostuvo la mirada con calma.

—Para la agencia. Para el país. Para nuestra… estabilidad.

Marta apoyó el bastón en el suelo, firme.

—La estabilidad es la palabra favorita de los que quieren control —dijo.

Miranda sonrió apenas.

—Y la integridad es la palabra favorita de los que no saben negociar con el mundo.

El golpe fue sutil, pero Marta lo sintió como un puñal: Miranda estaba probando hasta dónde podía empujarla.

Marta cerró el documento y lo deslizó hacia él.

—No firmaré esto.

Miranda no perdió la sonrisa, pero algo en su mirada se endureció, como metal bajo terciopelo.

—Directora, con todo respeto… usted no entiende la magnitud de lo que está en juego.

Marta lo miró sin pestañear.

—Yo entiendo muy bien lo que está en juego. Por eso no firmaré tu mentira.

Miranda respiró despacio. Cuando habló, su voz se volvió más íntima.

—Hay presiones externas, Marta. Gente poderosa observando. Si no mostramos firmeza, caeremos todos.

Marta se inclinó hacia él.

—Si caemos todos, será porque alguien nos empujó.

Por primera vez, la sonrisa de Miranda tembló. Solo un instante. Marta lo registró y lo guardó como evidencia: el hombre podía sentir, aunque fingiera que no.

—Entonces… —Miranda se enderezó— tendré que tomar medidas para proteger la institución.

Marta se irguió también.

—Haz lo que tengas que hacer. Yo haré lo que debo.

Salió sin esperar respuesta.

Al volver al despacho, su asistente la esperaba con otra cara.

—Directora… hay una auditoría externa. Urgente. Y… recomiendan traslado temporal por seguridad.

Marta lo miró. Leyó la situación en los ojos del asistente: alguien había activado un protocolo sin preguntar.

Marta sintió el mundo girar un milímetro. No era azar. Era movimiento de tablero.

—¿Quién lo ha pedido? —preguntó.

El asistente dudó.

—Viene firmado… por un subsecretario. Y validado por… —tragó saliva— por Sofía Lagos.

Marta no mostró nada en su cara. Pero por dentro, una pieza encajó.

Sofía no se arriesgaba así sin razón. Y Víctor… Víctor no pedía ayuda sin estar acorralado.

—Bien —dijo Marta—. Preparen el traslado. Y dígale al equipo que nadie comenta nada.

El asistente asintió, aliviado.

Marta se quedó sola y apoyó una mano sobre el bastón.

—Muévanme —susurró al aire—. A ver quién se atreve a seguirme.

***

2) Preparación – Ginebra: ensayo de roles, máscara y fricción

Elena no se permitía improvisar. Lo sabía. Era su manera de no entrar en pánico: convertirlo todo en sistema.

La tarde antes de la cena, transformó el apartamento en un escenario.

En la mesa colocó las identidades falsas: pasaportes, tarjetas, credenciales. En una libreta, escribió los detalles como si fueran datos de un examen: nombres, fechas, supuestas empresas, lugares de residencia, historial inventado pero coherente.

—Repítelo —ordenó a Víctor.

Víctor arqueó una ceja, divertido a su manera.

—¿Ahora eres mi instructora?

—Ahora soy la que va a evitar que te delates —respondió Elena sin humor.

Víctor respiró y aceptó. Elena lo observó con el ojo clínico que había desarrollado en la academia: cómo inclinaba la cabeza al pensar, cómo se tocaba el anillo que ya no llevaba, cómo su voz cambiaba cuando se irritaba.

—Tu nombre —dijo Elena.

—Julián Rivas —respondió Víctor sin titubear.

—¿Empresa?

—Consultoría… de seguridad internacional.

—No. Eso es genérico. Suena falso. —Elena le clavó la mirada—. ¿Qué tipo de consultoría?

Víctor suspiró.

—Ciberseguridad y riesgos… institucionales.

Elena asintió.

—Mejor. Ahora: ¿por qué estás en la cena?

Víctor sonrió apenas.

—Porque Weber me invitó.

Elena golpeó la mesa con el dedo, irritada.

—En la cena nadie dice "porque me invitaron". En la cena la gente dice "porque pertenezco". ¿Por qué perteneces?

Víctor la miró, y Elena sintió ese choque de mundos: él venía de un terreno donde la verdad era un arma; ella venía de un terreno donde el relato era defensa.

Víctor eligió una respuesta:

—Porque he asegurado sistemas para gobiernos. Porque tengo acceso a gente que compra… tranquilidad.

Elena asintió. Volvió a mirar sus notas.

—Bien. Y yo…

Víctor la miró.

—Tú eres mi asistente.

Elena levantó la cabeza.

—No. Yo soy tu analista. Tu enlace. Tu… soporte técnico. Pero en público, mi rol es el que manda sin que parezca que manda.

Víctor la observó un segundo, y por primera vez Elena vio algo parecido a orgullo.

—Has aprendido rápido —dijo él.

Elena sintió una punzada.

—He aprendido porque me obligaron.

Víctor no respondió.

Elena siguió.

—Ahora ensayamos la escena más importante: Carlos.

Víctor se tensó apenas. Elena lo notó.

—Si Carlos aparece, tú no lo miras primero —dijo Elena—. Yo lo hago. Yo lo anulo con cortesía. Tú mantienes distancia, como si él fuera irrelevante.

Víctor la miró.

—¿Y si él se acerca a ti?

Elena apretó los dientes.

—Entonces lo manejo.

—Elena…

—Víctor, no me sobreprotejas —cortó ella—. Tu forma de cuidarme a veces es… otra manera de controlarme.

La frase cayó como un plato roto.

Víctor se quedó inmóvil. Luego, lentamente, asintió.

—Tienes razón.

Elena no se esperaba esa concesión. La desarmó un poco. Tragó saliva y bajó el tono.

—No quiero pelear contigo —dijo—. Quiero que sobrevivamos.

Víctor la miró con una seriedad suave.

—Entonces ensayemos hasta que el miedo no tenga hueco.

Elena soltó un aire y cambió de tema:

—Vestuario.

Víctor parpadeó.

—¿Vestuario?

Elena levantó dos bolsas. Dentro: ropa comprada en efectivo, sin cámaras, en tiendas que no pedían nombre. Un traje gris oscuro para Víctor, perfecto para alguien que quería parecer caro sin parecer ostentoso. Para ella, un vestido negro sencillo, con un corte que no gritaba, pero que imponía. Zapatos cómodos, sin tacón demasiado alto. Control.

—No podemos ir como nosotros —dijo Elena—. Vamos como la gente que compra secretos. Y esa gente… no parece nerviosa nunca.

Víctor miró la ropa y luego a ella.

—¿Estás segura de que sabes parecer eso?

Elena lo miró fijamente.

—Estoy segura de que puedo aprender. En dos días he aprendido a huir, a mentir, a disparar. Parecer rica es lo más fácil de todo.

Víctor soltó una risa mínima, sorprendida.

Elena la sostuvo. Y en ese instante, su dinámica cambió un milímetro: él dejó de verla como "la novata". Ella dejó de verlo como un muro. Ahora eran dos piezas con peso similar.

Pero el peligro no había desaparecido. Solo había encontrado forma.

***

3) POV Weber – Lausana/Ginebra: la máscara y el verdadero precio

Klaus Weber se miró en el espejo del baño de su suite como si evaluara un cuadro.

No porque se quisiera. Porque se analizaba.

La gente creía que Weber era vanidad. No lo era. Era control.

Se ajustó el gemelo del puño con la precisión de un relojero. Observó el reflejo de su anillo de sello familiar, ese símbolo que abría puertas porque evocaba linajes, instituciones, dinero antiguo.

La verdad era más simple: el anillo era un recordatorio de una promesa.

Weber se sirvió un vaso de agua. No alcohol. Esa noche necesitaba la mente fría.

Había invitado a dos fugitivos a su juego. Y, por primera vez en años, sentía algo parecido a incertidumbre.

No por ellos. Por sí mismo.

Elena Mir le intrigaba. No por su belleza —que era discreta—, sino por su transformación. Había visto cientos de jóvenes talentosos quebrarse cuando el mundo los mordía. Elena, en cambio, parecía estar cambiando de piel sin perder la mente.

Víctor Salgado era otra cosa. Víctor era un hombre que cargaba culpa como quien carga un arma: siempre lista, siempre pesada. Weber lo respetaba por eso, aunque lo despreciara por el daño colateral que dejaba.

Miranda… Miranda era el verdadero problema. No solo por el Código, sino porque era el tipo de hombre que creía tener derecho a rediseñar el mundo.

Weber había trabajado con dictadores, con oligarcas, con generales. Todos tenían un patrón: querían controlar un territorio.

Miranda quería controlar el concepto de “secreto”. Eso era más peligroso.

Se acercó al escritorio y abrió una carpeta que no había mostrado a nadie.

Dentro había una foto antigua: un adolescente con traje demasiado grande, mirada dura, al lado de un hombre mayor. Weber cerró los dedos sobre la foto.

—Nunca más —susurró.

El móvil vibró. Un mensaje de un contacto: confirmación de que Marta Gálvez se estaba moviendo. Bien.

Weber sonrió, pero no era satisfacción. Era cálculo.

Marta viva significaba dos cosas: posibilidad de limpieza institucional… y también un riesgo. Marta era incorruptible, y los incorruptibles siempre terminaban creando enemigos.

Pero Weber la quería viva igual. Porque en el fondo, aunque lo negara, había algo que no estaba dispuesto a vender: la idea de que el mundo no debía ser escrito solo por criminales elegantes.

Se levantó y miró la ciudad.

Mañana, la cena.

Una villa cerca de Lausana. Un desfile de rostros que compraban objetos prohibidos con la tranquilidad de quien jamás pisa una comisaría. Weber conocía sus nombres, sus vicios, sus debilidades. Podría destruirlos a todos si quisiera.

Pero ese no era el plan.

El plan era más simple y más difícil: hacer caer a Miranda sin que el sistema lo absorbiera y lo reemplazara por alguien igual.

Weber respiró. Se ajustó la chaqueta.

La máscara volvió a encajar.

Y con ella, el hombre que el mundo conocía: el anfitrión impecable, el coleccionista de rarezas, el traficante que sonreía como si la moral fuera una decoración de salón.

***

4) Marta en tránsito – el roce de la verdad

El coche que trasladaba a Marta no llevaba distintivos. Ventanas tintadas, conductor silencioso. Seguridad discreta.

Marta miró por la ventana sin verla. Su mente estaba en otro sitio: en Miranda, en Víctor, en Elena, en Sofía.

Sabía que Sofía había manipulado algo. No la culpaba. En un incendio, a veces hay que romper las ventanas.

El coche se detuvo en un aparcamiento subterráneo. Un hombre de traje esperó junto a una puerta. No era un agente habitual. Marta lo registró al instante.

—Directora Gálvez —dijo él—. Soy enlace de seguridad externa. Por aquí, por favor.

Marta lo siguió sin mostrar duda. La duda era alimento para el enemigo.

En el pasillo, escuchó pasos detrás. Se giró.

Carlos Montero.

Su sonrisa apareció, pero Marta vio la tensión bajo ella.

—Directora —dijo Carlos—. Solo quería asegurarme de que todo está en orden.

Marta lo miró de arriba abajo. Convencional, atlético, joven con hambre. Un perro educado… hasta que olía sangre.

—¿En orden para quién, Montero? —preguntó Marta.

Carlos parpadeó.

—Para usted. Para la agencia.

Marta dio un paso hacia él. Clavó el bastón con un golpe suave.

—La agencia no es Miranda —dijo—. Y si confundes eso, te convertirás en un problema.

Carlos tragó saliva. Se notó. Marta lo dejó ver que lo notaba.

—Solo cumplo órdenes —murmuró Carlos.

—Eso dicen los cobardes —respondió Marta—. Y también los criminales.

Carlos apretó la mandíbula. Por un instante, Marta vio el orgullo herido.

—Salgado y Mir han traicionado —dijo él, como si recitara.

Marta lo miró fijamente.

—¿Eso lo has verificado tú, o te lo han contado?

Carlos abrió la boca. La cerró. Su silencio fue respuesta.

Marta lo dejó allí, con su duda creciendo.

Cuando el coche arrancó de nuevo, Marta apoyó la cabeza en el respaldo.

No tenía pruebas completas aún, pero su instinto —ese instinto que le había mantenido viva— gritaba una cosa:

Miranda estaba construyendo un enemigo.

Y Elena y Víctor eran el sacrificio perfecto.

***

5) El choque en el parque – Carlos, la advertencia y el borde

Esa misma noche, en Ginebra, Elena y Víctor cruzaron un parque junto al lago. Una ruta que no deberían haber usado, pero que Elena escogió por un motivo: necesitaban saber si estaban siendo cazados o guiados.

Lo vieron.

Un hombre de abrigo gris, cigarrillo en mano, postura casual. Demasiado casual. Como alguien que quería parecer parte del

paisaje.

Carlos.

Elena sintió que el pulso se le subía a la garganta. Lo controló. Enderezó la espalda. Mirada neutra. Ni miedo ni ira. En su cabeza, recordó el ensayo: cortesía como arma.

Víctor no cambió el paso. Solo se acercó un poco a su lado, no para protegerla, sino para estar listo.

Carlos levantó la vista y sonrió.

—Mir —dijo—. Salgado. Os estaba buscando.

Elena levantó una ceja.

—Eso suena a amenaza, Carlos.

Carlos soltó una risa corta.

—No. Es… preocupación. Miranda está preocupado.

Elena sintió el asco subirle, pero mantuvo la máscara.

—¿Miranda? —dijo, suave—. Qué detalle por su parte. ¿Te manda a ti a darme cariño?

Carlos apretó la mandíbula. Elena notó la herida: la envidia que Weber había descrito. La necesidad de aprobación.

—Esto no tiene gracia —dijo él—. Estáis metidos en algo que os va a destruir.

Víctor habló entonces, frío.

—¿Y tú? ¿Tú no estás metido en lo mismo?

Carlos lo miró con resentimiento.

—Yo estoy haciendo lo correcto.

Elena inclinó la cabeza, casi compasiva.

—¿Correcto para quién?

Carlos dio un paso hacia ella. Elena no retrocedió.

—Puedo ayudaros —dijo—. Si volvéis. Si os entregáis. Miranda… puede negociar.

Elena sostuvo su mirada. Y decidió clavar el cuchillo donde dolía.

—¿De verdad crees que Miranda negocia? —susurró—. Miranda usa. Y tú eres su herramienta.

Carlos abrió la boca, enfadado.

—No tienes ni idea.

—Tengo demasiada idea —dijo Elena, más firme—. Y tú también, Carlos. Por eso estás aquí en un parque, solo, sin apoyo visible. Porque tienes dudas.

Carlos se quedó quieto un segundo. Un segundo largo. Elena vio el conflicto: lealtad contra intuición.

Víctor dio un paso, despacio.

—Mañana por la noche —dijo Víctor—. Si de verdad quieres hacer lo correcto… abre los ojos.

Carlos tragó saliva. Miró a Elena, miró a Víctor.

—No hagáis tonterías —dijo, casi como ruego.

Y se fue.

Elena soltó el aire.

—Nos ha reconocido —murmuró.

Víctor asintió.

—Y no nos ha detenido.

Elena lo miró.

—¿Por qué?

Víctor tardó un segundo.

—Porque aún quiere creer que puede salvarte de esto. O salvarse a sí mismo.

Elena sintió un escalofrío.

—Mañana empieza el final.

Víctor la miró.

—Mañana empieza el asalto.

***

6) La última revisión – Weber, el precio y la condición real

La noche antes de la cena, Weber los recibió en el Beau-Rivage, esta vez sin iglesia ni poesía.

Sobre la mesa había planos detallados, fotos de la villa, nombres de invitados.

—Esta es la lista de asistentes confirmados —dijo Weber—. Algunos son intermediarios. Otros, compradores reales. Buscad a los que no hablan: los que mandan suelen hablar poco.

Elena repasó los rostros. Un ministro retirado. Un empresario tecnológico. Un banquero con ojos vacíos. Un asesor de seguridad privado que había aparecido en informes antiguos.

—¿Dónde estará la credencial final? —preguntó Elena.

Weber señaló el nivel subterráneo.

—Después del postre. Los invitados "seleccionados" bajan. Allí, un hombre de Miranda entrega las llaves.

Víctor apretó la mandíbula.

—¿Ese hombre es Carlos?

Weber negó.

—No. Carlos es el filtro emocional. El que presiona, intimida, observa. El que decide quién se rompe. Pero la llave la entregará alguien más fiel.

Elena sintió una punzada.

—Entonces Carlos está ahí para… provocarnos.

Weber la miró con cierta admiración.

—Exacto. Miranda ha convertido a Carlos en su termómetro. Si Carlos reacciona, Miranda sabrá que estáis cerca.

Víctor sostuvo la mirada de Weber.

—¿Y tu condición? Dijiste "Marta fuera del tablero".

Weber asintió.

—Marta ya se está moviendo. Bien. Pero ahora quiero algo más.

Elena se tensó.

—¿Qué?

Weber bajó la voz.

—Quiero un seguro. Si vosotros morís, necesito que la evidencia no muera con vosotros.

Elena lo miró. Esto sí era Weber: pragmatismo puro.

—¿Qué propones? —preguntó ella.

Weber sacó un dispositivo pequeño, como un botón negro.

—Un envío automático. Paquete cifrado. Si no se desactiva cada seis horas, se distribuye a tres periodistas y dos fiscales con jurisdicción internacional.

Elena lo miró con incredulidad.

—¿Tienes fiscales en tu agenda?

Weber sonrió sin humor.

—Tengo gente que se compra… y gente que se teme. Los fiscales también son humanos.

Víctor miró el botón.

—¿Y por qué no lo haces ya?

Weber sostuvo la mirada.

—Porque necesito el momento exacto. Si se filtra demasiado pronto, Miranda se esconde. Si se filtra tarde, el mundo arde.

Elena tomó aire.

—De acuerdo —dijo—. Dame el paquete. Yo lo gestiono.

Weber la observó un segundo.

—No —respondió—. Lo gestiono yo. Pero tú tendrás la palabra clave para desactivarlo. Si yo muero, tú decides cuándo explota la verdad.

Elena sintió el peso del control. No era un regalo, era una carga.

Víctor miró a Weber con dureza.

—Esto te convierte en… imprescindible.

Weber sonrió.

—Siempre lo he sido. La diferencia es que ahora lo admito.

Elena guardó el nombre de la palabra clave que Weber le susurró. Una palabra absurda, elegante, imposible de adivinar.

Y en ese instante, Elena entendió el verdadero alcance de "aliados inesperados":

No era amistad. Era interdependencia forzada. Un pacto de supervivencia donde cada uno sostenía una parte del detonador.

***

De vuelta en el apartamento, Elena preparó todo: documentos, ropa, el mínimo equipaje. En el suelo, colocó dos rutas de escape dibujadas a mano. En la mesa, un tercer plan: "si Carlos se acerca", "si la seguridad bloquea", "si Weber traiciona".

Víctor la observó en silencio.

—¿Qué? —preguntó Elena sin levantar la vista.

Víctor tardó un segundo.

—Te pareces a mí —dijo.

Elena se detuvo, lo miró.

—No.

Víctor sostuvo su mirada.

—Sí. Y eso es bueno… y peligroso.

Elena apretó los labios.

—No quiero convertirme en alguien que solo confía en incentivos.

Víctor se acercó despacio.

—No tienes que hacerlo. Solo tienes que aprender a verlos.

Elena respiró hondo.

—Mañana, en esa mesa, habrá monstruos.

Víctor asintió.

—Y también habrá gente que cree que solo está comprando seguridad.

Elena lo miró.

—¿Y nosotros?

Víctor la miró de vuelta.

—Nosotros vamos a encender la luz.

Elena sintió el miedo como una corriente eléctrica bajo la piel. Pero también sintió algo nuevo: una determinación fría, afilada. No la determinación de un héroe. La determinación de alguien que ha dejado de pedir permiso al mundo.

Se acercó a la ventana una última vez. El lago seguía siendo una mentira perfecta.

Mañana, esa mentira se agrietaría.

Y detrás, aparecería lo que siempre estuvo ahí: el precio real de los secretos.

CAPÍTULO 14: LA SUBASTA

No quedaba margen para errores. Cada minuto que pasaba acercaba el dispositivo al comprador equivocado. La mansión no tenía nombre en el cartel de la carretera. No lo necesitaba.

En la orilla suiza del lago, donde las luces de Ginebra se convertían en un brillo remoto y domesticado, el camino de grava ascendía entre árboles perfectamente podados. Las ramas formaban un arco natural, como si la casa hubiese ordenado al bosque que se inclinara ante ella. El guardia del primer control no llevaba uniforme. Era peor: llevaba un traje oscuro, un pin discreto en la solapa y el tipo de calma que solo se aprende cuando uno ha sido entrenado para matar y, aun así, no se considera violento. Considera que simplemente "resuelve".

Elena Mir apretó los dedos dentro del bolso mientras el coche avanzaba a velocidad de paseo. El cuero, la costura, el pequeño peso oculto del microtransmisor cosido en el forro. Todo era familiar y, al mismo tiempo, demasiado irreal.

En el asiento de al lado, Víctor Salgado observaba el exterior con la serenidad de quien ya ha visto demasiados finales como para asustarse por uno más. No miraba los guardias; miraba los márgenes. Las sombras. Los reflejos en los cristales. La forma en que un hombre se coloca ligeramente de perfil cuando no quiere enseñar la mano dominante. A Elena le habría gustado odiar esa capacidad de leer el peligro como si fuera un idioma materno, pero lo cierto era que, en esa noche, se aferraba a ella.

En los asientos traseros, Klaus Weber parecía estar de camino a una gala, no a una trampa. Llevaba un traje hecho a medida y un anillo de sello familiar que brillaba lo justo para recordar a los demás quién tenía derecho a estar allí y quién solo era un invitado temporal. Su sonrisa no era sonrisa: era un interruptor. Encendido, apagado, modulable.

—La primera puerta siempre es la más fácil —murmuró Klaus en francés, mirando hacia delante—. La segunda es la que te quita la ropa.

Víctor lo miró.

—Y la tercera te quita el nombre.

Elena, sin girar la cabeza, escuchó cómo su propio corazón intentaba imitar el motor. Un ritmo constante, controlado. Un intento de normalidad.

En su garganta, el micrófono vibró con un roce imperceptible. Elena carraspeó, fingiendo nervios de alguien que no está acostumbrada a ese mundo. Era una actuación dentro de otra. La actriz era ella; el escenario, el poder.

—Sofía —susurró por conducción, sin apenas mover los labios.

La respuesta llegó en un hilo.

—Aquí. Te leo. Señal limpia… de momento.

Elena se permitió el mínimo alivio. Sofía Lagos, desde un apartamento seguro en la ciudad, era su ancla. La voz irreverente, el genio técnico, la lealtad que no se compraba con medallas sino con noches compartidas y cafés fríos en salas de servidores.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Elena.

—Como un anuncio de relojes caros. Mucha madera, mucha seguridad y un montón de gente con secretos caros. Te están barriendo en 2.4 y 5 GHz, pero no es un bloqueo total. Es… "señores, por favor, no traigan su mundo de fuera".

—Perfecto —dijo Elena, y sintió que la palabra le salía demasiado firme.

Klaus inclinó apenas la cabeza.

—Lo vas a hacer bien, Fräulein Mir.

Elena odiaba cómo su acento alemán convertía su nombre en algo ajeno. Y, aun así, había una parte de ella que necesitaba esa

confirmación: no por inseguridad, sino porque en un lugar así las certezas eran monedas y ella estaba entrando sin cartera.

El coche se detuvo frente a un círculo de piedra iluminado por faroles bajos. La entrada de la mansión se alzaba con columnas discretas y ventanales que miraban al lago como ojos tranquilos. La fachada no gritaba riqueza; susurraba impunidad.

Un hombre abrió la puerta del coche con guantes blancos. Elena bajó y el aire frío del lago le mordió la piel del cuello. Se obligó a no temblar. La gente rica no tiembla por frío: tiembla por aburrimiento, por escándalo, por falta de control. No por el clima.

Dentro, un vestíbulo amplio olía a cera y a madera pulida. Un reloj sin agujas colgaba en la pared: ónix con incrustaciones. Un punto rojo en el centro palpitaba como un corazón artificial. Elena lo miró y sintió una punzada irracional. Un minuto. Otro. Otro.

—No mires el reloj —susurró Víctor sin mover los labios—. El tiempo aquí es un arma.

—Todo aquí es un arma —respondió Elena, y se sorprendió de su propia lucidez.

En el control de acceso, el mismo ritual: tabletas, escáneres, sonrisas sin ojos. Klaus presentó la invitación negra con relieve plateado. El lector emitió un pitido sordo, elegante. El hombre de guantes levantó la vista.

—Señor Weber. Bienvenido.

Klaus sonrió.

—Como siempre.

La mirada del hombre se posó en Elena un segundo más de lo necesario.

—¿Señora…?

—Mir —dijo Klaus antes que ella—. Mi asesora. No tomo decisiones sin ella.

Elena pensó: ni tú, ni nadie. Y dejó que la sonrisa de "novata en un mundo caro" se asentara en su rostro.

El hombre consultó la tableta. Dudó.

—No aparece…

Víctor dio un paso con la naturalidad de quien no pide permiso, lo concede. Murmuró una frase en alemán, seca, con una cadencia antigua. Elena no captó las palabras exactas, pero reconoció el golpe: no era amenaza, era jerarquía. El guardia se encogió un milímetro.

—Señor Salgado —dijo el hombre, y Elena notó el cambio. Había reconocimiento. Un eco de nombres que sobreviven en carpetas selladas.

Víctor levantó apenas la barbilla.

—Es hoy o no es —dijo, en inglés, aburrido—. Y si no es, el señor Weber se llevará su dinero a otra casa.

El dinero era el único idioma universal. El hombre tragó y asintió.

—Por supuesto. Disculpen.

La puerta interior se abrió con un susurro hidráulico. La música los recibió: cuerdas suaves, piano mínimo, un acompañamiento diseñado para no interrumpir conversaciones de millones. A ambos lados del salón principal, obras contemporáneas colgaban como excusas. Pinturas que valían más que el salario de cien vidas, esculturas que parecían chistes privados.

Elena avanzó, absorbiendo.

Guardias camuflados entre camareros.

Cámaras en los ángulos de los marcos.

Repetidores ocultos en lámparas.

El patrón de un sistema de seguridad construido por alguien que sabía que la mayor amenaza no era un ladrón, sino una agencia.

—Pierre —murmuró Klaus, señalando con la copa de champán que un camarero le ofrecía.

Un hombre mayor, elegante hasta la caricatura, con pañuelo de seda y bastón decorativo, los esperaba cerca de una vitrina. Pierre Dupont. Galerista parisino. Su manicura era perfecta. Sus ojos, en cambio, eran demasiado vivos. Había visto demasiado del submundo del arte para seguir creyendo que el arte era inocente.

—Klaus, mon ami —dijo Pierre, besando el aire junto a la mejilla de Klaus—. Has llegado a tiempo para lo único que importa.

—¿El arte? —preguntó Klaus, fingiendo.

Pierre sonrió, como si la palabra "arte" fuese un juguete roto.

—El acceso, querido. El acceso es la única obra maestra real.

Pierre miró a Elena, evaluándola.

—Y tú debes ser… la nueva.

Elena sostuvo la mirada con calma.

—Soy la que asegura que nadie se equivoca con los ceros.

Pierre rió, complacido, y su risa tenía algo de cuchillo.

—Bien. Porque esta noche los ceros son… muchos.

Mientras Pierre hablaba de compradores potenciales con una discreción casi teatral, Elena escaneó el salón. Rostros anónimos con piel de lujo: empresarios, "filántropos", intermediarios. Gente que no compraba cuadros; compraba una narrativa para sus crímenes.

Y entonces la vio.

Nadia Volkov.

Belleza madura, cabello rubio ceniza con mechones plateados, ojos azul pálido casi transparentes. Su porte aristocrático era tan preciso que parecía entrenado. Llevaba un collar con un relicario pequeño, como si la nostalgia fuese una pieza de armamento.

Nadia no miró a Elena. Miró a Víctor.

El instante entre ellos fue un choque silencioso. Víctor se tensó apenas; Nadia sonrió lo justo para que ese gesto fuera un mensaje: sé que sigues vivo, y eso me enfurece.

Elena sintió un hilo de celos que no venía del amor, sino del peligro. Nadia no era un rival romántico; era una variable. Y las variables, en una operación como esa, matan.

—Sofía —murmuró Elena—, tengo a Volkov aquí.

—¿La ex-KGB? —Sofía silbó—. Eso es como ver un tiburón en una piscina: o alguien lo trajo a propósito o alguien va a sangrar.

—Exacto.

El subastador del salón golpeó una campanilla y el murmullo se replegó como una marea obediente.

—Damas y caballeros —dijo en francés, luego inglés—, gracias por su confianza y su discreción. Esta noche celebramos algo más que belleza. Celebramos… oportunidad.

Elena sintió el peso de la palabra. "Oportunidad" significaba "debilidad ajena".

Los primeros lotes fueron arte real: cuadros, esculturas, una instalación ridícula que consistía en un espacio vacío con una sola luz roja. Elena observó cómo la gente pujaba: no con paletas, sino con gestos, con murmullos, con miradas a asistentes que registraban cifras como si anotaran temperaturas.

Klaus se movía con naturalidad, saludando aquí, cediendo espacio allá, construyendo una coartada viva. Víctor permanecía ligeramente detrás, como guardaespaldas y como sombra. Elena jugaba a ser asesora: asentía, negaba, sonreía a destiempo.

En el fondo de la sala, un hombre con auricular rojo vigilaba. Sus ojos no miraban arte; miraban manos. Su postura era militar. Elena lo señaló con un gesto mínimo.

—Auricular rojo —susurró a Sofía.

—Lo tengo. Seguridad interna, no estándar. Y… hay otra cosa: alguien está haciendo analítica facial a tiempo real. Te están comparando con bases internas, Elena.

Elena tragó.

—¿Pueden reconocerme?

—Si tienen tu cara real, sí. Si tienen tu cara "de agencia" sellada, también. Pero… la buena noticia: tu identidad está "limpia" en la red pública. La mala: aquí no usan red pública.

Víctor, como si leyera su tensión, murmuró:

—Respira. No eres tú. Eres el personaje.

Elena quiso decirle que el problema era precisamente ese: que el personaje podía morir igual que ella.

A mitad del tercer lote, Klaus rozó el brazo de Elena y señaló un pasillo lateral.

—Ya —dijo, una sola palabra.

Elena asintió. Pierre, con su bastón, los condujo como si fuese un anfitrión más.

—La gente cree que la subasta es aquí —susurró Pierre—. Aquí es donde se disfrazan. Abajo… se desnudan.

Víctor miró a Klaus.

—¿Cuántos niveles?

—Los suficientes para que nadie oiga los gritos.

Elena sintió un escalofrío que no era por frío.

Llegaron a una puerta custodiada por un guardia más grande que los demás. Su mandíbula parecía tallada. Su tableta, una extensión de su autoridad.

Klaus mostró una pulsera con chip incrustado. El guardia la escaneó. Pitido. Verde.

Luego miró a Elena.

—Ella no está autorizada.

El silencio se volvió espeso.

Elena dejó que su rostro mostrara una irritación leve, rica. El tipo de irritación que no pide perdón; pide servicio.

Klaus sonrió, paciente.

—Sin ella no compro.

El guardia frunció el ceño.

Víctor dio un paso. No amenazó. No suplicó. Solo existió.

—Si el señor Weber se va —dijo Víctor—, esta casa pierde.

El guardia vaciló. Miró la tableta otra vez, como si la máquina pudiera absolverlo de decidir. Finalmente asintió.

—Solo esta noche.

Klaus inclinó la cabeza.

—Siempre es "solo esta noche".

Bajaron por una escalera de piedra. La temperatura descendió. El olor a cera se fue; llegó el olor a metal, humedad controlada, electricidad. Sensores discretos en las paredes. Cámaras pequeñas con ojos de insecto.

Al final del tramo, una antesala con lockers blindados y un cartel: Dispositivos no autorizados serán confiscados.

Klaus depositó un teléfono. Víctor depositó un móvil señuelo. Elena no depositó nada visible. Su tecnología no estaba en su mano; estaba cosida en su ropa, en su piel casi.

Un hombre distinto los recibió: no el subastador de arriba, sino alguien con ojos duros y voz sin música social.

—Bienvenidos —dijo en inglés—. Aquí no hay martillo. Aquí hay números.

La sala subterránea era más pequeña y más peligrosa. Pocos asistentes. Pero cada uno era una amenaza internacional.

En el centro, una mesa de cristal. Encima, una caja negra.

Elena sintió que el aire se quedaba sin oxígeno.

Klaus se acercó como si aquello fuese un reloj antiguo.

—¿Podemos ver? —preguntó, amable.

El hombre duro asintió. Activó un mecanismo. La caja se abrió.

"El Código Berlín".

Compacto, oscuro, sin marcas. Un objeto que parecía inofensivo, como si quisiera engañar a la vista con su tamaño. Un puerto principal sellado. Dos LEDs apagados. Un artefacto que podía descifrar comunicaciones de la OTAN y hacer algo peor: convertir la información en un arma ofensiva. Elena recordaba las palabras del científico desertor, Alexei Yudin, con su paranoia justificada y sus manos temblorosas: "No es solo escuchar. Es entrar. Es empujar." OBJ

Víctor lo miró como se mira un pecado.

Elena lo miró como se mira una bomba.

Y entonces, en la esquina, apareció el rostro que no debería estar allí.

Carlos Montero.

Aspecto convencional, fácil de olvidar. Sonrisa fácil que rara vez llegaba a los ojos. El tercero asignado para "ayudarles" y, en realidad, espiarlos por lealtad a su mentor. OBJ

Carlos levantó una copa de agua —aquí no había champán— y sonrió como si esto fuese un reencuentro de oficina.

—Elena —dijo—. Sigues haciendo teatro.

Elena sintió que la rabia se le subía como ácido. Pero sonrió.

—Y tú sigues creyendo que eres protagonista.

Carlos se encogió de hombros.

—Yo solo obedezco a quien gana.

Víctor dio un paso. Carlos lo miró con esa mezcla de admiración y resentimiento que Elena ya conocía.

—Víctor —dijo Carlos—. Siempre tan… legendario. ¿No te cansas de cargar con tu historia?

Víctor sostuvo su mirada.

—Me canso de la gente que vende la suya.

El hombre duro levantó una mano.

—Las tensiones personales se quedan fuera. Aquí todos estamos por lo mismo.

El asistente al lado del hombre duro abrió un cuaderno. No era papel. Era una tableta sin conexión exterior.

—Precio base —anunció el hombre duro—: veinte millones.

Elena escuchó el silencio que siguió. No era sorpresa. Era cálculo.

Un comprador murmuró "veinticinco".

Otro dijo "treinta".

Klaus no se movió. Dejó que el mundo se agotara un poco antes de entrar.

—Cincuenta —dijo.

El número cayó como una piedra en un estanque. Las ondas se extendieron: miradas, respiraciones, una tensión inmediata.

Elena sintió el peso de la jugada. Klaus no estaba pujando solo por ganar. Estaba comprando tiempo, comprando acceso, comprando un momento en el que podrían intervenir.

Carlos miró a Klaus con burla.

—No estás comprando eso para ti —dijo—. Estás comprando para… alguien que cree que aún importa.

Elena sintió el filo. Carlos estaba tentando a la sala a hacer preguntas peligrosas.

Klaus sonrió sin mostrar dientes.

—Compro por gusto —dijo—. Y por higiene. Hay cosas que no deberían estar sueltas.

Víctor murmuró, apenas:

—Elena, necesitamos el servidor.

Elena ya lo sabía. La caja era la carne. El servidor era el esqueleto: logs, rutas, compradores, pruebas. Sin eso, robar el dispositivo era solo una anécdota.

—Sofía —susurró Elena—. Necesito un punto físico. ¿Dónde está el nodo?

—Bajo tus pies —respondió Sofía—. Hay un bridge al sótano técnico. Si consigues tocar un marco metálico conectado a tierra cerca del sistema, puedo colarme.

Elena miró alrededor. La mesa de cristal tenía estructura metálica. Sus patas estaban ancladas al suelo. El cableado debía descender.

Elena dejó caer el bolso "por accidente". Se agachó con un gesto torpe y humano. Nadie miró. En un lugar así, los humanos son decorado.

Con dos dedos, sacó un anillo discreto de su bolso. En la parte interna, una microaguja. Elena apoyó la mano en el marco metálico de la mesa, como quien se equilibra, y pinchó.

Un parche de inducción quedó adherido, invisible.

—Listo —susurró.

—Te tengo —dijo Sofía—. Dame treinta segundos.

Elena volvió a incorporarse, sosteniendo la sonrisa. Dentro, el pulso intentaba romperle la garganta.

La puja continuó.

—Sesenta —dijo un hombre.

—Setenta —Klaus, sin parpadear.

—Ochenta.

—Cien —Klaus, y esa cifra no era una apuesta, era una provocación.

El hombre duro miró a los presentes.

—Cien millones. ¿Alguna oferta superior?

Elena sintió que cada palabra era un hilo sobre un abismo.

Sofía habló rápido.

—Estoy dentro. Elena… esto es grande.

—Dime —susurró Elena, sin mover el rostro.

—Hay logs de exportación. Varios. No uno. Varios. Fechas distintas. "Berlin_Clone_2"… "Berlin_Clone_3"… Elena, ¿me estás escuchando? Hay copias.

Elena sintió que el suelo se inclinaba.

—¿Copias? —repitió, y la palabra le salió sin aire.

Víctor la miró, captando el cambio.

—¿Qué?

Elena sostuvo su mirada un segundo y supo que decirlo sería clavárselo en el pecho.

—No es único —murmuró—. Ya lo duplicaron.

Víctor parpadeó, como si el mundo se hubiera saltado un fotograma.

—No…

Elena negó apenas.

—Sí.

La sala siguió, ajena. Los compradores seguían pujando, creyendo que estaban comprando el fin del mundo en singular. Elena quería gritarles que estaban comprando una copia más, una firma más en una lista larga. Pero la desesperación no era estrategia.

El hombre duro frunció el ceño. Un guardia se acercó y le susurró algo al oído.

Elena sintió el instinto de peligro: te han olido.

Sofía habló, tensa.

—Me han detectado. Están viendo actividad anómala. Van a cerrar el bridge.

—Saca todo lo que puedas —susurró Elena—. Ya.

—Si hago el dump, te localizarán.

Elena apretó la mandíbula.

—Hazlo.

El dump comenzó. Elena sintió un calor leve en el metal bajo su mano. Pequeñísimo. Pero en ese mundo, lo pequeño mata.

El hombre duro levantó la vista hacia Elena.

—Señora Mir —dijo—. Muestre sus manos.

El silencio se convirtió en una sentencia.

Carlos sonrió como quien ve caer una ficha de dominó que él empujó.

Víctor dio un paso.

—¿Perdón?

—Protocolo —dijo el hombre duro—. No es personal.

Elena sabía que, si levantaba las manos, el parche podría quedar expuesto. Si se apartaba, Sofía perdería el canal. Si se quedaba quieta, la atraparían igual.

Cuando todo parece perdido, pensó, y la frase no sonó a cliché; sonó a cronómetro.

Elena sonrió.

—Por supuesto —dijo—. Pero antes… permítame una observación.

El hombre duro frunció el ceño, molesto por el atrevimiento.

Elena se acercó a la mesa como si fuera una asesora arrogante.

—Un dispositivo como este —dijo— no se vende sin un boot mínimo. Si el comprador paga cien millones y descubre que la batería interna se degradó en almacenamiento… la reputación de esta casa queda destruida.

Elena notó cómo los ojos del hombre duro cambiaban: la palabra "reputación" era su talón de Aquiles.

—¿Y qué propone? —preguntó.

—Un encendido controlado. Dos segundos. Ustedes mantienen el control. Yo solo verifico respuesta.

Carlos dio un paso.

—No se toca —dijo, seco.

El hombre duro lo miró con irritación.

—Usted no dirige esto.

Carlos sonrió con una calma peligrosa.

—No. Pero sé quién lo dirige.

Klaus inclinó la cabeza, casi divertido, como si presenciara una obra de teatro que ya había leído.

—Mi asesora sabe de tecnología —dijo Klaus—. Y el señor Montero… bueno, el señor Montero sabe de órdenes.

Elena sintió el filo de la frase. Klaus había puesto a Carlos en su lugar sin mencionar su verdadera lealtad.

El hombre duro dudó. Asintió.

—Dos segundos. Nada más.

Un guardia se acercó con guante antiestático. Elena lo detuvo.

—No use eso —dijo, con falsa paciencia—. Genera ruido electromagnético. Si quieren una lectura limpia, déjenme.

El guardia miró al hombre duro. Este asintió, impaciente.

Elena apoyó la mano en el dispositivo con una suavidad casi reverente. Por dentro, estaba a punto de romperse. Por fuera, era exacta.

Recordó una frase de Yudin, en aquel encuentro imposible antes de su asesinato: "La seguridad siempre tiene una puerta trasera. No para ti. Para el creador." [OBJ]

Elena buscó la costura lateral. Presionó con una presión exacta.

Un LED se encendió.

La sala contuvo el aire.

Elena sintió que el tiempo se detenía… y luego se aceleraba.

El LED verde parpadeó una vez. Luego cambió a naranja.

Elena supo, sin saber cómo, que aquello no era normal.

—Es un fail-safe —murmuró.

El hombre duro retrocedió.

—¡Alto!

Carlos sonrió con satisfacción.

—Te lo advertí.

En su oído, Sofía gritó:

—¡Dump completado! ¡Pero vienen, Elena! ¡Te tienen localizada!

Elena sintió que su cuerpo entraba en otra capa: la capa en la que el miedo ya no sirve para sentir, solo para empujar.

El LED naranja parpadeó con patrón. Elena contó mentalmente.

—Quince segundos —dijo, sin darse cuenta de que lo decía en voz alta.

Los compradores se apartaron. No por pánico, sino por indignación: la gente poderosa cree que el peligro es una descortesía.

El hombre duro gritó órdenes. Los guardias levantaron armas, pero dudaban: disparar cerca del dispositivo podía destruirlo.

Víctor se movió primero. No corrió: cortó distancia. Empujó una silla hacia el ángulo de tiro de un guardia y lo desestabilizó. No era violencia vistosa; era geometría aplicada.

Klaus interceptó a otro guardia con un gesto que parecía educado y era una llave que le anuló el brazo. Control obsesivo, perfección. Klaus en su elemento. [OBJ]

Elena agarró el dispositivo y lo separó de la mesa, intuición pura. Si el fail-safe estaba vinculado a la alimentación externa, quizá desconectarlo rompía el ciclo. O quizá lo aceleraba. Era una apuesta.

El LED naranja siguió.

Carlos avanzó hacia Elena con un arma pequeña oculta.

—Dámelo —ordenó—. Es lo único que te salvará.

Elena lo miró como se mira a alguien que se ha vendido demasiado pronto.

—No entiendes nada.

Carlos apretó los dientes.

—Yo entiendo quién vive y quién muere.

Víctor se interpuso.

—Tócala y te rompo la mano.

Carlos sonrió, venenoso.

—Y yo te rompo el mito.

La puerta al fondo se abrió y, como si hubiese salido de una sombra, Nadia Volkov apareció con una pistola en la espalda de Carlos.

—Quieto, мальчик —susurró—. Hoy no.

Carlos se congeló. Por primera vez, su sonrisa no apareció.

Elena, con el dispositivo en manos, escuchó el patrón del LED como si fuera un idioma. Quince segundos. Doce. Once.

Necesitaba un override.

Sacó del bolso un "spudger" de polímero que parecía una herramienta de maquillaje. Lo insertó en la costura del dispositivo. Hizo palanca con una delicadeza desesperada. La carcasa cedió un milímetro.

Los guardias se acercaron.

—¡Recuperen la unidad! —gritó el hombre duro.

Víctor bloqueó a uno con un golpe seco de antebrazo. Klaus derribó a otro como si lo invitara a bailar.

Elena abrió lo justo para ver la placa interna: un conector, un microinterruptor minúsculo.

El LED naranja parpadeó más rápido. Ocho. Siete.

Elena empujó el microinterruptor con la uña.

Nada.

Volvió a empujar, más fuerte, con rabia contenida.

El LED se quedó fijo. Naranja sólido.

Cinco.

Cuatro.

Elena sintió que el aire se le iba. Si explotaba —si se autodestruía — no solo perderían el dispositivo: perderían el único objeto físico que podían usar como llave narrativa. Y, aunque había copias, este original era símbolo, evidencia, palanca.

Elena empujó el interruptor una tercera vez, con el peso de todo su miedo y toda su disciplina.

El LED naranja se apagó.

Un segundo de silencio absoluto.

Luego, un LED verde se encendió, suave, como un suspiro.

Elena se quedó inmóvil, incapaz de creerlo. La vida a veces volvía por un cable.

—Cancelado… —murmuró.

Víctor la miró como si en ese instante Elena hubiera cruzado una frontera invisible: de analista a agente. De alumna a igual.

Nadia empujó a Carlos contra la pared y le arrebató el arma con una facilidad humillante.

—Tu mentor te prometió un mundo —dijo Nadia—. Te dio una correa.

Carlos intentó girarse, pero Nadia lo golpeó con la culata en la sien. Carlos cayó de rodillas, aturdido. Su ambición, por un momento, parecía un niño castigado.

—Nos vamos —dijo Klaus, y su voz ya no era de coleccionista; era de operativo.

Elena guardó el dispositivo en el bolso como si fuera un bebé y una granada a la vez.

Corrieron por un pasillo de servicio. Luces frías. Paredes de hormigón. Alarmas amortiguadas, un zumbido bajo que se metía en los huesos.

—Salida norte bloqueada —advirtió Sofía, leyendo cámaras desde lejos—. Te empujan hacia el muelle.

—Que lo intenten —dijo Klaus.

Elena respiraba rápido. Cada inhalación era un ladrillo. Cada exhalación, un intento de no gritar.

En una bifurcación, Víctor agarró a Elena del brazo.

—Mírame.

Elena lo miró. Sus ojos verdes no tenían pánico, tenían determinación y una culpa antigua.

—Dime lo de las copias —pidió Víctor—. Todo.

Elena tragó.

—Sofía sacó logs. Hay "clones". Al menos dos, tres. Y hay exportaciones a varios destinos.

Víctor cerró los ojos un instante, como si alguien lo hubiera golpeado desde dentro.

—Entonces… esto era una ilusión.

—No —dijo Elena, y se sorprendió de su propia claridad—. Esto era una confirmación. La red es real. Ya no perseguimos una caja. Perseguimos un sistema.

Klaus escuchó sin perder el paso.

—Por fin lo entiendes —dijo—. Miranda no quería vender un objeto. Quería vender un mundo.

Elena sintió el nombre como una sombra que se alargaba. Augusto Miranda: el jefe de operaciones, manipulador metódico, apariencia paternal, obsesión por el control. [OBJ] El villano que no se ensuciaba las manos: ensuciaba las decisiones de otros.

Llegaron a una escotilla. Klaus sacó un chip y lo colocó en el lector. La puerta se abrió.

El aire del lago entró de golpe. Frío. Húmedo. Vivo.

Un muelle subterráneo los esperaba, escondido bajo la elegancia de la mansión. Un bote pequeño, motor silencioso, luces apagadas. Un hombre con gorra asintió sin preguntas.

—Suban —ordenó Klaus.

Elena subió primero. Víctor detrás. Nadia, cubriendo la retaguardia con una calma que daba miedo.

Detrás, pasos. Linternas. Voces.

—¡Alto!

Víctor giró y disparó una vez, no a un cuerpo, sino a una lámpara. Oscuridad. Gritos.

El motor susurró. El bote se deslizó sobre el agua negra.

La mansión quedó atrás como un monstruo iluminado. Arriba, la música seguía, amortiguada, como si el mundo insistiera en fingir que nada había pasado. Elena vio, a través de un ventanal alto, sombras moviéndose. Gente que seguía bebiendo. Gente que quizá ni siquiera sabía que, bajo sus pies, alguien había corrido por su vida.

Elena se sentó en el bote, temblando. No era frío. Era comprensión.

Sofía habló, con voz ronca de adrenalina.

—Elena… tengo los nombres. Tengo rutas. Tengo cuatro destinos confirmados. Uno en un consorcio alemán, otro en un nodo ruso, otro a través de un intermediario en Oriente Medio y otro… Elena, el cuarto huele a casa. Huele a agencia.

Elena apretó el bolso contra su pecho.

—Entonces… —susurró—. Entonces Miranda no solo traicionó. Construyó un mercado.

Víctor apoyó la mano en el borde del bote, mirando el agua.

—Yo construí el arma —dijo, apenas—. Y él construyó el comprador.

Elena lo miró y, por primera vez, no vio al hombre legendario. Vio a un hombre cansado.

—No te vas a hundir ahora —dijo Elena—. No después de todo.

Víctor levantó la vista. Sus ojos tenían una chispa mínima.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Vas a hundirte?

Elena negó. No con valentía, sino con decisión.

—No. Hoy aprendí algo.

Klaus miraba al horizonte, donde la ciudad era un reflejo remoto.

—¿Qué? —preguntó, sin girarse.

Elena apretó los dedos.

—Que cuando todo parece perdido… es cuando la gente muestra su verdadera cara. Y hoy he visto demasiadas.

Nadia encendió un cigarrillo. La brasa fue una estrella mínima en el viento.

—Entonces ya sabes qué hacer —dijo Nadia—. Las caras no se olvidan. Se cobran.

Elena cerró los ojos un segundo. Vio el reloj sin agujas del vestíbulo. El punto rojo latiendo. El tiempo como arma.

Luego abrió los ojos y miró el lago, negro, infinito.

—Sofía —dijo—. Guarda esos archivos. Haz copias. Si algo te pasa, quiero que aparezcan en todas partes.

—Ya lo estoy haciendo —respondió Sofía—. Y… Elena, buen trabajo.

Elena sintió un nudo en la garganta. No era orgullo. Era la extraña calma que llega después de sobrevivir por centímetros.

Víctor se inclinó hacia ella, lo justo para que solo ella lo oyera.

—Hoy no estabas jugando a ser agente —dijo—. Hoy lo fuiste.

Elena quería responder con sarcasmo, con frialdad, con cualquier cosa que evitara el temblor. Pero lo único que pudo decir fue:

—Aún no hemos ganado.

Víctor la miró.

—No. Pero ya no estamos ciegos.

El bote se alejó. Detrás, la mansión seguía brillando, como un faro para monstruos. Delante, la noche se abría como un mapa sin dibujar.

Elena apoyó la mano sobre el bolso, sintiendo el contorno del dispositivo. “El Código Berlín”. Una caja pequeña con demasiadas consecuencias.

Ya había copias. La revelación era un golpe.

Pero también era una llave.

Porque si había copias, había manos. Si había manos, había nombres. Y si había nombres… había una red que podía romperse.

Elena miró el agua oscura y, en su mente, sin querer, apareció un tablero de ajedrez. Piezas moviéndose en silencio. Un rey que creía estar seguro porque nunca tocaba el centro.

—El juego no ha terminado —susurró Elena.

Nadia exhaló humo.

—No —dijo—. Solo se ha puesto interesante.

Y, muy lejos, como un eco de las luces de la mansión, Elena imaginó a Augusto Miranda sonriendo en algún despacho, convencido de que su plan era inevitable.

Elena apretó el bolso.

Inevitable no era lo mismo que invencible.

CAPÍTULO 15: DESENMASCARAMIENTO

Todo se reducía a horas, no a días. La cuenta atrás estaba escrita en cada decisión. El silencio después de una subasta no era silencio: era un tipo de ruido que solo se escuchaba cuando el dinero ya había hablado. Una vibración microscópica que se quedaba en las paredes, en los cristales, en las pupilas de quienes habían presenciado el intercambio de algo que no debía existir.

Ginebra dormía con la boca cerrada, como si la ciudad entera estuviera practicando una discreción aprendida. La nieve no caía, pero el aire tenía ese filo húmedo que recuerda al metal antes de cortarte. Elena Mir lo sintió al abrir la ventana apenas un dedo: una bofetada elegante.

El cuarto donde estaban no era un cuarto. Era un cubo prestado en el sótano del hotel, un espacio para lo que el mundo prefería esconder: detergentes, cubos de fregona, bolsas negras, una lavadora industrial que respiraba con espasmos regulares y una bombilla fría que parpadeaba como un ojo nervioso.

Elena había elegido ese lugar porque era feo. Porque nadie vigila lo feo.

Víctor Salgado se apoyaba en la pared, inmóvil, como si su cuerpo hubiera decidido ahorrar energía para lo que venía. Tenía esa quietud de los viejos predadores: no la de la derrota, sino la del cálculo. En la luz enferma del fluorescente, las canas en su barba parecían ceniza reciente.

Elena abrió el portátil y conectó el receptor —una pieza de hardware sin marca, sin orgullo, montada por Sofía Lagos con la misma irreverencia con la que otros montan una estantería. En la pantalla apareció el mapa con los puntos parpadeantes.

Tres.

Elena sintió un latido en la garganta.

—No puede ser —susurró, y odiaba cómo esa frase sonaba igual que una oración.

Víctor dio un paso, lento. Se inclinó apenas, lo justo para ver sin invadir.

—Dímelo con números —dijo—. Sin fe. Sin miedo.

Elena tragó saliva. El olor a detergente la mareaba.

—Tres señales con firma idéntica. Tres handshakes. Tres… copias. —La palabra le raspó el paladar—. La subasta fue… un escenario. La carcasa que vimos, el teatro, el gesto. Lo que se vendía de verdad era la llave: una firma criptográfica. Y esa firma ya está replicada.

Víctor no preguntó por quién.

La pregunta llevaba semanas caminándoles al lado, esperando el momento de mirarlos a la cara.

Augusto Miranda.

El jefe de operaciones. El hombre con voz de padre y manos de prestidigitador: capaz de acariciar una cabeza y, al mismo tiempo, mover un cuchillo debajo de la mesa. El manipulador que proyectaba ternura como un uniforme. [OBJ]

Elena vio el nombre en su mente como si estuviera escrito con tiza sobre asfalto.

—Suiza —dijo ella, señalando el primer punto—. Cerca del lago. Nodo de tránsito, seguramente un "buffer" alquilado en un centro de datos.

—España —su dedo se movió al segundo punto, y ahí le tembló —. Ese está dentro de… dentro de la red de la agencia.

—Y Alemania… —el tercer punto parpadeaba con obstinación—. Berlín. O cerca. Es como si… quisiera cerrar el círculo.

Víctor dejó salir una exhalación que no fue suspiro ni risa, sino algo intermedio, algo que olía a hierro.

—En casa —murmuró—. Y en el origen.

La lavadora chirrió como si se burlara.

Durante un instante, Elena observó la nuca de Víctor y pensó en lo extraño que era que un hombre tan grande pudiera parecer tan solo. Le recordó a una estatua mal puesta en una habitación demasiado pequeña: digna, incómoda, fuera de lugar.

—Si Miranda lo tiene ahí dentro… —empezó ella.

—No "si" —cortó Víctor—. "Lo tiene".

Elena apartó la vista de la pantalla. Se frotó los dedos, manía que arrastraba desde la academia: como si pudiera borrar con piel el rastro de las decisiones.

En ese momento, la puerta del cuarto de servicio se abrió sin aviso.

Klaus Weber entró como entra quien ya conoce la escena y no siente necesidad de pedir permiso al guion.

Impecable. Abrigo bien cortado. Postura perfecta. Sonrisa atrapada entre el encanto social y la frialdad emocional. El tipo de hombre cuya elegancia era casi una amenaza. OBJ

Pero no venía ileso. Elena lo notó en la mirada: un brillo apremiante, un pulso acelerado escondido bajo la educación.

—Tenemos poco tiempo —dijo, en un español pulido por años de fingir pertenecer a todos los lugares y a ninguno—. Ya saben que escaparon.

Elena cerró el portátil por instinto, como si la pantalla fuera una herida.

—¿Quiénes? —preguntó.

Weber miró a Víctor primero. El respeto entre ambos era raro: una especie de reflejo, como si se reconocieran en espejos deformados. Dos caras de la misma moneda: oficial y clandestino, lealtad y pragmatismo. OBJ

—Miranda no trabaja solo. Nunca lo hizo. Su red está activa. —Weber dejó una carpeta fina sobre una mesa metálica—. Y hay una orden interna. Oficial. Ustedes… son el problema.

La palabra "problema" tuvo un peso específico. Elena imaginó su foto circulando en un correo, con etiquetas: renegados, amenaza, neutralizar.

Víctor ni siquiera parpadeó.

—¿Qué propones?

Weber abrió la carpeta como quien abre un libro de contabilidad del infierno.

—Esto es el esqueleto de su operación privada: empresas pantalla, rutas de dinero, nombres que no existen y otros que existen demasiado. Pruebas suficientes para hundirlo… si llegan a manos correctas. Pero no bastará si el Código sigue vivo. —Sus ojos se clavaron en Elena—. Porque con eso, Miranda no solo anticipa. Reescribe. Borra. Convierte cualquier verdad en un rumor.

Elena sintió que algo dentro se le encogía.

La agencia, su idea de hogar, su promesa de orden, se convertía en una boca que podía tragarse el mundo.

Víctor hojeó en silencio. Sus ojos se movían rápidos, sin emoción aparente. Elena lo conocía ya lo suficiente para detectar la emoción en lo que no se movía: la mandíbula fijada, el pulso quieto, la mano que apretaba el papel un milímetro más de lo necesario.

Cuando alzó la vista, Elena supo que ya había elegido.

—Hay que cortar las tres cabezas a la vez.

Elena respiró hondo. Era el tipo de frase que, en boca de otro, sonaría grandilocuente. En boca de Víctor sonaba a logística.

—El nodo suizo es la bisagra —continuó—. Si lo apagamos, las copias tendrán que hablar entre sí para sincronizarse. Eso las delata.

Se giró a Weber:

—Tú puedes encargarte de Suiza con tus… contactos.

Weber dibujó una sonrisa mínima. No vanidad. Confirmación.

—Puedo. Y lo haré.

Víctor siguió, como clavando fichas en un tablero invisible.

—Alemania… ahí entra Nadia.

Elena notó un pinchazo extraño, irracional, y odió sentirlo. Nadia Volkov no era solo una exagente del KGB: era un capítulo vivo del pasado de Víctor. Una mujer pragmática, leal a personas, no a instituciones. Su humor ácido era una forma de ternura.

Elena, sin querer, imaginó una escena que no había visto: Víctor joven, Nadia joven, Berlín dividido, promesas hechas a oscuras. Y sintió, contra su voluntad, algo parecido a celos, que inmediatamente transformó en vergüenza.

—Y España es el corazón —dijo Víctor—. Si está dentro de la agencia, no basta con denunciarlo. Hay que destruir la copia. Y sacar la prueba que lo vincule directamente.

Elena tragó. Volver a Madrid era volver a un lugar que ahora olía a traición. Era entrar en una casa que te ha echado y aun así reconocer la distribución de los muebles.

—¿Volver? —susurró.

Weber la observó con una atención fría.

—Volver a la boca del lobo —dijo.

Víctor cerró la carpeta. El golpe del cartón contra el metal sonó definitivo.

—No hay otra.

La lavadora se detuvo en ese mismo momento, como si el edificio entero hubiera decidido escuchar.

Entonces vibró el teléfono de Elena.

Un mensaje encriptado. Un alias que le encendió el cuerpo con una mezcla de alivio y alerta: SOFÍA.

Elena abrió.

Tengo acceso. Marta está moviendo piezas. Si entráis, tiene que ser esta noche.

Elena levantó la vista, casi sin poder creerlo.

—Marta…

Víctor, por primera vez en horas, mostró una emoción clara: algo parecido a gratitud, pero contenida como todo en él.

Marta Gálvez. Directora de la Agencia. Porte militar. Integridad absoluta. Bastón elegante por una lesión en una operación. Una mujer capaz de parecer antagonista y, al mismo tiempo, proteger a los suyos sin que nadie lo note.

—No nos ha soltado la mano —dijo Víctor.

Weber se ajustó el puño del abrigo, gesto automático.

—Entonces muévanse. Yo me encargo de Suiza.

Elena cerró el móvil y sintió, por un instante, el vértigo de los puentes quemándose detrás de ella.

—¿Y si es una trampa? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

Víctor se acercó. Su presencia llenó el cuarto como un mueble antiguo.

—Siempre es una trampa —dijo—. La diferencia es quién la diseña.

***

Madrid los recibió con un cielo bajo, como un techo demasiado cercano, y un frío que no era europeo: era madrileño, seco, con polvo invisible. Un frío que te deja la garganta áspera.

Entraron por rutas separadas. Nombres distintos. Caras comunes. En el coche de alquiler, Elena observó su reflejo en el espejo

retrovisor y se vio distinta: no más fuerte, no más valiente, solo… más consciente de lo fácil que era morir.

Sofía Lagos sonaba en su auricular con su irreverencia habitual, esa forma de hablar como si el mundo fuera menos grave de lo que era, porque si aceptaba la gravedad quizá se rompería.

—Vale, Mir, respira. —Se oía un chicle masticado al fondo—. Tienes tres cámaras en el acceso norte, pero una está ciega desde las 02:14. No preguntes por qué. Digamos que alguien con bastón sabe cómo tropezar con los cables adecuados.

Elena apretó el volante.

—¿Marta está…? —no terminó.

—Marta está haciendo lo único que puede sin quemarse. No le pidas milagros. Te pide que entres, cojas lo que necesitas y salgas antes de que Miranda huela el aire.

En el canal paralelo, la voz de Víctor llegó como un cable tenso.

—Recuerda: no buscamos pelea. Buscamos verdad.

Elena casi se rió. La verdad, en su experiencia, venía acompañada de sirenas. Pero se aferró a la frase como se aferran los ahogados a una madera.

La sede central de la agencia era un bloque sin identidad, diseñado para ser olvidado. Vidrio, hormigón y discreción. La clase de edificio al que la gente pasa al lado y no mira porque su mente lo clasifica como "oficina" y lo olvida para siempre.

Elena lo miró y sintió algo parecido a duelo.

Su primer día allí, años atrás, el edificio le había parecido un templo. Ahora era un estómago.

—Tres… dos… uno… ahora —contó Sofía.

La barrera del acceso norte se levantó.

Elena sintió cómo el cuerpo se le erizaba.

—Eso no debería pasar.

—No debería —confirmó Sofía—. Pero pasa. Así que aprovecha.

Elena condujo despacio, como si la lentitud pudiera camuflarla. El guardia en la garita ni siquiera giró la cabeza. Un hombre aburrido, o un hombre comprado. Elena ya no sabía distinguir.

Entró.

Pasillos limpios. Luces blancas. Olor a papel y a aire acondicionado. Ese olor que en otro tiempo le habría parecido profesional y ahora le parecía anestesia.

Bajó hacia el nivel inferior, hacia el punto de encuentro. Allí, Víctor apareció de una sombra, exacto, casi teatral. Pero no había teatro en él: había necesidad.

—¿Todo bien? —preguntó.

Elena asintió, intentando que el gesto no delatara su pulso.

—La copia española está en un servidor interno. Sofía cree que está en el búnker de comunicaciones. Nivel -3.

Víctor apretó la mandíbula. Un tic mínimo.

—Miranda lo habrá blindado.

—Sofía me ha conseguido una ventana de seis minutos —dijo Elena—. Después, se cierran puertas. Literalmente.

Víctor la miró con una mezcla que a Elena aún le costaba nombrar: orgullo, preocupación, algo más íntimo y peligroso.

—Seis minutos bastan si sabes lo que haces.

Elena ajustó la mochila. Dentro llevaba herramientas montadas por manos rápidas: unidad de extracción, inyector de firmware, y una carga diseñada no para matar personas, sino para matar circuitos.

—Vamos.

Bajaron.

En el nivel -3 el aire era distinto: más frío, más seco, como si el edificio se hubiera tragado la humedad para escupir solo control. El zumbido eléctrico se oía como un enjambre.

La puerta del búnker de comunicaciones tenía lector biométrico.

Elena esperaba el fallo. El pitido. La alarma.

Pero la luz se puso verde.

La puerta se abrió con un suspiro hidráulico.

Elena sintió que el corazón le golpeaba las costillas.

—Marta… —susurró.

Víctor no respondió. Miraba el interior como se mira un altar profano: con respeto y con asco.

Dentro había filas de racks, luces parpadeantes como luciérnagas enfermas, ventiladores girando con una constancia que parecía cruel. El monstruo no dormía: fingía.

—El rack central —susurró Sofía por el auricular—. El tercero de la izquierda. Ahí está el "huevo".

Elena corrió. Sus botas hicieron un ruido que le pareció demasiado alto. Conectó el inyector. Abrió el portátil. Sus dedos se movieron con precisión de pánico, esa precisión que se activa cuando no hay espacio para el error.

La pantalla se llenó de líneas.

—Copia detectada —murmuró.

Víctor vigilaba la puerta, cuerpo convertido en barrera. Elena lo vio de reojo: el veterano, el hombre que siempre parecía saber más, ahora guardando un pasillo como si el pasillo fuera el mundo.

—Tienes dos minutos —dijo Sofía—. Y os juro por mis piercings que estoy viendo movimiento arriba.

Elena conectó la unidad de extracción. Las barras de progreso empezaron a llenarse.

Mientras el archivo se copiaba, su mente no pudo evitar recordar a Miranda en las reuniones: la voz tranquila, la forma de nombrar "la seguridad nacional" como si fuera una persona a la que había que proteger. El fin justifica el medio, pensó Elena, y se preguntó cuántas veces lo había aceptado sin darse cuenta.

La barra llegó al 83%.

Un ruido al fondo: una puerta lejana cerrándose.

Elena respiró con cuidado, como si el aire pudiera delatarla.

—He sacado los registros de auditoría —dijo—. Firmas, accesos, trazas… Está todo.

—Bien —dijo Víctor. No sonó eufórico. Sonó cansado. Como quien ve una montaña más al fondo.

Elena miró el rack. El "huevo" brillaba con indiferencia.

El siguiente paso era la destrucción.

Y destruir siempre tenía un sabor extraño: justicia y violencia en la misma cuchara.

—¿Estás segura? —preguntó Víctor, sin mirarla.

Elena supo que la pregunta no iba solo por el rack. Iba por todo: por el camino, por la renuncia, por lo que se pierde cuando eliges.

—Sí —dijo ella—. Si dejamos esto vivo, volverá. Y si vuelve… —no terminó.

Víctor asintió.

Elena activó la carga de pulso.

No fue una explosión cinematográfica, sino un chasquido seco, íntimo, como una articulación rompiéndose. Una luz se apagó. Otra. El zumbido se cortó un instante y luego volvió, más débil, como un animal herido. Un humo fino ascendió con calma obscena.

Elena sintió alivio, y el alivio le dio ganas de llorar.

—Treinta segundos —murmuró.

Sofía gritó en el auricular:

—¡YA! ¡SALID YA! ¡Esto no es un simulacro, Mir!

Víctor agarró a Elena por el brazo y la empujó hacia la salida.

Entonces el pasillo, hasta ese momento vacío, se llenó de presencia.

Pasos. Coordinados. Rápidos.

Y una voz que Elena conocía demasiado bien para que no le diera arcadas.

—Señor Salgado… Señorita Mir…

Augusto Miranda apareció escoltado por dos agentes armados. Vestía oscuro, sencillo. La tranquilidad le caía encima como una capa. Tenía esa sonrisa paternal ensayada, el gesto de quien cree estar corrigiendo una travesura.

—Qué decepción —dijo—. Me obligan a ensuciar los pasillos.

Elena sintió el impulso de retroceder, como si su cuerpo quisiera alejarse del veneno aunque su mente no lo permitiera.

Víctor se quedó quieto. La inmovilidad volvió a él como un traje a medida.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

Miranda ladeó la cabeza, un gesto casi cariñoso.

—¿Perdón?

—¿Cuánto tiempo llevas vendiendo el país como si fuera una subasta? ¿Cuántas vidas has comprado con esa cara de santo?

Miranda suspiró, teatral.

—Víctor, por favor. No seas melodramático. Esto no va de patriotismo. Va de control. —Miró a Elena—. Tú lo entiendes. Tú ves patrones. ¿De verdad creías que una agencia pública podía competir con el mundo que viene?

Elena notó su propia rabia nacer como un fuego lento.

—Creía que podíamos elegir no ser monstruos.

Miranda sonrió con lástima. La lástima fue peor que el odio.

—Los monstruos ganan, querida. Lo único que puedes elegir es si estás dentro del castillo o fuera, golpeando las puertas.

Los agentes alzaron las armas. Miranda no elevó el tono. No lo necesitaba. Su autoridad era un arma distinta: invisible, pero igual de letal.

—Entréguenme la unidad —dijo, señalando la memoria en la mano de Elena—. Y saldrán vivos.

Hizo una pausa, como quien ofrece un premio:

—Tú, Elena… incluso podrías volver. Ser alguien. No la nota a pie de página del viejo héroe.

Elena sintió el veneno de esa oferta. Una parte de ella —la parte criada en el orden— quiso aceptarla por pura supervivencia. Quiso la seguridad, el sueldo, el pasillo limpio.

Pero miró a Víctor.

Vio al hombre que había sido cínico y, aun así, había vuelto. Vio el peso de su pasado, la culpa, la forma en que los hombros se le hundían solo cuando creía que nadie lo miraba. Vio que, en algún punto, Víctor había decidido pagar por un error con la moneda más cara.

Apretó la unidad.

—No.

La grieta en el rostro de Miranda fue mínima, casi imperceptible. Pero Elena la vio. Un milímetro de frustración en un hombre incapaz de aceptar el fracaso. [OBJ]

—Entonces… qué pena.

Y en ese instante, una tercera figura se movió detrás de Miranda, medio escondida por la geometría del pasillo: Carlos Montero.

Aspecto convencional, sonrisa fácil que rara vez llegaba a los ojos. El tercer agente. El "apoyo" que en realidad era vigilancia.

Carlos miró a Elena con una mezcla de triunfo y duda. Como si por primera vez se preguntara si el mentor al que servía era realmente un hombre admirable… o un monstruo con corbata.

Miranda hizo un gesto con la mano.

Los agentes avanzaron.

Víctor levantó la mano, no en rendición, sino señalando algo detrás de Miranda, como si acabara de recordar una pieza olvidada en el tablero.

—Augusto —dijo con calma—. ¿Sigues jugando ajedrez?

Miranda frunció el ceño, irritado por la irrelevancia.

—¿Qué?

Víctor sonrió, pero su sonrisa no tenía alegría. Era una despedida anticipada, algo que Elena sintió como una punzada.

—Porque me temo que acabas de olvidar que siempre fui mejor que tú.

Y entonces, sin aviso, las luces se apagaron.

Oscuridad.

Un golpe sordo de alarma interna, no estridente, sino profunda, como un corazón mecánico.

En el auricular, Sofía gritó:

—¡Marta ha activado el protocolo de cierre! ¡Se están sellando compuertas! ¡El edificio se va a partir en secciones!

Elena sintió cómo el miedo le subía por la columna.

Disparos.

Chispas.

Gritos contenidos por paredes gruesas.

Víctor la agarró del brazo y tiró de ella hacia una puerta lateral que Elena no había visto. La empujó adentro, como si la puerta fuera una salida al mundo y él fuera la bisagra.

—¡Corre! —ordenó.

Elena obedeció. Corrieron por un pasillo estrecho, iluminado por luces rojas de emergencia que convertían todo en sangre artificial.

Detrás, pasos. Persecución.

Elena jadeaba. El cuerpo le pedía aire y la mente le exigía cálculo.

—Salida oeste —dijo Elena, sin aliento.

—¡No! —gritó Sofía—. Oeste está bloqueada. Tienes que ir al conducto de mantenimiento, sector C. ¡Pero…!

El "pero" se ahogó en interferencias.

Elena giró una esquina y vio una escalera de servicio. Subió.

Víctor la empujó hacia arriba.

Pero al segundo tramo, Elena se giró.

Víctor no subía.

Se había detenido. Miraba hacia abajo, hacia el pasillo donde los perseguían. En esa postura —quieto, plantado— Elena lo vio de pronto como lo que era: no un hombre, sino una decisión.

—¡Víctor! —gritó.

Él alzó la mirada. La luz roja dibujaba sombras duras en su rostro.

—Tienes la prueba —dijo.

—¡Súbete! —Elena le tendió la mano.

Víctor dio un paso hacia ella… y se detuvo. Como si el tablero se hubiera completado en su cabeza.

—Hay otra copia aquí abajo —dijo, muy bajo.

Elena parpadeó.

—¿Qué?

—La del rack era… visible. La que Miranda quiere que encontremos. Pero su copia real… está más profunda. Offline. Aislada. —Sus ojos se clavaron en los de Elena—. Si esa vive, él podrá reconstruir. Volverá. Y esto no habrá servido.

Elena negó con la cabeza, desesperada.

—Entonces vamos juntos.

Víctor la miró con una ternura que le rompió algo por dentro. La ternura de quien sabe que no hay alternativa y aun así lamenta el precio.

—No hay "juntos" en esta jugada.

—¡No me hagas esto! —la voz de Elena se quebró—. ¡No después de todo!

Víctor subió un escalón. Lo justo para estar cerca. Lo justo para que Elena oliera el cansancio en su ropa, el café viejo, el metal.

—Escúchame —dijo—. Tú eres la salida. Tú eres el futuro. —Hizo una pausa, como si cada palabra pesara un kilo—. Yo… yo soy el error que todavía puede arreglar algo.

Elena apretó su brazo con fuerza, como si pudiera anclarlo al mundo.

—Eres más que eso.

Los pasos se acercaban. Voces. Órdenes cortas.

Desde abajo, la voz de Miranda atravesó el laberinto:

—¡Salgado! ¡No seas idiota! ¡Esto no termina aquí!

Víctor miró hacia el sonido y luego volvió a Elena. En sus ojos había algo que Elena no le había visto nunca: miedo. No por él. Por ella. Por lo que venía.

—Prométeme que lo publicarás —dijo—. Que no negociarás. Que no dejarás que conviertan esto en una nota interna.

Elena tragó lágrimas y rabia.

—Te lo prometo.

Víctor asintió, como quien firma con sangre.

Sacó algo del bolsillo interior: una pieza de ajedrez. Un caballo gastado, antiguo, con el metal pulido por dedos que habían pensado demasiado.

Se lo puso en la mano a Elena.

—Para que recuerdes —murmuró.

Elena cerró los dedos alrededor del caballo. Sintió el frío real, el peso real. No era simbología; era un ancla.

—Víctor…

Él se inclinó y apoyó la frente contra la de ella. No fue un beso de película. Fue un gesto íntimo, humano, con una tristeza insoportable.

—Corre.

Y se dio la vuelta.

Bajó.

Elena se quedó congelada un segundo, como si su cuerpo se negara a obedecer la vida. Pero la supervivencia la empujó, y también la promesa.

Subió.

Corrió.

Se arrastró por un conducto de mantenimiento, el metal raspándole la chaqueta, el aire oliendo a polvo viejo y a cables. Sofía la guiaba entre interferencias, con la voz rota.

—Sector C… sigue… sigue… a la derecha… joder, Mir, no te mueras ahora…

Elena salió por una compuerta exterior y cayó sobre un seto, rodó en tierra húmeda, tragó barro. El frío de Madrid le golpeó la cara

como una bofetada.

Respiró.

Viva.

Con la prueba en el bolsillo. Y el caballo en la mano.

Se giró hacia el edificio. Desde fuera parecía igual que siempre: discreto, gris, indiferente.

Pero Elena sabía que, bajo tierra, Víctor estaba solo con el monstruo.

Y entonces… el edificio rugió.

No una explosión espectacular. No fuego en las ventanas.

Un golpe seco.

Un cambio en el aire.

Como si la electricidad del mundo hubiera sido arrancada de raíz.

Elena sintió el metal vibrar, y un silencio extraño cayó sobre todo: el silencio de los dispositivos apagados, de las cámaras muertas, de los servidores convertidos en cadáveres.

En el auricular, Sofía sollozaba.

—¿Qué ha hecho…? —preguntó Elena, casi sin voz.

Sofía tardó un segundo en hablar, como si el cerebro se negara a formular la frase.

—Ha activado un pulso desde el módulo aislado… —susurró—. Eso fríe todo lo que esté conectado. Todo. —La voz se rompió—. Y si estaba ahí abajo cuando lo hizo…

Elena apretó los dientes tan fuerte que le dolió la mandíbula.

No gritó. No podía. El grito se le quedó atrapado en el pecho como un animal.

Miró el caballo en su mano.

Y entendió, con una claridad devastadora, que Víctor Salgado había escogido el único movimiento que dejaba al rey enemigo sin tablero.

***

Elena se quedó un instante con la mirada fija en el bloque gris, como si el edificio pudiera devolverle lo que acababa de tragarse. Notó que le temblaban las manos, no solo por el frío —ese frío seco que en Madrid muerde sin ceremonia—, sino por una vibración interior que llega cuando el cuerpo ya ha sobrevivido, pero la mente todavía no ha encontrado dónde guardar el horror.

A su alrededor, la ciudad seguía siendo la misma. Un taxi cruzó la avenida con la radio encendida. Dos chicos se empujaron riendo delante de un kiosco cerrado. Una mujer paseó un perro sin prisa. La normalidad era una ofensa: un espejo en el que Elena no se reconocía.

Apretó el caballo de ajedrez dentro del puño hasta que el metal le dejó una marca. Necesitaba dolor físico para confirmar que aún estaba ahí, que no era un sueño. La pieza era pesada, imperfecta, gastada. Un objeto real en un mundo que se volvía cada vez más abstracto y mentiroso.

—Mir… —la voz de Sofía crujió en el auricular—. Te estoy viendo por la cámara del parking de enfrente. No mires hacia arriba. Camina como si volvieras a casa.

Elena obedeció. Caminar era lo único que podía hacer sin romperse.

—Estoy bien —mintió, y le pareció ridículo pronunciarlo.

—No estás bien —dijo Sofía con la franqueza que solo se permite con quienes importan—. Pero estás viva. Y eso hoy ya es una victoria. Vale, escucha: dos calles al sur, giro a la derecha. No corras. Luego te recoge el coche. Tres minutos.

Elena avanzó con el pulso golpeándole en las sienes. No miró atrás, pero sentía la posibilidad de ojos en la nuca, como si el aire

tuviera memoria de vigilancia. A cada paso, el edificio quedaba un poco más lejos, y aun así Elena seguía oyendo dentro el latido sordo del pulso, el apagón devorándolo todo.

La mente, cruel, insistía en repetirse imágenes: la escalera, la frente de Víctor contra la suya, la palabra "prométeme", el hueco en sus ojos cuando decidió bajar.

Llegó a la esquina indicada. Un coche oscuro esperaba con el motor encendido. La puerta trasera se abrió desde dentro, sin que nadie mirara.

Elena se metió. El interior olía a cuero viejo y a café derramado. El conductor no la miró; tenía el rostro de un desconocido profesional, de esos que se diseñan para desaparecer en la multitud.

—Cabeza abajo —murmuró, y Elena obedeció. En ese gesto, se dio cuenta de que el mundo ya no funcionaba con cortesías.

El coche arrancó. Se alejaron del edificio por calles secundarias, evitando avenidas, cámaras, semáforos largos. Sofía hablaba de vez en cuando, guiando, asegurando, sosteniendo la realidad con su voz.

—Vas bien… ya casi… aguanta…

Elena tragó. Notaba el sabor metálico del miedo en la boca. Quiso preguntar "¿qué ha pasado?" como si la respuesta pudiera acomodarse en palabras. Quiso preguntar "¿está muerto?" como si la muerte admitiera confirmaciones rápidas. No preguntó. No todavía. Temía que, si lo hacía, la frase se le quedaría pegada para siempre.

El coche se detuvo en un portal anodino. El conductor dijo:

—Tercer piso. Puerta derecha. No llames.

Elena salió. Subió las escaleras, una a una, como si cada peldaño fuera una negociación con la gravedad. En el tercer piso, la puerta se abrió antes de que ella tocara.

Sofía estaba allí, con una sudadera grande, el pelo recogido mal, los ojos rojos. Al ver a Elena, se lanzó a abrazarla con una fuerza

desesperada.

Elena se quedó rígida un segundo, como si el cuerpo no recordara cómo se recibe afecto en mitad de una guerra. Luego se derrumbó en ese abrazo como si hubiera estado sosteniéndose solo por inercia.

—Pensé que… —Sofía no terminó. Apretó más—. Pensé que te perdía.

Elena respiró en el hombro de Sofía. Olía a champú barato y a café. Olía a vida.

—Estoy aquí —dijo Elena, y la frase le pareció casi un milagro.

Sofía se separó despacio. Le tomó la cara con ambas manos, inspeccionándola como quien busca heridas.

—¿Y Víctor?

Elena no pudo responder con palabras. Sacó el caballo del bolsillo y lo dejó sobre la mesa con un cuidado que parecía religioso. El metal brilló bajo la luz amarilla de la lámpara.

Sofía entendió. Se llevó una mano a la boca.

—No… —susurró.

Elena sintió que las lágrimas, por fin, encontraban salida. No lloró con ruido. Lloró como lloran quienes han aprendido a no delatarse: lágrimas silenciosas, constantes, inevitables.

Sofía la abrazó de nuevo, pero ahora más suave, como si Elena fuera vidrio.

—Joder, Víctor… —murmuró Sofía, y la rabia se le mezcló con el dolor—. Joder.

Elena se secó la cara con la manga y obligó a su mente a agarrarse a lo operativo, porque lo operativo era lo único que no la mataba por dentro.

—Lo tengo —dijo, sacando la unidad de almacenamiento—. Todo.

Sofía asintió con un gesto corto. En el portátil abierto sobre la mesa, una serie de carpetas ya estaban preparadas, nombres en clave, rutas cifradas. Sofía había convertido el piso en un pequeño centro de mando improvisado.

—Weber ha cortado el nodo suizo —dijo Sofía de pronto, como si necesitara agarrarse a hechos—. Acabo de recibir señal. Suiza fuera. La sincronización se volvió loca unos minutos y luego… silencio. Eso confirma lo que viste: Miranda estaba replicando en serio.

Elena dejó la unidad al lado del portátil. Sofía conectó un cable y comenzó a copiar. La barra de progreso avanzaba lenta, desesperante.

—No debería ser tan lento —murmuró Sofía—. La vida siempre elige el peor momento para ponerse pesada.

Elena miró la pantalla, pero su mente estaba en otra parte: en el nivel -3, en el humo fino, en el pasillo, en Miranda.

—Dijo que yo podía "volver" —murmuró Elena, como si lo oyera otra vez—. Como si fuera un favor.

Sofía apretó los labios.

—Miranda siempre ofrece caramelos cuando quiere que le abras la boca.

Elena respiró hondo. Se sentía sucia por haber sentido, siquiera un segundo, el tirón de esa oferta. El cerebro humano es así: busca seguridad incluso cuando la seguridad es una cadena.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Elena.

Sofía paró de teclear y la miró, seria.

—Ahora viene lo más difícil: decidir qué tipo de daño aceptas causar para evitar uno mayor. —Señaló la pantalla—. Si publicas esto, la agencia se cae. Habrá detenciones, purgas, titulares, política. Habrá inocentes arrastrados por la ola. Y Miranda… —tragó —. Miranda no se va a quedar quieto. Si no te mata, te borra.

Elena pensó en Víctor, en cómo había dicho "prométeme" como si esa promesa fuera la única forma de darle sentido a la pérdida.

—Víctor se ha muerto para que esto exista —dijo Elena. Notó que su voz salía fría, y le dio miedo—. Si lo escondo, entonces sí que muere de verdad. Muere sin sentido.

Sofía bajó la mirada. Sus dedos se apretaron alrededor del ratón.

—Vale —susurró—. Vale. Lo sacamos. Pero con cabeza. No podemos soltarlo al aire sin asegurar copias fuera. Sin asegurar un canal que no controlen. Sin un plan.

Elena asintió. Había aprendido, a golpes, que la valentía sin estructura era suicidio.

Sofía conectó una segunda unidad y luego una tercera. Copiar. Cifrar. Copiar. Etiquetar. Crear redundancias, como quien pone paracaídas extra a un salto imposible.

—Una se queda contigo —dijo Sofía—. Otra conmigo. Otra… la escondemos. Por si nos borran a las dos.

Elena tragó.

—¿Dónde?

Sofía soltó una risa breve, sin humor.

—En el sitio más estúpido posible. Porque lo estúpido a veces sobrevive.

Guardaron una unidad dentro de una caja de cereales del armario, envuelta en papel de aluminio y cinta, como un tesoro ridículo. Elena se sorprendió pensando que Víctor habría sonreído ante esa solución: lo viejo y lo nuevo, lo serio y lo absurdo, mezclados en una misma jugada.

El teléfono de Sofía vibró. Sofía miró la pantalla y su rostro cambió.

—Es Marta.

Elena sintió un golpe en el estómago. Marta era una figura que Elena aún no sabía si amar u odiar del todo: autoridad y protección en la misma persona, el bastón y la mano abierta.

Sofía contestó. La voz de Marta llegó distorsionada, pero firme, sin melodrama.

—Tienen una ventana —dijo Marta—. Tres horas, quizá dos. Después no podré sostener el edificio. Miranda ya ha activado a su gente.

Sofía se pasó una mano por el pelo, nerviosa.

—Señora directora…

—No me llames así —cortó Marta, y por un instante asomó un cansancio humano—. Sofía. ¿Está Elena contigo?

—Sí.

Elena se inclinó hacia el móvil. Sintió su propio pulso como un tambor.

—Marta… —dijo.

La directora respiró, y ese simple sonido pareció cargar con años.

—Elena, lo que lleva es la prueba. Pero no basta con publicar si Miranda puede fabricar otra realidad desde dentro. Necesitan algo más: un testigo interno. Alguien que ponga palabra y firma.

Elena pensó en el conductor. En el rostro que evitó mirarla, en la frase “cabeza abajo”. En la manera profesional de desaparecer.

—Creo que tengo a alguien —dijo Elena—. Pero no estoy segura.

Marta guardó silencio un segundo, como si calibrara los riesgos.

—No pierda a quien tenga —dijo al fin—. Y… lo siento por Víctor.

Elena tragó. La garganta le ardió.

—¿Está… confirmado? —preguntó, odiándose por necesitarlo.

Hubo una pausa demasiado larga.

—No he encontrado su cuerpo —dijo Marta—. Eso significa dos cosas: o no queda nada… o alguien lo ha movido.

Elena cerró los ojos. La esperanza, esa cuchilla, le rozó por dentro.

—Miranda lo movería —susurró Sofía, casi para sí—. Para chantajear. Para convertirlo en arma incluso muerto.

—O Víctor conocía el edificio mejor de lo que cualquiera cree —dijo Marta, y la frase sonó como un hilo de posibilidad—. Hay una salida secundaria, vieja, que conecta con un conducto de saneamiento. No debería estar operativa. Pero Víctor la usó una vez hace años. Si sobrevivió, es por ahí.

Elena abrió los ojos. Se quedó quieta, como si el cuerpo temiera moverse y romper esa mínima posibilidad.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Huyan ahora —ordenó Marta—. Aseguren copias. Publiquen cuando sea irreversible. Yo aguantaré lo que pueda.

La llamada se cortó.

Sofía se quedó mirando el móvil como si fuera una granada. Elena miró el caballo en la mesa, y por un segundo se permitió imaginar a Víctor en algún túnel, respirando, arrastrándose, vivo por pura terquedad. La idea le dolió, pero también le encendió algo: una energía amarga.

—Tenemos que sacar esto de aquí —dijo Elena, señalando las unidades—. Ahora.

Sofía asintió. Se movieron rápido, mecánicas. Abrigos. Mochilas. Apagar luces. Dejar el piso tal como estaba, como si nunca hubieran existido.

Antes de salir, Elena se detuvo un segundo frente al caballo.

Lo guardó en el bolsillo interior. Cerca del corazón.

Bajaron por la escalera. La calle las recibió con el frío y con esa indiferencia que ahora parecía insultante. Sofía caminaba un paso delante, mirando reflejos en escaparates, escuchando el ritmo del mundo como se escucha un bosque antes de la tormenta.

—No mires atrás —murmuró Sofía.

Elena no miró. Aun así, sintió el cosquilleo en la nuca. Ojos. Presencia. O quizá solo paranoia. En ese oficio, la diferencia era casi irrelevante.

Doblaron dos calles, cruzaron una plaza, entraron en un callejón breve, salieron por otro lado. Sofía conocía rutas como si las hubiera dibujado con sangre.

—Punto de intercambio —susurró—. Dos minutos. Una cafetería. Cámaras que yo controlo. Si alguien nos ha marcado, ahí lo sabremos.

Elena asintió. Notó que su respiración era demasiado rápida e intentó bajarla. Recordó algo que Víctor le había dicho en Viena, como una lección antigua: "El que respira rápido piensa lento". Elena respiró más despacio. Forzó a su mente a estar presente.

Llegaron a la cafetería. Luz cálida. Música baja. Gente normal. El olor a café tostado le dio a Elena una punzada de nostalgia: por una vida que no había vivido.

Sofía se acercó al mostrador, dijo algo al camarero, recibió una mirada cómplice. Señaló el baño.

—Pasillo derecho. Puerta del fondo.

Elena avanzó, obligándose a no correr. Abrió la puerta del fondo.

Dentro había un pequeño almacén. Sacos de café. Cajas. Y, esperando, un hombre sentado en una silla plegable, con la espalda rígida y la mirada cansada.

Carlos Montero.

Elena sintió una mezcla extraña: rabia por su presencia junto a Miranda antes, alivio por verlo ahora aquí.

—¿Vienes solo? —preguntó Elena, inmediata.

Montero negó.

—No lo sé —admitió, y esa honestidad lo hizo más humano de golpe—. Hice vueltas. Cambié de ruta. Pero ellos… —tragó saliva—. Ellos son buenos.

Sofía entró detrás y cerró la puerta con pestillo.

—Necesitamos tu testimonio —dijo Elena—. Palabra y firma. Que digas lo que viste. Que digas lo que sabes.

Montero la miró como si quisiera apartar la vista, pero se obligó.

—Vi a Miranda ordenar disparar. Vi que su gente tenía autorización interna. Vi que cuando se apagó el nivel -3, Miranda no tuvo miedo por el edificio. Tuvo miedo por perder el control. Ese hombre no cree en nada. Solo en su reflejo.

Elena apretó los dedos alrededor del bolsillo donde estaba la unidad. La rabia le subió como un ácido.

—¿Y Víctor? —preguntó, y la voz se le hizo pequeña.

Montero bajó la mirada.

—No lo vi salir. —Una pausa—. Pero vi a dos hombres de Miranda bajar con una camilla después. No sé si… —se humedeció los labios —. No sé si era él. No sé si era un cuerpo o un señuelo.

Elena sintió que el pecho se le volvía hueco. La palabra "camilla" tenía un peso insoportable.

Sofía se acercó al portátil que había en el almacén —preparado, como todo lo que Sofía tocaba— y abrió un documento de declaración.

—Vas a dictar —dijo Sofía a Montero—. Y vas a firmar. Digital. Biométrica. Y luego, si nos matan, al menos esto queda. Si no nos matan… esto te condena. ¿Lo entiendes?

Montero asintió con un gesto que parecía un sí y un funeral.

—Lo entiendo.

Mientras Montero dictaba, Elena lo observó. No era un héroe. Era un hombre asustado haciendo algo decente demasiado tarde. Y aun así, Elena sintió una chispa de respeto: la decencia tardía también era rara.

Cuando terminaron, Sofía cifró el documento y lo integró con los registros. Una prueba que no era solo números, sino voz.

—Bien —susurró Sofía—. Ahora hay que sacarlo de sus manos.

El teléfono de Elena vibró. Un número desconocido. Elena sintió el corazón subirle a la garganta.

Abrió.

Un mensaje sin firma.

Solo dos palabras:

JUGADA FINAL.

Elena se quedó inmóvil. Un frío distinto le recorrió la espalda. Esa frase no sonaba a Miranda. Miranda no hablaba con poesía ni con códigos sentimentales. Miranda hablaba con contratos y con órdenes.

Esa frase olía a ajedrez. A Víctor. A una mano vieja moviendo una pieza por última vez.

Sofía la miró, leyendo la expresión de Elena antes de leer la pantalla.

—¿Qué pasa?

Elena le mostró el móvil. Sofía abrió los ojos.

—Eso… eso no es de ellos.

Montero tragó saliva.

—¿Qué significa?

Elena guardó el móvil despacio, como si guardara una cerilla encendida.

—Significa —dijo, y su voz sonó distinta, más firme— que esto no termina aquí.

Se metió el caballo más profundo en el bolsillo, junto al corazón, y miró a Sofía y a Montero como quien mira un equipo al borde de una caída.

—Ahora —añadió—, lo sacamos. Sin negociar. Sin pedir permiso. Como prometí.

Y en ese instante, Elena comprendió algo con una claridad feroz: el desenmascaramiento no era una escena. Era un cambio de piel. Un punto sin retorno.

La verdad ya estaba en sus manos. Y, a partir de ahora, su vida sería el precio de sostenerla.

No salieron de la cafetería de inmediato. No podían. El cuerpo pedía movimiento, sí, pero la mente necesitaba un segundo de estructura: un orden mínimo para no disolverse.

Sofía abrió una carpeta con contactos cifrados. En la lista había nombres sin apellido, alias, rutas que parecían calles inventadas. Elena reconoció uno: Weber.

—¿Lo llamas? —preguntó Elena.

Sofía dudó un instante, como si pronunciar ese nombre trajera mala suerte.

—Si alguien puede sacar una copia fuera sin que la intercepten, es él. Y si no… —miró la unidad escondida en la mochila—. Si no, al menos habrá un intento.

Sofía escribió una sola línea, sin contexto, como se habla en ese mundo donde cada palabra puede ser una soga:

Tengo paquete. Necesito canal externo. Urgente.

La respuesta llegó en menos de un minuto.

Punto ciego. Envío por ruta suiza. Ventana 18 min. Solo muestra.

Sofía levantó la vista, sorprendida.

—Está vivo. En el sentido… operativo —murmuró.

Elena notó un alivio extraño: no por Weber, sino porque el mundo, pese al caos, aún obedecía a ciertas lógicas. Los hilos seguían existiendo.

Sofía conectó una de las unidades y extrajo un fragmento mínimo: metadatos de acceso, firma, una traza que apuntaba a Miranda como una flecha directa. Lo cifró y lo envió por un canal que no era correo ni mensaje, sino algo más parecido a un susurro en un túnel.

Mientras Sofía tecleaba, Elena se quedó mirando el vapor que salía de su taza de café —café que no recordaba haber pedido—. El vapor subía, se deshacía, desaparecía. Pensó en Víctor de la misma manera: un hombre que subió durante años, que sostuvo, que se disipó cuando tocó el aire equivocado.

Y aun así, había dejado algo sólido: una promesa. Un movimiento.

Elena tocó el caballo en el bolsillo. Cerró los ojos un instante y se permitió un pensamiento peligroso: si esa frase es de él, si "Jugada final" es su manera de decir "sigo aquí"…

No terminó la idea. No quiso. La esperanza, en su oficio, era una droga cara.

—Listo —dijo Sofía—. Ya hay un tercero que lo tiene. No es todo, pero es suficiente para que, si nos apagan, alguien haga ruido.

Montero exhaló, como si hubiera aguantado la respiración desde hacía horas.

—¿Y ahora?

Elena abrió los ojos. Miró a Sofía. Miró a Montero. Miró la puerta del almacén, ese umbral hacia una calle donde podían estar esperándolos.

—Ahora —repitió Elena— nos convertimos en la clase de gente que Miranda teme: la que no puede ser devuelta a la caja.

CAPÍTULO 16: LEGADO

La lluvia no caía: se sostenía en el aire, como si el cielo dudara entre descargar la pena o conservarla. Madrid tenía esa manera suya de volverse gris sin dramatismo, de apagar los colores sin pedir permiso. En el cementerio, el mármol brillaba húmedo, y el barro, recién removido, olía a tierra viva: el olor más insoportable cuando uno viene a confirmar una versión.

Los paraguas negros, alineados por inercia, parecían un ejército sin bandera. Un tablero improvisado de ajedrez donde nadie sabía qué papel le tocaba. Gente que se movía con el mismo gesto para evitar salpicarse, y sin embargo, todos acababan manchados igual: de lodo, de silencio, de culpa.

Elena Mir se quedó un paso atrás del círculo principal, en el margen exacto donde la presencia no se confunde con protagonismo. Había aprendido a medir distancias así: la que te permite ver quién mira, quién evita mirar, y quién se acerca demasiado por hambre de foto.

El ataúd estaba cubierto por una bandera doblada con una precisión que no era humana, sino institucional. Sobre ella, una corona discreta de flores blancas —lilios y claveles— sin cintas largas ni mensajes sentimentales. Víctor Salgado habría detestado lo excesivo. Habría detestado, sobre todo, que alguien convirtiera su vida en una postal.

El cajón estaba sellado. Nadie habló de un cuerpo, ni de identificación, ni de certezas: solo de un cierre necesario. Aquel no era un adiós incontestable, sino el tipo de despedida que una institución ofrece cuando no puede —o no quiere— explicarlo todo.

Elena no lloraba. No porque no le doliera. Porque el dolor todavía no había encontrado una salida que no fuera peligrosa.

Tenía el duelo metido entre las costillas, como un objeto duro que no terminaba de asentarse. A veces era un golpe seco. A veces un zumbido. A veces, una imagen que se repetía sin pedir permiso: humo, metal, gritos cortados por el estruendo, y Víctor empujándola fuera de la línea de fuego con esa brutalidad protectora que solo tienen los que han sobrevivido demasiadas veces.

Después, el vacío.

Elena tragó saliva. El cuello le ardía como si hubiera respirado ceniza durante días. Se obligó a mirar el ataúd una vez más, como si la mirada fuera una forma de responsabilidad.

Ahí dentro…

O eso le habían dicho.

El susurro de pasos a su izquierda le anunció una presencia antes de verla. Marta Gálvez tenía esa capacidad: entraba en un lugar y el aire cambiaba. No por misticismo. Por autoridad. Por años de mandar sin pedir perdón.

Marta llevaba un abrigo oscuro impecable, un pañuelo discreto, el bastón apoyado en la mano como un argumento final. No temblaba. Ni por la edad ni por el día. Su rostro, marcado por una expresión que parecía hecha para resistir, estaba más tenso de lo habitual. No era pena. Era cálculo.

—Han venido más de los que esperaba —murmuró Marta, sin apartar la vista del ataúd.

Elena siguió la línea de esa mirada: funcionarios del ministerio, dos coroneles que no conocía, un asesor con cara de no haber pisado barro nunca, gente que jamás había pronunciado el nombre de Víctor en voz alta… pero que ahora lo convertían en etiqueta, en relato útil. Había también agentes de traje que Elena conocía de pasillos, rostros grises, mandíbula apretada, ojos que te pesaban.

—Siempre aparecen cuando hay un cuerpo —dijo Elena. Y la frase le salió con una frialdad que no había planeado.

Marta la miró de reojo.

—Aparecen cuando hay un símbolo. Y hoy lo están construyendo.

Elena sintió el estómago encogerse. La palabra símbolo era un veneno lento. Un símbolo no tiene derecho a ser humano. Un símbolo no puede equivocarse. Un símbolo no puede derrumbarse.

—¿Has dormido? —preguntó Marta, como si el sueño fuese un recurso que se auditaba.

Elena tardó un segundo en responder. Su cuerpo funcionaba en modo automático desde hacía tanto que ya no sabía cuándo había dejado de decidir.

—Un par de horas —dijo al fin.

—Me vale —respondió Marta, y aquello fue lo más cercano a un gesto de cuidado que Elena iba a recibir de ella.

El sacerdote —un hombre con voz suave y manos limpias— comenzó a hablar. Elena escuchó a medias. Las palabras se deslizaban como agua sobre piedra: descanso eterno, consuelo, vida entregada al servicio. Si supieran lo sucio que podía ser ese servicio, pensó Elena, no usarían ese vocabulario tan pulcro.

A su alrededor, la gente asentía, tragaba, se persignaba o bajaba la mirada con respeto conveniente. Elena dejó que el ritual avanzara como avanza la burocracia: sin pedir emoción, solo obediencia.

Entonces, lo sintió: una presencia distinta, sin paraguas, como si la lluvia no se atreviera a tocarla.

Nadia Volkov se había colocado a unos metros, sin integrarse del todo en el grupo. Elegancia de arma blanca: abrigo largo, pelo recogido, un collar con relicario en la garganta que parecía demasiado íntimo para un funeral oficial. Sus ojos claros —demasiado vivos para ese día— recorrieron la escena y se detuvieron en Elena.

Nadia se acercó con pasos tranquilos. No había prisa, porque Nadia jamás corría salvo que el mundo se estuviera partiendo.

—No eres de llorar aquí —dijo en ruso, suave, como si comentara el tiempo.

Elena entendió lo suficiente. Respondió en el ruso correcto a medias que Víctor se había empeñado en pulirle.

—No soy de llorar donde miran.

Nadia dejó escapar una sonrisa mínima. No era amabilidad. Era una constatación.

—Él tampoco —dijo. Y miró el ataúd como si contemplara una obra de teatro mal montada—. Si de verdad está ahí dentro, va a levantarse y decirnos a todos que somos idiotas.

Elena sintió un pinchazo en el pecho. Un destello de rabia le subió a la lengua. Quiso decir que era imposible. Quiso decir que lo había visto, que había firmado, que había tragado la palabra muerto como quien traga un cuchillo.

Pero Nadia se inclinó un poco hacia ella.

—¿Te dijo algo? Antes.

Elena parpadeó. La última frase de Víctor no había sido un discurso heroico. No había sido una despedida. Había sido una orden, casi un gruñido, en medio del caos:

"No mires atrás. Respira. Piensa."

Como si el universo pudiera reducirse a esas tres acciones.

—Nada que me sirva ahora —susurró Elena.

Nadia la sostuvo con la mirada como si quisiera atravesarla.

—Entonces todavía no has entendido cómo funcionaba —dijo. Y se alejó, dejando la frase flotando, clavada en el aire húmedo.

El sacerdote terminó. El ritual avanzó hacia la parte que siempre parecía ir demasiado rápido: el ataúd descendiendo, la tierra esperando, el sonido de las palas como un reloj.

Elena avanzó cuando le tocó. Un paso. Otro. El barro tiraba de sus zapatos como si quisiera recordarle que todo acaba en la misma sustancia.

Tomó un puñado de tierra húmeda. Era más ligera de lo que debería. La sostuvo un segundo demasiado largo. Pensó en las manos de Víctor, grandes, firmes, marcadas por golpes viejos. Pensó en su voz, áspera, con ese tono de ironía que servía para esconder la ternura.

Dejó caer la tierra.

El golpe contra la madera fue seco, definitivo.

Ahí, por primera vez, Elena sintió que el aire se le rompía dentro. No fue un llanto. Fue un vacío súbito, una especie de agujero que le subió por la garganta. Sus ojos ardieron, pero no se permitió liberar la presión. Había demasiados testigos. Demasiados oportunistas.

Marta puso una mano sobre el brazo de Elena. Firme. Sin caricia. Como una orden silenciosa.

—Respira —le dijo.

Elena obedeció. Una vez. Dos. La tercera respiración se le enganchó. Se obligó a soltarla.

Los asistentes empezaron a dispersarse con esa prisa indecente que siempre llega después de los rituales. El duelo dura lo que dura el protocolo. Luego la vida reclama su ritmo, como si no hubiera pasado nada.

Quedaron algunos: Marta, Nadia en la distancia, Sofía Lagos apoyada en un árbol con auriculares colgando del cuello como un amuleto inútil, y Carlos Montero, que dudaba en acercarse como si Elena fuese un detector de mentiras.

Elena se apartó del grupo hacia una zona más vacía. Necesitaba aire que no oliera a gente. Sofía la siguió.

—No sé qué se dice en estos momentos —admitió Sofía, voz quebrada, y esa honestidad la hizo casi peligrosa—. Así que voy a

decir lo único que me sale: si alguien se atreve a convertirlo en un póster, lo hackeo hasta que su nevera empiece a insultarle.

Elena dejó escapar una exhalación que pudo haber sido una risa. Fue breve. Fue real.

—Gracias —dijo.

Sofía miró la tierra recién cerrada, los ramos, la humedad.

—¿De verdad…? —empezó, pero la pregunta murió antes de nacer.

Elena entendió. La pregunta era: ¿de verdad está muerto? Y esa pregunta era un agujero en el suelo.

—De momento, lo que tenemos es un informe —dijo Elena—. Y un agujero.

Sofía asintió. Tragó saliva.

—Marta dice que hoy no vuelves a la agencia.

Elena alzó una ceja.

—Marta dice muchas cosas.

—También dice que mañana sí.

Mañana. La palabra cayó como una losa. Elena la probó en la boca, como si fuera un objeto extraño.

—Mañana —repitió, y notó que algo se activaba: un mecanismo que no había tenido tiempo de engrasar.

Sofía la observó con algo que parecía admiración y miedo.

—Te han puesto arriba, ¿no?

Elena apretó la mandíbula. No quería ese rumor circulando en un cementerio.

—No es oficial.

—Nada es oficial hasta que lo es —dijo Sofía—. Pero ya he visto cómo te miran. Como si quisieran saber si vas a quebrarte.

Elena siguió con la vista los paraguas alejándose. Había miradas que buscaban grietas, porque las grietas se usan para entrar.

—Que miren —dijo Elena—. Les dará algo que hacer.

Sofía sonrió apenas, luego su rostro volvió a endurecerse.

—Si necesitas… si necesitas que te cubra, que te quite ruido, que filtre lo que llegue, estoy aquí.

Elena sintió un nudo en el pecho. Sofía, con su ironía y su caos controlado, había mantenido la operación viva cuando el sistema oficial les había declarado prescindibles. Había arriesgado carrera y vida por una idea sencilla y peligrosa: la verdad importa.

—Lo voy a necesitar —dijo Elena. Le sorprendió su propia sinceridad.

Sofía asintió como quien acepta una misión. Lo que para otros era un favor, para ella era trabajo.

Carlos se acercó por fin. Sus pasos eran medidos, como si cada uno necesitara permiso. Tenía los ojos enrojecidos, pero no por lágrimas. Por falta de sueño. Por culpa.

—Mir —dijo, usando el apellido con una distancia que todavía no se había ganado el derecho a romper—. Lo siento.

Elena lo observó sin suavizar nada en su rostro. Había aprendido que el consuelo, en ciertos casos, se confundía con absolución.

—¿Por qué estás aquí, Carlos? —preguntó.

Carlos respiró hondo, como si por fin hubiera decidido dejar de fingir.

—Porque… él me salvó, aunque no tenía por qué —dijo—. Y porque hice cosas… —Se interrumpió, la mandíbula temblándole un instante—. Porque estuve del lado equivocado demasiado tiempo.

Elena no bajó la guardia.

—Estar aquí no te limpia.

—Lo sé —dijo él, bajando la mirada—. Pero quería decirte que… si te sientas en esa silla, no vas a tener a todos contigo. La gente que era de Miranda… algunos se han quedado. Cambian de jefe, no de lealtades.

Elena sintió un escalofrío que no era la lluvia.

—¿Nombres?

Carlos dudó. Luego sacó una libreta pequeña de papel, vieja, casi ridícula en una era de cifrados. Pero el papel no se hackea. Y eso era precisamente la razón.

—Tres seguros —dijo—. Dos sospechosos. Y uno… uno que no sé si es enemigo o solo cobarde.

Elena tomó la libreta. Pesaba como una pistola.

—¿Y tú qué eres, Carlos? —preguntó, sosteniendo su mirada.

Carlos tragó saliva.

—No lo sé todavía —admitió—. Pero si me das la oportunidad… quiero ser alguien que no tenga que esconderse detrás de otro.

Elena guardó la libreta en el bolsillo interior de su abrigo.

—La oportunidad no te la doy yo —dijo—. Te la das tú. Y la pierdes a la primera mentira.

Carlos asintió. No se ofendió. Eso ya era un cambio.

—Entendido.

Se alejaron. Elena volvió la vista al lugar del entierro. La tierra ya estaba más plana, como si el mundo hubiera querido borrar rápido la prueba. La bandera doblada había desaparecido. Solo quedaban flores y agua.

Marta se aproximó, bastón marcando el ritmo.

—Te vas conmigo —dijo, sin preguntar.

Elena no discutió. Había batallas que se perdían por elegir el momento equivocado.

En el coche oficial, el silencio era denso. Marta condujo sin radio, sin comentarios de relleno. En la ciudad, el tráfico parecía irrelevante, como si la vida normal fuera una provocación.

—Han pedido mi dimisión —dijo Marta al cabo de unos minutos, como quien comenta un informe de gasto.

Elena se giró, pese a sí misma.

—¿Quién?

Marta dejó escapar una risa seca, sin humor.

—Los de siempre. Los que creen que la agencia es una oficina con secretos y no un campo de guerra sin uniformes.

Elena apretó los labios.

—¿Vas a dimitir?

—No todavía —dijo Marta—. Pero están preparando el tablero. Y tú eres una pieza que no esperaban mover tan pronto.

Elena sintió un vértigo extraño. No era miedo a mandar. Era miedo a lo que el mando hace con quien lo ejerce.

—No quiero ser "la pieza de Víctor" —dijo.

Marta la miró con una dureza que, por una vez, escondía algo parecido al orgullo.

—No lo eres. Víctor te preparó para ser reina, no peón.

Elena bajó la vista, como si esa palabra le quemara.

—Él eligió esto —murmuró.

Marta siguió mirando al frente. Un semáforo cambió de rojo a verde como si nada importara.

—Víctor eligió muchas cosas —dijo—. Algunas correctas. Otras discutibles. Pero si hay algo que eligió con claridad… fue que tú no te hundieras cuando él ya no estuviera.

Elena cerró los ojos un instante. El recuerdo del informe le atravesó como un clavo: la bolsa, las fotos, el lenguaje clínico.

—¿Qué pasó exactamente? —preguntó en voz baja—. Ya sé la versión. Quiero la que no está escrita.

Marta apretó el volante con la mano sana.

—La que no está escrita no se dice en un coche —respondió—. Se dice en una habitación sin micrófonos.

Elena entendió. Asintió.

Entraron por una puerta lateral de la agencia, lejos del vestíbulo principal. Guardias con expresión neutra saludaron. Elena notó la mezcla de respeto y curiosidad. El rumor ya corría por debajo de las suelas, como electricidad estática.

Dentro, el edificio olía a café, papel, metal, y secretos antiguos. Pantallas encendidas. Pasos acelerados. Voces bajas. Una normalidad de laboratorio para ocultar el hecho de que el organismo estaba herido.

Marta la condujo a una sala pequeña sin ventanas. Un cuarto diseñado para confesar pecados con calma.

—Siéntate —ordenó.

Elena obedeció.

Marta dejó un dossier sobre la mesa. No era grueso, pero Elena sintió el peso sin tocarlo.

—Esto es lo que van a decir públicamente —explicó Marta—. Héroe caído. Operación exitosa. Traidor neutralizado. Copias destruidas. Agencia limpia.

Elena miró el dossier sin abrirlo.

—¿Y lo que no van a decir?

Marta la observó con una mirada que no necesitaba levantar la voz.

—Que hay una copia que no hemos encontrado —dijo.

Elena sintió el estómago cerrar.

—No.

—Sí —confirmó Marta—. Y no es una copia cualquiera. Es un fragmento. Lo suficiente para que alguien con recursos termine el trabajo.

Elena recordó la subasta, el dispositivo, el caos de la infiltración. Recordó a Klaus Weber sosteniendo una máscara de aliado con la misma naturalidad con la que otros sostenían un arma. Klaus, con su sonrisa alemana de esquina afilada. Klaus, que había sido enemigo y herramienta, y tal vez algo más complejo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Elena.

Marta empujó otro papel hacia ella.

Era un informe técnico. Firma de Sofía. Y debajo, una nota manuscrita.

La letra era inconfundible.

No se quemó todo. No lo dejes dormir.

Elena sintió que el suelo se movía un milímetro bajo sus pies. No era mucho, pero era suficiente para perder el equilibrio.

—Esto… —susurró. No pudo acabar.

Marta sostuvo el silencio como si fuera parte del método.

—Lo encontré en su taquilla —dijo—. Oculto detrás de una vieja caja de ajedrez. Como si supiera dónde buscaría.

Elena tocó el papel con la punta de los dedos. Le tembló la mano. La tinta era real. La letra era real. Ese trazo no pertenecía a un muerto.

—¿Qué significa? —logró preguntar.

Marta se inclinó hacia ella.

—Significa que el final que hemos vendido hoy… es de fachada. Y ahora viene la parte difícil: gobernar el desastre sin que el desastre te gobierne.

Elena alzó la vista.

—¿Por qué yo?

Marta no pestañeó.

—Porque eres la única que entiende el Código Berlín desde dentro y desde fuera. Porque no perteneces a las viejas lealtades. Porque Miranda te subestimó, y eso te hace peligrosa.

Elena apretó los dedos contra la mesa.

—No soy jefa de operaciones.

Marta dejó el bastón apoyado en la pared, como si fuera a hablar más en serio todavía.

—Lo serás. En cuanto el ministro firme. En cuanto repartan sillas. En cuanto los que están esperando tu caída se den cuenta de que no van a conseguirla con rumorología.

Elena sintió un golpe en la boca del estómago. Arriba. Esa palabra era una montaña, no una oficina.

—No quiero hacer esto sola —dijo, y fue lo más cerca que estuvo de suplicar.

Marta la miró. Y por un instante, el hielo de su rostro se agrietó.

—No estarás sola —dijo—. Pero tampoco estarás acompañada como crees. La soledad del mando es un precio. Si no estás dispuesta a pagarlo, te devorarán.

Elena respiró. Notó que la frase se le quedaba dentro como un tatuaje.

—¿Dónde está Klaus? —preguntó de pronto, porque necesitaba agarrarse a algo que fuera acción y no emoción.

Marta arqueó una ceja.

—En algún lugar donde no le interesa ser encontrado. Nos ayudó, cumplió su parte… y desapareció.

Elena recordó su mirada en la subasta, la forma en que había cambiado de bando con la facilidad de quien no cree en bandos. Recordó también la última conversación, el tono de voz de Klaus cuando dijo que, a veces, sobrevivir era el único patriotismo.

—Quiero localizarlo —dijo Elena.

—¿Para qué? —preguntó Marta.

Elena sostuvo su mirada.

—Si hay una pieza suelta, él sabrá dónde puede caer. Y porque no me fío de los fantasmas.

Marta asintió.

—Te daré acceso a su expediente. Pero antes… hay algo que tienes que ver.

Marta abrió un armario metálico. Sacó una bolsa de evidencias con un objeto pequeño envuelto en plástico.

Lo colocó sobre la mesa.

Elena lo reconoció de inmediato: una pieza de ajedrez. Negra. Un caballo.

Elena la miró como si fuera un ojo.

—Eso estaba… —empezó.

—En el lugar de la explosión —dijo Marta—. En un rincón que no debería haber sobrevivido.

Elena sintió que la sangre le golpeaba las sienes.

—¿Qué quiere decir?

Marta no respondió con palabras. Empujó la bolsa hacia ella.

Elena la tomó. La madera era vieja, pulida, pesada. En la base había una marca tallada, casi invisible:

***

Elena apretó la pieza. Un recuerdo se activó como un disparo: Víctor moviendo un caballo sobre una mesa de hotel, explicándole que el caballo no avanza recto, que la libertad es siempre un movimiento lateral, inesperado.

Elena levantó la vista, con el corazón golpeándole la garganta.

—¿Estás diciendo…?

Marta no se movió.

—Estoy diciendo que en este trabajo, la muerte es a veces un disfraz —dijo—. Y que Víctor era experto en disfraces.

Elena sintió una esperanza peligrosa, dulce, adictiva. Y junto a ella, el terror: creer podía ser un arma contra ella.

—Pero yo vi… —la voz se le quebró—. Vi el informe.

—Viste lo que te dejaron ver —dijo Marta—. Y no me preguntes más. No aquí. No ahora.

Elena apretó los dientes.

—¿Lo sabías?

Marta la observó.

—No lo sé. Sospecho. Y en mi mundo, eso es lo único que puedo permitirme.

En ese momento, la puerta se abrió sin llamar. Sofía asomó la cabeza, pálida, como si hubiera visto un fantasma de verdad.

—Perdón, no quería interrumpir, pero… —miró a Marta, luego a Elena—. Ha llegado algo.

Elena sintió un latigazo.

—¿Algo qué?

Sofía entró y dejó un sobre sobre la mesa. Sin remitente. Papel corriente. Cerrado con una cinta industrial.

—Por valija interna —dijo Sofía—. Pero nadie lo ha registrado. Es como si… —tragó saliva—. Como si hubiera estado ahí desde

siempre.

Elena tomó el sobre. Lo abrió despacio, con cuidado, como si fuera explosivo.

Dentro había una tarjeta negra. Sin logo. Sin nombre. Solo una línea impresa en blanco y, debajo, una secuencia de caracteres.

"No mires atrás. Juega."

E4 / C6 / 52.5200N 13.4050E

Elena sintió que el mundo se inclinaba.

Las coordenadas.

Berlín.

La apertura y la respuesta.

Un movimiento… y su eco.

Marta se quedó quieta. Elena vio cómo los dedos de Marta se tensaban sobre el bastón.

—¿Qué significa E4 y C6? —preguntó Sofía, aunque su voz ya insinuaba que lo sabía.

Elena no respondió enseguida. La mente conectó el patrón con una rapidez que la asustó.

E4: el primer paso. El inicio.

C6: defensa Caro-Kann. Una respuesta sólida, pragmática, clásica… el estilo de Víctor.

Elena apretó la tarjeta, como si la presión pudiera convertirla en certeza.

—Significa que alguien nos está retando —dijo al fin.

—O que alguien nos está guiando —añadió Marta.

Elena sintió que el pecho le dolía de tanto contener.

—Él está vivo —dijo. No como deseo. Como deducción. Como un hilo que conectaba demasiadas pruebas.

Marta no confirmó ni negó. Solo dejó la frase caer como una sentencia:

—Significa que la historia no ha terminado.

Elena se levantó. La tristeza retrocedió un paso, reemplazada por una claridad feroz.

—Quiero un equipo mínimo —dijo. Su voz ya no pedía permiso—. Sofía en comunicaciones. Y… —tocó el bolsillo donde estaba la libreta de Carlos—. Y alguien que no pertenezca a ninguna facción.

Marta la miró.

—¿Carlos?

Elena sostuvo su mirada.

—Estoy pensando en usar a la gente que Miranda creyó que controlaba. Si se rompe por dentro, nos sirve. Si no… —dejó la frase sin terminar.

Marta asintió, lenta.

—Aprendes rápido.

Elena miró la tarjeta otra vez.

—¿Y tú? ¿Vienes?

Marta negó con un gesto mínimo.

—No puedo. Soy demasiado visible. Pero te abriré puertas. Y te cerraré otras, si hace falta.

Sofía carraspeó, todavía con el sobre en la mano como si fuera algo contagioso.

—¿Estamos hablando de ir a Berlín?

Elena la miró.

—Estamos hablando de que alguien ha puesto el tablero otra vez —dijo—. Y de que yo ya no soy la pieza que empujan.

Marta abrió la puerta de la sala.

—Entonces empieza por lo primero: asumir el puesto.

Elena notó el golpe de la realidad.

—¿Ahora?

—Ahora —repitió Marta—. Si el enemigo se mueve, tú no puedes permitirte estar "en transición".

Elena respiró hondo. Se guardó la tarjeta. Se guardó el caballo negro con la marca "V" en el pensamiento, como un arma.

Y caminó.

***

El pasillo de la agencia era más largo de lo que Elena recordaba. O quizá era ella, que lo recorría con un peso nuevo en los hombros. Las luces blancas hacían que todos los rostros parecieran más pálidos, más tensos, más culpables. La gente se apartaba lo justo. Algunos saludaban con un respeto que olía a cálculo. Otros miraban demasiado. Otros no miraban nada, como si ignorarla fuese una forma de negarla.

Elena sintió el viejo impulso de encogerse. De pasar desapercibida. De esconderse detrás de una pantalla, de un archivo, de un perfil. Ese impulso era una vida anterior. Una que Víctor había desmantelado a base de empujarla al fuego.

Ahora la empujaban a una silla.

Entraron en una sala de reuniones grande, una de esas que parecían diseñadas para que las decisiones se sintieran inevitables. Mesa larga. Pantallas apagadas que esperaban órdenes. Botellas de agua alineadas como soldados.

Al fondo, varias caras que Elena conocía de informes y pasillos: directivos intermedios, jefes de unidad, enlace con el ministerio, una asesora jurídica con ojos de cuchillo, un hombre de comunicación que sonreía sin alegría. Rostros profesionales, es decir: entrenados para no mostrar miedo.

En la cabecera, una silla vacía.

Esa silla tenía un peso propio.

Marta se colocó a un lado, como quien cede el centro del escenario. Ese gesto, en esa agencia, no era un gesto: era política.

Elena avanzó.

Cada paso le pesó como si caminara sobre barro por dentro. La tristeza intentó agarrarla del tobillo. La rabia la empujó.

Se sentó.

Durante un segundo, el mundo pareció contener la respiración.

Un hombre mayor carraspeó. Tenía el tipo de rostro que uno asocia a firmas y comités: piel fina, sonrisa de goma, ojos que evaluaban sin implicarse.

—Señorita Mir…

Elena alzó una mano, sin agresividad, pero con una firmeza que hizo que la frase se partiera.

—Agente Mir —corrigió—. Y si vamos a hablar de responsabilidades, me llamarán por mi rango, no por mi edad.

Un silencio se extendió como una mancha de aceite. Elena sintió miradas clavándose en ella. Algunas desaprobaban. Otras se sorprendían. Otras… parecían respetar.

El hombre mayor parpadeó, incómodo.

—Como prefiera —dijo—. La situación…

Elena apoyó ambas manos sobre la mesa. Las uñas cortas, sin esmalte. La muñeca marcada por una quemadura vieja que se activaba con el estrés. Su cuerpo recordaba lo que su mente intentaba controlar.

—La situación es simple —dijo Elena, sin elevar la voz—: Miranda ha caído, pero su estructura no. Hemos destruido copias conocidas del Código Berlín, pero queda material suelto. Y alguien ha decidido que el juego continúa.

Una mujer a la derecha —jefa de contrainteligencia— apretó la mandíbula.

—Eso no consta en el informe…

Elena la miró. No con desprecio. Con franqueza peligrosa.

—Los informes constan lo que conviene —respondió—. Y a partir de hoy, aquí va a constar lo que sea verdad, aunque incomode.

Algunos rostros cambiaron. La asesora jurídica tomó notas con un bolígrafo que parecía un bisturí.

Elena continuó:

—A partir de hoy, cualquier unidad vinculada a Miranda será auditada. Quiero accesos. Quiero nombres. Quiero saber quién respiraba cerca de él sin mancharse.

El hombre mayor abrió la boca. Elena lo frenó con una mirada.

—Y antes de que alguien pronuncie la palabra "procedimientos", les recuerdo que los procedimientos casi nos cuestan el país —dijo —. Si quieren un despacho tranquilo, pidan traslado. Aquí trabajamos con fuego.

El silencio no fue consenso. Fue shock.

Marta dio un paso al frente.

—La agencia necesita estabilidad —dijo Marta—. Y la agente Mir es la mejor opción para reconstruirla. No por sentimentalismo. Por capacidad.

Un murmullo mínimo recorrió la mesa. Elena notó cómo algunos se removían, como si la palabra "capacidad" fuera una acusación para ellos.

—Bien —dijo Elena—. Entonces empecemos.

La reunión se transformó en un río de decisiones prácticas: reorganización de unidades, control de accesos, auditoría de comunicaciones, detención de sospechosos, revisión de protocolos de valija interna. Elena escuchaba, respondía, cortaba lo que era

humo y exigía lo que era concreto. Cada vez que alguien intentaba adornar una frase para suavizar una realidad, ella lo devolvía al suelo.

No era crueldad. Era supervivencia.

Cuando terminaron, Elena salió al pasillo y se apoyó un segundo contra la pared. No por debilidad. Por ajuste. Su cuerpo necesitaba un instante para recordar que seguía siendo un cuerpo y no un cargo.

Sofía se acercó, con los ojos brillantes de adrenalina.

—Has sonado… como él —dijo Sofía.

Elena cerró los ojos. El comentario, aunque bienintencionado, le dolió.

—No quiero sonar como él —susurró—. Quiero sonar como alguien que no deje que lo maten dos veces.

Sofía asintió, tragando saliva.

—¿Se lo decimos a Carlos?

Elena abrió los ojos. Sus pupilas parecían más oscuras.

—Se lo decimos cuando esté en una habitación sin micrófonos —dijo—. Y cuando yo decida si me sirve o me traiciona.

Sofía no discutió.

—Vale.

Elena caminó hacia su despacho nuevo. Le habían dejado una placa sin nombre todavía. Un detalle que podía ser simple logística o una pequeña resistencia pasiva: no darle identidad hasta ver si sobrevivía.

El despacho olía a pintura fresca y a decisiones viejas. Mesa más grande. Pantalla de mayor tamaño. Dos sillas para visitas. Un cajón con llave. Un teléfono rojo que ya no se usaba para llamar, sino para recordarte que podía sonar.

Elena se sentó. Sacó la tarjeta negra del bolsillo. La colocó sobre la mesa como quien deposita una prueba en un tribunal.

No mires atrás. Juega.

La frase era una orden. Pero también era algo más: un idioma secreto entre ella y Víctor, un puente improbable.

Elena cerró los ojos y, por primera vez en días, dejó que el duelo subiera un poco. Sintió la presión detrás de los ojos, el ardor de un llanto retenido. Quiso permitírselo, pero su mente lo cortó: No ahora. No aquí. La vulnerabilidad era un lujo que se paga caro.

Aun así, la voz se le escapó, apenas audible:

—Si estás vivo… más te vale que valga la pena.

Un golpe suave en la puerta la sacó del hilo.

—Pasa.

Carlos entró, cauteloso. Su mirada recorrió el despacho, se detuvo en la placa sin nombre, luego en la postura de Elena. Entendió sin que nadie se lo dijera.

—Vaya —murmuró—. Así que es verdad.

Elena no sonrió.

—No es un premio, Carlos. Es una trinchera.

Carlos asintió. Tragó saliva.

—¿Qué quieres de mí?

Elena sacó la libreta que él le había dado. La dejó sobre la mesa. No la abrió todavía. Era un mensaje en sí mismo: sé lo que me diste. Te tengo medido.

—Quiero que me digas si estás dispuesto a traicionar tu pasado de verdad —dijo Elena—. No con palabras. Con hechos.

Carlos se tensó.

—¿Qué hechos?

Elena deslizó la tarjeta negra hacia él. Carlos la miró y palideció al ver las coordenadas.

—Berlín —susurró.

Elena lo observó. No le dio tiempo a procesar del todo.

—Alguien nos está llamando allí —dijo—. Y si ese alguien es quien creo… entonces la cosa es peor de lo que dicen los informes.

Carlos levantó la vista.

—¿Víctor?

Elena no confirmó. No le regaló ese alivio. No todavía.

—Vas a venir conmigo —dijo—. Y vas a hacer lo que nunca has hecho: obedecer a la verdad, no a una persona.

Carlos apretó los dedos alrededor de la tarjeta como si temiera que se evaporara.

—¿Y si esto es una trampa?

Elena se inclinó hacia él.

—Entonces aprenderás lo que Víctor me enseñó: las trampas no se evitan. Se desactivan. O se atraviesan.

Carlos sostuvo su mirada. En su rostro, por primera vez, no había ambición. Solo miedo real… y decisión.

—De acuerdo —dijo—. Voy.

Sofía apareció en el marco de la puerta como si hubiera estado escuchando. Ni siquiera fingió sorpresa.

—Y yo —dijo, sin pedir permiso—. Porque si vais a Berlín sin mí, os van a rastrear hasta por la tostadora.

Elena sintió una sonrisa mínima, involuntaria. No era alegría. Era una grieta de humanidad.

—Prepara una ruta limpia —ordenó Elena—. Sin vuelos directos. Sin patrones. Quiero tres capas de cobertura. Y quiero que parezca que estoy en una reunión interminable con el ministerio.

Sofía ya tenía el móvil en la mano.

—Ya lo tengo.

Carlos miró a Elena.

—¿Cuándo salimos?

Elena miró la tarjeta. Miró el caballo de ajedrez que Marta había dejado en la bolsa de evidencias, sobre una esquina de la mesa. La "V" tallada parecía mirarla de vuelta.

—Esta noche —dijo Elena—. Antes de que el tablero cambie otra vez.

Carlos asintió. Sofía tecleaba como si el teclado fuera parte de su sistema nervioso.

Cuando ambos salieron, Elena se quedó sola un instante. Escuchó el zumbido eléctrico del edificio. Sintió, por debajo, el rumor de la agencia intentando volver a la normalidad. Y la normalidad, en ese lugar, era una mentira útil.

Elena abrió el cajón con llave. Dentro encontró algo que no esperaba: una caja de ajedrez antigua. No la había pedido. No figuraba en inventario. Estaba ahí como si siempre hubiera sido parte del mueble.

La tocó con cuidado. La madera tenía marcas de uso. No era nueva.

La abrió.

Las piezas estaban completas: blancas y negras, alineadas como un ejército disciplinado. Pero faltaba una.

El caballo negro.

Elena sintió un golpe en el pecho.

No era casualidad. No era decoración. Era un mensaje.

Había estado ahí. Había dejado un hueco deliberado.

Un muerto no deja huecos.

Un hombre vivo… sí.

Elena cerró la caja despacio, como si cerrara una herida. La sostuvo un segundo contra el pecho. El vacío del hueco se le quedó en la piel como un escalofrío.

Entonces, su teléfono vibró.

Número oculto.

Elena lo miró como si fuera una serpiente.

No respondió al primer tono. Ni al segundo. Al tercero, deslizó el dedo y llevó el móvil a la oreja.

—Mir —dijo, sin saludo.

Hubo silencio. Luego, un ruido mínimo, como de viento en un micrófono mal protegido. Y una voz distorsionada, imposible de identificar.

—Has aceptado la silla —dijo la voz. No era pregunta. Era constatación.

Elena se puso de pie sin darse cuenta.

—¿Quién eres? —preguntó.

Una risa breve, casi un chasquido.

—E4 —dijo la voz—. No lo olvides.

La línea se cortó.

Elena se quedó inmóvil, el teléfono en la mano, el pulso disparado. No era solo el mensaje. Era el hecho de que alguien había entrado en su despacho, había dejado una caja, había llamado desde un número imposible.

Elena miró la puerta, luego el techo. En la agencia, la paranoia no era un defecto. Era un sentido.

Volvió a sentarse. Abrió la caja de ajedrez otra vez. Miró el hueco del caballo. Sus dedos rozaron la madera, como si la ausencia pudiera hablar.

En ese instante, la voz de Víctor se coló en su memoria, clara, concreta, como si estuviera al otro lado de la habitación:

"El legado no es lo que te dejan. Es lo que haces con lo que te quitaron."

Elena cerró los ojos. Se permitió un segundo de rendición. No lágrimas. Pero sí un reconocimiento: estaba aterrada.

No por Berlín.

Por lo que podía encontrar allí.

Por lo que significaba que Víctor estuviera vivo. O que alguien quisiera que ella lo creyera.

Por lo que significaba que el Código Berlín no estaba muerto. Solo dormido.

Elena respiró hondo. Una vez. Dos. A la tercera, la respiración entró limpia.

Se levantó. Guardó la tarjeta negra en el bolsillo interior. Cerró la caja de ajedrez y la metió en el cajón con llave. Tomó la libreta de Carlos. La bolsa con el caballo negro. Cada objeto era una pieza. Cada pieza era una promesa de sangre.

Abrió la puerta.

En el pasillo, Sofía estaba esperándola.

—Tengo la ruta —dijo Sofía, sin preámbulos—. Salimos por carretera hasta Zaragoza, luego avión comercial con escala… y de ahí, un tren. Nadie va a dibujar un patrón con eso.

Elena asintió.

—Bien.

—Y he creado una coartada digital —añadió Sofía—. Tu agenda dice que estás en reuniones, y tu móvil va a "existir" aquí durante cuarenta y ocho horas. Si alguien te rastrea, te va a encontrar discutiendo presupuestos.

Elena casi sonrió.

—Eres peligrosa, Sofía.

—Me lo dicen mucho —respondió Sofía, y luego bajó la voz—. ¿Estás bien?

Elena la miró. La pregunta era un gesto humano en un lugar que castigaba lo humano.

—No —dijo Elena—. Pero no puedo permitirme estar mal.

Sofía asintió. No insistió. Era la forma correcta de cuidar en ese mundo: ofrecer, no invadir.

Carlos apareció con una mochila. Ropa sencilla. Cara seria.

—Listo.

Elena los miró a los dos, y sintió algo que no había sentido en días: propósito. No limpio. No heroico. Pero real.

—Vamos —dijo.

Caminaron por el pasillo hacia la salida lateral. Elena sintió miradas a su espalda. La tentación de mirar atrás fue instantánea.

No mires atrás. Juega.

No lo hizo.

En la puerta, Marta esperaba, apoyada en su bastón. Su rostro era una máscara. Pero sus ojos… sus ojos decían otra cosa: advertencia y orgullo mezclados.

—Si esto sale mal, no existiréis —dijo Marta.

—Ya lo sé —respondió Elena.

Marta le tendió un sobre pequeño, sellado.

—Instrucciones —dijo—. Solo si es necesario. Y si te encuentras con… —Marta se detuvo un microsegundo, como si el nombre fuera una granada— …si te encuentras con él, no confíes en que sea el mismo de antes.

Elena sintió un escalofrío. No porque Marta insinuara que Víctor podía haber cambiado. Sino porque sabía que era verdad: nadie vuelve intacto de una muerte.

—No confío en nadie ciegamente —dijo Elena.

Marta asintió, satisfecha.

—Bien. Eso te salvará.

Elena guardó el sobre. Miró a Marta un segundo más.

—Gracias.

Marta no respondió con palabras. Solo levantó la barbilla, ese gesto suyo que significaba hazlo bien o no vuelvas.

Elena cruzó la puerta. La lluvia seguía ahí, suspendida. El aire olía a asfalto mojado.

Mientras caminaban hacia el coche, Elena sintió la vibración del teléfono otra vez. Un mensaje. Sin número.

Solo dos caracteres:

C6

Elena se detuvo un instante. Sofía la miró, preocupada.

—¿Qué pasa?

Elena levantó la vista. El cielo de Madrid parecía una tapa cerrada.

—Nos están respondiendo —dijo.

Carlos frunció el ceño.

—¿Quién?

Elena apretó el móvil hasta notar el plástico en la piel.

—El tablero —dijo ella—. Y quien lo mueve.

Se metieron en el coche. Sofía arrancó. Carlos revisó retrovisores. Elena miró hacia adelante.

Por primera vez desde el funeral, Elena sintió que el mundo dejaba de cerrarse y empezaba a abrirse.

No era alivio.

Era guerra.

Y en algún lugar, al norte, una ciudad con cicatrices —Berlín— esperaba como un escenario ya montado.

Elena no miró atrás.

Jugó.

EPÍLOGO: CICATRICES Y RUIDO BLANCO

Madrid olía a lluvia vieja y a café recién hecho. No era un olor triste, solo persistente: como la humedad que se pega a los huesos aunque el cielo haya decidido despejarse.

Elena Mir eligió una mesa junto al cristal, de espaldas a la pared, con la calle entera en el rabillo del ojo. Era un hábito que no se desactiva con un informe final ni con una orden de "cierre".

Sobre la mesa dejó un sobre fino, sin marcas, entregado por valija interna a primera hora. El mismo tacto limpio, milimétrico, que había visto en otros mensajes que no admitían preguntas. No venía a su nombre. No venía a ningún nombre.

Se quitó los guantes despacio. Las manos le temblaron solo cuando intentó fingir que no.

En el bolsillo interior del abrigo llevaba, doblado en cuatro, el papel que el Estado consideraba suficiente: una declaración, una firma, un sello. "Fallecido en acto de servicio". Dos líneas que convertían a Víctor Salgado en pasado y a ella en testigo.

El homenaje había sido impecable. Bandera doblada. Palabras medidas. Ataúd cerrado. Miradas que evitaban la pregunta que nadie se atrevió a pronunciar en voz alta: ¿qué se entierra cuando no se recupera nada?

Elena respiró hondo y abrió el sobre con la uña, como quien desmonta un mecanismo pequeño.

Dentro había una tarjeta de acceso: negra, mate, sin logotipo. Y una hoja doblada en tres.

Las frases eran cortas. Casi crueles en su precisión.

"Te jubilaste tarde."

"Y no lo hiciste bien."

“Hay un eco del Código Berlín.”

Abajo, una hora. Y una dirección en Berlín.

Elena se quedó mirando la tinta un segundo más de lo necesario. No por miedo a la misión, sino por miedo a lo que esa letra implicaba. Porque podía significar muchas cosas. Y ninguna era cómoda.

Que Víctor estuviera vivo.

Que alguien lo imitara.

Que alguien hubiese preparado aquello antes de desaparecer, como se programan las salidas de emergencia.

Guardó la tarjeta en la palma. Estaba fría, demasiado pesada para ser solo plástico.

En la mesa vibró un móvil viejo, uno de esos que no existen en los registros porque nunca deberían existir en la vida civil. Elena lo había conservado sin saber si era lealtad o superstición. Pertenecía a Víctor. O al menos, se lo había quitado a Víctor la última vez que lo vio de cerca.

En la pantalla, un único aviso: LLAMADA PERDIDA. Número oculto.

No había hora. Solo un guion. Como si el tiempo también se hubiera negado a comprometerse.

Elena no devolvió la llamada. No todavía. Apretó el botón de mensajes y escuchó el buzón con el volumen al mínimo.

Primero, estática. Ruido blanco, como lluvia dentro de un cable. Luego, un golpe sordo, un roce —¿una respiración?— y una frase apenas pronunciada, más sugerida que dicha:

—No mires atrás.

Elena se quedó inmóvil. La frase era un sello, un tic de idioma, algo que solo había oído en boca de Víctor… y en boca de los que aprenden a copiar lo que duele.

El ruido volvió a tragarse todo. La grabación terminó sin despedida.

Al otro lado de la calle, un hombre cruzó entre paraguas cerrados. Abrigo oscuro. Paso medido. La clase de silueta que la memoria construye en décimas de segundo cuando estás hambriento de certezas.

Elena alzó la vista. El reflejo del cristal le devolvió su propia cara, más pálida de lo que recordaba. Parpadeó. Cuando volvió a enfocar, la acera era solo acera: gente yendo a ninguna parte, camareros apilando sillas, un coche pitando sin motivo.

Se obligó a soltar el aire despacio, como le había enseñado él, como se hace cuando lo que más quieres es correr.

En la Agencia llamarían a aquello una provocación. Un anzuelo. Un intento de reactivar el miedo. Y quizá lo era.

Pero el papel, la tarjeta, el mensaje… también tenían otra lectura: la de alguien que no puede presentarse, la de alguien que solo puede existir en los márgenes, convertido en rumor para no convertirse en objetivo.

Elena dobló la hoja y la guardó junto al informe de defunción. Dos verdades incompatibles en el mismo bolsillo.

Pagó el café sin mirar el ticket. Se colocó el abrigo, ajustó el pelo con un gesto automático y salió a la calle con la tarjeta apretada entre los dedos.

El tráfico rugía con normalidad. La ciudad seguía viviendo, ajena a códigos y sombras. Elena caminó hacia el metro sin correr, sin mirar atrás… y, aun así, con la sensación de que alguien caminaba a la misma distancia que un recuerdo.

En el túnel de la escalera, el eco de sus pasos sonó doble durante un instante.

No supo si era una despedida. O una cita.

Este libro ha sido desarrollado con el apoyo de herramientas de inteligencia artificial. La obra es el resultado de un proceso de creación en el que una persona ha intervenido de forma activa, realizando la dirección creativa, selección, revisión, edición y curaduría del contenido para asegurar coherencia narrativa, calidad literaria y consistencia de personajes y trama.

